

---

**Manuel Mujica Lainez**

# **El unicornio**

**Seix Barral**

Dirección editorial: R. B. A. Proyectos Editoriales, S. A.

© 1979: Editorial Sudamericana, S. A., Buenos Aires

© Editorial Seix Barral, S. A., 1985, para la presente Edición

Córcega, 270, 08008 Barcelona (España)

Diseño de colección: Hans Romberg

Primera edición en esta colección: noviembre de 1985

Depósito legal: B. 37.814/1985

ISBN 84-322-2071-X

ISBN 84-322-2159-7 (colección completa)

Printed in Spain - Impreso en España

Distribución: R. B. A. Promotora de Ediciones, S. A.

Travesera de Gracia, 56, ático 1º, 08006 Barcelona.

Teléfono (93) 200 80 45 - 200 81 89

Imprime: Cayfosa, Sta. Perpetua de Mogoda, Barcelona

**A**

*mi amiga la escritora y pintora griega Ersi Hatzimihali*

*y a*

*mi amigo Ricardo González Benegas, con quien hablé por primera vez  
de este libro,*

*en la isla de Rodas,*

*durante el mes de mayo de*

*1960.*

*M. M. L.*

*"...cachee en tout ce que je vois..."*

*Víctor Hugo, Une Fée.*

## **Índice**

### **I. EL HADA, EL CABALLERO Y EL DONCEL 9**

Castillo con hada y ángel. — Triunfos y pesares de mi existencia. — Ozil, caballero del unicornio. — La carreta de las Vírgenes. — Aiol y sus ojos distintos. — Me apasiono

velozmente. — Historia oriental de Ozil. — Los culpables amores y la Santa Lanza. — El bastardo de Lusignan.

## **II. LA ENDEMONIADA DE POITIERS 42**

El escultor de Nuestra Señora. — Ozil y la mesonera. — Ithier explica el amor mundano. — Posible visita demoníaca. — Peregrinos y mercaderes. — Exorcismo de Azelaís. — Aparición de la ilustre Seramunda. — Muerte del escultor.

## **III. EN LA ERMITA DE LUSSAC 60**

Veo pensar a Aiol. — Godofredo de Lusignan es vencido por su primo Ozil. — El santo ermitaño y su duende. — Educación guerrera e intelectual de Aiol. — Llegan los enviados de Seramunda.

## **IV. EL DEVORADO CORAZÓN 72**

Amorosas teorías en la corte literaria de Seramunda. — El inquietante Aymé de Castel-Roussillon. — Ozil, amante de la castellana. — Adiós a la virtud del paje. — Famoso grito de Melusina. — Las fiestas de Beaucaire. — Encuentro con Ithier y Azelais. — Criminales intrigas y final de un poeta. — El lúgubre festín. — Los dos mudos. — Turismo místico. — Mercator. — El hombre-lobo.

## **V. un cuerpo para melusina 104**

Fúnebre cortejo fantástico, en Lussac. — Predicciones nefastas. — El torneo de Pleurs. — Ozil destrozado. — Aiol es armado caballero por un muerto. — Desenlace incestuoso. — Mi cuerpo y su burla. — Azelais desaparece. — Partimos para Tierra Santa, con el conde de Flandes.

## **VI. el rey leproso 124**

Llegamos a Jerusalén. — Presentación ante Baudoin IV, el embozado. — La voluptuosa madre del rey. — Amaury de Lusignan. — Sibila de Jerusalén deslumbra a Aiol. — Los trofeos reales. — La casa de Reinaldo de Sidón y su refinado dueño. — Inútiles negociaciones con el conde de Flandes. — Historia del enano Oberón. — Las dos citas. — Metamorfosis del caballero-nada. — Oberón por los aires me socorre. — Melusín entrega su virtud a Madama Agnés.

## **VII. azares de la guerra 156**

La gloria de Montgisard. — El voto piadoso de Aiol. — En pos de la Santa Lanza. — Magia en el serrallo del príncipe de Antioquía. — Las doncellas tejedoras de Beaufort. — Desastre de Merjayoun. — Onfroi IV de Torón, entre sus danzarines egipcios.

## **VIII. LA ENAMORADA DEL LEPROSO 174**

Heraclio y su amante. — Rápidas bodas de Guy de Lusignan. — La misteriosa mujer velada y la purificación del rey. — Guy en desgracia. — Asistimos a las agitadas bodas de Onfroi. — Proeza de Aiol. — Hazaña de Baudoin IV. — Su muerte. — Sorpresa que debemos a la amada del rey, rodeada de los pobrecitos de Dios.

## **IX. el cuerno de oberón 191**

Sibila y Guy, reyes de Jerusalén. — Oposición de los barones.

— El gran maestro del Temple. — Misión de paz ante el conde de Trípoli. — Degüellos en Seforia. — La guerra en Hattin.— Mi confesión. — El hada regresa. — Visita de Oberón. — Caída de Jerusalén; pérdida de Torón, Kerak y Beaufort. Soledad de Pascua de Riveri y el Errante. — Las ruinas

de Petra. — La Santa Lanza mortal.

# **I**

## **EL HADA, EL CABALLERO Y EL DONCEL**

Ya había sonado, en el campanario robusto de Lusignan, capilla del priorato de Nuestra Señora, el toque de Vísperas, y el castillo y el pueblo flotaban en la vaguedad que precede tintineo de Completas, la última hora canónica del día, la hora en que los monjes, reunidos en las salas de los Capítulos, ciarán la salmodia que despide a la tarde. Pronto, quien aguzara el oído escucharía a través de Francia, de una a otra catedral, de uno a otro monasterio, en las ciudades y en el corazón de los bosques, el gangoso susurro de abejas de los largos latines, y los dominios feudales, las tierras de amigos y de enemigos, se transformarían una vez más, con esa vibración, a medida que avanzaba, sobre el olor y el temblor del verano, la Suave incertidumbre del crepúsculo, en otras tantas colmenas sagradas. Recuerdo que me asomé a las aberturas de la torre fundada por Hugo IV, entre las campanas cuya función esencial aspira tanto a mantener alerta la piedad de los hombres débiles como a espantar a los ejércitos del Diablo, y que mis ojos, atravesando las piedras de la fortaleza que yo misma había comenzado a construir, siglos atrás, y que era un prodigio militar de

fosos, de murallas y de baluartes, o girando la visión sobre la breve cúpula eclesiástica, escamosa como una cola de sirena o de serpiente —como mi propia cola célebre, sin ir más lejos—, se distraían con los verdes y los oros que subrayan el curso del Vonne y el valle de la fuente de Cé. El momento logra, en esa época del año, un esplendor singular, mientras las luces del cielo se encienden y ceden paso al azul y a la plata, que son, por otra parte, los colores heráldicos de los Lusignan, cual si mis príncipes levantaran a un tiempo sus escudos en la penumbra, para proteger a los suyos del horror de la noche.

Entonces las estrellas dibujan sus mensajes, secretos y exactos como los signos del Zodíaco que decoran los portales de algunos santuarios de la región y que siempre (aún cuando significan que la Iglesia tiene delante de ella a la eternidad de los siglos) me alarmaron un poco, a causa de su origen infiel, pues en Oriente oí decir que una de las glorias de Alá finca en haber creado esas astrológicas figuras y las casas lunares. Pero en el abrigo materno del Poitou, la angustia y la maravilla del Oriente resultaban tan irreales, a pesar de los relatos de quienes volvían de la Cruzada, que si de algo teníamos que ocuparnos no era de las invenciones de Alá sino, durante el invierno, de los lobos que aullaban a nuestras puertas blancas de nieve, y durante los meses cálidos, de las plagas que combatían a las cosechas, cuyos frutos —cuando Dios había sido benigno— se amontonaban en los carros rebosantes de coles y de heno, de infinitas tonalidades sutiles, que al rodar plañideramente hacia las ferias, con muchachos despatarrados, semidormidos encima de la carga, parecían arrastrar en su bamboleo el triunfo de los tapices señoriales sembrados de hierbas y de flores misteriosas.

Los rumores cesaron uno a uno. La brisa estremeció con leve suspiro la pálida humareda de los árboles; un pastor invisible prolongó en su caracola, erguida hacia la paz de la luna, su extraña queja, insinuándonos viejísimas cadencias de mar y de mitología, que callaron de súbito; rechinaron en el castillo goznes y cerrojos; onduló unos segundos, alrededor de mi torre, el canto de una mujer que apaciguaba a un niño; y el silencio —aguardando al instante en que el vigía reiteraría con voz indiferente, como si no se tratara de algo muy grave, su pedido ritual de una oración para los muertos— se instaló entre nosotros, enorme, sofocándonos, de suerte que se dijera que un ave gigantesca estaba incubando, en la extática noche que nacía, a las fortificaciones y al caserío de Lusignan, y que, apretados bajo su peso, sólo alcanzábamos a distinguir la iluminación celeste a través de sus plumas grises.

Me eché a dormir —también las hadas duermen—, cubierta por el baldaquín metálico que formaba la comba de una campana, y mi antiguo sueño, el sueño de mi adolescencia famosa, escandalosa, tornó a visitarme. Pienso que debo narrarlo en seguida, para que él lector aprecie con exactitud la jerarquía excepcional de quien escribe para él. Pero, puesto que ese repetido sueño y la historia de mi vida constituyen un todo inseparable, referiré, concretamente, en las primeras páginas de este libro que será sin duda extenso y curioso, mi vida, mi vida que semeja un sueño, porque así lo quiso la incalculable fantasía de Dios, y el lector sabrá a qué atenerse. Por lo demás, es una anécdota hartamente conocida. Los aldeanos la narran, junto al fuego, sin tantos pormenores; las madres —acaso esa madre que arrullaba a su pequeño, cerca de la torre de Lusignan— la cuentan y cantan admirablemente a sus hijos; los poetas la exaltaron con más o menos eficacia; y los estudiosos especialistas la han analizado con paciencia, sin conseguir, empero, todavía, y eso que su esfuerzo ha sido notable, acumulando las fichas tristemente folklóricas y las búsquedas en las que la filología sagaz rivaliza con el erudito candor, despojarla de un lirismo dramático que me enorgullece y me asusta y que hasta hoy demuestra ser más fuerte que sus

metódicos embates sabios. Es la historia de un hada, la vida de un hada; que quien no . crea en las hadas, cierre este libro y lo arroje a un canasto o lo reduzca al papel suntuario de relleno de su biblioteca, lamentando el precio seguramente substancioso que habrá pagado por su gruesa estructura. Al proceder así y al no tener en cuenta que todo, absolutamente todo, en este mundo inexplicable, funciona por razones que se nos escapan, su escepticismo anticuado, que tacharía de Victoriano, de no mediar mi respeto por esa gran reina, lo privará de enterarse de asuntos de interés trascendente. Lo siento de antemano por él: hay distintos modos de ser un pobre de espíritu; hay distintos modos de andar por la Tierra tildándola de insípida, aburriéndose, dejándose morir de monotonía y de tedio; y uno de ellos —tal vez el más tonto— consiste en negarse a probar la sal y la, pimienta ocultas que la sazonan de magia.

En cuanto a la idea de rechazar la existencia de las hadas, hadas malas y hadas buenas... es menester ser ciego para no verlas, para no reconocerlas, pues su enjambre pulula doquier. Por obvias razones, me unen a cada una de ellas lazos de afecto o de aversión. Las hay ricas, extravagantes, que derrochan en Venecia, en Montecarlo. Son esas fabulosas, inmemoriales mujeres, cuyas edades, rentas y procedencias se ignoran, que les imponen a las ruletas malabarismos estupendos, como la sospechosa complacencia de reincidir en el mismo número más vueltas de lo previsible, mientras lo siguen cargando de fichas con ademanes indolentes y expelen el humo de sus largas boquillas. O esas otras que, de la noche a la mañana, decoran sus departamentos de París y de Nueva York con tapices góticos desconocidos, soberbios, asombro y desesperación de los marcharías, que ellas conservan de su propia belle époque medioeval, en subterráneos arcones de abandonados castillos y abadías. O las que, fieles a su vocación primordial, se dedican a sacudir las mesas del espiritismo y a organizar el trajín de las casas embrujadas. O aquellas, caritativas, que ayudan a la gente, pero de una manera fantástica, a menudo arbitraria o errónea. Y las zalameras que no renuncian a sus características de sempiternas enamoradas sensuales y, como cuando revoloteaban sobre el Valle Sin Regreso de la floresta de Brocelianda, donde Morgana enclaustró al bello caballero Guyomar y a muchos amantes perjuros, o sobre la isla de Avalon, a donde un hada se llevó secuestrado al doncel Lanval (y fueron felices), siguen dándose maña, a pesar de su ancianidad evidente, para raptar jovencitos que ansían progresar económicamente, quienes luego desfilan de su brazo, bien vestidos y enjoyados, por los halls de los hoteles internacionales. O aquellas, más aplicadas, más respetables, densas de generosa voluntad científica, que zumban y soplan sobre las cabezas fatigadas de los inventores y les sugieren ideas pasmosas, pero que ahora se van quedando atrás, sumergidas por el alud de las cifras, de las fórmulas y de las máquinas electrónicas, y miran multiplicarse en torno las expresiones que no entienden y que convulsionan a un mundo que se les desliza entre las manos aéreas y que no les pertenece ya. Y así sucesivamente. Hay hadas y hadas y hadas. Cuchichean, ronronean, como insectos impalpables, por los caminos de la Tierra estúpida. Yo soy una de ellas.

Hay ángeles también. Que el sensible lector se convenza: hay, como en la Edad Media, hadas y ángeles, que eso fue la Edad Media: el Hada y el Ángel. Y el Demonio. Pero no me extenderé por el momento sobre el tema del ángel. Aunque es justo que, al pensar fugazmente en ellos, copie aquí la frase que he murmurado en ocasiones innúmeras: itodo ha cambiado tanto!

Cuando yo tenía a mi cargo los deberes inherentes a la joven señora de Lusignan, y también cuando se producían los acontecimientos que más adelante describiré, era habitual que las hadas nos encontráramos con los ángeles, mientras cumplíamos

nuestras respectivas tareas. La similitud de ciertas raras consignas nos hacía recorrer itinerarios iguales. En esa época, una topaba con ángeles en lugares inesperados: en las encrucijadas de un bosque, en las cocinas de un convento. Pasaban, filosos, tímidos, tendidos los delgados dedos bendicentes, alzándose las claras vestiduras. Iban a visitar a un ermitaño, portándole una cesta con tortas dulces, o a recibir, de labios de una duquesa beata, las preces que recogían en sus mantos como un aroma de incienso. Nosotras, como ellos, teníamos mucho que hacer. Nos cruzábamos, afanosos, incorpóreos para los demás, y si bien la etiqueta exigía que fingiéramos, por ambas partes, que no captábamos nuestras mutuas esencias, que ni siquiera nos veíamos, a veces eran tan hermosos y recordaban de tal modo a los señores adolescentes que nosotras espiábamos y socorriamos, que no podíamos evitar que una sonrisa iluminase nuestras caras. Entonces ellos se inclinaban un poco, casi nada, y proseguían su marcha suave y solemne. Pero ya lo dije: itodo ha cambiado tanto! Los ángeles, si todavía ambulan por el mundo, se han modificado de tal manera que ni aun nosotras, que los comprendíamos bien y que participábamos de algunos —sólo de algunos— de sus rasgos sutiles, somos capaces de reconocerlos. En la época que evoco —el año 1174— un ángel vivía, me atrevo a asegurar que permanentemente, en la torre principal del castillo. Durante los trabajos agrícolas del mes de marzo, cuando los aldeanos podaban las viñas, descendía al campo ondulado y secundaba su tarea, sin que ellos se percataran. Luego regresaba al castillo, que no era todavía tan complicado como se lo detalla en la miniatura de las "horas" (tres riches) del duque de Berry, pero no carecía de grandeza imponente, y yo, desde mi refugio del campanario, lo atisbaba ir y venir, en lo alto de su celda, leyendo, a la luz temblona de una candela, un libro de devoción. Con ser vecinos y los únicos habitantes sobrenaturales de Lusignan, no nos hablamos nunca.

Me llamo Melusina y la sola mención de mi nombre debería bastar. Pero no basta ¡ay! nada basta en un siglo como el actual en que los escolares deben aprender tantas cosas difíciles e inútiles que no les queda ya tiempo para las fundamentales.

Mi padre, Elinas, que otros apellidan Thiaus (pero eso no importa), era rey de Albania, es decir de Escocia; mi madre, Presina, era un hada. Por aquel entonces, quien no gozaba del privilegio de ser hijo de un rey, se enfrentaba en la vida con serios obstáculos, singularmente con el de que no lo tomaran en cuenta: la prueba es que la mayoría de los grandes personajes de la naciente literatura fueron hijos de reyes. Sin embargo, mi desgracia eterna procede del hecho de ser la hija de un rey. Y de un hada; no olvidemos al hada, causa principal del infortunio que padezco. También el parentesco con las hadas, más inusitado y arduo de obtener que las consanguinidades monárquicas, y máspreciado por eso mismo (lo destaca Proust), fue un timbre que en aquellas centurias reclamaron para sí ciertos próceres de alto refinamiento, causando bastantes dolores de cabeza a los genealogistas. Su mención se halla en textos responsables y me limito a copiarla: Conn, rey de Tara, casó con un hada en segundas nupcias: Bertrand du Guesclin eligió a un hada por señora, lo mismo que el sire de Bourlemont, dueño del Árbol de las Hadas, a cuya sombra Juana de Arco danzaba de niña. Yo fui hija de un hada y de un rey, supremo enlace, máxima pretensión, supongo, de los que afirman su orgullo en las prerrogativas hereditarias; pero yo hubiera preferido ser el fruto de una alianza menos espectacular que la resultante de la conjunción de la corona y de la mágica varita: eso me hubiera permitido transitar brevemente por el mundo, como cualquier mortal, sin pena ni gloria, y no tendría que permanecer aquí para siempre, contra mi mucho más modesta, burguesa y sana voluntad.



Mi familia se completó con dos hermanas, no tan célebres como yo, aunque parejamente movedizas: Palatina y Meliás. Nos entendíamos muy bien. Nos entendíamos, sobre todo, en lo que se refiere al encono que nos inspiraba nuestro padre. Los motivos exactos de ese rencor no vienen al caso: será suficiente que el lector se informe de que el rey Elinas no cumplió la promesa que le formuló a mi madre en sus bodas y que nosotras, mujeres al fin (no obstante ser mujeres excepcionales) hicimos causa común, desde la infancia, con el bilioso y ofendido punto de vista materno. Así que cuando juntas nos entreteníamos en Inis Vitrin, la Isla Perdida de Avalon, donde nos educaron, como corresponde a los retoños de un hada linajuda separada de su marido, de tanto en tanto suspendíamos nuestros juegos y, en lugar de distraernos con la compañía del rey Artús, que convalece en esa isla de cristal de las lesiones recibidas en la batalla terrible de Camelon, aprestándose a volver un día, rabie quien rabie, a asentar el dominio de Bretaña sobre el mundo, o en vez de conversar didácticamente con Roldan, Gauvain, Perceval y los demás caballeros que allá residen, y a quienes la gente desacertada cree muertos, o de participar de las tiestas feéricas —palabra justa— ofrecidas en su honor por Morgana, con despilfarro de prestidigitación, música de arpa del hada Thyten, banquetes raros, etc., mis hermanas y yo nos reuníamos a comentar la perfidia de nuestro progenitor y a conspirar contra su suerte.

Llegó el día que nos graduamos de bachilleres en ciencia mágica y, merced a un encanto, encerramos a nuestro padre Elinas en la montaña de Brumbeloy, para más precisión en el frío condado de Northumberland, tierra de mineros, donde hoy fabrican locomotoras. No calculamos los efectos de nuestra imprudencia. Inexperimentadas, no previmos que quien se inmiscuye en las querellas de los amantes, a la larga es el único perdedor. No imaginamos que nuestra madre, acaso irritada porque no se le había ocurrido a ella el sencillo procedimiento eliminatorio, o enternecida por el recuerdo de los ejercicios distantes que compartiera con el rey Elinas y que nos trajeron a nuestras cunas, pactaría con el esposo vejado y reaccionaría contra nosotras que, al cabo de cuentas, actuábamos por sugestión suya, exasperadas por las cuitas que nos había confiado desde que nos nutriera con sus nigrománticos pechos, esas cuitas cuya enumeración terca había operado como un alimento más, pero corrosivo. Se puso furiosa, ante nuestro sincero estupor de hijas solidarias, y transformada, sin previo aviso, de nuestra colérica cómplice en nuestro inflexible y traidor verdugo, nos impuso castigos memorables. A la pobre Meliás la condenó a cuidar un gavilán, hasta el día del Juicio, idea absurda, aunque entiendo que dicho animal ha sido perfectamente amaestrado y puede servir de ejemplo a los especialistas; y a Palatina, a vigilar el tesoro de su padre, hasta que un caballero, descendiente de mi estirpe, se apodere de sus riquezas para liberar con ellas al Santo Sepulcro. Llamo la atención hacia lo exagerado de las penas. Mi madre fue —es, pues todavía andará quién sabe por qué rincones, perturbando a los hombres con sus caprichos— muy tornadiza y con ella no se podía contar. A la postre, no me parece tan insoportable la fugaz reclusión del rey Elinas en Northumberland. Más bien tuvo el tono de una broma que el de un escarmiento: un ensayo de sortilegio realizado por muchachas incompetentes. En cuanto a mí, el correctivo que se me asignó merece párrafo aparte, tanto por tratarse de mí como por su originalidad esmerada. Reconozco que Presina era una hechicera de pies a cabeza. Yo lo fui más tarde, sin conquistar nunca su técnica madurez.

Me sentenció a metamorfosearme, los sábados, en un monstruo mitad mujer y mitad serpiente. Mi marido —si me casaba— no debería verme bajo ese aspecto desazonante; aun más, debería ignorar que esa transmutación semanal existía, pues de lo contrario yo sufriría para siempre, como mi desdichada hermana Meliás, la insoportable penitencia de la inmortalidad... que es la que ahora me aflige y me veda

el descanso absoluto al cual aspiro, el inmóvil sueño sin límites bajo una piedra tumbal, en la misma iglesia de Lusignan donde escribo estas líneas, mirando de hito en hito el vacío espacio que ocupaba el castillo pintado por los hermanos Limbourg en una página del devocionario del duque de Berry, mi castillo amado y execrado, el castillo que era como una fiesta de bombas y de luces de artificio, con sus cúpulas agudas, sus almenas y sus estandartes, y que ha sido reemplazado municipalmente por un paseo de provincia y por una escuela.

Obsérvense las circunstancias de la condena que se me fijó. Mi madre me lanzó a encarar coyunturas semejantes a las que suscitaron su propio descalabro hogareño. Su infelicidad derivaba de una condición que le había establecido a su esposo y que, no cumplida por éste, acarreó su separación del rey Elinas, la cárcel de ese príncipe y las tribulaciones fatales de sus tres hijas; y sin embargo quiso que yo también lo conminara a mi cónyuge probable a satisfacer una formalidad, una cláusula extravagante, de la cual dependería mi ventura. Pero en mi caso las consecuencias podían resultar más graves todavía, pues a ellas —al hecho de que mi marido me viera o no convertida en mujer-serpiente— estaría subordinada la eventualidad de que se modificara mi humana esencia, volviéndome hada, es decir un ser inmortal, un ser indiscutiblemente anormal, y eso es lo que yo más aborrecía, ya que mi anhelo de entonces —y de ahora— fincaba en poseer las mediocres características de una mujer como cualquier otra, una mujer de su casa, tranquila, común. Tuve que aguardar a que Sigmund Freud apareciera en nuestro oscuro mundo para comprender, en parte, los motivos de la reacción desproporcionada de la autora de mis días, de su venganza loca que, ejercida sobre mí, apuntaba en realidad a su destino frustrado.

Me despedí, pues, con lloros y promesas, de Meliás y de Palatina, quienes partían hacia sus respectivos porvenires quietos, de guardianas de un gavilán y de un tesoro, mientras yo me echaba a arrostrar mi sino exótico, melancólicamente circense, de mujer serpentígera. Palatina me arrancó el juramento de que me casaría pronto, ya que a mi posteridad estaba sometido, como se recordará, el acontecimiento de su propia emancipación. Cuanto antes debía empezar la siembra de mis vástagos por el mundo, para que Palatina se redimiera de su cárcel junto al tesoro paterno. Declaro que en aquel instante, joven y cándida, sentí que un vértigo me hacía vacilar, frente a la perspectiva del árbol de mi linaje abriéndose en ramas y subramas, con minúsculos blasones y nombres caligrafiados sobre sus hojas que ascendían hacia el cielo de los siglos.

Elegí al Poitou por morada. Prefería, al lirismo dramático de Escocia, la grácil ternura de sus bosques, de sus arroyos irisados de hierbas flotantes, de sus ciénagas, de sus valles por los cuales discurren, como empeñadas en serios monólogos, las vacas lentas; de sus riberas en las que los pescadores arrojan las líneas con ademanes estatuarios; de sus caminos por los cuales iban, cargadas de bloques pétreos que se reservaban para las construcciones religiosas, las carretas de las cuales tiraban varias yuntas de bueyes, o a las que se habían uncido nobles y villanos, cantando las laudes de Nuestro Señor, y que seguían enguantados obispos de mitras deslumbrantes y báculos con dragones —como símbolos de la derrota del Mal— en sus volutas de policromo marfil; y de sus ríos también, por los que se deslizaban, al impulso de firmes pértigas, las barcazas perezosas que acarreaban antiguas columnas con fragmentos de inscripciones del tiempo de los procónsules y de los emperadores romanos, para incorporarlas a los pórticos y las naves catedralicias, y que resplandecían de gloria cristiana y pagana, bajo las estrellas, en medio de escuadrones de gansos albos, elegantes y dignos como cisnes.

Allí podría encontrar, tal vez, las plantas secretas que las hadas recogen al claro de luna, las mezclas que exigen los filtros que yo había estudiado en la isla de Avalon: el beleño, la primavera, el selago de los druidas, el céltico samolum, el trébol y la verbena, y con ellas las que sahuman, en la alegría de mayo, a la Provenza vecina, el espliego, el tomillo, el eucalipto, la mimosa, a fin de perfumarme y ser más bella y gustar y tentar. No he aludido hasta ahora a mi hermosura. Era muy hermosa. Perdóneme la vanidad, lector, pero ¿cómo no ceder al placer incomparable de hablar de mí misma? Hablar de uno mismo, analizarse, explicarse —y, en consecuencia, hacer que hablen los otros— es una voluptuosidad tan vieja como la historia del mundo, y los pequeños progresos que hemos logrado en la Tierra, desde que por ella transitamos, le deben mucho al afán ingenuo e ilustre, desesperadamente compartido por insignificantes y por grandes, de autodifusión perpetuadora. El día aciago en que dejemos de hablar de nosotros mismos, nos habremos quedado sin el sentido de nuestra eternidad y el mundo se derrumbará entre cenizas tristes. El arcángel exterminador aprovechará esa hora propicia.

Sí, yo era muy hermosa. Me inclinaba sobre las fuentes, sueltas y abiertas las trenzas castañas en los círculos del agua, como otras flores, y me hallaba hermosa. Los sábados, la anunciada mutación inexorable se producía. Me desnudaba y me hundía en un arroyo, esperando el momento en que un ingrato, repelente escozor, me estremecía el cuerpo. Entonces mis piernas se afinaban, se alargaban, hasta formar una cola ondulante, y se cubrían de escamas blancas y azules, colores futuros de los Lusignan, mientras crecían sobre mis hombros dos alas esmaltadas de los mismos tintes. Con estas últimas no había contado; no me las anunció mi madre; acaso se le antojó después completar mi horrible disfraz. En esas oportunidades cuidaba de que no me vieran los pescadores o los que andaban de cacería. Me sumergía, nadando entre los finos peces, o verificaba unos vuelos bajos, protegida por el follaje. Cuando recuperaba mi traza, rompía a llorar. Sufrí mucho. Imaginaba que era imposible sufrir más... y me faltaba por ascender todavía la verdadera escala del sufrimiento.

Un día —no era un sábado sino uno de mis días buenos— me puse a bailar en torno de la fuente de Cé, la fuente de la Sed, la misma que ahora contemplo, elevándome sobre mi campanario. Bailaba y bailaba, con la inconsciencia de la juventud matadora del tiempo, como Juana de Arco cuando lo hacía alrededor del Árbol de las Hadas. Y ya sabemos lo mal que a la larga le fue. Era casi de noche y en otoño. De repente, a la distancia, oí pasar, destrozando ramas, entre relinchos, ladridos y toques de olifante, la algazara de una cacería. Pensé en la mesnada diabólica, la fantasmal Chasse Gallerye, que a veces atraviesa al galope enfurecido y que conducen monteros degollados, hasta que un caballero la detiene con su espada, como Ronsard refiere en bonitos versos, y se desvanece en el aire. Pero no siempre se encuentra un caballero en estas espesuras, así que comencé a temblar. Pronto, sin embargo, me percaté por sus gritos de que aquellos eran seres humanos y renació mi calma. Hasta que súbitamente el estrépito cesó. Calculé que habrían cobrado la pieza, el feroz jabalí, el lobo cruel, o por fin ese monstruo de patas cortas que siempre gira en redondo y que nadie consigue hallar. Un clamor enorme, doloroso, sucedió al silencio, y con él tornó mi inquietud. Me retiraba ya cuando como en el teatro se abrió el follaje y un hombre, un muchacho, apareció a mi vista. Venía cubierto de sangre y era extraordinariamente hermoso. Yo no sé qué pasa con los hombres actuales, porque en la época a la cual hago referencia —la literatura de entonces abunda en testimonios de ello— una se cruzaba con hombres hermosos en todas partes. Quizás haya que atribuirlo a la vida al aire libre, al mucho ejercicio. Los hombres de aquel tiempo no fumaban ni bebían mezclas turbulentas. Se acostaban y se levantaban temprano. Eran higiénicamente hermosos. Y el que surgió frente a mí lo era en especial. Lo creí herido y me adelanté

para socorrerlo, pero me dijo que no había sufrido ni un rasguño. Me reduje, pues, a mirarlo, y él me miraba también, en tanto que en la fuente de Cé lavaba sus manos y sus ropas bermejas. Se me ocurrió que sería un asesino y que debía temerle, mas la admiración, rotunda e inmediata, sobrepasó con mucho a la probabilidad del miedo. Para limpiarse, debió despojarse de la cota, de la camisa de mangas flotantes y de las bragas estrechas, ceñidas. Así desvestido, comprobé, pese a mi inexperiencia y a que se refugió para la tarea detrás de un arbusto, el minucioso esplendor de su hermosura. Lavaba con cuidado, seriamente, como una mujer, pero nadie hubiera podido negar (y menos que nadie yo, luego de mi inspección íntima) que se trataba de un hombre. Encendió fuego y tendió su indumentaria a secar. Sólo en ese momento me refirió su historia; sólo en ese momento advertí que estaba llorando, que la humedad que iluminaba su rostro no procedía de las salpicaduras de la fuente, sino de sus propias lágrimas. Y deduje que no cabía el dilema de que fuese malo.

Era, como siempre, el hijo de un rey; en este caso, del rey de los bretones; y se llamaba Raimondín. Había salido de caza con su tío Aimery, conde de Poitiers y, persiguiendo a un jabalí, había dado muerte a su tío por accidente, pues su acero resbaló sobre el pelaje lustroso de la bestia y se hundió en las entrañas, más accesibles, del conde. A raíz de esa desgracia se alzó, en la floresta de Coulombiers, el clamor de los cazadores al que reemplazó un espantado mutismo en momentos en que los monteros descubrieron, acuchillado y a medias moteado por las hojas áureas que sacudía el otoño, el cuerpo inánime de su señor. Raimondín, cuya participación en ese desastre ignoraban, rompió, a correr, gimiendo, aullando, como un demente o como otro animal que acosan, manchando de sangre la fronda que sus manos trémulas apartaban, hasta que desembocó en el calvero del bosque donde cantaba la fuente. Mientras tartamudeaba su relato entrecortado de sollozos, no me cansaba yo de valorar la gracia de su apostura, la tierna delicia de su piel, la natural nobleza de sus ademanes, el prodigio de su boca, la lisa perfección del pelo oscuro que le caía sobre la cara y de vez en vez recogía con tres dedos finos, y muy notablemente la rareza de sus ojos de dos colores, uno azul y otro rojizo —que trajeron a mi mente lo que el provenzal Alberic de Briancon cuenta sobre Alejandro Magno, al describir al héroe en su poema y apuntar que tenía un ojo negro, como el de un grifo y el otro azul, como el de un dragón—, unos ojos sin cuya singularidad su cara hubiese sido atrayente, sin duda, pero hubiera carecido del aditamento único que la distinguía de todas y le otorgaba una seducción que actuaba con principal firmeza sobre quien, como yo, era graduada en fantasía.

Lo consolé, lo tranquilicé como pude y presto noté que mi propio hechizo obraba sobre su desazón mejor que cualquier bálsamo o discurso. Al verlo más sereno, tomé el asunto entre manos con esa rápida eficiencia que entonces me destacó, y lo convencí de que no debía extraviar el juicio, ya que su desdicha se reducía a un accidente. Lo mejor sería atribuir la muerte al puerco salvaje que ya había sido ultimado por el filo de diez dagas y por las dentelladas de los canes. Ante esa perspectiva, Raimondín se sosegó por completo. Entonces yo consideré oportuno celebrar nuestro encuentro con un pequeño espectáculo. Batí palmas y varias hadas vagabundas se presentaron en el claro del bosque, pero yo me cuidé bien de revelarles a mi amado —que ya lo era— lo excepcional de esas jóvenes, y dejé que las tomara por mis doncellas, mientras que las muchachas se prestaban amablemente a la superchería, como corresponde a ex compañeras de escuela en las cursos de la Isla Perdida de Avalon, y en un abrir y cerrar de ojos secaron y plancharon su ropa, lo revistieron con ella (yo intervine en esa operación y aproveché para deslizar mis yemas sobre la delgada solidez de su cintura) y fijaron encima de su yelmo, circundándolo como una corona, el rosario de esmeraldas que se le había caído en su fuga y que una de ellas había recogido en la

floresta de Coulombiers, la cual encierra mucha: maravillas —como esa abadía de los agustinos cuyos capiteles son demonios que hacen muecas atroces—, pero ninguna tan adorable como los ojos bicolores de Raimondin y su erguida cabeza bajo las esmeraldas. Y así nos fuimos, conversando, hasta Poitiers, de suerte que cuando el doncel se adelantó por el atrio de Nuestra Señora la Grande, rodeado de muchachas, la espada limpia al cinto y las piedras relampagueantes en la frente, fue como si avanzara en medio de una doble guirnalda que ondulaba entre las antorchas. Allí le aguardaba la sorpresa, que yo había organizado con mis compañeras, de que el jabalí ya estaba quemándose frente al portal, por obra de la población a la que irritaba la muerte de su príncipe, y de que los monteros acogían con vítores al hijo del rey de los bretones, a quien suponían destrozado por la fiera. La escena se desarrolló divinamente y nadie se enteró de la verdad. Raimondin y yo nos miramos una vez más, al resplandor chirriante de la hoguera, en el chisporroteo del cerdo asado con su pelaje duro. Había entre nosotros el lazo de un secreto. Pero él desconocía aún que, si como yo esperaba, se decidía a casarse conmigo, tendría que hacer frente a las dudas de un secreto bastante más grave.

Le comuniqué mi condición, no bien me requirió en matrimonio: la condición artera del hada Presina, según la cual debía renunciar a verme, cada semana, desde el alba del sábado hasta el alba del domingo; un requisito tremendamente arduo de cumplir, pues no se vincula tanto, como se pensará, con el sentido más convencional del honor, que obliga a los hombres a estar muy instruidos de la actividad de sus esposas, cuanto se relaciona con los primarios celos y sobre todo con la primaria curiosidad inherente a la naturaleza humana. Raimondín tuvo en cuenta sólo a mi mareante belleza y no extremó las reflexiones. De haberlo hecho, es obvio que no hubiese aceptado. Y aceptó. A mi vez, puse en acción los poderes que de mi madre había recibido y que había afinado en Avalon, y sin ningún esfuerzo hice brotar, en un día, la capilla que mis descendientes, con Hugo IV el Rojo a la cabeza, completaron después. No peco de vanidad si proclamo que me alió muy bien, particularmente la armonía de la nave y la proporción —para atenerme a las descripciones arquitectónicas que sé redactaron luego— de sus columnas geminas, bajo la comunidad de un abaco moldurado. La cripta donde sueño en tumbarme a descansar, es admirable. Y resulta increíble, pero así fue, que Raimondín, cegado por su entusiasmo, no prestara atención a una proeza tan sobrenatural, que debía haber abierto sus ojos inocentes hacia las excéntricas características de su novia. La boda se desarrolló soberbiamente y los festejos duraron seis días. Se ha hablado de muebles de oro y de tapices bordados con diamantes, pero esas son exageraciones de Juan de Arras, novelista que, trazando mi historia en el siglo XIV para el duque de Berry, señor de Lusignan, juzgó discreto extremar los lujos inventados, pues nada conceptuó bastante para halagar a un príncipe pródigo de cuyo humor dependía y que confiaba en esos detalles para exaltar su propia magnificencia. Fíjese el lector que hubiera estado en mis manos la producción de dichos enseres decorativos —posteriormente logré obras harto más complicadas—, mas no consideré ni de buen gusto ni prudente descubrir de entrada la extensión de mis facultades. Con todo, repito, la boda tuvo un tono opulento: hubo torneos, cacerías —pese a que algunos habrán barruntado que la inclusión de batidas en pos de jabalíes era una gaffe, recordando el fin truculento del conde Aimery de Poitiers—, conciertos y bailes. Lo único que nubló vagamente mi alegría fue la presencia de un hermano de mi marido, el conde de Forez, agrio, caviloso y envidioso, que con cualquier pretexto insinuaba ironías desagradables, fundado en la necesidad mundana de mantener su prestigio de hombre de ingenio a toda costa. Transcurrieron varios años y cuando la experiencia me permitió ver claro, deduje que ya durante las nupcias había procurado inficionar el ánimo del dulce Raimondín, urgiéndole que averiguara la causa de mis semanales reclusiones, tal vez sugiriéndole que ellas se debían al hecho de ser yo una

bruja y de consagrar esos días a la excursión hasta los dólmenes y menhires del Sabat, como las hechiceras que provocaron la reacción del Concilio de Letrán y que de noche cabalgan con Diana y con Herodías, sobre una escoba en la que ni una fibra ha de cruzarse, al puño un sapo en lugar de un halcón, haciendo mofa así del arte señorial de los cetreros. Pero mi esposo no le prestó oídos. No tenía oídos, lengua, brazos y demás, sino para mí. Y fuimos felices.

Yo correspondí con holgura a su confianza. De segundón, de muchacho agraciado y sin rentas, con la mácula de la muerte de Aimery en su breve pasado, lo convertí en hombre de posición descollante. Me lancé a lograrlo con estruendoso júbilo. Nada me pareció suficiente para consolidar la pujanza que compartíamos. Hice derroche de magia. De ese período datan mis grandes construcciones, comparables, en el Poitou, con los trabajos cumplidos dentro de la isla de Noirmoutier, por las clásicas bacantes, que en una noche erigían y demolían templo. Las bacantes, ya se sabe, eran locas, irresponsables; procedían porque sí, porque la lujuria las sacaba de quicio; no; yo actué con orden, como una administradora prolija, y no di puntada sin nudo.

En una quincena cavé los fosos del castillo de Lusignan; perfilé sus barbacanas, cortinas y torreones; establecí sus patios, prisiones y bodegas: cultivé su huerto; ubiqué su aceitado puente levadizo; soplé en sus chimeneas para que circulara el humo airoso, en cuyas columnas se enredaban los duendes y las hadas pequeñitas; multipliqué sus pinturas murales; afirmé las bóvedas de sus escalinatas. Una maravilla. Nadie podría hoy lo que fue, luego de las demoliciones imbéciles, insensatas, del duque de Montpensier y de Luis XIII. No me de pregonarlo: una maravilla. Había que verme en aquellos tiempos de frenesí. Claro que ninguno podía verme. Pero yo iba en el temblor de la brisa y del viento, más tenaz toda fatiga, convencida de la trascendencia familiar y esté de mi misión, transportando en mi delantal listado del Poitou, como si fueran brazadas de ramas secas, las peñas inmemoriales; los dólmenes, los monolitos arcanos en torno de los cuales se reúnen los forestales geniecillos; las losas de los fagos de las necrópolis merovingias y carolingias; las pie de los derruidos puentes que elevaron las legiones de Roma; y las dejaba caer aquí y allá, con la puntería exacta de un jugador de bolos, desgajando con metódico estropicio los sacros que plantaron los druidas, para edificar la gloria del castillo de Raimondín y para que —así como Raimondín, a mi juicio, el más hermoso de los humanos— su castillo fuera el más hermoso también. Y Raimondín (pero le encarezco al lector que lo tache de ingenuo, de distraído, de propenso a admitir la sencillez del milagro, y no de tonto) estaba tan plenamente embargado por el alborozo de mi amor, reiterado noche a noche por mí con fresco arrebató, sin preocuparme de la lasitud propia de un esfuerzo notable, que, como cuando alcé para él la capilla de Lusignan, ni se le pasaba por la mente sospecha, una duda. Vivíamos en la Edad Media; lo inédito revestía de bendita naturalidad; nuestros contemporáneos (como los actuales, pues todo es cuestión de costumbre, con igual llaneza no se pasman ante la perspectiva de viajar a la Luna) intimaban con la pirotecnia de los prodigios; mi marido era así, despreocupado, adorable. Se iba a pescar amigos, con servidores., siguiendo el curso del Vonne, del Clain o del Vienne, o a probar halcones en los sitios donde Clodoveo derrotó al visigodo Alarico y donde Carlos Martel derrotó al emir de España — esos halcones de picos afilados y cascabeles rabiosos que a veces me rozaban en la bruma de nubes por la que volaba, invisible, con mi cosecha de rocas sujeta entre las puntas del muy elástico delantal, y que entonces erizaban sus plumajes, frenéticos de terror, prorrumpían en hirientes quejidos y caían como muertos sobre los cazadores absortos—, y cuando Raimondín regresaba no lo sorprendía tanto como el aturdimiento enigmático de sus aves de presa, la singularidad de que su castillo dispusiese de un cuerpo más, en el que ya flameaba el banderín de plata y azur, e interrumpía el

examen de las novedades que había incorporado a su fortaleza, para computar solemnemente los grifos de Vendée que había abatido y las desgarraduras de sus perros.

Sí, vivimos días fabulosos. Y no bien estuvimos instalados, me dediqué a facilitar de mil modos la carrera de mi esposo, cuyas riquezas y vasallos crecieron continuamente. Lo que a él le gustaba era tenerme en sus brazos, y lo hacía con una aplicación esmerada que compensaba de otras vaguedades; comer cabritos tiernos y quesos de cabra; beber vasos de vino azucarado con miel y saturado de pimienta, nuez moscada, clavo y jengibre; purgarse con escamonea de Siria; rodearme de cortesía, sosteniéndome las mangas galanamente, por ejemplo, cuando me lavaba las manos en las comidas; escuchar, haciendo gala de infantil paciencia, los relatos de los juglares; narrarme a su turno, abriendo como estrellas sus dos ojos distintos, los ojos de Alejandro Magno, unas historias interminables, que en ocasiones se prolongaban en nuestro lecho hasta el amanecer, poniéndome nerviosa, pues no era eso lo que yo aguardaba de su compañía, y que solían ser las mismas que acababa de oír a los juglares errabundos; y volver a cazar albatros, patos salvajes y los eternos jabalíes de fieros colmillos. Lo demás, lo práctico, corría por mi cuenta. Demasiado príncipe era Raimondín para tan artesanos desvelos. Y nos amábamos.

Los sábados se producía la consabida metamorfosis y mi marido no me molestaba. Me encerraba en mi habitación, hundida hasta la cintura en una cuba de madera cuyo fondo estaba forrado con superpuestos cendales de seda, y me bañaba durante veinticuatro horas. Obedecía de ese modo a las imposiciones de mi mutación y a las de la higiénica Edad Media: porque es justo que se sepa, por labios de quien lo experimentó, que en Edad Media nos bañábamos con invencible entusiasmo; en la Media fuimos limpios: los criados de los baños públicos anunciaban en las calles urbanas la certidumbre del agua caliente, y el hecho mismo de que la Iglesia censurara a menudo inmoralidad de esos establecimientos, prueba que eran concurridos. El desaseo vino después. Es cosa de puritanos. Pero yo frecuentaba los baños; tenía mi cuba. Y en ella asistía semanalmente a la transformación que ya especificué. Mi parte serpiente me desesperaba, aunque hay una mala serpiente la que según Flavio Josefo, antes de la tentación del Paraíso, comenzó siendo encantadora, con patas y sin veneno, pero que luego, escurridiza, simbolizaría la incredulidad de la Sinagoga la falaz hipocresía de los heréticos— y una serpiente buena, buena que Moisés colocó su figura de bronce en una vara llegó a encarnar la alegoría de Cristo en la cruz. Ahora bien, confieso que mi mitad serpentífera no pertenecía a esta segunda clasificación. Me atormentaba, me inspiraba agradables pensamientos réprobos, me sacudía el cuerpo con bruscos coletazos. Todavía hoy me tortura. Y mis alas de dragón idólatrico, de dragón destinado a retorcerse a los pies de la Virgen María, me importunaban también, porque escapaban a mi dominio físico azotaban al aire con sus membranas de murciélago, como mi cola serpentina revolvía el agua del tonel, salpicando las pinturas del aposento, cuyas imágenes, debidas a esa escuela del Poitou de tonos ocre que evoca el arte bizantino popular y que alcanza tantos triunfos en los frescos de Saint Sauvin-sur-Gartempe, reproducían con la buena voluntad de la adulación cariñosa, los imprecisos episodios memorables de la vida de Raimondín de Lusignan.

Nacieron nuestros hijos, fruto de las noches en que Raimondín apaciguaba su elocuencia narrativa, y con ellos otras construcciones que extendieron nuestra potestad: Melle, Vou-Saint-Maxent, Parthenay. La Rochelle, Pons; las torres perviven en los bosques de castaños y de encinas, entre asfodelos, como la Torre Vidame de Triffauges. Debo decir que esas obras de mis manos, ese leve acarrear de bloques colosales, el que me reduje a imitar a damas tan opuestas como las bacantes que ya

mencioné y a Santa Radegunda, me dieron resultados harto mejores que las primicias de mi carne. Evidentemente, la cólera temosa de mi madre no se apartó de mi lado, y pese a que, cuando cada uno de mis diez vástagos veía la luz, le puse en los dedos anillos con piedras de sapo, para ampararlo de las hadas malignas, cada uno de ellos fue un modelo de fealdad, y a uno, el octavo, que apodaron con razón el "Horrible" y que nació con tres ojos, no hubo más remedio que suprimirlo en la cuna, a fin de defender a los Lusignan futuros. El mayor, Guy, heredó los ojos de Raimondín, el ojo azul y el de tenue reflejo dorado, pero fue espantoso. No abundaré en pormenores cuidados a propósito de los demás: el largo diente de Geoffroy; la mancha de piel de topo sobre la nariz de Froimond, etc., porque el mero catálogo de esas miserias me estremece. ¡Y Raimondín y yo éramos tan hermosos! Giraban las cabezas a nuestro paso; sembraban pétalos de rosas provenzales en nuestro camino. ¿De qué nos servía?

Creo que la sostenida monstruosidad de sus inmediatos sucesores terminó por llamar la atención de mi marido (especialmente cuando le descubrí, entre sábanas perfumadas, al niño de triples pupilas y párpados, que ya insinuaba una mandíbula implacable) y que lo que no habían logrado mis maravillas ingenieriles y económicas — puesto que el señor de Lusignan alardeaba en medio de los próceres magníficos de Francia— lo consiguió nuestra desdichada galería de fenómenos. Por fin anidaron en su pecho viril, vetado de vello pulcro, la Curiosidad y la Sospecha, y concluyó una ventura que los nacimientos aludidos, en lo que a mí respecta, no habían desbaratado, dado que los quise mucho, muchísimo, a mis hijos grotescos y deformes (¿acaso no me identificaba con ellos mi pasajera condición de mujer-serpiente?), y sólo cuando apareció el octavo aprobé pesarosamente su eliminación eutanásica. Pero el carácter de Raimondín se modificó. De simple y manso, se tornó melancólico, suspicaz, áspero y hasta grosero. La visita de mi cuñado, el conde de Forez, añadió al fuego su combustible. Me rondaba, entre obsequioso y burlón; secreteaba con su hermano y me acechaba maliciosamente.

A esta altura de nuestra relación se produjo la gran escena del cuento de hadas. Los contactos de las hadas y los hombres, si bien a menudo atractivos, suelen volverse difíciles. Díganlo si no las complicaciones del vínculo del doncel Lanval con su hada bonita; las de Gauvain con Morgana; las de Morgana con el gigante Rainouart, hijo del emir de Córdoba, que por culpa de su feérica esposa (puesto que casó con Morgana en su isla impalpable) terminó vistiendo el sayal de los monjes; las de Arma con Marc Pen Ru, el Caballero Blanco, quien halló en ese amor su aniquilamiento, ya que las tenues cantaradas de su amiga, asustadas por un gesto de Marc, soltaron los bordes de la capa en la que lo sostenían por las nubes volanderas y lo dejaron caer, rotando, rotando como un huso en el vacío terrible, hacia el abismo de la muerte; las de Madoine con el caballero Laris, a quien raptó el Olvido; las del paladín Guingamor, que pasó tres días en el palacio de las hadas y, comiendo una manzana, envejeció apresuradamente trescientos años; las de tantos mortales, amantes efímeros de mis compañeras, que casaron con pobres mujeres para sucumbir poco después...

Y yo misma, yo misma, que ofrezco quizás el ejemplo más trapeo, entre las incontables doncellitas magas, ataviadas de verde, color de los bosques, y entre los reservados, silenciosos caballeros-hadas que avanzaban en el relámpago de sus verdes armaduras, como extraños lagartos de hierro, a través del fragor de los combates! ¡Ay, cómo quisiera morir, cómo quisiera haber muerto entonces! Pero nosotras no morimos. Sé que en Escocia hay cementerios de hadas, uno en el sudoeste; sé que en Cornualles han visto sus funerales nocturnos, que han visto sus pequeños ataúdes cubiertos de blancas flores, llevados, en la oscilación temblona de las velas diminutas,



por personajes que enristran como lanzas las ramas de mirto. Y aunque mi padre Elinas fue rey de Escocia, no puedo morir. Debe ser a causa de la ciudadanía francesa. He vivido en el Poitou demasiado tiempo y las imperecederas son, para aflicción mía, las hadas de Francia.

El riesgo de las conexiones pasionales entre hadas y hombres se hizo patente, una vez más, en la torre de Lusignan, un sábado a mediodía. Estaba yo en mi cuba, bañándome y peinándome, y me observaba en el agua. Jamás utilizaba un espejo. Cuando mis descendientes —entre ellos los de la Rochefoucauld, tarde, en el siglo xv— resolvieron incorporarme a sus blasones, asomando mi torso desnudo en cimera sobre las coronas y los yelmos (y con ello evidenciaron la vanidosa importancia que otorgaban al hecho de llevar en las venas mi sangre de mito y de realidad, más rara que ninguna otra), tuvieron buen cuidado de no colocar un espejo en mi diestra. Eso queda para las sirenas, mis rivales en la historia y la heráldica, las sirenas con las cuales se me confunde, olvidando que mi cola —mi cola única— no es de pez, sino de serpiente, y que nada tengo que ver con los capiteles románicos del Poitou que repiten la figura convencional de la mujer acuática. : Estaba, en consecuencia, peinándome con un peine de oro.

Me contemplaba reflejada en el agua transparente, en la que brotaban, a un tiempo, la imagen verdadera de mi cola escamosa y la imagen copiada de mis alas con garfios. Mis trenzas deshechas flotaban sobre mi cabeza, no bien me sumergía, como oscuros nenúfares. Creo recordar que murmuraba una canción que dice que el poeta no posee un castillo rodeado de murallas y que su tierra no vale lo que un par de guantes, pero que no hubo ni habrá un amante como él. Era una canción de moda, difundida por los juglares, y la empeñosa arrogancia del trovador no nos sorprendía, pues resultaba corriente que los trovadores se jactaran de sus méritos personales, tanto en lo intelectual como en lo físico. Cada uno realiza su propaganda como puede, ya erigiendo un hada-serpiente sobre su escudo, ya proclamando, a quien quiera escucharle, sus condiciones para la amatoria gimnasia. Súbitamente, mis oídos sutiles detectaron un leve ruido más, entre el chapoteo, el canturreo, las fricciones y los rumores que venían por el abierto ventanal, trayéndome los ecos soleados de la campiña, donde los paisanos sembraban el trigo de primavera bajo la algarabía de los pájaros. A pesar de que Raimondín, en el curso de los años transcurridos, me había habituado a confiar en su prudencia y su discreción, conservaba yo un alerta sentido que vigilaba el recato de mi intimidad contra intromisiones fatales. Era aquél un chirrido delgado, apenas insinuado en el bullicio familiar, pero pronto supe, desgraciadamente, de qué se trataba. Pronto capté de qué ángulo de mi habitación procedía. Pronto, en la gruesa madera de la puerta, un brillo atrajo mis ojos despavoridos. Y en seguida reconocí la hoja de la espada de Raimondín, que pugnaba por tajarse un paso en los tablones; la reconocí porque yo misma se la había regalado, como tantas y tantas cosas, desde sus palacios hasta sus juegos de ajedrez y sus anteojos de cristal de roca y de berilo y sus grandes copas de plata tachonadas de esmaltes y de perlas. La hoja desapareció y adiviné que, por el orificio, estaban espiándome mi marido y el conde de Forez. Entonces comprendí que todo se derrumbaba, que el castillo de Lusignan seguía en pie pero, de cierto modo dramático y exquisito, se derrumbaba; que toda mi vida, sus esperanzas y sus sueños, tambaleaban en torno y se abatían. Y por primera vez lancé mi grito destinado a ser célebre, el grito de Melusina, de la Mere Lusine, la Mater Lucinia, la madre de los Lezignen, los Lusignan. No me creí capaz de tal estruendo. De mis labios dilatados se fugó un vozarrón desconocido, un baladro, un clangor de cien trompetas, trueno de cien roncros bramidos juntos, con violencia tan Mita que los aldeanos sembradores, en leguas a la redonda, levantaron las amedrentadas frentes hacia la celeste serenidad

cielo, pensando en la locura de una tormenta repentina que arrasaría sus cosechas y sus casas, y echaron a correr, como en horas de guerra y de invasión, hacia el abrigo castellano. Pero, con ser la explosión tan atroz que me dejó casi sorda, alcancé a distinguir, a pesar del estrépito, el gemido angustiado de Raimondín que huía por las escaleras. No había ya nada que hacer. Mi esposo me había descubierto, quebrando el pacto, y el anuncio de mi madre debía cumplirse. Tampoco lograba yo retenerme, ni cesar de gritar, estremeciéndome con ello hasta los subterráneos más distantes, ni impedir que mis mojadas alas de murciélago dilataran sus membranas, me levantaban por el aire y, sacándome por el ventanal, me obligaran a dar tres vueltas a los parapetos de Lusignan, gritando, gritando siempre, sorda y mareada, y a exponer mis bellos pechos, tan altos y bien modelados que nunca necesité los senos postizos que, como ahora, algunas damas usaban a la sazón, y mi cola de sierpe y mis brazos que la consternación retorció, a las miradas atónitas de los hombres de armas, surgidos a medio vestir, de los caminos de ronda, o inclinados en las troneras, y a las miradas de las buenas mujeres que salían a las puertas de las cocinas, con un pavo o un pollo en las manos, y que atrojaban al suelo los cucharones de madera y de cuerno, y también a las miradas absortas de los paisanos que se persignaban tres veces, y ¡ay, Dios mío, Dios mío!, a las del propio Raimondín, mi pobrecito Raimondín, que se ajustaba las gafas de berilo y quedaba boquiabierto y, cada segundo más enanito, más enanito, abrazado al conde de Forez, se desmayaba ante el espectáculo de la desnudez de la hija del rey de Escocia y ese apéndice ofidio de placas móviles, y esas alas vampiras, blancas, y azules, desvergonzadamente expuestas ante nuestros vasallos, mientras las campanas de la capilla y los tambores tocaban a rebato; los caballos rompían sus frenos con delirantes relinchos; los gansos del Vonne, los cisnes del Poitou, enardecían la corriente con el enajenado batir de sus plumas, y las palomas, aterrorizadas por mi presencia de mortífero dragón, escapaban en círculos trémulos que ponían sobre la ansiedad de las almenas una ancha aureola vibrátil. Fue un horror y un escándalo, y yo, el alma de Lusignan, la administradora, la organizadora de su orden, fui la inocente culpable. Un horror.

Lo demás se desarrolló en forma previsible. Anduve escondida, hasta que tuvo lugar una entrevista con Raimondín, lloroso pero espantado e impertinentemente escruñador (¡ángel mío!), quien me rogó que lo perdonara, como yo le rogué que excusara la descortesía de mi aspecto. Cualquier tentativa de acercamiento era inútil ya. Más que lo sucedido, que su bondad y su distracción hubiesen excusado, lo vedaba mi cola de serpiente. No nos volveríamos a ver y nos despedirnos tirándonos besos a distancia prudencial.

De tanto en tanto, aprovechando la negra complicidad de la noche, regresé a Lusignan, a detener mi amargura junto a las camas de mis hijos y sobre todo junto a la que había compartido con mi esposo y que había sido terreno de experiencias efusivas. Alguna vez, Raimondín despertó. El ojo azul y el ojo dorado, que la miopía entrecerraba, registraron vanamente el aposento. No podía verme. Me asilé en el campanario cuadrado de la iglesia que yo misma había construido, y velé, dentro de lo posible, sobre los míos. Mis pequeños no evolucionaron mal; si se tienen en cuenta sus estorbos físicos, el lector será indulgente. Froimond, el de la piel de topo en la nariz, ciñó el hábito humilde de los monjes de la abadía de Maillezais. Su hermano Geoffroy, aquel cuyo diente protuberante impresionaba a los huéspedes, se opuso a ese propósito santo, acusándolo de cobarde y holgazán, y como añadía a su natural violencia el sentido práctico que había heredado de mí, incendió el monasterio con sus religiosos. Pero en seguida se arrepintió; restauró a Maillezais con una arquitectónica eficacia que también procedía de su lado materno, y lo dotó de generosas rentas. Mis vástagos restantes se condujeron como caballeros sin tacha. La celada y la armadura

disimulaban hasta cierto punto sus originalidades, lo que justifica, tanto como la costumbre señorial, que prefirieran el ajetreo militar al ocio mundano.

Los años transcurrieron. Murió Raimondín y mis lágrimas lo acompañaron al sepulcro. Parece mentira, pero mis hijos se casaron bien y tuvieron descendencia copiosa. Y en cada oportunidad en que uno de mi sangre fallecía, volví a lo alto de la torre mayor de Lusignan, a lanzar mi grito. Era inevitable; por más que luchara, allá me conducían las alas invencibles. Durante tres días, me asomaba al parapeto, gritando, silbando (porque juzgué oportuno intercalar un agudo silbido en mi estentóreo plañir) y agitando mis velos de viuda. Al pasar el tiempo y cambiar las modas, quise seguir las. En el siglo xv, adopté el tocado de doble cuerno, adornado con flotantes caídas vaporosas, que figura en ciertas ilustraciones poéticas de mi existencia singular. Me resigné, lentamente, al monótono destino de los inmortales, que de niña temía con razón. Mi familia inmediata y mis vasallos desaparecieron y fueron reemplazados por otros. Perdí la cuenta de las centurias. Redújose mi vida a ir del campanario al castillo y de él a las labranzas y a los bosques, a observar el progreso de las faenas; a cumplir mi función de anunciadora fúnebre, pero después de la destrucción de Lusignan, en el siglo xvii, que me costó llantos acerbos, no me quedó ni siquiera el compromiso de esa ceremonia luctuosa, durante la cual algunos privilegiados tornaron a admirar la perfección de mis pechos descubiertos —ya que mi narcisismo, que considero disculpable, si se avalúa el desagrado de mis demás atributos, creyó que debía conservar ese encantador detalle de mi imagen nefasta— y a sobrecogerse ante mis ademanes elocuentes y mis tremendos chillidos. Me dediqué a leer. Me metí en las vecinas bibliotecas y aprendí mucha historia. Así, uniformes, se eslabonaron mis días hasta hoy; así se encadenarán los que me faltan, como a mi hermana Meliás y su gavilán doméstico, hasta que las trompetas del Juicio Final cubran mis gritos esperanzados. Mi linaje se extendió y enredó el árbol con el cual soñé de muchacha. Príncipes y reyes de Jerusalén, de Chipre, de Armenia y de Bohemia, se dividieron mi legado sanguíneo de hada catastrófica; resultó de buen tono proceder del hada Melusina y, a medida que el árbol de mi progenie alargaba sus ramas internacionales, los duques de Luxemburgo, los Pembroke ingleses, los Parthenay, los Lézé, los Eu, los Dié, los Saint-Valérien, los Saint-Gelais, los la Rochefoucauld, los Cabiére d' Aragon, los Sassenage, los Candillat, los Saint-Séverin, los Châteauroux y sus alianzas innumerables —un mundo espléndido, a la verdad, en el que hubo y hay gente deslumbrante, luz de los tronos, pilares del ejército, orgullo de las cortes, prestigio de la literatura y fundamento de los clubs exclusivos— se ufanaron de derivar de mi estirpe. Hasta a un personaje central de Notre-Dame-des-Fleurs quisieron injertarlo en mi árbol noble, pero ese es un invento de Jean Genét. Y yo continué leyendo, con los anteojos arcaicos de Raimondín, que rescaté de su mortuoria cámara, deslizándose sobre mi nariz hacia mis manos que manejan con" destreza igual las páginas del Gotha y las de las novelas actuales. Sin embargo, en el andar de tanto tiempo, algo diferente me aconteció. Fue hace casi ochocientos años. Es lo que en este libro me propongo referir.

Mi cuento de hadas ha terminado. Es triste y también es hermoso. El lector dirá. Ahora debo narrar el otro, que como éste tendrá atisbos de cuento de hadas, por el matiz ineludible que mi esencia impone a lo que me circunda, mas será un cuento harto diverso del que he narrado quizás con exuberantes pormenores: recuérdese, empero, lo que antes expresé, o sea que a los seres humanos (¿y hay alguien más humano que un hada como yo?) les es imposible no acceder a la satisfacción necesaria de hablar de sí mismos. Al fin y al cabo, sola en el campanario de Lusignan, no hablo con nadie desde el siglo xii.

Progresaba la noche, en aquel verano del año 1174. Todavía faltaban dos horas hasta las doce y el toque de Maitines, y yo dormitaba, gozando del silencio que cerraba las últimas puertas, y aguardando el instante en que la campana volvería a despertarme, porque nunca, hasta hoy, he podido habituarme al repique de los bronces suspendidos sobre mi cabeza. Se observará que debí escoger un alojamiento menos incómodo: si elegí éste fue por razones sentimentales. La capilla de Lusignan es la primera de las obras que realicé para Raimondín, y yo soy muy sentimental. Además, aquí me siento en mi casa, mi casa ruidosa pero mía.

Soñaba mi sueño de siempre. Veía, como mucho tiempo atrás, a Raimondín que apartaba la cortina de follaje de la fuente de Cé, entre el nítido sonar de los olifantes. De súbito, me desperté. He conservado un oído muy fino y algo se había deslizado en su interior que perturbaba el cotidiano cinematógrafo de las imágenes. Era un golpeteo seco y venía de la carretera. Mi instinto de perdiguero se alertó; desperezáronse mis anchas alas invisibles, e incorporándome me asomé a otear la plateada bruma, mas ni siquiera con el refuerzo de mis queridas gafas de cristal y berilo logré distinguir al productor de los intrusos rumores. Me orienté y volé hacia ellos.

Por el camino avanzaban, pausadamente, dos sombras. Me aproximé aun más y di la vuelta al desconocido grupo que embadurnaba la oscuridad, merced a un vago reflejo, con unos tintes de azabache y de laca verdinegra. Adelante, en un caballo bastante bueno, iba un caballero cuyo rostro no alcancé a detallar, pues lo tapaba un capucho. Pendía a un lado su espada, azotándole con suavidad el costado, y sobre su espinazo colgaba, sujeto por una correa al cuello, un gran escudo oblongo, pero aunque traté de inspeccionar el diseño heráldico (esas figuras, en las que la vanidad se aliaba con los fines de identificación, si bien eran todavía raras, comenzaban a difundirse), no me salí con la mía, ya que encima se estiraba, con el evidente propósito de ocultarlo, un sacudido lienzo desgarrado a medias. Lo seguía un caballo de traza menos heroica, — el primero era casi un corcel de guerra y en cualquier caso lo había sido, mientras que éste no pasaba de manso rocín—, en cuyo lomo apilábase el bulto de la armadura y el reducido equipaje del jinete. No había nadie más, ni un escudero, ni un paje, ni un niño que alumbrase la senda. Todo participaba de un aire simultáneamente misterioso y deslucido, destinado a fascinarme. En su marcha salieron a un claro, entre los árboles, y entonces, como el caballero levantó la cabeza y le espolvoreó la cara el brillo de la luna, vi su rostro viejo, cansado y triste. Advertí que tenía un párpado, el derecho, algo caído, de modo que aun cuando lo mantenía abierto, le escondía parte del ojo, y que de vez en vez, obedeciendo a un tic, echaba la testa hacia atrás y alzaba la ceja correspondiente a ese ojo semitapado, lo cual le asignaba una expresión burlona y despreciativa que acaso no correspondía a la disposición de su ánimo, pero le infundía, sin disputa, la apariencia noble de uno habituado al mando. Tanta era la nobleza, en verdad, de aquella cara rugosa, que su obvia miseria no la alteraba ni en lo más mínimo. Deduje que se trataba de uno de esos caballeros errantes, cuya curiosa personalidad empezaba a esparcirse, merced al éxito de las novelas de Chrétien de Troyes, best-seller del siglo XII; acaso de un señor necesitado, incapaz de mantener en sus tierras a cinco escuderos, ni siquiera a uno, o, en la peor de las alternativas, de uno de esos caballeros sin más bien que sus armas, que iban de torneo en torneo —como puede suceder con un torero anónimo o gastado, en esta época— en busca, si tenían suerte, de la recompensa que les permitiría subsistir hasta la siguiente justa anunciada: el premio de un corcel, de un yelmo y una cota, de unas piezas de vajilla, de un bolso con monedas tornesas, que pronto pasarían a manos del mercader, del prestamista y del dueño del hostel. Algunos paladines así, menesterosos y respetables, había notado yo desde mi atalaya, pero éste, quizás por sus años y por la intensidad de su rostro, se me antojó distinto. Además, con el auxilio de la luna, yo

había dilucidado ya que el lanzón que mi héroe llevaba asegurado en el estribo, no era una típica rama de fresno, sino una defensa de unicornio, un cuerno de unicornio de seis pies y medio de largo, por lo menos, como el que a Carlomagno envió el rey de Persia. Y era tal el contraste que se producía entre la indigencia del resto y ese instrumento de prodigio, inhallable, por cuya posesión suspiraban los magníficos príncipes, que me quedé maravillada, porque para mí, fuera de los ojos de Raimondín, no hubo hasta entonces nada más bello ni más digno de envidia que el cuerno de un unicornio, que el extraño tornillo de luengo marfil a cuyo contacto cualquier ponzoña cede. Y yo soy experta en unicornios; los he estudiado bien; me interesan sobremanera. Podría escribir sobre ellos un libro entero, y ahora que pienso, éste se llamará así: el unicornio.

No intento arrogarme la prerrogativa de la exclusividad. No voy a salir yo inventando al unicornio. Antes, muchos han experimentado la sugestión de su enigma, desde el poeta de los Salmos, en los cuales representa en primer término el poder de Dios y luego la fuerza vital de los hombres, hasta Tertuliano y Justino, que lo utilizan para caracterizar a Cristo; a Prisciliano, que llamó a Dios, "unicorne"; a San Nilo, según el cual el monje es un unicornio; a San Basilio, que designa a Cristo como filius unicornium; a Ambrosio, que expresa que el nacimiento del unicornio es un misterio equiparable a la concepción de Nuestro Señor; y a Ctesias, Plinio y los naturalistas alejandrinos, que describieron coloridamente al monoceronte; y al Preste Juan, que pintó la guerra del unicornio y el león; y a Felipe de Thaon, que lo incluyó en su Bestiario; y a Thibaut de Champaña, que en una canción lo empleó para elaborar una imagen encantadora; y al escéptico Ambroise Paré; y así hasta los actuales contemporáneos, Jung, el erudito Odell Shepard, autor de Lore of the Unicorn, y el último, el delicioso e inquietante Bertrand d Astorg de Le mythe de la Dame á la Licorne. Sí; se lo ha desmenuzado, autopsiado, investigado, y encrespadas interpretaciones promovió. Alegoría de Jesús y del Espíritu Santo; símbolo de la potencia del mal; emblema de la encarnación; imagen de la vida eremítica; proyección de la Luna; efigie del alquímico mercurio; para casi todos, arquetipo de pureza; para Leonardo da Vinci, figura y cifra de la sensualidad. ¡Qué discutido bruto, qué delicadísima insignia, zarandeada por el juego metafórico!

Una tarde, en la floresta de Lussac, cerca del vado de la Biche, donde Clodoveo hizo beber a sus caballos, pasó un unicornio a mi vera, al galope. Tuve tiempo de apresar con los ojos su forma fugaz, y ya había escapado, dejándome la visión multicolor de su cuerpo equino, blanco, su cabeza roja, sus ojos azules, su cuerno negro, blanco y escarlata. Quise atraparlo y, sin darme sitio a ejercer mis facultades de hada, pues hubiera querido llevarle a Raimondín el preciado trofeo, se perdió en la salvaje espesura. No tuve en cuenta entonces, en mi aturdimiento, el arte especial que para cazar un unicornio se requiere, y que en la Edad Media hasta los niños conocían. El monoceronte es un ser ambiguo. Por eso ha sido objeto de glosas tan distintas. Peligroso, sanguinario, muere de tristeza en el cautiverio. Es capaz de luchar con un elefante, su detestado enemigo, y de clavarle el cuerno en la corteza rugosa; y sin embargo, ama a las palomas y se detiene a descansar bajo el árbol entre cuyas ramas se escucha su arrullo apasionado. Para cazarlo —¿por qué no lo recordé a la sazón?— es menester situar a una doncella en el corazón mismo del bosque que la bestia cruza con violento retumbo de cascos y vibrantes relinchos. La que servirá de trampa, debe ser una verdadera doncella, sin mácula alguna, pues si su pureza hubiera flaqueado en lo más leve, el unicornio, infalible detector de corrupciones, a cuya sensibilidad no se hurta y disimula nada, la castigará hincándole el asta filosa y dándole instantánea muerte. Ella lo aguardará en solitario silencio. Será hermosa y estará desnuda. Como los unicornios participan, a semejanza de los humanos, de gustos diversos, un

manuscrito sirio, citado por d Astorg, propone la posibilidad, a falta de una virgen, de emplear una prostituta o un joven vestido de muchacha. Pero lo corriente, lo ortodoxo, lo que han recogido los tapices de Clurry y los de los Cloisters de Nueva York, es que el cebo sea una mocita de perfecta castidad. Y desnuda, como lo estuve yo dentro de mi tonel fatídico. En los tapices góticos no la tejieron sin rebozo, exhibiendo la desvelada diafanidad de su cuerpo, quizás porque el pudor de las damas tejedoras se resistía a ese desenfado; mas ha de estar desnuda: sine qua non. Y en la intrincada umbría aguardará a la aparición piafante. Entonces acontecerá lo que los exegetas han reseñado reiterativamente: el monocorne, con la defensa recién aguzada en una roca (esa defensa que sirvió para salvarlo del Diluvio, pues por ella lo ataron al casco del Arca), se parará, huyendo de cazadores y lebreles, deslumbrado por el resplandor de la virginidad; vacilará un segundo; luego doblegará la cabeza; se aproximará a la doncella lentamente y, mientras ésta lo acaricia, depositará su testuz con un enamorado suspiro en su regazo, y entrecerrará los ojos. Quedará como enajenado, tan distante, tan olvidado de todo, que los cazadores lo ultimarán con sus flechas, venablos y picas, sin que oponga resistencia alguna. Ello se deberá, opinan unos, a la frescura que emana de la inocencia y que apacigua el ardor de su sangre y lo conduce al sueño; según la conjetura de Leonardo, a la voluptuosa satisfacción que domina su sangre bravía y lo impulsa a recostar su delicia en el pecho tibio de la niña intacta —o de la mujerzuela, o del disfrazado muchacho, respondiendo a la variedad de sus inclinaciones— y a omitir las aptitudes bélicas de su cuerno. Por un camino o por el otro: por el del embargado respeto a la candidez, o por el de la inerme entrega a la lascivia, el unicornio encontrará su doloroso fin. En consecuencia, yo lo considero —pues ello depende del modo en que se mire al asunto— como el símbolo de la pureza y como el símbolo de la impureza, y eso, esa opuesta dualidad que culmina en su destrucción inexorable, es lo que en él más me conmueve.

Con tales ideas, se comprenderá que la presencia de un asta de unicornio en la mano del ignoto y desprovisto caballero, me sumiera en la mayor confusión. Aquel objeto peregrino, aquel talismán precioso, que solía esconder en su base un carbúnculo curativo de enfermedades, poseía la virtud de preservar contra los sortilegios y de ennegrecerse al entrar en contacto con cualquier materia venenosa. Por eso los árabes incrustaban un trozo de unicornio —cuando lograban, a cambio de bolsas de oro, conseguirlo— en los mangos de los cuchillos que empleaban en sus festines. En este caso, si la comida era tóxica, un leve sudor informante cubría la hoja de metal. Por eso tuvo uno Lorenzo el Magnífico. Y es fama que si el monoceronte lo hundía, al beber, en el agua de un río, el líquido hervía, formando una nivea espuma que hacía huir a las alimañas mortíferas; entonces los demás animales aprovechaban para beber por turno, y el unicornio benéfico quedaba a parte, bajo el árbol que poblaba el zureo amoroso de las palomas, mientras que por su cuerno, que en esos momentos parecía de transparente cristal, pasaban, moviéndose delicadamente, como a través del humo de una larga pipa, borrosas figuras en cuyo diseño inasible tal vez se descifrarían los hechos del futuro.

¡Cómo me hubiera gustado despojar a su dueño de amuleto tan extraordinario... sobre todo reflexionando que poco lo utilizaría, en la selección de los manjares, el caballero que seguramente reconfortaría su hambre con miga de pan mojada en vino azucarado, el miget del Poitou que apreciaba Du Guesclin, y no abundaría en ocasiones de encararse con la ponzoña que sólo aparece en el aparato regio de los grandes banquetes políticos! Pero el ángel que habitaba la torre de Lusignan, atraído también por la presencia inusitada y tardía del viajero, había descendido hasta el camino, y fingiendo, por las mencionadas exigencias protocolares, no ver al hada de cola de

serpiente que al otro lado observaba la escena, me impidió con su presencia grave caer en la tentación. Si Raimondín hubiese vivido, la cosa hubiera sido distinta.

Los caballos, recelando cercanías misteriosas, lanzaron un doble relincho que estremeció a la soledad; el señor alzó más la cabeza todavía y se le acentuó el rictus de orgullo, que se hubiera disculpado holgadamente, de sospechar el desconocido que en ese momento desfilaba entre un hada y un ángel. Desplegué mis alas; el ángel desplegó las suyas y, con majestuoso vuelo, rivalizando quizás en aeronáutica elegancia, regresamos al campanario y a la torre, en tanto el repiqueteo despacioso de los cascos de las caballerías se alejaba rumbo a Poitiers y el cuerno mágico que lustraba la luna (cuando rompía momentáneamente, con su brusca aparición de pica torneada y punzante el terciopelo de la fronda que bordeaba la carretera) terminó por esfumarse, por extinguirse a mi vista, empinándose y reduciéndose en medio de las hojas más y más distantes, como un juego de erguidos surtidores que se apaga, de chorro en chorro cada vez menos activos, en un jardín.

Escrito estaba, sin embargo, que aquella no sería una noche de reposo: aun más, que aquella sería para mí una noche de nervios y de crucial importancia. Ni siquiera lo malicié, de lo que se deducirá que, al fin de cuentas, un hada está sujeta a tan emocionantes alternativas como cualquier mortal. También es cierto que, de no ser así, yo no podría enfrentar, sin perder la cabeza, el tiempo sin duda largo que me falta hasta el aniquilamiento del mundo.

Me estiré y reanudé los bostezos de la modorra. Una hora más tarde, volví a despabilarme, pero esta vez no fue, como la anterior, por las insinuaciones sutiles de un golpeteo rítmico, sino por la irrupción de un bullicio que quebró totalmente nuestra calma y que obligó al vigía a mostrarse en el nicho del torreón, con la puntualidad de una figurilla de reloj mecánico, y a varios soldados a inclinarse, en el pasadizo de ronda, escrutando la oscuridad de la carretera. Esa oscuridad cedía aquí y allá, ante un vaivén de sombras y de luces que crecía bajo los árboles, lo que picó mi curiosidad y me obligó a descender de nuevo. Entonces supe que lo que provocaba aquella algarabía —y que constituía la antítesis del calmoso andar del encapuchado del unicornio— era una carreta que venía en dirección a Poitiers, arrastrada por cuatro bueyes, y que la inestable claridad brotaba de varias antorchas llevadas por otros tantos niños y que pintarrajeaban caprichosamente la escena, intensificando por momentos la fosforescencia del oro con el cual habían sido teñidas las cornamentas y las pezuñas de los grandes vacunos blancos, coronados de guirnaldas de rosas marchitas, y brillantando los vivos colores del grupo que en lo alto del zamarreado vehículo se apretaba. Un anciano, a horcajadas en uno de los bueyes delanteros, guiaba la pereza del desfile. A caballo, a su lado, muy tieso, un adolescente me maravilló con su garbo, cuando el resplandor se proyectó sobre él. El resto, los del carro, eran unos gárrulos hombres y mujeres, vestidos con una exótica fantasía que nada tenía que ver con la simple túnica de las clases trabajadoras. Apenas si se los podía distinguir, apeñuscados como iban, de modo que me acerqué más y colegí que habían bebido bastante y que acaso —porque mi experiencia al respecto valía poco— se trataba de unos mozuelos y unas meretrices. Aunque, a partir de San Agustín, la Iglesia toleraba a esas desgraciadas imprescindibles, se esforzaba por salvarlas y hasta recomendaba el casamiento con ellas, como un método eficaz para ganar el perdón de los pecados, tampoco olvidé que en determinadas ocasiones la autoridad iracunda las azotaba en plena calle, sanción a la que hubieran sido acreedoras las de la carreta, por la audacia de su escándalo, de no mediar lo solitario del paraje. Una de ellas ordenó en ese momento al anciano del buey que detuviera la marcha al amparo de unos robles.

Bajaron todos, hasta el bello doncel del caballo, y sin más se pusieron a orinar desfachatadamente contra los troncos, lo que colmó mi sorpresa, porque observé que, fuera del doncel en cuestión, no había allá mujer alguna, pues el resto eran hombres y él únicamente no lo era, comprobación que, por el enmascarado intercambio de los sexos, me sugirió la idea de que aquella escena, más que a la tranquila atmósfera de Lusignan, hubiera correspondido a las locuras de la villa cercana de Bel-Esbat, situada en St. Vincent-sur-Jard y célebre, en la época prerromana, a causa de sus ambiguos placeres. Pero Bel-Esbat, Sodoma del Poitou, había sido engullida por las aguas, mucho tiempo atrás, de suerte que el carro equívoco, cuyos usufructuarios desdeñaban con sus ropas y actitudes al decoro, se presentó a mi mente como algo digno del lamentable nombre de Carreta de la Infamia, la carreta vergonzosa, impúdica, en la que los condenados eran sometidos a las burlas populares y en la que, por amor de la reina Ginebra, subió el caballero Lanzarote. Ellos, entretanto, sin percatarse de la impresión que producían, continuaban dando curso natural a su digestivo alivio y su parloteo, tanto que el angélico huésped de la torre del castillo, que también había acudido a ver qué pasaba, comprendiendo que no era ése su lugar, levantó vuelo y retornó discretamente a su celda.

Empero, a medida que escuchaba la ruidosa conversación, fui penetrando en el asunto y midiendo cuan grave había sido mi error al condenar con tal rapidez a esos jóvenes. Por aquel entonces y aquellos contornos, se empezaba a hablar de la novedad del teatro en idioma popular, un teatro que todos, señores y aldeanos, entendían, al no implicar el conocimiento del latín que se empleaba en los primeros dramas litúrgicos, y los vecinos comentaban la escenificación de la parábola de las Vírgenes Prudentes y las Vírgenes Locas, compuesta por un clérigo en lengua de oíl, que se representaba en los atrios de las iglesias y en torno de los monasterios que recibían a las peregrinaciones. Y los muchachos del carro —el uso severo imponía que los improvisados actores, sin excepción, pertenecieran al sexo masculino— regresaban a Poitiers, luego de ofrecer su sacra diversión en algún religioso pórtico de las cercanías, quizás en un pueblo donde se celebraba con una feria la fiesta de un santo, y era seguro que habían probado con exceso los vinos del abad y después los de las ventas del camino. Conservaban sus ropajes histriónicos, para aumentar así las causas de alborozo, con lo cual, más que salidos de la paz evangélica que establece con su admonición el piadoso drama, parecían escapados de esa Boca del Infierno que en el mismo drama figura y que constituía la artimaña efectista del fascinante espectáculo. Reían, bailaban, alrededor de la carreta que había reanudado la indolente andanza; cantaban, al son del violín, del arpa y del laúd árabe, pero dándole ahora un tono burlesco, la melopeya de las vírgenes incautas: ¡Ay, frágiles, ay, desdichadas, que demasiado dormimos...!, y todavía seguía circulando, de una mano a la otra, el jarro culpable.

En ese momento, la campana de Lusignan hizo sonar el toque de Maitines, la medianoche, y mi destino se decidió. Porque la verdad es que yo estaba encantada con lo que acontecía. Frente al monótono deslizarse de las horas en la torre cuadrada, aquel alborotado júbilo lograba el prodigio de rejuvenecerme, de llevarme atrás, en el tiempo, a la época de los agasajos que inventé para Raimondín y a los que concurría el señorío del Poitou. Quise participar, aunque invisible, de una felicidad que me hacía mucho bien, y me aproximé tanto al grupo de los bailarines y los cantores en el que había una sola mujer —la que, vestida de hombre, cabalgaba a un costado, casi melancólica, sin intervenir en el alegre ajeteo, y era, por lo que pude discernir en la penumbra, exquisitamente bella— que los adolescentes (como los caballos del señor del unicornio, en la breve escena anterior), recelaron tal vez una presencia mágica, intrusa, y ascendieron de nuevo al carro con ágiles brincos. Puestos en fila, detrás de las tablas, todos ellos magros, lánguidos y crecidos, con trenzas y diademas,



reproducían el friso hierático formado por las esculturas de las vírgenes sensatas y las que no lo fueron, alineadas con sus vestes de piedra en el portal de Aulnay, en Saintonge.

Uno de los infantes portadores de antorchas avivó la llama de la suya, y la luz cayó, violenta, sobre la cara de un joven que acababa de asomarse por encima de los maderos crujientes, cubiertos con ramas entrelazadas de laurel, y que oteaba con avidez el ahumado perfil del castillo, y entonces, a pesar de su traje y su tocado, pues evidentemente había interpretado el papel de una de las vírgenes, a pesar también de su expresión distinta, mezcla de pureza y madurez, advertí en él una semejanza tan asombrosa con Raimondín de Lusignan que, de haberme sido otorgada la posibilidad de desmayarme, juro que me hubiera tumbado, privada de sentido, mientras la alharaca de la compañía se separaba más y más de nuestras fortificaciones, perseguida por las piedras y las pullas de la soldadesca. Pero no sólo no me desmayé sino que, al contrario, se aguzó mi atención entusiasta.

El parecido era portentoso. Acaso ese muchacho ganara en altura y flacura a las de Raimondín, mas su rostro y el largo pelo negro que sobre él se volcaba, sus pómulos salientes, su nariz fina y menuda y, especialmente, increíblemente, la diferencia de sus ojos, uno azul y el otro con un tenue tinte áureo, chispa de una luz que acentuaban los reflejos temblones de la antorcha, correspondían con exactitud a los rasgos del hijo del rey de los bretones, de manera que pensé tenerlo ahí redivivo, reencarnado, y el viejo ardor que había quemado mis venas en la fuente de la Sed, la tarde de la cacería famosa, se desperezó y tornó a encenderme y a sofocarme. Me desvié un poco, para reflexionar y recuperar la calma, y me dije que una identidad como esa no era posible, a menos de mediar un encantamiento o una ilusión (que es una de las formas del encartamiento), y cuando volví a mirarlo no hice más que corroborar la impresión primera. El muchacho esbozó un ademán —el de apartarse el pelo de la frente, con tres dedos— y eso intensificó la analogía. Es cierto que, como Raimondín, no se ajustaba al retrato del doncel ideal, convencional, que trazaron y repitieron los trovadores (el muy blanco, rizadamente rubio, de ojos de halcón); su piel tenía un tono mate, soleado, mediterráneo; sus cabellos de lluvia y de sauce caían con el más lacio y olvidado de los abandonos, y sus ojos rasgados y estirados hacia las sienas, presentaban la turbadora singularidad conocida: pero hubiera sido absurdo no aseverar, con sólo verlo, que hubiera podido inspirar a los autores de los poemas novelescos que se recitaban febrilmente a la sazón. Por lo demás, uno de sus camaradas lo reclamó en ese instante, y su nombre, corto y musical, puso en el aire una resonancia de canción épica. Era el nombre de uno de los personajes de la gesta de los condes de Saint-Gilés, aquel a quien el capricho de un juglar embarulló, trabucándolo, con la memoria de un vetusto abad merovingio de Provins, San Ayoul, tanto que convirtió a la tumba de ese inocente patriarca en la tumba del grácil caballero Aiol, para mayor distracción de peregrinos y de turistas. Porque el joven del carro se llamaba, admirablemente, Aiol.

Quien me lea tendrá que compartir la confusión de mi ánimo, para comprenderme y juzgar mi reacción próxima. Luego de la sorpresa del unicornio, la de ese fantasma viviente de Raimondín terminaba de trastornarme. Para mí, lo mágico, la atmósfera de magia, era algo tan indispensable como el aire para un mortal. Encerrada en el campanario de Lusignan, muy contadas ocasiones se me ofrecían de respirar el mágico efluvio y, de no ser por ciertas prestidigitaciones caseras que yo misma producía para enriquecer el ambiente, y que por eso no podían desconcertarme, mi vida se reducía a un trajín invariablemente uniforme. Y ahora la magia volvía a irrumpir en mi medio sediento, con su frescura, con su incomparable sugestión, y me devolvía la imagen del

amor perdido, en una carreta estrambótica, con la facilidad con que se saca un naipe de una manga o de un sombrero.

Cansados tal vez del disfraz que conservaban, algunos de los mozos comenzaron a mudar sus ropas. Entre ellos se hallaba Aiol y, cuando quedó únicamente con sus bragas estrechas y sus calzas, que le marcaban con dos trazos amarillos las largas piernas, en momentos en que se aprestaba a ponerse la camisa no muy limpia, la luz de la luna le dio en un hombro desnudo, el derecho, y yo, que lo observaba de cerca, noté allí, en lo moreno de la piel, el nítido dibujo de una cruz blanca. Era la señal de los príncipes, la señal de los que nacen príncipes, la que el rey de Hungría descubrió en el hombro del hijo de Carlomagno, cuando la pobre reina Blancaflor debió refugiar en un bosque su desventura. Eso terminó de persuadirme. Apenas me exigió unos segundos la resolución que definiría mi actitud.

De un salto, me acomodé sobre uno de los bueyes, el cual, al sentir sobre su lomo la imprevista carga, giró hacia mí, sin poder verme, sus enormes ojos y sus cuernos dorados cubiertos de rosas moribundas, y lanzó, como un toque de bocina marcial, un sonoro mugido del que las yuntas se hicieron eco. Dejé colgar sobre el robusto flanco, a modo de una cimitarra, los esmaltes de mi cola blanca y azul; entreabrí mis alas, para recoger en ellas la templanza de la noche; y sacudidos con ruidoso bamboleo, nos fuimos entrando en el bosque, camino de Poitiers. Los chicos de las antorchas correteaban alrededor; el guía anciano azuzaba a las bestias, interpellando su molicie con terribles insultos; la niña del caballo se arrebuja en su manto y alzó en punta el pico de su capucha —misteriosa como esa mitrada figura ecuestre, bizantina, del caballero secreto, de piedra, que se reitera en las fachadas de las iglesias del Poitou, en Parthenay, Airvault, Melle, y que los peregrinos que iban a Santiago de Compostela se mostraban, contándose historias acerca del tiempo en que la emperatriz santa reinaba en Constantinopla—; y los de la carreta, que continuaban vistiéndose y desvistiendo y se arrojaban los unos a los otros las coronas de flores de las vírgenes, se pusieron a desentonar las canciones que habían oído en las posadas a los estudiantes goliardos, a los clérigos vagabundos, con invocaciones a Baco, a Venus y a Eneas. Y, aunque aquellos himnos rijosos resultaban muy poco adecuados para la evocación ritual, quizás por la solemnidad de los blancos bueyes y las guirnaldas enlazadas en sus cuernos que rutilaban en medio de las hachas humosas, quizás por lo arcano de la región, en la que los dólmenes sagrados eran vecinos de los monasterios, se me ocurrió que así debieron ser, en esos mismos sitios y en el oscuro comienzo de la historia, las procesiones de los druidas que atravesaban las florestas hacia el mar. Pero pronto la Edad Media pujante, la Edad Media que yo y mi enigma y mi fantasía simbolizábamos con incorporal prestigio, tornó a imponer su señorío sobre la escena, porque un enjambre de hadas menores, que a esa hora cruzaba la arboleda y sus neblinas, llevando a un caballero dormido, acostado en la curva de su escudo, al divisarme en el vacuno balanceado —y ya se sabe que mi situación jerárquica era destacada, en el dominio feérico del Poitou—, descendió hasta nosotros, con un extraño zumbido de insectos que hizo levantar las cabezas de los hombres y, como las túnicas consteladas de mis compañeras titilaban sutilmente en la tenebrosa espesura, los cánticos cesaron un instante, pues fue como si un vuelo repentino de luciérnagas hubiera pasado, despertando risueños susurros, sobre el cortejo teatral. Luego se alejaron de mí, augurándole felicidad a un amor que adivinaban, y las canciones de taberna, coreadas por el vocerío áspero, quebradizo, de los muchachos, recuperaron su vigor, mientras que el perfume de las flores silvestres crecía dulcemente, como si el carro avanzara entre recónditos sahumeros.

El lector habrá inferido tal vez, de esa inaudita similitud y del interés con que el mozuelo examinaba al castillo de Lusignan, que Aiol debía ser uno de los numerosísimos descendientes de Raimondín y míos que pululaban en la zona. Así lo barrunté yo y confieso que la eventualidad remota de un encuentro en el plano amoroso con quien acaso fuera el chozno de mi chozno, no me inmutó en lo más mínimo con su incestuosa perspectiva. El desorden cronológico propio de una inmortal, obligada a compartir la vida sucesiva de muchas generaciones, había suscitado en mí un distinto ordenamiento de las ideas morales, adaptadas a la originalidad de mis circunstancias. Y el hecho de que Aiol, sellado en el hombro con su marca de príncipe, fuera casi inequívocamente un Lusignan, al par que añadía un ingrediente al atractivo de la aventura, me brindaba un pretexto para abandonar por un plazo ignorado el castillo, sin que me remordiera demasiado la conciencia. Desatendía el cuidado de los Lusignan que moraban en las torres por mí edificadas, para ocuparme de otro Lusignan —ya no vacilaba en atribuirle ese origen— de mi sangre. Unía así lo útil a lo agradable, el deber histórico al voluptuoso esparcimiento. Atrás quedaban los grandes caballeros: Hugo IX de Lusignan, su hermano Godofredo, que fue uno de los paladines más valientes de entonces, y Guy, el benjamín, el elegante, el frívolo, de espléndida apostura. Estarían durmiendo a pierna suelta, tan desprovistos de ropa como vinieron al mundo, en las habitaciones castellananas que aromaba la menta salvaje esparcida en el suelo. El barón Godofredo guardaría su corcel en la misma cámara principal que compartía con su dama, y al alcance de su diestra, estarían las armas y los arneses. El otro hermano, Aimery, residía en Jerusalén, donde su intimidad erótica con la muy sensual señora Agnés de Courtenay, madre del pequeño rey leproso —cuyos detalles picantes llegaban, con los mensajeros de Tierra Santa, a conmover el tedio de nuestro baluarte, en el que se comentaban infinitamente los altibajos sentimentales de este segundón—, le valdría en breve el envidiado título de condestable del reino franco de Palestina. Esos Lusignan podían atenderse solos. Les sobraba astucia. Además, contaban con el ángel del castillo. En cambio me pareció que Aiol me necesitaba. O quise que me necesitara. O yo lo necesité a él. Y me fui en la carreta de las Vírgenes Prudentes y las Vírgenes Locas, sobre la cual la bandada de hadas radiantes que raptaba para su placer fugaz a un caballero dormido, como los olímpicos dioses robaban a las bellas mujeres, dejó caer una llovizna de tréboles nuevos, estrujados, olorosos, los tréboles que, según opinan los expertos británicos, permiten ver a las hadas. Pero los muchachos del carro no lo sabían y no los aprovechó nadie y nadie me vio.

El que daba acicate a las yuntas se fatigó también, probablemente, del disfraz que le imponía la tristeza de ser anciano, porque sin previo aviso, de un manotazo, suprimió la melena y las barbas apostólicas, con lo que se vio que era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de facciones curtidas, estriadas por una telaraña de arrugas, labios irónicos y ojos diminutos y vivaces. Se irguió en la bestia, como si la máscara decrepita lo hubiese aplastado, y recuperó su espigada arrogancia, subrayando así una curiosa afinidad de figura con Aiol. Volviéndose, exigió vino. El jarro pasó por encima del pelaje de los bueyes, salpicándome, y los muchachos rogaron:

— ¡Ithier, Ithier, cuéntanos, Ithier!

El hombre sonrió y bebió un sorbo. Detrás, la salmodia proseguía:

— ¡Ithier, Ithier!

Hasta que Ithier comenzó a imitar, con destreza suma, los gritos destemplados del pavo real, el bramar del toro, el zumbido de la abeja, el rebuzno del asno, la melodía del ruiseñor, y el bosque se pobló de animales invisibles.

Pero los del jarro insistieron:

—¡Cuéntanos, cuéntanos!

Ithier sacó de la alforja una zanfonia, hizo girar su manubrio y preguntó si deseaban la historia de San Alejo, el que dejó intacta a su esposa, la noche de las bodas, y que arrastró en Oriente una existencia miserable, para regresar a su castillo y refugiarse como un pordiosero bajo las bóvedas de la escalera, donde lo hallaron muerto, años después, y sólo entonces descubrieron su santidad.

Pero el que en la representación había tenido sin duda a su cargo el papel cómico — que sería el del mercator, el que vende a las vírgenes el aceite sin el cual sus lámparas se extinguirán, lo que las mandará derecho al Infierno— afirmó su voz más baja y profunda:

—No, Ithier, cuéntanos de tu vida en España.

Ithier se echó a reír:

—¡Sois muy jóvenes!

— ¡Cuenta, cuenta! —y modulaban las palabras con la cadencia ondulante del drama sacro.

Era claro que Ithier estaba acostumbrado a hacerse valer y suplicar. Fingió que vacilaba; sus dedos volvieron a crisparse en el manubrio que gobernaba el cilindro de su instrumento y empezó su relato con una voz gangosa, arrastrando las vocales y creando, con la sensualidad de las inflexiones, un clima raramente denso, apasionado. Lo suyo resultaba una mezcla de melopeya y de monólogo. Me di cuenta de que los muchachos habían oído esa narración en otras ocasiones, pero que cada una lograba para ellos el realce de una espléndida novedad. Y, en tanto proseguía la marcha pachorruda y algunos de los viajeros se dejaban caer, entre dormidos y sonámbulos, en el fondo del carro, la gloria, la pompa mitad refinada y mitad bárbara, mitad oriental y mitad nuestra, de los reyes españoles, irrumpió con un ritmo en el cual, aunque el único instrumento pulsado era una zanfonia casera, humilde, se hubieran podido distinguir los matices de los siete tipos de rabeles moros, importados de Persia, el que tiene forma de hemisferio también y el que tiene forma de barca, y el cloqueo conversador de las castañuelas andaluzas con las que las mujeres de Cádiz acompañaban sus pantomimas, desde los tiempos de Marcial, tal era la fuerza de las evocaciones entrecruzadas por un seco batir de palmas y un corto grito. Ithier nos dijo que había estado en la corte de Alfonso VII de Castilla, el Emperador, quien vivía como un sultán, como el califa del Cairo, en medio de un harén de concubinas y cantoras, y en la de su yerno, Alfonso de Aragón, quien rivalizaba con él en lujo estupendo.

Los ojos de Aiol, dilatados, horadaban la sombra que nos circuía, como si en ella buscaran el diseño huidizo, velado, de las danzarinas, y el perfil escultórico de los monarcas de Iberia que besaban a las cautivas en la boca, y yo sentí celos de esa

emoción y agité mis alas, con lo que un aire sobrenatural sopló livianamente sobre la escena, insinuando su escalofrío en las espaldas de los presentes, y la niña del caballo despegó los labios por fin, para afirmar que habíamos pasado sobre una tumba, lo cual me dio mucha rabia, pues todos se santiguaron y en seguida tornaron al hechizo de los serrallos españoles, donde el soberano de Aragón acogía a los trovadores de Francia, a Peire Vidal, a Guiraut de Bornelh, y les regalaba alfanjes y palafrenes y capas bordadas de oro.

—¿Y a ti qué te regalaron, Ithier?

—A mí me regalaron el corcel más veloz de España. Pero no tuve suerte. Nunca he tenido suerte. Cuando volvía a Provenza, al atravesar las tierras de Navarra, su rey. un salvaje, un rústico, a quien el rey de Castilla no hubiera admitido en su alcázar, se enteró de la magnificencia del obsequio, y envió unos bandidos a que me despojaron. Y él se quedó con el caballo.

Suspiró:

—Un corcel de pelo largo, manchado como una pantera, ágil como una pantera de caza, que devoraba el viento. . .

Los jóvenes suspiraron también, solidarizándose con su melancolía. Yo conocía perfectamente el episodio, y sabía que el protagonista había sido Guiraut de Bornelh, el Maestro de los Trovadores. Haciendo un esfuerzo de concentración —porque, por falta de hábito, me costaban mucho esas manifestaciones espectrales— hubiera podido quizás aparecer frente a la tropa, con la majestad de mis alas y mi cola de sierpe, y desmentir al patrañero, pero resolví no ensayar ese juego, por miedo de fracasar en la operación, por elegante desdén ante el pavor que hubiera producido, y por entender que, a la postre, no valía la pena. Además, una distracción substancial torció el rumbo de nuestras inquietudes. La muchacha se nos había adelantado y vibró su alerta premioso en la sombra:

—¡Alguien hay en el camino!

De inmediato, los que reposaban se pusieron de pie y los vapores del vino se disiparon. La perspectiva de un mal encuentro en los montes era cosa cotidiana, y la historia del rey de Navarra le confería triste actualidad. Me calé las gafas de cristal de roca y de berilo y, a la vera de la senda que giraba entre los árboles, rescatado de la lóbreguez por las antorchas indecisas, divisé al caballero del unicornio. Sus dos bestias, descargadas, pacían la hierba, algo atrás, y él debía haber despertado cuando llegaron a sus oídos soñolientos el rechinar de nuestros ejes y nuestras ruedas, nuestros mugidos y nuestras exclamaciones, agravadas estas últimas por el escanciar y el sorber constantes, y azuzadas por la visión seductora de las lúbricas bailarinas del Emperador y del rey de los aragoneses, que corrían imaginariamente sobre la hierba con los pies desnudos, los ojos pintados con kohl de Ispahán, las cabelleras teñidas con alheña y las uñas fulgentes como ópalos.

Ithier, que era con mucho el mayor del grupo de los actores y en consecuencia el menos empeñado, por el sosiego de su sangre, en auspiciar las ocasiones de pelea, fue el primero en comprender que no corríamos riesgo. De lejos, saludó al desconocido y obtuvo respuesta de paz. Cuando estuvimos junto al caballero y la luz de las teas lo iluminó con rojizo resplandor, noté con más certeza su corpulencia musculosa, ahora

que había desmontado y se había desembarazado del escudo que disimulaba su figura, y noté también que varias cicatrices, una de ellas bastante honda, le bajaban por la parte izquierda del rostro, añadiendo fiereza a la expresión despreciativa de su ojo y su párpado. En seguida, en la manera de aproximarse y de tender las manos, le brotó el señorío. En cuanto al escudo que, descubierto, se apoyaba en una planta vecina, por sus franjas de plata y azur confirmé que me hallaba ante un Lusignan de mi casa, lo que me colmó de orgullosa complacencia, pese a la pobre condición del caballero, pues la natural altivez del personaje bastaba para compensar de otras aflicciones. Me gustaba que los míos fueran así; que se les midiera la casta con sólo mirarlos.

Los de la carreta se fueron descolgando uno a uno, en pos de Ithier, y rodearon al guerrero. El juglar le explicó de dónde venían y la tarea que habían cumplido, como vírgenes ya prudentes ya locas, y luego, de acuerdo con la costumbre de la época, que no consideraba un índice de mala educación el tiroteo indiscreto de las preguntas, sino, contrariamente, exigía la inmediata satisfacción de la curiosidad, los mancebos iniciaron un interrogatorio vehemente, al que cortó de raíz una exclamación de su guía:

— ¡Vos sois Ozil de Lusignan!

—Lo soy. ¿Cómo me habéis reconocido? Hace años que no vuelvo por estos parajes.

—Vos no sois, señor, de aquellos que uno olvida. Os traté cuando ambos éramos donceles, en la corte de Alienor, en tiempos en que todavía era reina de Francia y la rodeaban los trovadores.

—Me acuerdo de Rudel, de Marcabré y sobre todo de Bernardo de Ventadorn, pero a vos no os recuerdo.

Ithier dejó pasar la negligencia, aunque el gesto involuntariamente altivo de su interlocutor añadía al agravio, y de ello colegí que Ithier habíase habituado a padecer desaires, porque el sendero de muchos juglares y trovadores no estaba, por cierto, sembrado de rosas.

—Vos andabais con los pajes, Ozil de Lusignan. Aprendíais esgrima y cetrería y estudiabais la historia de Troya y de Roldan, en telas pintadas. Cuidabais de los palafrenes y frotabais las armas, pero en los festines trinchabais los venados y servíais el vino a los grandes barones. Yo no iba más allá de los patios y de las cocinas. Aprendía, como vos, mi oficio, escuchando, copiando, entre los domadores de osos y los que amaestran los perros sabios. Una tarde, la reina me oyó cantar.

—Yo no os oí.

—Fue una sola tarde.

El caballero, magnánimo, le estiró la diestra, que Ithier tomó con dos dedos, respetuosamente.

—Quisiera —dijo Ozil— ayudaros ahora, recompensaros por el bien que habréis hecho desde entonces, con sólo cantar, que es cosa de maravilla... pero no puedo.

Esbozó un ademán amplio, que cubrió sus dos caballerías, su escudo y el cuerno tricolor del unicornio:

—Mi haber entero está aquí.

Aquella redundante confesión, tan rápida y tan espontánea, devolvió a Ithier su seguridad: —Me honráis, señor, con hablarme.

Los demás atendíamos al diálogo, como si asistiéramos a una escena más del teatro ceremonioso, y yo me sentía especialmente gratificada por el papel que le incumbía a mi descendiente. Pero Ithier calculó que su pleitesía había ido demasiado lejos y, para ubicar la conversación en un plano más cómodo y anular distancias, añadió (afirmando así lo que yo había sospechado):

—Viene con nosotros uno de vuestra familia. Ozil se sorprendió. No le habrá parecido bien que alguien de su estirpe (y la mía) compartiera el carro de los histriones, varios de los cuales, para aumentar el bochorno, mostraban en las mejillas los rastros de pintura. ¿Cuál es?

—Es uno que, siendo bastardo, no es menos Lusignan. Aquí le tenéis.

Aiol se adelantó, tímido y espléndido. Le espejeaba el ojo de oro. Únicamente Ozil e Ithier alcanzaban a su estatura. Más delgado, más frágil, parecía más alto todavía.

Aquí se sitúa una peripecia importante de mi relato: la del reconocimiento; un novelesco episodio en el que el azar y el sentimentalismo se alían y triunfan. Para valorar su efecto, debe el lector reconstruir con la mente la plástica composición: lo tétrico y mágico del bosque; el carro tosco, abandonado; el hada que sigue sentada en el lomo de uno de los bueyes blancos, con sus tremantes alas semiabiertas; la muchacha vestida de varón, en su caballo; los muchachos absortos, que oscilan entre los catorce años y los diecisiete y alternan las ropas policromas, femeninas, de farándula, con las calzas apretadas; Ithier, que se inclina un poco, fiel al uso cortesano, y lleva la zanfonía en las manos, como si ofreciera un tesoro; Aiol, su morena hermosura, su ansiedad; Ozil y los destellos de su cota de mallas, que alguna vez estuvo barnizada de azul, y su soberbio donaire; la fascinación del cuerno del unicornio, que vibra, poblado por un vaivén de inestables siluetas, como si fuera un alargado filtro de brujo; el escudo de Lusignan, los metales y colores de mi cola de serpiente, que pregonan, como una ilustración de códice miniado, la nobleza del paladín; y un vasto silencio momentáneo, encendido por las antorchas y las vagas estrellas sugeridas en el follaje; un silencio que trizaron, en lontananza, los clarines roncros de los segundos gallos, hacia las tres de la madrugada; y un cimbrear etéreo que movía las hojas, los brotes y las briznas e insinuaba presencias oscuras, como si cada matorral estuviera habitado por esos seres que se refugiaron en las florestas y las fuentes del Poitou, después de la huida de las divinidades paganas, y que cortaban ramas de muérdago para sus arcanas fórmulas y surgían a veces, ante los cazadores y los ermitaños despavoridos, del seno de los arroyos, chorreando hierbas flotantes.

Ozil contempló largamente al muchacho.

—¿Sois hijo de una Berta, que vivió en Antioquía?

—Soy su hijo y he nacido en Jerusalén, quince años hace.

—¿Y vuestro padre?

—Mi padre es un señor de vuestro linaje, pero ni le he visto nunca, ni conozco su nombre.

Relampaguearon las lágrimas en los párpados de Ozil. Como si el diálogo requiriera un acompañamiento, Ithier dio una vuelta al manubrio de su zanfonía, que lanzó un quejido, y, en la copa de un roble, un ruiseñor, súbitamente despierto, se lanzó a cantar.

—¿No os dijo vuestra madre su nombre?

—No me lo dijo.

—Acércate, Aiol de Lusignan.

El muchacho avanzó y el caballero le tocó la barbilla y le analizó la cara.

—Un ojo azul —murmuró— y un ojo de oro; un ojo para Dios y un ojo para el Demonio; un ojo para el Bien y un ojo para el Mal. Y aquí, la marca del príncipe.

Con firme mano, le bajó la camisa, en el hombro derecho, y la cruz blanca se diseñó sobre lo tostado de la piel. Abrió los brazos y pronunció las palabras que esperábamos todos, porque hallazgos como éste, simples y dramáticos, se multiplicaban en los versos que salmodiaban los juglares, y lo insólito aguardaba al hombre de la Edad Media en cada encrucijada, de manera que si era factible topar con un dragón, con un gigante, con un unicornio o con un arcángel, o recibir como regalo una garra de grifo, o que a uno le propusieran en venta (con el correspondiente sello de cera, que certificaba su autenticidad) un trozo de pan masticado por Nuestro Señor y traído de Tiberíades, hubiera sido tonto asombrarse de cosas que, por singulares que se juzguen, pertenecen a la rutina cotidiana.

—Entonces —declaró Ozil— sois mi hijo, Aiol.

Aiol cayó de rodillas y le besó la punta de los dedos. Yo reí en la treta de agitar mis alas implumes, y un hálito perfumado atravesó la escena. De algún modo, aun modestamente, quería contribuir al éxito del encuentro. Los demás los rodearon, hablando sin ton ni son. Aquellos vástagos de carpinteros, de herreros, de albañiles, de buena gana hubieran trocado a sus honestos padres por el que así se le ofrendaba, aun ilegítimo, al retoño de Berta. Sólo la muchacha permanecía aparte, actitud que Aiol advirtió.

—Ven —le rogó—. Es mi hermana Azelaís.

—¿Tu hermana?

—Hija de mi madre también. Nació un año antes de que yo viera la luz.

El caballero pareció hurgar en sus reminiscencias.



—Sí, es cierto. Había una niña. ¿Y te llamas?

—Azelaís, señor.

—Bello nombre, para una bella mujer —y al declamar la galanura, se rejuveneció el caballero y, detrás de sus cicatrices, asomó la gracia tersa del que había sido paje de Alienor de Aquitania.

Ithier hinchó el pecho, ufano, e hizo una pirueta:

—Yo le elegí ese nombre. Como a Aiol. Para Azelaís, dudé entre varios: Bertrant, Rostangue, Adalzie, Jausserande...

Los mozos del carro rieron y eso aflojó la tensión. Entonces Azelaís, con un ademán perfecto, dejó caer la capucha sobre su espalda, y comprobé que entre nosotros se hallaba una muchacha de extraordinaria hermosura. Decididamente, Berta había entregado al mundo productos muy notables. Si se piensa en los míos: en Guy y sus enormes orejas; en Odón, cuyos órganos auditivos no le iban en zaga; en Urian, con un ojo más alto que el Otro; en Regnault, que tenía uno solo; en el que tenía tres y a quien suprimimos —de lo que me arrepiento ahora, pues, dadas las bodas magníficas de los restantes, troncos de alcornias ilustres, nada indica que no hubiera sido capaz, él también, con sus tres ojos investigadores, de pescar una esposa rica y noble—; si se piensa en Geoffroy y su colmillo de jabalí; en Froimond y su mancha velluda de piel de topo... Pero toda comparación es odiosa.

Azelaís era rubia, de un rubio cálido, cobrizo, casi celeste de tan blanca, con anchos ojos verdes y rasgados, que reproducían la forma de los de su hermano, de quien mostraba la breve nariz y la boca jugosa, de fruta, sensual. El cuerpo destacaba su delicia, bajo el atuendo masculino: los pechos redondos, duros y pequeños, las memorables piernas modeladas, la delicada cintura. Cuerpo para besar, para acariciar. Y no sonreía. Ni un momento sonrió. Miraba al caballero, encarándose con él, desafiándolo.

—Me recuerdas a tu madre. . . a tu madre, años y años atrás, cuando la conocí en Antioquía. Berta...

El señor sacudió la cabeza, rechazando una imagen, y dirigiéndose a Aiol, prosiguió:

—Iba en tu busca. Te he encontrado antes de lo que esperaba.

Y lo besó en los labios y en las dos mejillas.

—Nosotros, caballero Ozil —dijo Ithier—, vamos camino de Poitiers, donde estos mozos tienen sus casas y yo la mía. Yo soy, sin serlo, algo pariente de Aiol, porque Berta casó, hace un lustro, con mi hermano. De suerte que, así como vos sois el padre de Aiol, mi hermano Pons es su padrastro.

Ozil, a diferencia de Azelaís, sonrió. Sonrió levísimamente:

—¡Berta, casada!

—Con mi hermano Pons, tallista en Nuestra Señora la Grande. Y Dios no ha bendecido esa alianza. Así que estos dos hijos de mi cuñada, Aiol y Azelaís, que han quedado como materiales testimonios de su pasado andariego, han sido cuidados como hijos suyos por mi hermano Pons. Sabíamos, pues Berta suele contarlo, que Aiol es el fruto de un caballero de Lusignan, y por los poros se le escapa la nobleza. No sabemos quién fue el padre de Azelaís. Quizá ni la propia Berta pueda asegurarlo.

—Berta es mi madre y es mi padre —replicó Azelaís, desabridamente—, no deseo otros. No necesito un padre noble, como Aiol. Me basto.

—Es tarde para discutirlo —suspiró Ozil, con harta razón— y lo más cuerdo será que continuemos juntos la ruta. Ven, Aiol, ayúdame. ¡Qué hermoso eres! Me haces pensar en el califa adolescente del Cairo, a quien traté cuando el rey Amaury de Jerusalén me envió a entrevistarlo, con Hugo de Cesárea.

Comenzaron a cargar los equinos y los demás se acomodaron en la carreta, pero en momentos en que Aiol se aprestaba a hacer lo mismo, su padre le indicó el rocín:

—Este es tu caballo y deploro no brindarte uno mejor. Lo merecerías. En marcha, pues. Antes, sin embargo, quisiera refrescar la garganta con un trago de ese vino que, por lo que deduzco, habéis paladeado minuciosamente.

El jarro tornó a circular, y los muchachos —ignoro por qué, tal vez porque era lo que cantaban mejor— entonaron incongrua y sonoramente el antiquísimo himno acathista (creo que es del siglo sexto), compuesto en latín para la fiesta de la Anunciación, con sus doce invocaciones litánicas:

*—Salud, tú por quien la creación se renueva,*

*salud, por quien el Creador se hizo niño.*

*¡Yo te saludo, Esposa indesflorada!*

Hasta que el sueño los fue derrotando y se derrumbaron en la carreta, como muertos. Los chicos de las antorchas cabeceaban y había que sacudirlos, para evitar que tropezasen. A un lado de los bueyes, Ozil y Aiol conversaban en voz inaudible. Ithier y yo nos incorporamos en las grupas rítmicas, y Azelaís, siempre erecta, espoleó a su caballo, para no perder lo que decían, íbamos, como si desenroscáramos un viejo tapiz entre los árboles. Despabiladas, las ardillas erguían la interrogación de sus colas; las liebres nos observaban un segundo y luego nos enseñaban los traseros fugaces; los mochuelos de iris amarillo caricaturizaban, en la hornacina de los troncos huecos, mis anteojos de berilo y de cristal; y el tapiz arrastraba en su tejido las flores diminutas y las constelaciones.

El caballero refería su historia, como si soñara, como hipnotizado. Dos años apenas más que Aiol contaba, cuando, a raíz de la prédica de Bernardo de Claraval, en Vézelay, que originó la segunda cruzada, partió hacia las santas tierras que Cristo había glorificado con su paso y con su muerte y que, después de la caída de Edesa en manos de Zengi y luego en las de su hijo Nur ed-Din, emir de Alepo —sus habitantes fueron degollados y sólo quedaron, entre sus ruinas, los chacales—, clamaban por el caritativo socorro de los príncipes de la Cristiandad. Ozil pertenecía al séquito de Luis

VII de Francia y de su esposa, la reina Alienor. No imaginaba entonces que permanecería casi dos décadas tan lejos de Lusignan.

—¿Qué podía hacer yo en Lusignan? Era el primo distante, sin recursos, el último de una larga familia diezmada por las expoliaciones y las guerras. Mi padre me envió junto a los reyes y se desentendió de mí. Poco más tarde, falleció. Y yo seguí la suerte de mis señores, de mi reina. En Lusignan, nada tenía. Me hubieran relegado, cerca de la servidumbre; me hubieran pagado con buenos consejos; me hubieran agobiado a obligaciones. Estuve veinte años en Siria, luchando, y de allí no traje más que lo que veis.

Mostraba, en la mejilla, el tatuaje de las cicatrices.

Al principio, las ilusiones lo habían levantado en vilo, como se elevaba sobre paveses, en el clamoreo, a los reyes arcaicos. La sangre le quemaba las venas. Por esas ilusiones, por el señuelo tentador que convertía a los segundones en soberanos de dilatados feudos, no regresó a Francia con el rey Luis, que llevaba a la impetuosa Alienor a la fuerza, como a una cautiva adorada, pues había creído sorprender sus amores con su tío, el magnífico Raimundo de Poitiers, príncipe de Antioquía. La posibilidad transparente de tales amores desconcertó tanto al inexperto Ozil —y de eso deduje que él también, como el rey, como acaso Raimundo, amaba a la reina inestable cuyas infidelidades con un esclavo sarraceno se comentaban— que el joven resolvió quedarse en Oriente y probar fortuna y quizás ganar un condado y una absolución plenaria, pues todo se daba a la vez en la extravagancia de las tierras bíblicas, para regalarlos a la tremenda Alienor. Pero se desató el escándalo de la separación regia, y Alienor casó nuevamente y entregó sus posesiones cuantiosas a otro monarca. Defraudado, Ozil fijó sus altas ambiciones en distinta meta y, lo mismo que la vez anterior, la casa de Antioquía entorpeció su camino. Raimundo de Poitiers había muerto violentamente, como le correspondía, en el campo de batalla de Fons Murez. Su cabeza tronchada y su mano derecha fueron mandados al sultán, a guisa de trofeos. Restaba su viuda, Constanza, muy joven. Un advenedizo, Reinaldo de Châtillon, a quien Ozil conocía desde la niñez, porque había compartido sus juegos en el valle del Loing, y que como él había llegado a Constantinopla en la comitiva del rey Luis, comenzó audazmente a cortejarla. Era un muchacho intrigante, sin medios, hijo del conde de Gien, con el único timbre de su nobleza. Y agraciado, brioso, fornido. La crueldad se le vio más tarde. Lo compararon los cronistas, por su vigor, con Hércules. "Otro Hércules."

—iYo no era ni menos forzado, ni menos hermoso, por la Virgen! Quise casarme con la princesa Constanza. ¿Por qué no?, ¿qué me faltaba, frente a Reinaldo? La princesa había rechazado a dos patricios de Bizancio, dos cesares; el rey Baudoin III de Jerusalén, su primo, proyectaba utilizarla en la política de sus alianzas: el conde de Soissons, el príncipe de Tiberíades... Y no se le presentó más remedio que entregársela a Reinaldo. No la tuve yo, que casi la tuve, os juro que casi la tuve, sino Reinaldo. El rey, a regañadientes, bramando de cólera, autorizó el casamiento. Igual hubiese autorizado el mío. Así que continué guerreando, junto a Reinaldo que era ahora mi jefe.

Escuchábamos el relato de aquellas frustraciones, y a ellas se mezclaban imágenes de esplendor y de desastre. Ozil había intervenido en veinte combates, en Cilicia, en Chipre; en la captura de Ascalón; en Paneas, donde el botín fue inmenso; en la derrota del Vado de Jacob, donde se perdieron tantos estandartes; en Shaizar, que no se ganó

por culpa de Chátillon; en el ataque de las fuerzas de Damasco, con el conde de Flandes; en la ceremonia de la humillación del revoltoso Chátillon, príncipe de Antioquía, ante **Manuel** Comneno, emperador de Bizancio; en la entrada triunfal del emperador, el basileus, el déspota, el autócrata, el isapóstol, el elegido de Dios, en la ciudad de Antioquía, con su manto cubierto de piedras preciosas, pesada la diadema en la cual temblaban los caireles fulgurantes, mientras avanzaba como una estatua, como un barnizado icono, a través de la niebla aromática de los incensarios, en el centro de la desarmada escolta de señores latinos, detrás de los cuales caminaba Ozil. Hasta ese momento, su vida se había desarrollado más o menos bien, pese a los fracasos. El caballero no alcanzó al trono de Alienor ni a la silla áurea de Constanza, pero su existencia participó de la pompa de un espectáculo fabuloso. Había conseguido, con su parte en los pillajes y las conquistas, acumular una pequeña fortuna. Dinero que ingresaba tan fácilmente, partía con la misma facilidad. Se resignó a contraer una boda menos encumbrada, con una dama mayor que él, de la familia del señorío de Sidón, y la dama se le extinguió entre los brazos, a los seis meses, de un desconocido mal, babeando sangre y farfullando una lengua extraña. Ni una moneda le dejó, ni una de aquellas monedas —un dinar de oro, un dirham de plata—, que colmaban las bolsas de los musulmanes, y en las que los cristianos hundían los brazos hasta el codo, durante los saqueos, porque lo enzarzaron en pleitos y le evaporaron la hacienda inhallable.

A los treinta años, una desgracia imprevista se sumó a las anteriores. La codicia de Reinaldo lo arrojó, con sus hombres de armas, sobre unos pastores que apacentaban majadas enormes en la zona del Anti-Taurus, hacia las praderas del antiguo condado de Edesa. No lo detuvo al príncipe, por cierto, el escrúpulo de las treguas estipuladas. Y allá se echó, floja la brida. El despojo fue colosal, pero el enemigo velaba, y cuando Chátillon regresaba a su principado, como si navegase con los suyos, vestidos de hierro, en medio de un cespino mar de carneros y de bueyes que atronaban los valles, el gobernador de Alepo lo persiguió con fuerzas hartamente mayores. Las bestias, enloquecidas, entorpecieron, imposibilitaron la defensa. Pero la avaricia tuvo la culpa del resultado, la avaricia de Reinaldo de Chátillon, pues no lo conformaba la idea de abandonar una presa tan suntuosa y, como consecuencia de la batalla interminable en la que hubo defecciones y fugas, en la que perecieron cuatrocientos soldados y en la que los guerreros complicaban la dificultad de su acción con el arreo de los rebaños, Reinaldo y treinta de la caballería cayeron en manos del enemigo. Uno de los cautivos fue Ozil. Desnudos, cargados de cadenas, los brazos ligados a la espalda, cubiertos de mugre y de sangre, asegurados en camellos sarnosos, los llevaron hasta Alepo, en medio de una tormenta de insultos, de befas y de golpes. Allí comenzó el terrible cautiverio del príncipe de Antioquía, que continuaba aún, catorce años después, y que puso fin a toda probabilidad de medra para Ozil de Lusignan, tan entrelazados estaban sus destinos. El padre de Aiol sólo sufrió un año y dos meses el escarnio de las mazmorras de Alepo. Era un rehén de poca monta, y el rey Baudoin pagó su modesto rescate.

—Y en la cárcel —intervino el juglar Ithier, aunque se suponía que no escuchaba— ¿que hacíais, caballero?

—En la cárcel me mordía los puños, urdía vanos planes de evasión, soñaba (como Reinaldo, sin duda) con el momento en que reunirían el dinero exigido para mi libertad, que en su caso importaba tanto como una montaña de oro, ciento veinte mil dinares sarracenos, el precio de una monarquía, lo que no se ha pagado ni por el conde de Trípoli, ni por Boemundo, hijastro de Chátillon, que lo sucedió en el gobierno de sus estados. La verdad es que los infieles nunca enfrentaron un adversario más

temible. Y también me ocupaba de estudiar árabe. Un renegado me lo enseñaba. En invierno, la nieve se colaba por mi ventanuco; en estío, alguna vez, oía a la distancia el musical rasguído de los rabeles, el cascabelear de las sonajas y el parche de los panderos. Le rezaba a Dios, que salvó a Jonas del vientre del monstruo, que salvó al rey de Nínive y su pueblo, que protegió a Daniel de los leones y a los tres niños de la hoguera, seguro de su auxilio.

Se persignó y los demás repitieron su gesto. Luego sus ojos se perdieron en las sombras.

—No bien salí, en Jerusalén, conocí a tu madre, Aiol. Berta... Berta vivía osadamente, como otras mujeres...

Claro que Ozil no empleó la palabra deshonrosa. No dijo: prostituta. Por lo demás, Aiol lo sabía. Hubiera sido imposible que lo ignorase, cuando en Poitiers las hembras maldicientes y cotorreras lo gritaban en el mercado. Yo lo supe a poco de llegar a esa ciudad, como supe que Berta había sido una de las ramerías vagabundas que, desde las primeras expediciones enviadas para arrancar el Santo Sepulcro de las garras impías, iban, mezcladas con los acróbatas obscenos, con los escandalosos estudiantes goliardos que sostenían que los sacerdotes deben casarse y gozar de las alegrías de la carne, porque ni hombre ni mujer han de renunciar al empleo práctico de los órganos con los cuales los ha dotado la magnanimidad industriosa del Señor; iban, mezcladas con los mendigos, los truhanes, las bailarinas y las tañedoras de arpa, de gaita y de pífano, en pos de la soldadesca, pues a partir de la segunda cruzada no se pudo impedir que los combatientes importaran con ellos, a guisa de lavandera, por lo menos una mujer, y a esa se añadieron otras y otras, nada beatas, organizadas militarmente, que formaron un ejército detrás del ejército. A la hueste buscona había pertenecido Berta, que era guapa, voluble y tenía ya una hija, la recién nacida Azelaís, y a sus méritos físicos y morales juntaba el de ser nieta de aquel discutido Pedro Barthélemy, el provenzal de las visiones místicas, que por una presunta revelación de San Andrés descubrió, en el suelo de la iglesia de San Pedro de Antioquía, el hierro de la Santa Lanza, con el cual el centurión atravesó, en el Gólgota, el divino costado. Tal parentesco otorgaba a Berta una especie de aristocracia, aunque algunos porfiaban que Barthélemy había sido clérigo, capellán del conde Raimundo de Tolosa, y nadie olvidaba que, cuando se puso en juicio la autenticidad de la reliquia y el pobre alucinado se sometió a la prueba del fuego, el Viernes de la Pasión, caminando sobre zarzas encendidas, a consecuencia de ese experimento desdichado murió quince días más tarde, en brazos del crédulo, asombrado y desilusionado conde de Tolosa. Del abuelo heredó Berta, si no los arrebatos contemplativos, la reciedumbre del carácter. Se entregó a Ozil de Lusignan, al señorial Ozil de las heroicas cicatrices y la expresión burlescamente esquiva —como se entregó a tantos de menor empaque— y siguió durante un tiempo su marchita suerte, de Antioquía a Jerusalén, de Trípoli a Ascalón. Vino Aiol al mundo, a un paso de la Torre de David, donde conjeturan que estuvo el Pretorio de Poncio Pilato, y a poco, cansada de un ajetreo nada fructífero, Berta desapareció. Regresó a Francia, donde casaría, como informó Ithier, con Pons, tallista de piedras en la iglesia de Nuestra Señora la Grande de Poitiers.

Ozil no la extrañó mucho. Extrañaba, sí, al niño del ojo azul y el ojo áureo, de la señal blanca en el hombro. Y continuó su andanza, a las órdenes de Amaury I, sucesor de su hermano Baudouin en el trono de Jerusalén. A esta altura del relato se ubican las bélicas campañas contra Egipto, que exaltan de inútil gloria al nombre del esforzado Amaury. El caballero Ozil hizo el viaje de Jerusalén hasta Fagus, sobre uno de los

brazos del Nilo, en veintisiete etapas. Sólo para ir de Gaza al Cairo se necesitaban doce días, transponiendo arenales infinitos, bajo la cólera de un sol candente, enloquecedor. La caravana avanzaba agujoneada por las penurias, dentro de una cegadora nube de polvo que envolvía a los camellos, a los vacunos, a los jinetes de hierro, cuyo casco se cubría con el flotante kefieh árabe que originó los lambrequines de la heráldica. Un inmenso rumor escoltaba a las huestes, como resultado de las letanías sacerdotales, de las exclamaciones infantiles de los beduinos que guiaban a las bestias gibosas, y de los cantos soeces de la tropa, que embarullaba los dialectos orientales con los de allende el mar Mediterráneo. Una, dos, tres expediciones vanas se sucedieron. En la tercera, desde su campamento de los alrededores del Cairo, el rey Amaury destacó a Hugo de Cesárea y a un templario a la ciudad que vista a la distancia semejaba una montaña, por la altura deslumbrante de sus edificios. Debían cumplir la misión de embajadores y obtener la promesa de fidelidad de su aliado, el joven califa. Con ellos fue Ozil.

Diríase que la extensa narración, desarrollada en la quietud sonámbula del bosque de Poitiers, cuya senda era atravesada, de tanto en tanto, por un zorro, como por un trazo de tinta en seguida borrado, no perseguía más objeto que la culminación insigne de ese recuerdo, el de la visita al palacio del califa al-Adid Abu Muhammed, con sus fuentes de oro y de plata, que arrojaban surtidores musicales sobre los mármoles geométricos, sus portentosas pajareras, sus jaulas de animales exóticos, su gran sala protegida por guardias negros, en el centro de la cual pendía un velo anchísimo, bordado con esmeraldas y rubíes. El visir se prosternó tres veces, corrió el ligero cortinaje y detrás apareció, en su trono reverberante de gemas, el califa de dieciséis años, al que la barba comenzaba apenas a matizarle el óvalo con una sombra leve, y cuya belleza había sido comparada por Ozil con la de su hijo Aiol. Y si bien yo pensaba que nadie podía rivalizar con Aiol en hermosura, era tal la seducción que emanaba de las palabras simples de Ozil —reiteradas por él en cien ocasiones, sin duda, en la descripción maravillosa que le habrían solicitado incansablemente sus compañeros— que de repente se me ocurrió que todo lo que yo había inventado, cuando transportaba columnas y capiteles en el delantal de mi época de esplendor, para conmover a Raimondín de Lusignan, cedía y se desmoronaba frente al espectáculo del príncipe espléndido, colocado, como una enorme joya, entre el visir que le besaba el pie, los emires de barbas teñidas, asombrados del honor que implicaba admitir a un hereje en la augusta presencia, y los eunucos blancos y oscuros, que los mercaderes judíos importaban de África, de la India y de las tierras cristianas. El séquito se movía, reverente, con las panteras y los leones encadenados, en una atmósfera que unía el acre olor de los felinos al perfume de los sahumeros. El califa, sin que pestañearan sus ojos de gacela, escuchó el discurso de los dragomanes intérpretes que no osaban mirarlo, pero cuando Hugo de Cesárea exigió que sellara la alianza dándole la mano —aquel rito se llamaba entonces el noviazgo— creció la grito de los cortesanos, pues consideraban la pretensión que imponía el contacto de la piel sacrosanta de su señor con la de ese bárbaro inmundo, como un sacrilegio. Hugo de Cesárea, a cuyo lado, muy erguido, permanecía Ozil, la espada en la diestra, no cedió, y el muchacho musulmán de elegancia flexible debió tender delicadamente la mano enguantada y hasta descalzarse el guante —fingiendo, para salvar la descortesía y el crimen de lesa etiqueta de la situación, que su condescendencia mundana tomaba el asunto a broma, como un delirio alienado de los huéspedes latinos— y estrechar, riéndose, los dedos firmes del barón francés. Luego vinieron los obsequios.

—Fue en esa oportunidad —continuó el caballero— cuando recibí del pródigo califa al-Adid Abu Muhammed, este cuerno de unicornio.

Lo levantó, como si blandiera una lanza, y por su torneada estructura de tres colores corrió, al aproximarse las antorchas, un centelleo que insinuó, en la masa del carro y en la parda y atigrada sucesión de los matorrales, un luminoso resabio de lo que habría sido la magnificencia de la escena admirable.

—Lo he conservado por milagro. Muchas veces han pretendido comprármelo y robármelo. Y aquí está. Algún día te pertenecerá, Aiol.

Tornó a blandirlo, y merced al poderío de su rareza, a pesar de no ser más que un asta desnuda, desprovista de adornos, tuvimos la impresión de que en su extremo se agitaba una oriflama, fastuosa como el velo del palacio del Cairo, bordado de esmeraldas y rubíes, porque la penumbra vegetal, secreta como la que impera en las naves de un templo románico, se encendió cual si desde el interior del carro hubieran elevado a un tiempo las cinco lámparas coruscantes de las Vírgenes Prudentes, en su anunciación parabólica del fin del mundo y del Juicio, y las aves del contorno, creyendo que el triunfo del día había irrumpido en el bosque, echaron a volar con largo estremecimiento de alas y de hojas. Azelaís espoleó al caballo y lo frenó junto al de Ozil. —¿Muy hermoso? —interrogó—, ¿decís que el califa era tan hermoso como Aiol? ¿Estáis seguro? —Seguro estoy.

—Nadie hay más hermoso que Aiol, mi hermano. Me incomodó que la moza se expresara tan desvergonzadamente, aun compartiendo su veredicto, y sentí la picadura de un agujijón de celos, frente a la intensidad de sus ojos verdes. No me fijé, para condenarla, en la circunstancia de que si Azelaís era media hermana del joven, yo era su antecesora directa.

Aiol, que hasta ese momento había atendido la crónica de las aventuras del caballero con la cabeza gacha, la alzó hacia el fuego de las teas y del cuerno encantado.

—Calla, Azelaís —imploró—. Deja hablar a mi padre. —Lo que faltaría es que ahora te jactaras de tener un padre. Todos los tenemos.

—No todos —terció Ithier, lisonjero— tenemos un padre como Ozil de Lusignan.

—Ya lo sé. Pero deja, Azelaís, deja hablar al caballero. Lo que le quedaba por contar a Ozil se tornaba a cada párrafo más triste. La sombra temible de Saladino surgió por primera vez en el proscenio, oscureciendo el brillo inestable de los señoríos francos de Oriente. El caballero lo vio cuando el rey Amaury buscaba una batalla decisiva contra el emir kurdo Shirkuh, hombracho bajo, obeso y tuerto, que luchaba con una maza de hierro, como cualquiera de sus soldados, y que soñaba con apoderarse de Egipto, pretextando, por la división religiosa y política que separaba a los árabes del país de los faraones de los árabes de Persia, que los soberanos fatimitas del Cairo eran heréticos y había que someterlos al yugo estrictamente creyente de los Abasidas de Bagdad. Pero Shirkuh rehuía la batalla. En vano, Amaury improvisó un puente de barcos sobre el Nilo. Por fin, cerca de Babain, tuvo lugar el ansiado encuentro. Fue allí donde Ozil vio a Saladino, sobrino de Shirkuh, cuando los francos cayeron en su trampa estratégica y las "fuerzas del rey de Jerusalén se desbandaron. Contaban algunos que Saladino, el nuevo jefe, era descendiente de la bella Ida de Austria, la margravina, quien llegó a Tierra Santa en la cruzada de Guillermo IX de Poitiers, duque de Aquitania, y desapareció luego del desastre que deshizo a esa expedición, en las proximidades de Heraclea. Nunca más se tuvo noticias de la ilustre dama. Referían que el príncipe Malek Ghazi la había encerrado en su harén, y que ambos eran

antepasados de Saladino, aunque otros aseveraban que el fruto de esa desigual unión, lograda en el desierto, había sido el famoso Zengi, rey de Mosul. Lo cierto es que Saladino, según la descripción de Ozil, y a pesar de las inventadas genealogías que prosperaron como consecuencia de su acceso al poder, y de las que se mofaba su propio hermano, era, a los treinta y un años, un gran señor, un magnífico señor, pío, generoso y valiente. Se desplazaba como una tormenta arrasadora. Su tío Shirkuh le dio el gobierno de Alejandría, infiel al califa, y Amaury la bloqueó por mar y por tierra. Ozil estaba entre los hombres que vivaqueaban entre las pesadas torres de asedio y que pretendían reducir al puerto por hambre. Súbitamente, se firmó la paz. Hugo de Cesárea, cautivo de Shirkuh, no quiso intervenir en las negociaciones, tan convencido se hallaba de la total victoria latina, pero otro caballero se ofreció a servir de enlace. De modo que Ozil no entró en Alejandría como vencedor, sino como turista. Allí, cristianos y musulmanes fraternizaron, lo que envenenaba la sangre del luchador, mostrándole la esterilidad de sus esfuerzos. Le irritaba la fácil, afeminada finura de los jóvenes egipcios, que empleaban cincuenta metros de seda de Dabiq en sus turbantes y que usaban camisas en las que el lino se mezclaba con los hilos de oro, y un tejido, llamado camaleón, cuyos tintes variaban con las horas del día. Los recientes enemigos se narraban sus hazañas; cotejaban los respectivos daños causados por sus máquinas de guerra; ascendían a lo alto del Faro, maravilla del mundo, en cuya cúspide flameaba la bandera del rey de Jerusalén, con las insignias otorgadas por el papa Pascual II: la cruz potenziada de oro, entre cuatro pequeñas cruces similares, sobre campo de plata. El oro y la plata fulgían allá arriba, pero Ozil no lograba retenerlo en sus palmas desnudas. Tascaba el freno, impaciente, como un viejo corcel. Cuanto podía importarle andaba por los aires, se perdía en la transparencia de los aires: la cruz, que ahora interesaba menos, pues muy diversas eran las inquietudes de la actual generación hierosolimitana, y el rico metal, que sólo resplandecía en la heráldica regia. Ello unido a la presencia de Saladillo, cuya temible personalidad subrayó el padre de Aiol, al declarar que tenía la fanática certidumbre de que era el instrumento de Alá —y que abandonó la ciudad con una escolta de honor, facilitada por el propio Amaury—, sacaba de quicio al veterano Ozil, tanto que entonces proyectó regresar a Francia. Debió haberlo hecho en ese momento mismo. Días más tarde, el visir del bello califa, aliado del rey cristiano, hizo su entrada en Alejandría y ejerció venganzas atroces. En una refriega casual, sin dar para ello motivo alguno, Ozil casi dejó la vida. Cuando volvió en sí, juró que no pisaría nuevamente el suelo de la engañosa Jerusalén. Con lo último que le quedaba —y sin más caudal que sus armas, su cuerno de unicornio y dos caballos— adquirió pasaje en un barco que fletaron varios peregrinos para tornar a uno de los puertos que dominaba el rey de Sicilia. Y partió, arrostrando el riesgo de las tempestades y de los corsarios. Después cruzó Italia y Francia, hasta que puso término a su viaje en Lusignan.

Si bien ya se filtraba, alrededor de nosotros, en la morada luz, el preludio del alba, las postreras palabras de Ozil tiñeron de melancolía su relación. Azelaís había puesto una mano sobre el hombro de Aiol y continuaron así durante un espacio, apenas sacudidos por el tranco de las cabalgaduras. La tierna claridad bruñía las astas y las pezuñas doradas de los bueyes, que parecían conversar entre ellos, como conversan en sus establos la noche de Navidad, a la hora de la elevación. Bruñía también el escudo de Lusignan y la cota del caballero y, de no ser yo invisible, hubiera jugado con las tonalidades opalinas de mi cola de ofidio, que recuerda ciertos tornasolados nácares por el escurrirse matizado y como nubloso de su gama. Los de la carreta no se desembarazaban aún de la modorra del vino. De improviso, una bandada de pájaros extrañamente domésticos se abatió sobre la armazón del vehículo y permaneció posada, petrificada, en los travesaños. Temí (hay que desconfiar de todo) que entre ellos se escondieran algunas de esas peligrosas aves con cabeza de mujer, que todavía



asustan en los relieves de las iglesias muy antiguas y que transmiten a los hombres las pesadillas del espanto, hincando su peso sobre el torso de los durmientes, y las aventé con mayestático aleteo. Los muchachos, sensibles a la corriente misteriosa, se desperezaron y comenzaron a reñir, mientras los perfiles de Poitiers nacían de la bruma, de suerte que aquello no parecía una ciudad sino uno de esos espejismos que provocan las leyendas: las murallas, las torres condales; las cúpulas de la catedral de San Pedro, debida a la liberalidad de Alienor de Aquitania; las de Nuestra Señora la Grande, donde el padraastro de Aiol tallaba imágenes piadosas; de Santa Radegunda, en cuyo interior se venera, dibujada sobre una losa, la huella de una pisada de Cristo; de San Hilario, desde cuya capilla se izó un globo llameante, para guiar a Clodoveo en su victoria... Los actores, medio ebrios todavía, exageraban los bostezos y los estirones y declamaban una vez más, riendo, la frase que pronunciaban las Vírgenes Locas, cuando les rogaban a sus esposos que les abriesen las puertas:

*¡Ay, frágiles, ay desdichadas, que demasiado dormimos!*

Ithier les mandó que callasen y giró su solicitud hacia el caballero:

—¿Y en Lusignan?

—En Lusignan no esperaban que Ozil de Lusignan volviera tan desguarnecido como salió. Las cosas habían cambiado mucho, durante mi ausencia. Me encontré conque las mujeres usaban cabellos postizos, cortados de los cadáveres, y se depilaban como las de Oriente; conque los hombres se hacían trenzas con el pelo largo y ceñían sus ropas al cuerpo, modelándolo perversamente; conque unas y otros discutían, sin reposo, prodigando almíbares y oscuridades, a propósito de los laberintos del amor; conque Lusignan remedaba un alcázar de Damasco, desbordante de tapices, de espejos, de lienzos preciados. Yo no traía ni jofainas de oro ni peines sembrados de perlas. No traía nada. Si refería mis proezas, me contestaban con acertijos sutiles, o me hablaban de otros Lusignan, a su juicio más gloriosos, de Hugo VI el Diablo, que murió en Ramla, guerreando a las órdenes de Baudoin I de Jerusalén; de Hugo VIII, el que tan mal rato le hizo pasar a Nur ed-Din en la Bosquée y que cayó en Harim, prisionero, con los príncipes... Lo más grave, lo más reprochable, era mi pobreza. No se vuelve de Antioquía, de Jerusalén, de Trípoli y del Cairo, con las palmas vacías, a menos que uno aspire a hacerse ermitaño. Tanto y tanto me calentaron la cabeza con la idea de que debía buscar refugio en un monasterio, para obtener el perdón de mis culpas, que resolví seguir sus consejos. Pero por algo nos jactamos de proceder del hada Melusina...

Al oír mi nombre, tan familiarmente enunciado en ese bosque del cual conocía cada árbol, en ese condado cuyos señores derivaban de mi sangre, me estremecí de orgullo. Yo era el lujo extravagante de mi estirpe. Si por Raimondín mis retoños emanaban de los reyes de Bretaña, y por mi padre, Elinas, de los reyes de Escocia, yo aportaba a la casa el incomparable elemento sobrenatural, el más codiciado, el que de algún modo cierra un eslabón entre la nimiedad del hombre y los secretos prodigiosos. Me aseguré en el lomo del buey, como una emperatriz en su palafrén de ceremonia. Ozil de Lusignan explicaba que el hecho de proceder del hada Melusina, lo había obligado, al encarar la posibilidad de vestir el sayal de los monjes, a dirigirse al más privilegiado de los monasterios, la abadía de Saint-Denis, y eso me saturaba de felicidad. Por mí, porque yo había existido y edificado el castillo y proclamado las muertes de mi alcurnia con un grito tremendo, era menester actuar con determinada grandeza. ¿Qué importaban, junto a un antecedente tan único, el palacio del Cairo, el califa que

resplandecía como una joya, los negros esclavos, la comitiva triunfal del basileus **Manuel** en las calles de Antioquía, los próceres que a su lado caminaban, como pequeños pajes? Deslicé una mano sobre el bovino testuz, entre la cornamenta radiante, y mi montura lanzó un sonoro, soberbio mugido que fue como el clangor de una trompa de guerra.

—¡Paso al hada Melusina —bramaba en su ronco idioma—, paso al hada de los Lusignan!

Y la carreta se daba aires de carroza, en tanto seguíamos avanzando, rompiendo las secas ramas, arrancando el débil follaje que llovía sobre nuestras frentes, en medio de un concierto de pájaros. La hermosura de Aiol y de Azelaís crecía con la aurora. Yo podía, también, ser muy hermosa, si me esforzaba, si me aplicaba; hermosa como cuando Raimondín apareció, cubierto de sangre, tibio de lágrimas, y me halló, bailando con las trenzas sueltas, a la vera de la fuente de Cé. Sólo que esa artificial hermosura no duraba mucho: insensiblemente, a los minutos escasos, no bien abandonaba mi guardia voluntariosa, mi belleza, como un fino retrato miniado que moja el aguacero, palidecía, se desfiguraba, se ablandaba, se endurecía, se agostaba, y yo, sin percatarme, tornaba a ser lo que soy como resultado de la mundanal experiencia: ni vieja ni joven, porque para mí el tiempo no transcurre; con ciertos achaques, ya que no prescindo de los anteojos; un ser que participa y no participa de la realidad y que en consecuencia escapa a la espontánea frescura y ha perdido el don de usufructuar verdaderamente de la sencilla belleza envidiable. Pero en esa oportunidad, sin mayor ahínco, me sentí muy hermosa.

El caballero contaba, entre tanto, su desilusión en la abadía. Había encontrado en ella lo que buscaba y eso, paradójicamente, lo defraudó. Aunque hacía dieciséis años que Suger había muerto, el arrogante espíritu del suntuoso restaurador y constructor continuaba manifestándose en la pompa de su obra. Saint-Denis, sepultura de los monarcas de Francia, había surgido a una vida nueva sobre cimientos en los que el rey Luis VII, la reina Alienor y numerosos prelados arrojaron sus anillos, y eso le confirió al primero de los edificios góticos del país un imborrable carácter aristocrático, que el propio Suger intensificó —pese a las críticas de San Bernardo— con su pasión por el boato y su afán de adquirir objetos valiosos, porque para él nada bastaba, si se trataba de celebrar el imperio de la Eucaristía. Mostraban allí un cáliz tallado en una sola ágata; un ánfora en forma de águila, toda de plata y oro; un altar que entero desaparecía bajo los reflejos áureos; una cruz de siete metros de altura, que se alzaba sobre un pedestal esmaltado por orfebres de Lorena, con las figuras de los cuatro evangelistas, y que relampagueaba entre centenares de zafiros, amatistas, rubíes, perlas y topacios, muchos de ellos obtenidos por intervenciones milagrosas de San Dionisio y sus santos compañeros. La luz que asaltaba a las lobregueces por las ventanas esbeltas hería con agudos rayos tantas maravillas, y los grandes relicarios en los que se exponían el portento del Clavo y la Corona del Señor y los vestigios del santo descabezado, de Santa Rústica y San Eleuterio, brillaban como enormes ascuas, cuando la multitud pasmada de los peregrinos desfilaba por el deambulatorio. Ninguno de esos esplendores era reprobable, ciertamente, dado el motivo que inspiraba su acumulación opulenta, pero Suger le había impreso a su abadía un tono que no condecía con la severidad perseguida por las reformas monásticas. Hijo de un siervo, el abad no se había repuesto nunca de la íntima sorpresa que le causaba su exaltación a la categoría de señor feudal, dueño de cabalgar al frente de un cortejo de sesenta caballeros. Organizaba festines y cacerías; recibía con entusiasmo, en la sala capitular, a los expertos que llegaban a tratar asuntos vinculados con la economía de sus vasallos; declamaba trescientos versos de Horacio, de un tirón; uncía los nobles a los

carros que arrastraban las piedras para sus maestros albañiles. Muerto él, su engréido penacho seguía flameando sobre las frentes de sus sucesores. Y Ozil topó allá con los mismos tufos de indiferencia insolente, disfrazada de ironía obsequiosa, que lo irritaron en Lusignan. Tampoco en Saint-Denis tenía nada que hacer. Puesto que no aportaba ni hacienda, ni crédito, ni sabiduría; puesto que apenas lograba leer el latín y ni le era familiar la versión de la Nueva Lógica de Aristóteles, ni había manejado el Planisferio de Ptolomeo; puesto que ignoraba cuanto concierne al Sic et Non de Pedro Abelardo, y únicamente estaba enterado, con referencia al enamorado de Eloísa, de la muy comentada mutilación que ordenó el canónigo, tío de ésta, y que más que a la cátedra teológica parecía consignarlo a las atipladas cortes de los califas y del basileus; puesto que poseía sólo una fe inquebrantable y un quejoso evocar de miserias, en medio de la próspera demasía, no era un hombre cuyo sitio estuviera dentro de los claustros reales. Se negó, contra las ofertas sabrosas, a vender su talismán, su cuerno de unicornio, que querían colocar en el coro, como había uno en exhibición en la sacristía de Saint Bertrand de Comminges (y como hubo después una garra de grifo colgada de una cadena, en el centro de la Santa Capilla de París, y huevos de avestruz en la catedral de Angers). A la semana, mohino, partió. Y se transformó en lo que yo había sospechado, cuando por primera vez lo vi, junto a las murallas de Lusignan: en uno de esos caballeros pobres que iban de torneo en torneo y así ganaban su modesta vida. En Oriente se había batido bien. Él podía ignorar las perspicacias de San Agustín y de Publio Virgilio, pero dominaba cuanto atañe al arte viril de los desafíos y las justas. Había formado parte, en las márgenes del Orontes, de la cuadrilla dirigida por Reinaldo de Châtillon, que combatió contra el emperador **Manuel** y los patricios de Bizancio, durante un torneo memorable. Reinaldo lucía una tiara de oro. ¿Cómo olvidar a Reinaldo? ¿Cómo olvidarlo jamás? ¿Cómo olvidar que hacía catorce años que roía su rabia en una cárcel de Alepo? Y a la princesa de Antioquía, que los contemplaba desde su tienda de seda, entre sus damas, la mañana del duelo célebre, a esa Constanza con la cual soñó en su juventud, locamente, desesperadamente, unir su destino, ¿cómo olvidarla, si sus ojos negros centelleaban más que los de las esclavas que había entrevistado en los patios del califa del Cairo?

Lo escuchábamos, a un paso ya de los muros de Poitiers, y el terrible desencanto del caballero del unicornio se nos metía en el alma, con sus anhelos de gloria y de fortuna, de renunciamiento y de comprensión. Porque eso era lo peor de todo: no entendía qué le había sucedido con exactitud, ni cuál era la causa de que sucediera. Valeroso y desventurado, marchaba de una fiesta pública a la otra, con sus armas deslucidas, imaginando burlas de la concurrencia, que su alerta susceptibilidad multiplicaba. A veces, si las circunstancias efímeras lo permitían, lo acompañaban un escudero o un paje, que cuidaban de sus arreos y de sus caballos, pero pronto lo trocaban por amos más seguros.

Un silencio pesado sucedió a sus palabras: —¿Y ahora, señor Ozil de Lusignan? —se atrevió a preguntar Ithier.

—Ahora iba en pos de mi hijo, de este Aiol que la Providencia ha puesto en mi camino, cerca del castillo de nuestros mayores. Hace unos días, me enteré por azar de que Berta residía en Poitiers y de que con ella vivía un muchacho. Desde entonces no pensé sino en reunirme con mi hijo. Ya conoces mi historia, Aiol. Carezco de derechos sobre ti, pero si quieres seguirme, algo aprenderás. Me siento viejo y fatigado.

De un salto, Aiol descendió del caballo y acudió a besarle la rodilla. Yo, por no ser menos, conmovida ante las desgracias de mi chozno, me resbalé hasta él, sobre el

costillar del buey manso, y lo besé en los labios, con tal fuerza que, sorprendido, levantó la ceja mandona, sobre el vago toldo del párpado débil, y escupió a un lado, acaso creyendo que un gran abejorro se había posado en su boca amarga. No me ofendió su gesto. Nada que proviniera del padre de Aiol podía ofenderme, y menos una reacción tan explicable.

—Padre —dijo Aiol, doblado en una semirreverencia de plástica desenvoltura—, con vos iré, cuando me lo ordenéis. Os atenderé a vos, a vuestras armas, a vuestro unicornio, a vuestros caballos, y ganaremos victorias que estremecerán la tierra. Además... ¿qué me queda en Poitiers? Yo soy vuestro. —También eres mío —protestó Azelaís.

Así entramos en Poitiers, con la madrugada. El vigía, al reconocer la carreta de los jóvenes, arrancó unos redobles jocosos de su tambor, alternándolos con los acentos agrestes de su cornamusa y, a medida que nos internábamos en las callejas, el mugir bienaventurado de los bueyes, que presentían la proximidad del establo, los crujidos de los ejes, el bullicio de las Vírgenes Prudentes y Locas y de las disposiciones inútiles que prodigaba Ithier, suscitaron la airada reacción de varias ventanas abiertas con golpes de furia. Desde una de ellas, trataron de rociarnos con el contenido, fácilmente identificable, de un ofensivo cacharro. Gritaron los muchachos que esa no era manera de acogerlos, luego de que habían contribuido a la nombradía de Poitiers, gracias a la dignidad de su venerable representación. —¡Dejarnos dormir —les respondió en la sombra una mujer de voz desabrida—, que pronto comenzará la faena!

—¡Meteos en la boca del Infierno, señoras vírgenes! —rugió otra voz, masculina, y con esto se confirmó el resentido menosprecio que a lo largo de los siglos suele acompañar a la obra de arte. Más tarde me informé de que el autor del epigrama era un despechado clérigo, que en vano había bregado para sí, moviendo la influencia de los canónigos, el papel de una de las doncellas incautas.

Ithier impuso la calma entre su hueste, y al amparo de la catedral desuncieron los bueyes y nos separamos con afectuosas despedidas y promesas. Fuéronse los muchachos, ondulando con ligeros tumbos que escandalizaban a las viejas rezadoras, las que salían ya, rumbo a los oficios, y a los paisanos que con las primeras luces lívidas se alejaban hacia las sementeras, en tanto que los niños de las antorchas brincaban como pequeños faunos y azuzaban a los bueyes, cuyas ajadas guirnaldas habían trenzado en coronas alrededor de sus propias cabezas, lo que realizaba la alusión mitológica. Yo me acomodé en la grupa del rocín de Aiol, sobre el magro equipaje de Ozil, y rodeé con los brazos la tierna cintura del adolescente de los ojos bicolores, e Ithier anduvo a pie el tramo final del viaje, conduciendo por la brida al caballo de Lusignan, en signo de respeto. Azelaís, rígida, siempre taciturna, venía a un costado, mecida por el paso del animal cadencioso. Y de esa suerte, no sin cierta elegancia, llegamos a la posada que regenteaba Berta.

Había, junto a la entrada, una alcancía, cuyo producto —como el de otras huchas, ubicadas en el comercio del mercader de paños, en el del zapatero, en el del orfebre, en la herrería— se destinaba a solventar los gastos que implicaba la construcción de Nuestra Señora la Grande. Ozil depositó en ella una moneda de oro, la última —pero de eso sólo estaba enterada yo— que encerraba en su reseca ubre su enjutiísima escarcela.

## II

### LA ENDEMONIADA DE POITIERS

Las obras de Nuestra Señora la Grande se desarrollaban con un entusiasmo en el que la cristiana piedad y sus proyecciones universales se sumaban al propósito localista de sobrepasar los similares esfuerzos constructores realizados por los pueblos vecinos. Lo cierto es que, en esa época, Francia era un inmenso taller del que brotaba una iglesia por cada doscientos habitantes. Y en torno de cada una de esas iglesias, en torno de los monasterios y de las catedrales, se condensaba una humana nube, que fluctuaba de un lugar al otro, hasta que terminaba por fijarse alrededor de las canteras y de las nacientes estructuras religiosas. Durante cinco días por semana —porque, si bien es verdad que trabajaban de sol a sol, los hombres medioevales sabían organizar sus descansos, con multiplicación de fiestas oportunas—, los arquitectos, proveedores, delegados de los capítulos, maestros, ayudantes, tallistas de la piedra y sus aprendices, expertos en albañilería, yeseros (entre los cuales no faltaban mujeres), picapedreros, colocadores de vidrios, plomeros que manejaban la teja y la pizarra, carpinteros, herreros, conductores de carros, manipuladores de ruedas para izar los materiales y un sinfín de auxiliares menores, reclutados entre los siervos y los hijos de los aldeanos, se afanaban por ganar, simultáneamente, un salario en la Tierra y un lugar en los coros divinos, cuando les llegara su turno, pues es harto conocido que, para expiar las propias faltas, se aconsejaba tanto la contribución física a una obra de esta índole como la participación en una cruzada contra los infieles, y que el ilustre Reinaldo de Montalbán purgó sus culpas secundando a los alarifes de la catedral de Colonia, mientras que Gerardo de Rosellón se humilló acarreado los bloques para levantar la basílica de la Magdalena, en Vézelay.

Yo estoy muy vinculada, como se recordará, con cuanto concierne a estas tareas. Aun más: puede decirse sin exagerar que he sido una técnica de la construcción, y probablemente seguiría siéndolo ahora, con estudiar un poco las novedades. Me sorprende que los obreros de esa especialidad no me hayan elegido por la patrona, con lo bien que llevé a cabo mi labor en Lusignan, en Melle, en Vouvant y en otras partes, como tienen a San Lorenzo los que cocinan en parrillas, y los curtidores a San Bartolomé, que fue desollado vivo (y que, en ambos casos, alcanzaron su patronazgo con sobrados méritos); y no se piense, por ello, que me atrevo sacrílegamente a

rivalizar con santos, sino que creo, con toda sinceridad, que es bueno darle a cada uno lo suyo. Por lo demás, mi familia más inmediata figura sin desmedro en la nómina de los arrepentidos edificadores. Véase, como ejemplo, el caso de mi hijo Geoffroy, el del largo diente, quien luego de incendiar la abadía de Maillezais y en ella a su hermano el monje, el de la piel de topo en la nariz, restauró los claustros y los dotó con magnificencia. Se comprenderá, entonces, el interés con que ingresé en la atmósfera activa de Nuestra Señora la Grande. De mí hubiera podido depender la aceleración eficaz de la empresa. Si no lo hice fue por dos razones: porque con ello hubiera restado puntos a quienes se esmeraban arquitectónicamente por conquistar el Cielo; y porque no estaba muy segura, luego de tan larga vacación y falta de ejercicio, de la inmediata virtud de mi empeño, y en tales circunstancias es mejor, para conservar la propia e ilusionada estima, abstenerse. Pero fui feliz ahí, desde las primeras luces, asistiendo al ajetreo de los que convertían a la fachada de Nuestra Señora la Grande en una excelsa página de libro fervoroso. Se respiraba un aire de milagro, singularmente propicio para los pulmones delicados de un hada. Los juglares exhibían reliquias, a fin de mantener viva la unción y el morbus aedificandi. A algunas reliquias las enviaban de viaje, a los alrededores o a través de Francia, en giras limosneras, y los estudiantes burlones iban de acá para allá, colgado del cuello el cuerno de la tinta, detrás de la oreja la pluma de ganso o la ligera caña, mostrando también, por dinero, ciertos inventados vestigios místicos, que juraban proceder del mercado pío de Constantinopla, y que incluían desde uno de los platos utilizados en las bodas de Cana, hasta el anillo de casamiento de la Virgen María y el Santo Prepucio. Pero frente a esas extravagancias, falsías y mofas, que engatusaban a las pobres gentes ahítas de leyenda, y que eran más dignas de apóstatas procaces y de esclavos de Mahoma que de hijos de la suprema fe romana, maravillaba la exaltación auténtica que ardía en los talleres de Nuestra Señora la Grande.

Pons pertenecía a una categoría superior, dentro de los obreros de la piedra: tallaba imágenes, y aunque el concepto de artista surgió mucho después y la noción de escultor todavía no se había afirmado, el marido de Berta se destacaba por la consideración de que gozaba ante los distintos maestros de obras, delegados del capítulo, que tenían a su cargo la dirección financiera de la fábrica. Nómade, como la mayoría de los de su clase, que llegaban en sus andanzas profesionales, fuera de Francia, hasta Burgos y Alemania y Suecia y aun acompañaban a los cruzados a Oriente, donde se requerían templos y castillos, hacía cinco años ya, empero, que se había establecido en Poitiers. Conoció en dicha ciudad a Berta quien, ansiosa por darle un tono regular a su vida, había instalado una pequeña posada, en la que los canónigos de Nuestra Señora alojaban a determinados menestrales, de acuerdo con sus contratos. A pesar de ser un hombre ejemplar, celoso de las prácticas devotas y de una austeridad notable, los comentarios que circulaban acerca del pasado profesionalmente libertino de la hostelera no debilitaron la admiración que en seguida sintió por su belleza madura y por su eficiencia económica, estimulando, al contrario, su apostólica ambición de redimirla. Berta, movida a su vez por el halago de la seducción que ejercía sobre un hombre de costumbres tan puras, que no sería muy atrayente pero contaba con un sano prestigio, dedujo que se le ofrecía la ocasión de encauzar su destino seriamente y se casó con él. Tenía hambre de respeto. Desde entonces, todo su ahínco tendió a consolidar su posición burguesa. Habló, más que nunca, de su abuelo Pedro Barthélemy, el descubridor de la Santa Lanza que salvó a Antioquía, y si aludió a los archisabidos desaciertos de su juventud, sólo mencionó, pues no había modo de evitarlo, al caballero de Lusignan, padre de su hijo, relegando al padre de Azelaís, de cuna seguramente menos espléndida, y corrió un velo de silencio sobre los numerosos compañeros de placeres fugaces que le atribuía la liberalidad cizañera, murmuradora, del envidioso mercado, y cuya nómina, sin cesar

enriquecida y exagerada, incluía a Manassé d' Hyergues, condestable del rey Baudoin III; a Efrén, el decorador de mosaicos, a quien se debe la encantadora taracea de piedras multicolores de la basílica de Belén; a Basilius, el pintor que iluminó las páginas del salterio de la reina Melisenda; y a infinitos capitanes, soldados, estudiantes, juglares, peregrinos, titiriteros, flautistas, gaiteros, algún moro, varios judíos, volatineros, danzarines y vagabundos en general, que según el consenso público habían saboreado su intimidad complaciente y tarifada. Robusta, guapa, hacendosa, se la encontraba desde el alba fregando y ordenando. Era obvio que Aiol y Azelaís, pruebas irrefutables de sus extravíos en las tierras evangélicas, la incomodaban. Al primero quiso alejarlo, impulsándolo, con ayuda de los canónigos, a los éxtasis rituales de la vida claustral. Soñaba con llamarlo prior, obispo: mi hijo, el obispo Aiol de Lusignan; y hasta había hecho una promesa —la de cortarse la cabellera caudalosa— a la Santa Lanza, para cumplirla el día en que eso sucediera. Pero los acontecimientos no demostraban la potencia del hierro que su antecesor había hallado providencialmente, y Berta conservaba, para beneficio exclusivo de Pons, sus guedejas que antaño fueron refugio de las caricias de la muchedumbre. Sobre ese hierro de Antioquía hay mucho que decir. Yo he analizado el tema, hace poco, valiéndome de un libro de F. de Mély, *Exuviae sacrae constantinopolitanae*, y en el tomo III he clasificado referencias que copio en provecho del lector. 1º) la única Santa Lanza tolerablemente auténtica, es la que se vio en Jerusalén desde el promedio del siglo VI y pasó, en parte, a Constantinopla; Bayaceto la obsequió al papa Inocencio VIII en 1492 y hoy se la venera en Roma, en la basílica de San Pedro. 2º) la punta, la moharra de esa Lanza, había sido desprendida en el año 614, pero también fue conducida a Constantinopla, cuyo emperador latino, Baudoin II, la cedió en 1248 a San Luis, quien la colocó en la Santa Capilla de su palacio; luego de la Revolución Francesa, la gloriosa reliquia desapareció, a fines del siglo XVIII, robada a la Biblioteca Nacional de París. 3º) la Santa Lanza de Antioquía (que es la que nos interesa), descubierta por Barthélemy el 14 de junio de 1098 y que el papa Benedicto XIV declaró falsa, se habría perdido ya en 1101, de manera que no se puede aceptar sin vacilaciones el texto de Anselmo de Gembloux que asevera que Ponce, ex abad de Cluny, esgrimió la Santa Lanza de Antioquía en la batalla de Ascalón, el año 1124. 4º) los historiadores armenios, desde los comienzos del siglo XIII, reivindicaron para su país una Santa Lanza, que se exhibía primero en el monasterio de Kiekart y luego en Estchmiazine, la cual sería la de Antioquía y es, en realidad, la sección alta de una enseña y no exactamente un arma. 5º) existe, asimismo, la Lanza de Constantino, la de Pavía en el siglo X, signo de la investidura del reino de Italia, que se transformó en la lanza de San Mauricio y más adelante en la de la Pasión, y se custodia en el Tesoro Imperial de Viena. 6º) la lista, por ahora, concluye con la Santa Lanza de Cracovia, mera copia de la precedente. Se me disculpará la aglomeración de datos eruditos, característica de mi espíritu investigador. Expongo esta panoplia de lanzas para que quien me lee colija que si Aiol no vistió la religiosa estameña y no ciñó la mitra episcopal, pese, al voto de Berta, fue porque la Santa Lanza a la que iban dirigidas las maternas preces (y por culpa de la cual el pobre abuelo Barthélemy murió prácticamente cocinado, a raíz de la prueba del fuego inobjetable), no parecía estar en condiciones de actuar como un férreo puente, tendido entre las aspiraciones de la posadera y los divinos poderes absolutos. Aiol se negó a seguir el camino eclesiástico, y la acendrada piedad de Pons, que preveía también la tonsura del muchacho, con la dispensa otorgada por el prelado a su bastardía, se resignó a instruirlo en su oficio de modelador de la piedra. Pero su hermano Ithier, por afecto y acaso por snobismo, pues cifraba esperanzas relucientes en los vínculos de su sobrino, o sobrinastro o no sobrino o como eso se designe, con los majestuosos señores de Lusignan, añadió a tal aprendizaje las parcas enseñanzas de cortesanía que era capaz de inculcarle su propia condición de ex pensionista juglaresco de los palacios españoles. Y Aiol floreció, terriblemente hermoso, mitad

obrero de la piedra y mitad doncel aristocrático, entre el recelo irritado de Berta, las didácticas obstinaciones de Pons y de Ithier y el amor excluyente de Azelaís. Esta última resultó indomable. Así como Aiol obtuvo su relativa independencia utilizando la forma de amable desdén, heredado de los Lusignan, que lo distinguía, y contra cuyo aparente candor distraído, desentendido, se estrellaban los mandatos más impetuosos, Azelaís alcanzó la suya merced a su carácter justamente contrario, hecho de una brusquedad casi masculina y de la distancia que establecía su mutismo taciturno. Mientras Aiol se encaramaba con Pons en los trabados andamios y, por unos mínimos sueldos de cobre, acarreaaba en su bolsa las herramientas y martillaba, limaba y pulía, siguiendo las indicaciones de su maestro, Azelaís, en lugar de encerrarse en la posada a hilar o a atender a los huéspedes, andaba sola por las márgenes del Clain y del Boivre, se sentaba durante horas en un sarcófago ruinoso, o se perdía en la floresta, enmarañada como una selva virgen, donde únicamente se atrevían a internarse los cazadores audaces y las brujas y, cuando la interrogaban sobre la meta de sus correrías, ni las imprecaciones proféticas de Pons, que apelaba al rayo de Dios omnipotente, ni los celos y sospechas de su madre, cuya experiencia insistía en que las muchachas que andan solas, o supuestamente solas, no andan en nada bueno, conseguían arrancarle palabra. Más fuerte que ellos, los desafiaba y vencía con su tozuda aspereza. Como es natural, llovían sobre su cabeza rubia las censuras amasadas por la cólera de las mujeres gazmoñas de Poitiers, las que repetían que era igual a su madre, olvidando que Berta había sido, durante su vida entera, un modelo de laboriosidad, tanto cuando ejercía, en el Oriente cercano, un comercio reconocidamente antiguo y útil, bálsamo, paliativo y narcótico de pasiones, como cuando, en el Poitou, echaba hasta la hiel en su empeño de que su mesón brillara como una custodia. De todo ello me fui enterando, a lo largo de nuestra estada en la casa de Berta, como me percaté de que Azelaís participaba de los planes de Ithier para modificar el destino de Aiol, barruntando posiblemente, como el juglar, que si el mozo no había nacido para sacerdote tampoco había nacido para adornar iglesias.

La llegada de Ozil de Lusignan revolucionó a la posada. A Berta, luego de tantos años, no le disgustó enfrentarse con el caballero. Si él, desmejorado por el tiempo, las privaciones y la guerra, no era ya lo que fue cuando escoltaba en sus cabalgatas tumultuosas a Reinaldo de Châtillon, también ella había cambiado desde los días de Jerusalén en que, como una elegante musulmana, se teñía los cabellos de color rojizo, se pintaba los ojos, las mejillas y las uñas y se frotaba los dientes con una mezcla de nácar, de cáscara de huevo y de molido carbón de leña. El uno se había metamorfoseado en un caballero pobrísimo, un triste explotador de torneos, veteado de cicatrices, y la otra en un ama hacendosa, en quien no hubiera sido fácil recuperar la imagen de las liviandades accesibles de la hembra que quedó atrás en la ruta de la vida y del mundo. Él había descendido y ella había progresado; pero él continuaba siendo, porque siempre lo sería, el caballero de Lusignan, el que sentía en las venas el cálido aleteo del hada Melusina y el fluir de la sangre histórica de los grandes vasallos y parientes de los condes de Poitiers, y ella, a la puerta de una posada, prolongaba una existencia de servidumbre. Ambos experimentaban una nostalgia y una desilusión similares: el tránsito por el humano concierto no les había otorgado lo que querían; a Ozil le negó el triunfo de volver a Lusignan —de donde había partido con las dudas y esperanzas propias de un primo desdichado, lacerioso— para ocupar un cómodo sitio indiscutido entre los varones granados de su estirpe; y a Berta le redujo las aspiraciones de honor y vanidad a la jerarquía de esposa de un imaginero y a las flacas astucias con las cuales pretendía disimular su pasado y que a nadie engañaban.

Tornaron a verse, y aunque el amor que alguna vez los había unido había muerto, se conmovieron los dos y dejaron brotar el manantial de sus ternuras patéticas, que



suponían reseco, ante el espectáculo que el uno al otro se ofrecían y que certificaba, bajo sendas máscaras convencionales, sus respectivas derrotas. Yo no me aparté de ellos, en los arduos minutos del encuentro, en tanto el cielo se tornaba rosa y malva, con la mañana de fines del verano —los minutos en que se imponía un rápido reajuste de los sentimientos y de los puntos de vista—, y creo que mi presencia invisible logró el portento de restituirles, durante unos instantes, su traza de antaño, porque Berta se esponjó, dobló algo la cabeza delicada y tendió una mano, como cuando recibía las visitas amatorias del condestable del rey Baudoin o las del propio Ozil, y el caballero se enderezó y adelantó una pierna repentinamente flexible, como en sus tiempos de doncel de la reina Alienor y de capitán del príncipe de Antioquía. Alrededor de la pareja se tejió una atmósfera —acaso la tejí yo, con luces del amanecer y reflejos de mis escamas— lujosa, argéntea, rutilante, una claridad que aisló al paladín y a la meretriz, bellos y finos, de la cotidiana modestia que los circundaba, y que los transportó al aire protocolar de las salas de Jerusalén y del Cairo. Pero el prodigio, como los que yo elaboraba a esa altura de mi feérica carrera —si en verdad fue provocado por mi anhelo de devolverles algo del remoto lustre—, duró poco; al cabo de unos instantes, la tensión disminuyó y recuperaron (sensata mesonera obsequiosa y viejo guerrero errabundo) los rasgos que les había impreso el rigor de la vida. Sin embargo, aquella emoción y su encendido vibrar pasajero, los acompañó, en cierto modo, los efímeros días en que las circunstancias los aproximaron nuevamente, y eso, por lo que uno y otra pudieron haber sido o soñaron haber sido, le confirió a la posada una calidad distinta y refinada que, mientras Ozil permaneció en la casa, captaron los azorados moradores del hostel.

Ithier, otro vencido, tomó a su cargo la tarea compleja de conseguir que Pons, menos sutil que los demás personajes de este episodio, por moverse en un cerrado círculo austero de convicciones estrictas, donde lo bueno y lo malo se encastillaban en exactas posiciones y donde todo se regulaba de acuerdo con las exigencias de una religión inflexible, captara los matices del vínculo que, al cabo de los años, prevalecía entre Ozil y Berta, y no entorpeciera con actitudes insólitas un diálogo del cual dependía el futuro de Aiol. No fue sencillo lograrlo. Pons actuaba como un hombre para el cual dos y dos son invariablemente cuatro, y para quien Ozil no representaba nada más que la imagen de un pecador, de un ser que desvirtuaba, con cada uno de sus gestos, el santo espíritu de la cruzada, de los cruce signati, un individuo que había contribuido a empujar a Berta por la senda viciosa (como si ella lo necesitara), y no le importaba un comino el detalle de que perteneciera al linaje feudal de Lusignan y de que hubiera paladeado la intimidad de los reyes de Jerusalén. Dividía a los humanos en dos clases únicas y adversarias: pecadores y no pecadores; Ozil formaba parte de la primera, de la que él, con sus oraciones y propósitos de disciplinada vida, había rescatado a Berta, llevándola del lado de los virtuosos. Y no había más vueltas que darle, porque la verdad no se confunde con una zanfonía cuyo manubrio se hace girar a gusto. Así como una estatua de la Virgen o de un apóstol, está bien o mal esculpida y es imposible errar sobre sus justos méritos, resultaba vano acumular argumentos para demostrarle a Pons que una conciencia negra era blanca. Se reía de los señores (lo dijo, con una risa forzada, al disgustado Ithier que aspiró a empinarse como favorito del rey de Castilla); para él no había más señores que los canónigos que encargaban sus obras. Además, a esa disposición intransigente se añadían sus celos que apenas velaba. Lo sacaba de quicio la atrevida confianza de ese caballero, sin duda más pobre que él, a quien tildaba de inútil, un hueco apostador incorregible en torneos donde se juega la cabeza (nueva infracción de los preceptos divinos) y, pero eso no se advertía casi, pues era lo que más quería esconder, lo espantaba e indignaba la idea de que Ozil, obviamente más fascinante que él, pudiera inquietar con su encanto personal a la sosegada Berta y modificar el cristiano ritmo que le había comunicado a sus

actividades. El tolerante y trivial Ithier, mucho más elástico y mañoso, empleó en la función de convencerlo los razonamientos que le procuraba la extraña moda de entonces, en lo que atañe a las relaciones entre esposos, sin tener en cuenta que su dialéctica frívola y mundana, inspirada por las costumbres de un medio aristocrático que en nada correspondía a la realidad del tallista y la posadera, sólo lograría acentuar las suspicacias irascibles de su hermano.

Le puntualizó que el criterio había evolucionado diametralmente desde que Pons, veinteañero cincelador de pórticos catedralicios, recorría con el atado al hombro las carreteras de Francia y de Alemania. No se concedía, ahora, trascendencia a prejuicios que antes habían embotado a las gentes. Ahora un amor cortés, inteligente, razonado, en que si el cuerpo concernía al marido, el corazón concernía al amador —puesto que no podía florecer el amor verdadero dentro del matrimonio—, sucedía al apadrinado por las viejas condiciones. El marido debía sentirse orgulloso de los homenajes de los cuales era objeto su cónyuge, y oponerse a ellos constituía una falta garrafal de gusto. Chrétien de Troyes lo había explicado nítidamente en sus novelas, como heraldo de la condesa de Champaña. Tanto la mojigatería de la dama como los celos del esposo eran considerados vulgares. Gracias a esas ideas progresistas —recalcaba Ithier— se había terminado el aburrimiento feroz de los castillos; ya nadie se aburría en los castillos, donde anteriormente, después de la misa matinal, la jornada se estiraba con temible pesadez para el castellano, cuando no era época de cacería o de guerra. Hoy en día quedaba el recurso intrincado de ocuparse de los sentimientos, jugando a un juego peligroso y exquisito: la nobleza y los juglares se amaban sin que la obsesión torpe de la posesión física prevaleciera; se aspiraba a poseer el alma, primorosamente, poéticamente, conservando en su lugar exacto a los privilegios fundamentales que otorga el matrimonio. Pero Pons no entendía o se negaba a entender. Él no era ni un gran señor atosigado de tedio ni un trovador atormentado por el alambique ingenioso del trovar oscuro, clus; era un tallista de imágenes y como tal trabajaba mientras el sol lo permitía. Carecía de tiempo para fantasías ociosas. Amaba decentemente a su mujer y eso era todo. ¿Con qué le salían, entonces? ¿Cuál era esa diferencia ridícula, ese matiz entre esposo y amante? ¿El caballero Ozil era el amante de su mujer? No... no. . . no... (hay que comprender, Pons, hay que comprender), no era el amante; era un caballero, y por su condición afrontaba los asuntos del amor de otro modo, muy diverso. ¿El amor? ¿Estaba Ozil enamorado de Berta? No, no estaba. Se trataba de algo mucho más complejo, que Pons no comprendía y debía esforzarse por comprender. Y dale, dale. Ithier se extraviaba en el dédalo de su retórico embrollo, que se apartaba cardinalmente de la realidad, pues ni Ozil ni Berta participaban del travieso deporte cortesano: el caballero, porque no iba a rectificar, a la vera de sus cincuenta mohinos años, sus esenciales nociones, la ruda entereza propia de la clase militar, que la frecuentación de la reina Alienor, durante su adolescencia, había barnizado de urbanidad gentil, sin despojarla de sus enérgicos caracteres; y la posadera, porque su afán de placidez burguesa y de respeto la alejaba de cuanto insinuaba una tentativa de retroceso hacia su pasado disoluto. El encuentro, al cabo de años, les había devuelto una corta ficción de felicidad y juventud. Eso fue todo. Ni uno ni otra se proponían nada más. Si se lo hubieran declarado así, probablemente Pons lo hubiera captado, pese a su naturaleza cavilosa. Ithier tuvo que enmarañarlo. Ya no pensaba en el caso particular de su cuñada y de su ex amante. Pensaba en abstracto, como un poeta, como un miembro de la casta y de la generación que había revolucionado, con invenciones tan peregrinas como la de las Cortes de Amor (sin parar mientes en lo que su lirismo entrañaba de inmoral y de adúltero), el código de la relación apasionada, creando una turbia mística nueva, a la que defendía estéticamente —él, que nunca consiguió intervenir en los retozos de ese pasatiempo brillante—, agujoneado por su apetito de terciar, aunque sólo fuera a través de los

artificios de una solidaridad elocuente con su cofradía, en los manejos de la elegancia que es fruto de la moda. Insistía y Pons no lo escuchaba. Lo único que lo detuvo a este último, en la revesada exposición, era lo pertinente al futuro de Aiol. Sí, quizás sería ventajoso que el muchacho partiera con su padre. No había en él pasta de artesano. Se martillaba los dedos y equivocaba las mezclas. Como contaban del niño Perceval, la primera vez que vio a unos caballeros en mitad del bosque, y los confundió con ángeles, Aiol había sido deslumbrado por el resplandor, por el reclamo ancestral de las armas. Que se fuera, que se fuera, pues... Pons lo quería, pero le faltaban argucias para retenerlo. Además, demasiado bien sabía él cuánto le pesaban a su mujer los bastardos, y no obstante que su caridad lo incitaba a guardarlos y educarlos de acuerdo con las normas de la santa religión, adivinaba que su existencia marital se desarrollaría mucho más serenamente y Berta alcanzaría su plena redención, si desaparecían los importunos testigos.

Decidió acomodarse a las transitorias circunstancias, de las cuales acaso resultaran considerables beneficios, y aceptó la presencia de Ozil en el mesón, limitándose a no cruzarse con él y sobre todo a simular que no percibía la atmósfera especial, conmovedora y afligente, que envolvía a su mujer y a su casa, con menciones constantes al califa de Egipto, a Jerusalén, a los Lusignan y al Barthélemy de la Santa Lanza de Antioquía, una atmósfera de la cual, por otra parte, estaba excluido. Y se entregó, con denodado transporte, a su tarea de escultor, durante la semana en que Ozil permaneció en Poitiers. Desde el alba, se oían en el interior de Nuestra Señora la Grande los golpes y chirridos de sus herramientas y el vozarrón con que azuzaba a sus auxiliares.

Pero las cosas, claro está, no podían producirse tan sencillamente. Las cosas se torcieron, quizás por obra del laborioso Demonio, que en la Edad Media se manifestaba con fruición continua y andaba en todo. Para contrarrestarlo, hubiera sido propicia la ayuda de un ángel, y el único al que yo conocía y cuyo socorro hubiera sido capaz de servirnos —aunque, como ya he subrayado, no mediaba entre nosotros, por altas razones, una amistad directa— se hallaba lejos del escenario de estos episodios, lejos, en su celda de Lusignan, leyendo su libro de horas a la luz de un candil nocturno o de la tarde soñolienta de verano.

Creo que lo que voy a narrar aconteció al tercer día, o con más precisión a la tercera noche de nuestra estada en Lusignan. Se había resuelto ya que Aiol partiría con el caballero, y su madre se preocupaba de aprestarle un pequeño equipo. Azelaís se esfumó, enconada. Seguramente vagaría por la cercana floresta. Ozil obtuvo que el herrero de Nuestra Señora reparase su armamento, que hartó lo requería. Inactivo, merodeaba por el pueblo y por los corredores de la posada, apoyándose, como en un báculo, en el asta de unicornio, lo que le confería, por su rareza, una autoridad más, como si fuera un patriarca antiguo, e Ithier lo acompañaba, con su zanfonía, cantando al azar unas historias de amor bastante difusas. Me parece que el caballero rondaba a Berta, de puro no tener qué hacer. A Pons nunca lo encontrábamos en nuestro camino. Esculpía, en el ángulo del crucero, dentro de Nuestra Señora la Grande, el capitel de la muerte de San Hilario. Aiol lo secundaba apenas. Solía quedarse, en la habitación baja del mesón, mirando hacia afuera, por la ventana que dejaba colar el rumor de los pájaros y la pereza del estío. Sentado en un banco, meditaba. Yo me acomodaba entonces en el banco frontero, como una quieta esfinge, dejando caer hacia atrás la curva de mi cola, afirmado el rostro en las palmas de las manos, fijos los codos en la comba del vientre, los pechos apretados, escondidos. Escrutaba la cara secreta del doncel, sus ojos de inquietante hermosura. A veces no resistía a la tentación de estirar

los dedos hasta casi rozar sus mejillas y sus lacias crenchas, y en esas ocasiones me acometía un ligero temblor que se comunicaba a mis alas vibrantes, con lo que una frescura inesperada movía el aire del aposento, como si en él oscilara uno de los flabelos de plumas de pavo real que en las iglesias mecían los diáconos para espantar a las moscas de los altares, durante los oficios; y Berta, sensible a la dulce corriente, gritaba desde el taburete vecino de la hornilla, donde remendaba unas calzas de Aiol, que no podíamos quejarnos del rigor del verano. ¿En qué pensaría Aiol, en esos momentos? ¿Prevería, acaso, el destino que lo aguardaba en tierras crueles? El ojo azul y el ojo dorado miraban hacia afuera, como si miraran hacia la vida, y la vida se ofrecía ahí, en ésa calle que reverberaba como una armadura, en el camino que se perdía más allá, entre ríos y onduladas sombras.

Quería la costumbre que a la sazón durmieran varios en la misma cama. En ocasiones hasta seis ocupantes se metían en una sola. Eso le acarreó a la noche medioeval consecuencias enredosas, situaciones que evocan, puesto que se dormía totalmente desnudo, la imagen de los dioses del Asia lejana, con muchos retorcidos y entrelazados brazos y piernas. Pero es inútil pretender vituperar las consolidadas costumbres de cada período. Las cosas fueron como fueron y son como son. Se dormía así y basta. De cualquier modo, quienes en la Edad Media dormían de esa suerte, realizaron notables proezas que hoy contamos con maravilla. No resultaron tan mal. Alrededor de cada superpoblado mueble, crujiente, sacudido y sudoroso, ronroneaban y gruñían, según la bondad de sus sueños, los perros y los gatos, y si en vez de pernoctar en una humilde posada lo hubiéramos hecho en un ufano castillo, no es difícil que algún caballo predilecto hubiera compartido, como sucedía en la fortaleza señorial de Lusignan, la henchida cámara, de lo cual se deduce que en determinadas circunstancias la humildad de los que andan a pie presenta ventajas nada desdeñables.

Una noche, pues, y repito que creo que sucedió al tercer día, los miembros de la original familia que se había constituido en la posada, se distribuyeron en los lechos, luego de rezadas las preces. Berta y Pons usufructuaban, solos, un tálamo, lo cual es justo, reverenciante, tradicional y, si se compara con la condición del resto, cómodo; Ozil, Ithier y Aiol cabeceaban juntos, sobre un ancho jergón; Azelaís lo hacía con tres mozas de la servidumbre. Yo me alargaba en el sitio que más me convenía, aprovechando unas bolsas de harina o unas brazadas de heno, las gafas al alcance de la mano, dilatadas las alas para gozar con más holgura del menor soplo de la brisa floja. Venían, de la distancia, de los campos donde el trigo balanceaba su modorra, ecos de ladridos y de rebuznos y algún frágil tintineo de campanas. El verano nos gobernaba, con su corona de insectos, como si guiara las horas por un lago inmóvil. La luna, filtrándose por las ventanas, o la claridad de una vela encendida delante de una de las figuras de bulto que tallaba Pons —las mayestáticas, torvas, severísimas y tiernísimas vírgenes de madera policroma, con el divino muñeco sostenido en el regazo por las manazas duras— destacaban los suaves contornos y la fantasmal palidez de los cuerpos horizontales: las formas blandas y relajadas de Pons, cuya carne había cedido a la corrosión de una existencia de trabajo, y que era el único que protegía su cabeza con un gorro; las de Berta, espléndidas, sensuales, exaltadas por la generosidad de las caderas sinuosas y de los pechos llenos, mullidos por años de erótica acrobacia; las formas de Azelaís, de una transparencia y una blancura marmórea, que infundían, tan admirable era la pureza de su dibujo, una suerte de pavor, y probablemente despertaban deseos equívocos, con sus aristas y pulidos todavía adolescentes, casi animales, felinas, recogidas en una instintiva vigilancia que no cesaba en el reposo; las de las mujeres del servicio, paisanas vigorosas, frescas y sin embargo ajadas, con encantadores hoyuelos y penumbras de axilas y, en las piernas, un triste cordaje de venas en relieve; y las tres espigadas, magras hechuras del caballero, el juglar y el

muchacho, cuyos largos esqueletos asomaban bajo la tirantez de las epidermis y que mostraban, en los músculos del torso de Ozil, una gris maraña velluda; en el de Ithier, las miserias de una enjutez y un costillar hechos a las oblicuidades de la zalema y la adulación; y en el de Aiol, a los quince años, el limpio burilado de un bronce de tibios reflejos, que proclamaba, con su libre abandono involuntario, la graciosa exactitud de sus proporciones y que correspondía, artísticamente, a una época muy posterior a la que vio florecer las obras compactas y austeras de Pons y sus colegas del siglo XII.

Yo holgazaneaba hasta tarde entre los cuerpos indefensos. No era únicamente mi amor por Aiol el que a ello me impelía, sino la necesidad de saber que participaba de esas alegrías, esos titubeos y esas angustias, y de que ya no estaba sola, descartada de las desazones de la vida, en la fatua prisión de Lusignan. Oía sus respiraciones, sus quejas, sus ronquidos, sus palabras tartamudas, infantiles, su rechinar de dientes, y respiraba el olor que se levantaba del encierro caldeado, y así como cuando Aiol, al atisbar por la ventana, pensativo, tenía la sensación de que espiaba al futuro, yo sentía que en los instantes en que más se me entregaba la inerme intimidad de aquellos seres, me acercaba a las enigmáticas raíces del mundo, y que el mundo se resumía y concretaba y crecía, como una rica planta de distintas hojas y flores en el abrigo de un invernáculo, en la fértil fraternidad de un mesón de Poitiers. Hasta que terminaba la silenciosa ronda y yo también me echaba a descansar, aguardando el momento en que todos reanudaríamos, con el alba, el diario trajín.

Esa vez, empero, se rompió el ritmo de los acontecimientos. Me había tendido en un rincón de la cámara de los tres hombres, y puesto que mi desmesurada vejez se evidenciaba en la levedad de mi sueño, un susurro me hizo abrir los ojos. En seguida mi atención estuvo alerta, porque el rumor no procedía de un ratón que roía la paja, en torno del apoyado cuerno de unicornio, ni de un perro que se rascaba, ni de una paloma que en el techo desfallecía con enamorados arrullos, ni de un hada viajera, mi cofrade, que se había deslizado por la chimenea y danzaba, inventando tenues pasos sobre la ceniza, sino de una encapuchada aparición que avanzaba hacia el lecho. A pesar de la oscuridad y del rebozo que tapaba su desnudez y sólo descubría sus pies y sus brazos, blancos en el contraste de la sombra, como diseños de tiza, por ese blancor me di cuenta de que se trataba de Azelaís. Venía calladamente, reteniendo el aliento, y se detuvo junto a la cama. Allí alargó un brazo y alcanzó a tocar la frente de Aiol. Comprendí que quería lograr que despertase, sin que los otros, que dormían a pierna suelta, lo advirtiesen, y a poco lo consiguió, pues el mancebo parpadeó y la reconoció en la negrura. Púsose ella el índice sobre los labios y le indicó que la siguiera. Aiol se incorporó sin ruido, se sujetó rápidamente las bragas y se fue detrás. Ni qué decir que yo, picada mi curiosidad por lo insólito de la escena, salí a la zaga de la habitación. Había junto a ésta un cobertizo, que albergaba una vaca y algunas gallinas, y allá se encaminaron, bajo los reflectores de la luna que caían en cascada celeste.

Me correspondió entonces ser testigo de un suceso que añadió su turbación al ambiente excepcional que nos envolvía. Azelaís se sentó en un poyo, atrajo al muchacho al mismo asiento, y comenzó a hablarle en voz tan baja y vehemente que debí arrimarme mucho para entender qué decía. Y aun así, tardé en captar el giro de su entrecortado discurso, pues estaba mechado de alusiones a circunstancias que yo desconocía, y la impetuosidad con que Azelaís monologaba me hacía perder el hilo de sus ansiosas preguntas y afirmaciones. Pero pronto me pareció que si la muchacha insistía y volvía a insistir en el tema de que su hermano no debía partir con su padre, dejándola en Poitiers, sino llevarla con ellos a enfrentar las aventuras que les aguardaban quizás en otras ciudades y otros países, tal imposición derivaba de su

desesperación de quedar en una casa donde no representaba papel alguno y donde no se deseaba su permanencia, mas también se originaba en la fuerza de sentimientos que sin duda habían discutido antes y que infundían a su vínculo un carácter realmente singular. Creí deducir, a través de lo que iba balbuciendo, que esa inexplicable mujer, que por momentos daba la impresión, con su hosquedad y su arrogante energía, de ser un hombre, de ser uno de esos muchachos que andaban por las calles de Poitiers afirmando su viril desplante, experimentaba, con relación a su hermano apenas menor, una mezcla efusiva de cariño, piedad, admiración, dependencia y necesidad de ampararlo, susceptible de confundirse con el amor más apasionado y maduro, y como sus palabras, farfulladas en la soledad del cobertizo, venían acompañadas por el trémulo arrullo de una tórtola que, ahora sí, porfiaba entre las tejas con su encelado canturreo, la escena, acentuada por el modo en que Ázelaís lo tenía medio abrazado a Aiol y le besaba la cara y los hombros descubiertos, mientras gemía hasta las lágrimas que no la abandonase, alcanzó una culminación tan punzante que el mozuelo, asustado, forcejeó para desasirse. Pero ella podía más y lo estrechaba contra su pecho, sin cesar de hablar, murmurando unas frases deshilvanadas y entreveradas en las que el motivo del miedo y el motivo del amor iban y venían y se acordaban y respondían, como en una patética música. Sus largas manos, semejantes a las de Aiol, descendían hacia la cintura del adolescente, implorando y arañando, y la estupefacción me embargaba tan completamente, ante la situación extraña y chocante (por más que entre esos personajes alterados cabían posibilidades distintas de las comunes), que asistí a sus alternativas petrificada y como si no estuviera más enterada de ellas y de su locura que la vaca que en ese instante mismo rumiaba en el establo y que las encaramadas gallinas que nos rodeaban inmóviles.

En verdad, los seres humanos escapan a toda previsión y cálculo. Cierran una puerta y hacen, detrás, cosas vesánicas y horribles; luego regresan al salón convencional, oficial, y nadie —fuera de alguno muy astuto o muy mal pensado— se atrevería ni siquiera a sospechar de qué son capaces en la impunidad del secreto. Buena parte del suspenso bajo cuya amenaza vivimos permanentemente nace de dichos desdoblamientos, engendrado por un detalle tan baladí como una puerta abierta o cerrada. Y eso, siendo a menudo espantoso, sin embargo enriquece a la vida y le otorga perspectivas que multiplican monstruosamente su vigor. Empero no deseo extenderme sobre este tipo de reflexiones que me arrastrarían lejos. Me basta conque el lector haya apreciado el tono del episodio que intento describirle.

Aiol, vencido por la urgencia del rapto de su hermana, sucumbía ya y resbalaba hacia el colchón de paja apilado en el suelo y apenas acertaba a repetir:

—Vendrás con nosotros, Ázelaís, pero déjame... déjame.. .

Yo, que había roto el embrujo que me embotaba y que, temblorosa de celos, con un breve golpe de alas, había ascendido sobre sus cabezas, flotaba allí, como una gran lámpara colgada de las vigas por impalpables hilos, o más bien como un insecto gigantesco que se sostenía en el aire, aparentemente fijo y detenido, sin que se advirtiera la vibración que lo mantenía en la altura. Estaba indecisa acerca de lo que me convenía hacer, hasta que Aiol pudo por fin escurrirse entre las manos de su hermana y huyó en busca de su lecho. De nuevo vacilé, ignorando qué partido tomar, si seguir a mi amado hasta su refugio o espiar la reacción de Azelaís. Opté por lo primero, que era, lógicamente, lo que más anhelaba mi viejo corazón, y en la cámara de los hombres me encontré con que Ozil también faltaba del aposento. Habría despertado y, al observar la ausencia de su hijo, posiblemente habría calculado que

ella le facilitaba la ocasión de acercarse a Berta. Después me enteré de que Berta y él habían concertado un encuentro furtivo, para las últimas horas de aquella noche, pero por el momento, ayuna de ese plan, lo único que conjeturé es que el caballero dejaría al azar la probabilidad de concederle una entrevista. Aiol se acostó junto al poeta y poco a poco se fue calmando. Lo velé unos minutos, hasta que se aquietaron los latidos de su pulso y, exhausto, mojadas las mejillas por un llanto que era tan suyo como de Azelaís, se entregó al sueño. Entonces, puesto que resultaba obvio que ese sería para mí un amanecer de vigilia, regresé al tinglado de las gallinas, con la esperanza de encontrar a la muchacha.

No la distinguí al principio, dado que las sombras se habían apeñuscado entre los comederos y algunas piedras a medio tallar y en los flancos de la pesada vaca, tiesa, ocre. Cuando la hallé en el suelo, tornó a avivarse mi sorpresa —en la posada de Berta y de Pons las razones de sobresalto se sucedían continuamente—, porque el vago ropaje y su caperuza se habían corrido a un lado y yacía, desnuda, sobre el heno. Hincaba los dientes en las briznas; tartajeaba unas palabras ahogadas, en añicos, como si hubiera perdido la razón, y todo su cuerpo, luminoso de tan blanco, se agitaba violentamente en la tenebrosidad del improvisado pórtico. En ese instante preciso fue descubierta por el escultor. El marido de Berta, que iba en persecución de su mujer, había surgido detrás de mí y, tan azorado como yo, asistía al inocente espectáculo que se complicó al punto: porque allí se produjo lo que luego se debatió minuciosamente y exacerbó tantas disputas enconadas de escépticos, de teólogos y de comadres. A Pons y a mí nos pareció que encima de aquel cuerpo convulso se alzaba, como si se desprendiera de la tenaza de los muslos febriles, un negro vapor, que podía asumir la estatura de un hombre y que, después de oscilar brevemente, se desflecaba, desvaneciéndose en el aire. Yo había dejado las gafas en la cámara de Aiol, y Pons, a causa de la distancia en que estaba ubicado, no podía ver con exactitud qué pasaba, pues el temor y el desconcierto lo habían paralizado. Evidentemente, era admisible que se tratara de una mera ilusión de los sentidos. Fluctuaban en el cobertizo unos jirones de niebla, la que invadía el patizuelo y la huerta próximos, y lo que vimos o creímos ver —pues Pons lo proclamó en seguida, gritando: ¡Ay! esa sombra... ¿qué es esa forma negra?—, bien pudo ser un vaho de bruma, o una exhalación sutil fermentada en el propio establo, o un espejismo del claroscuro suscitado por la luz inicial del día, que se insinuaba en la atmósfera.

¿Cabía la eventualidad de que un elemento diabólico hubiera intervenido en un incidente tan herméticamente obscuro? Cabía, sin duda, y ya dije que a la sazón el Demonio se inmiscuía en todo. Y lo que más me irritaba, y todavía ahora me irrita, es que comprobé que mis poderes de hada, que debieron haberme servido por lo menos para detectar una presencia sobrenatural, ya que lo sobrenatural constituía mi dominio y me había graduado en las asignaturas que codifican al misterio, no me sirvieron en absoluto, reduciéndome a la misma pobre ineficacia de Pons, que no disponía de más ayuda que la que le suministraban su vista, su oído y su olfato. Pero Pons contaba con otro recurso, incomparable, pues sacó un crucifijo de sus ropas y, esgrimiéndolo, presentándolo hacia el sitio donde se había desdibujado la ligera columna maléfica, exclamó:

—¡Por esta Cruz te conjuro, Satán, para que liberes a esa mujer!

Al escucharlo y notar, consiguientemente, su presencia, Azelaís lanzó unos aullidos atroces, que mucho más tarde, en los desiertos de Oriente, volvieron a mi recuerdo, cuando en la noche se lamentaba el hambre de los chacales. Hiciéronles eco la vaca,

las gárrulas gallinas y el alboroto de los perros que acudieron en legión. Fue tal el tumulto, que nadie quedó en la cama, y el patizuelo se llenó de amigos y de huéspedes escasamente vestidos, coyuntura que —como reparé desde mi privilegiada atalaya— Berta y Ozil aprovecharon para sumarse al corro, viniendo de quién sabe qué familiaridades evocativas de sus impudores del Cairo y de Jerusalén, ella con la chaisne, suerte de bata de interior, echada sobre los hombros, destapados los globos de los pechos, él con la camisa estampada de arrugas, que no le bajaba de la cintura, pues el resto había sido dedicado a remiendos, lo que configuraba la deducible inmodestia de su atavío. Y aunque Pons, algo después, prestó también atención a su desarreglo culpable, ahora el asunto de las actividades de esta pareja quedaba relegado, para él, al círculo triste y accesible de las humanas flaquezas, que nada tiene que ver con los cortesanos lirismos enumerados por Ithier, en tanto que las reacciones de Azelaís cobraban una trascendencia infinitamente más importante, al incidir tal vez en el plano de lo diabólico, al que la religiosa obsesión del tallista debía conceder una prioridad absoluta. La propia Azelaís, ignorando si Pons había sido testigo de sus torpes maniobras con Aiol, y consciente del escándalo que ellas desencadenarían, extremó los desesperados aspavientos, si bien éstos pudieron resultar también de su angustia ante la secuela de un pecado en el que tuvo por guía a un demonio (que una y otra conjetura eran en el momento admisibles), y ya fuera para disimular sus incestuosas tretas, o sus solitarios artificios voluptuosos, ya fuera porque, como el sospecho vapor parecía confirmar, había caído en las zarpas de un incubo —feliz o no, a causa de esta última posibilidad que habría llegado en el instante psicológica y fisiológicamente oportuno—, se puso a vocear, a bramar y a ulular con irracional energía, lo que aseveró en el ánimo de los aterrorizados presentes la idea de que era víctima de la satánica lubricidad. Intérprete de ese pensamiento general fue Pons, quien declaró gravemente: —¡Estás poseída Azelaís, que Dios te ampare! Y mientras Berta, Ozil, Ithier y Aiol, más asustado que ninguno, se esforzaban por sujetar a la histérica muchacha, que se encrespaba, zarandeaba, babeaba, revolvía los ojos y multiplicaba los golpes ciegos, y pretendían cubrir su trépida desnudez y evitar que se arrancara la rubia cabellera a puñados, volcándole agua encima, con lo que empaparon la larga camisa que al cuerpo le adhirieron y quedó más imponentemente desnuda, el piadoso escultor, que postergó, pues hubieran sido estúpidas frente a la magnitud de este otro acontecimiento, las recriminaciones a su esposa desleal, echó a correr hacia Nuestra Señora la Grande, en demanda de sacerdotes, cirios, reliquias y agua bendita. Yo fui la única que conservó la cabeza, en medio del barullo —a parte de las tres criadas, que o eran idiotas o disponían de incalculables reservas de cazurrería, pues permanecieron en un ángulo, calladas, con unas semisonrisas maliciosas— y anduve revoloteando sobre los grupos, rozando al atribulado Aiol cuando me atrevía, y husmeando la paja, en la pesquisa de algún rastro de olor a azufre o a mixtura del Infierno. Pero nada especialmente perverso olí, si bien es cierto que las emanaciones de la vaca, de las gallinas y de la gente excitada y desarrapada que se condensaba en el patizuelo y en el cobertizo y a la que seguían agregándose vecinos preguntones, dificultaban una seria investigación.

Durante los dos días siguientes, mañana, tarde y noche, la posada recibió la visita de numerosos eclesiásticos. Acudían, movidos por el deber y por la curiosidad, por las súplicas de Pons también, que contaba en esos medios con altas protecciones. Cuando pienso en ello ahora, llego a la conclusión de que alguna forma de posesión diabólica debió existir, pues en todo el tiempo Azelaís no paró de gañir rabiosamente y de sacudirse, como si la martirizara un demonio. Su bella cara asumía expresiones grotescas o feroces. Aseguraban las mujeres del barrio, que se turnaban en su cabecera, que le habían oído la voz al engendro tenebroso que la dominaba, y que era una voz baja, ronca, semejante al gruñido de un cerdo y a un bramido lejano. Por los



labios de la muchacha, profería insultos y blasfemias. Yo no la oí, porque en esos momentos tuvo el asunto una derivación que me obligó a desatender su vigilancia: Aiol, con un cuchillo, dando una prueba de fortaleza que me dejó atónita, se cortó la cara profundamente, de la sien casi hasta la boca, en el lado izquierdo, el del ojo azul, para castigar así, colegí yo que estaba al tanto de los antecedentes, a un rostro culpable de los descarríos de su hermana. Hubo que someterlo a curaciones peligrosas (toda curación era peligrosa entonces; el sesenta por ciento de los niños moría en los primeros meses de su venida al mundo, y el promedio de la vida oscilaba entre los veinticinco y los treinta y cinco años) y que recluirlo en el lecho. Algunos vecinos murmuraron que había querido violarla a Azelaís, lo que explicaba su desesperada actitud; otros anduvieron más cerca de la verdad y hasta recordaron, cargándole a Azelaís el delito, la antigua profesión de su madre; pero nadie se resignó a descartar completamente la posibilidad de la intromisión de un legionario de Lucifer en el espinoso enredo, porque suprimirlo de cuajo hubiera significado renunciar a una contingencia que, siendo terrible, aportaba a la lugareña monotonía las distracciones propias de su espanto novedoso, con gran ajetreo de clérigos y consultas y preces. Los mozos que habían intervenido en la representación de la parábola de las Vírgenes Prudentes y las Vírgenes Locas sitiaron la posada, esos días, sin lograr ser admitidos en su interior. Querían saber de Aiol y de Azelaís.

Sospechaban que algo gordo se estaba cocinando allá adentro, a expensas de sus amigos, y cada vez que un sacerdote, portador de relicarios, aparecía en la puerta, lo acosaban a preguntas y tironeos, hasta que unos hombres de armas del conde de Poitiers vinieron a imponer orden.

Yo no me apartaba de Aiol, como el lector imaginará, aunque ardía en deseos de fisgonear qué pasaba en la habitación de su hermana. El muchacho deliraba bajo las vendas; lo habían maniatado, para evitar que en el desvarío se las arrancara; y, fuera de su padre, de Ithier y, en contadísimas ocasiones, de su madre —roída por el arrepentimiento egoísta, y más inquieta, sin duda, por las amenazas que se cernían sobre su propio trance que por las que tenían en jaque a sus hijos—, nadie contribuía a ocuparse de él. Ozil sufría dignamente, como corresponde a un caballero. Quizás le atribuía a la forma en que había cedido a la incontinencia, luego de años de herrumbrosa castidad, parte de la tormenta que se había abatido sobre la tranquila casa. Berta y él apenas se atrevían a mirarse. Los protegía de las iras de Pons, que integraban también el complejo cuadro, el hecho de que, por un voto, el artífice no pudiera abandonar sus tareas en Nuestra Señora la Grande, donde esculpía el capitel de la muerte de San Hilario con tan devota rabia, que se dijera que sus martillazos iban dirigidos al demonio seductor de su hijastra y al humano seductor de su mujer, ligados en su cólera y en sus desilusiones. Y lo curioso es que el voto en cuestión, que lo condenaba a multiplicar sus sudores de artesano de la piedra, perseguía por objeto la redención de Berta y el recobro robusto de su virtud, restaurada por la purificación del matrimonio. Claro está que hubiera sido absurdo suponer que Ozil de Lusignan, héroe de batallas y torneos, abrigaba la menor ansiedad frente a la perspectiva de los desmanes del tallista, pero el remordimiento trastornaba al paladín y lo enervaba. Él no estaba hecho al desorden de las circunstancias confusas, originadoras de la ironía y el disparate de que nobles y villanos cambiaran sus papeles. Podía ser un caballero pobre, a veces relegado al extremo de las mesas castellanas, pero seguía siendo un caballero, descendiente del hada Melusina, flor genealógica del Poitou. Lo que ansiaba era partir cuanto antes. Lo repitió a Berta. No bien Aiol estuviera en condiciones, acaso dos o tres días más tarde, partirían, dejando atrás, como un mal sueño, el recuerdo del escándalo. Las reacciones de Ozil se escalonaban, como se observará, sencillamente, con una sencillez militar. Sentado al pie de la cama de su hijo, bruñía

sus armas, con la ayuda de Ithier, y si las quejas del muchacho subían de tono, le rociaba de agua fresca el vendaje. Hacía lo que yo, desventurada de mí, hubiera debido hacer. El cruzado no entendía qué pasaba con Aiol, por qué se había cortado tan vesánicamente el pómulo; qué pasaba con Azelaís, esa muchacha rara, insensata, firme y orgullosa como un muchacho, y sin embargo capaz de volverse de súbito muy femenina. Desde que había descabalgado en el hostel de Berta y había hallado a la prostituta convertida en señora y luego había caído, con esa misma señora obsequiosa, favorecida por los canónigos, en los lazos de una sensualidad que presumía muerta o por lo menos agonizante, no entendía nada. Enfurruñado, llena la cabeza de imágenes de guerra en los desiertos y de lances en honor de la reina de Francia y de la princesa de Antioquía, mucho más claros, siendo remotos, que estas inmediatas ambigüedades y ofuscaciones, frotaba el yelmo, la cota, las espuelas, el escudo de mis dos esmaltes. A la hora en que Pons regresaba, él desaparecía. Se iba con Ithier y su música, a ambular por el bosque, y no volvían hasta la madrugada. De todos modos, el tallista no tenía tiempo para dedicarlo a su preocupación doméstica. En la posada, vivía consagrado a la endemoniada Azelaís.

Los sacerdotes, interrogados por él y por las comadres, hablaban de las curas milagrosas de Bernardo de Claraval, fallecido hacía más de veinte años, que según el vulgo, había fortalecido su poder con el rigor extremo de las privaciones, pues sólo se alimentaba de trozos de pan mojado en agua caliente. Recordaban sus prodigios de Bar-sur-Aube, de Milán, de Pavía, las mujeres medio estranguladas por los diablos, que se debatían entre espumarajos, y que él había recuperado para Cristo. Una hubo tan atribulada, que no podía meter la lengua dentro de la boca, y ésta pendía afuera, como una trompa de elefante. Exageraban, pero el pavor de sus relatos se sumaba al que oprimía al mesón de Poitiers. Encendían cirios y cirios y cirios, y el caserón semejava un enorme altar, sobre el cual estallaban los aullidos de la posesía presunta, mezclados, en opinión de algunas viejas mujeres, con las risotadas de un ser extraño, y si la brisa estremecía las llamas o un movimiento aturdido derribaba un candelabro traído de Nuestra Señora y hacía bailotear las sombras, crecía en lo oscuro la grito general, porque todos juraban que habían visto arrastrarse más allá de las temblorosas lenguas de fuego una forma negra, un perro de ojos ardientes o un monstruo indefinible.

Algún vagabundo, cargado de amuletos, uno de esos clerici vagantes que habían conocido comarcas lueñes, añadía al miedo de las narraciones inflamadas por la evidencia de que Lucifer podía apoderarse de un cuerpo humano y ser su dueño a lo largo de años de tortura, el misterioso terror que deriva de los espantajos exóticos, aliados del Infierno, que andan por el mundo como andarán las bestias del Apocalipsis, y que son idóneos en el arte de deslizarse entre las llamas y de insuflar a los mortales su ponzoña. Y entonces el fondo tétrico, detrás de la cama revuelta de Azelaís, se animaba como un tapiz ilusorio por cuya hojarasca negra y bermeja corrían los sátiros cornudos; los esciapodios que no poseen más que una pata velocísima, la cual les sirve de quitasol; los hipopodios de los desiertos escitas; los cinocéfalos indios, perros-hombres a cuya estirpe dicen que perteneció San Cristóbal; los etíopes de cuatro ojos; los grifos, los basiliscos, las sirenas, los centauros; las leucrocotas, asnos con cabeza de tejón, que simulan la suave voz humana, aunque cuentan con un único hueso continuo en lugar de dientes; los panotii, de orejas desmesuradas; las mantícoras, con tres filas dentales, hombres y leones, raudas como pájaros, con timbres de flauta; las quimeras de tres rostros... Si hasta a mí, que he dado a luz unos fenómenos que merecían incluirse en la reseña medrosa, me conmovían las descripciones del infrecuente turista, se comprenderá cómo operaban sobre los grupos arracimados en los aposentos. Sólo cuando el caballero atravesaba la tristeza de esas

cámaras, en la ondulación latina de los rezos, con el cuerno de unicornio en la diestra, como si llevara una rama mágica y benigna, cedían algo el sobresalto y la aprensión, pero al punto referían la historia de la desgraciada mujer a quien el Diablo había alzado a varios codos de altura, para luego balancearla, precipitarla a tierra y obligarla a hablar rápidamente en un idioma que nadie dominaba ya, ni siquiera los sabios en letras arábigas y hebreas, o aludían a las aves de cabeza de mujer que son portadoras de los malos sueños, y el horror tornaba a enseñorearse de la posada. Quise aventarlo y no lo conseguí. Un segundo logré manifestarme, calculando que la presencia del hada bienhechora del Poitou sería acogida con transportes de júbilo. Me embocé en mis dos alas y me asomé al mundo brevemente. La única anciana que me distinguí entre el humo de la cera se desmayó gimoteando: —¡La Virgen, la madre de Dios, la he visto!, pero por suerte ninguno la creyó; los tonsurados la sacaron a empellones y yo no me atreví a reiterar la experiencia, a fin de no complicar las cosas. Nadie pensaba, cegado por la evocación de los seres extraordinarios, que un ser de tan espléndida fantasía como yo, con mi cola de sierpe y mis membranas de murciélago, estaba muy cerca, al alcance de esas manos que los cuitados escondían en las ropas, para evitar que algo indescifrable se las rozase con los dedos peludos o con el rugoso hocico: pues suele suceder que, por vigilar a la distancia, no acechemos a nuestro alrededor, donde también pululan las maravillas y los monstruos, velados por la perspectiva que encubre a lo inmediato, y donde bullen, como en un oportuno caldo de cultivo, invisibles, los que deben interesarnos y desazonarnos más.

Un grupo numeroso de peregrinos, camino de Santiago de Compostela, llegó por entonces, y aunque las anormales condiciones aconsejaban que no se les diese albergue, Berta, mujer práctica, habrá calculado que no convenía menospreciar su aporte, en horas en que el gasto suplementario de los cirios y emplastos aumentaba sin cesar. Los acomodó como pudo, en las habitaciones, en las galerías y en el patio pequeño. Muchos de ellos venían del norte y de París. Se habían detenido en Orleáns, a rezar ante un fragmento de la Santa Cruz, y en Tours, a prosternarse ante la sepultura de San Martín. Preguntaban ahora por la tumba de San Hilario y por el monasterio fundado por Santa Radegunda, donde había otra reliquia de la verdadera Cruz, donativo de un emperador de Constantinopla, pues su voracidad de reliquias no conocía límites. También querían saber si la mesonera descendía del varón, inspirado que descubrió la Lanza de Antioquía. Luego pasarían por Saint-Jean d'Angély, por Saintes y Pons, tierras que habían sido de Raimondín de Lusignan y que yo había defendido con mis mágicas arquitecturas. Su ruta era larga. Atravesarían, tanteando las rocas con los bordones, los Pirineos, por Roncesvalles, atentos los oídos, en las solitarias breñas, al eco del olifante de Roldan, y con etapas en Pamplona, en Burgos, en León, siguiendo la antigua vía romana que los españoles llamaban el camino francés, terminarían su andanza trabajosa ante el sepulcro del apóstol. Cuando se movían, sus cruces, sus medallas y sus conchas tintineaban. Fueron ellos, al enterarse del daño maldito que fatigaba a Azelaís, quienes más insistieron para que en seguida la exorcizasen, y como eran especialmente considerados y doquier les reservaban el mejor sitio, en los hospitales, en las casas cruzadas y en los castillos, por su doble jerarquía de hombres santos y de viajeros y porque el prestigio de cada lugar dependía en buena parte de lo que ellos irían repitiendo e informando, Berta no se atrevió a oponerse. Metían gran bulla, hablando a un tiempo, golpeando con los cayados y las muletas, sacudiendo los andrajos, mostrando palmas y mugrientos envoltorios cuyas excelencias proclamaban. Se introdujeron en la cámara sofocante de Azelaís, con plegarias y canturreos, y encendieron más velas. Su hedor llenó la posada, y sus oraciones —como esa novedosa Salve Regina que algunos atribuían a Adhemar de Monteil, legado papal, muerto en Antioquía, y otros a los propios celestes chantres del

Paraíso— tenían respuesta en el clamor de los que se agolpaban en la calle: —Madre de Misericordia...

Pero Pons no necesitaba de tales sufragios para llevar adelante su plan expurgatorio. Sus ruegos habían alcanzado al obispo, quien ordenó que al alba siguiente Azelaís fuera conducida de viva fuerza, si no cabía más remedio, a asistir a la primera misa, en Nuestra Señora la Grande. La noticia colmó de alborozo a los romeros, golosos de liturgia y de cuanto significase una pía comunicación con el trasmundo, y, por distintas razones, a las ex Vírgenes Prudentes y las ex Vírgenes Locas, quienes presintieron en ese espectáculo una fuente de distracción. Los peregrinos armaron una famosa tremolina. Recorrieron la posada con sus cirios, asperjando las paredes de agua del río Jordán, y si no entraron en el aposento de Aiol fue porque el caballero se plantó ante su puerta, con la corta espada en la mano. Hasta el amanecer, las voces nasales se relevaban en las galerías, donde los predicadores andariegos —a quienes no hay que desdeñar, pues se les debían abjuraciones y contriciones valiosas— alternaron con los mercaderes ambulantes, tan despreciativamente llamados pedes pulverosi, que exhibían sus baratijas, sentados en cuclillas como moros, a la luz de candiles malolientes. Supongo que entonces se produjo la verdadera conversión de Berta. Todo coadyuvaba a lograrla: los lamentos salvajes de su hija, presa del Demonio; la cortada faz de su hijo, acongojado por impenetrable amargura; el arribo de Ozil, que la conmovió y alarmó, patentizando qué próxima estaba todavía esa ocasión de pecado a la que suponía definitivamente eliminada; la pesadumbre del buen Pons, agraviado de modo tan injusto; y la forma casi milagrosa en que su casa había sido ocupada por una multitud de evangelizadores y de comerciantes, los primeros de los cuales reiteraban su generosidad misionera con sermones que sólo perseguían la salvación de las almas, mientras que afirmaban los segundos, al querer imponer su pacotilla, empujándola por los ojos, la mezquindad de las mundanas vanidades. Y es cierto que sí las pláticas piadosas eran pobretonas, no lo era la gloria de las antífonas que brotaban de los labios místicos, en tanto que los géneros, los peines, los broches y las sartas de cuentas, desplegados al claror bilioso de los candiles, llamaban la atención con su triste ordinariez, lo cual contribuía, como una metáfora oportuna, a subrayar el triunfo del espíritu sobre la materia. Yo percibí, como un aroma puro, bienaventurado, eterno, cuyos matices se infiltraban en el medio nauseabundo, el perfume que comenzaba a expandir la pecadora esencia de Berta, agitada por la contigüidad de los hombres de Dios, y, en breve vuelo, fui y vine varias veces, con aleteo pausado, brindándoles a los afortunados inocentes la ilusión de que un ángel estaba cerca —que tal fue lo que me propuse, para completar la arrobada imaginaria—, sobre las cabezas pringosas y liendrosas de los santos peregrinos, que a mi paso se levantaban, iluminados los ojos insólitamente bellos, pese a las légañas y las oftálmicas molestias, como si ellos también respiraran, en la cargazón del aire veraniego, el florecer del prodigio. Pero ese clima de taumaturgia duraba poco, por su excesiva tensión delicada, y entonces, como si los sátiros, las leucrocotas, los basiliscos y las mantícoras tornaran a apoderarse del mesón, renacía el grosero tumulto y las preces se sumaban a las invitaciones de los traficantes, prolongadas en la luz similar de los cirios eclesiásticos y de los candiles buhoneros, hasta identificarse en un coro de rezongos que serpenteaba de una habitación a la otra, ligando los loores de la Virgen, de San Martín de Tours, de San Hilario y de Santa Radegunda, con la alabanza de los falsos productos de España y de Siria que los vendedores juraban haber llegado directamente a las ferias. Ithier revolvía, con gesto displicente, las mercaderías, inquiría los precios y, ante las almibaradas respuestas, simulaba taparse las narices y retornaba majestuosamente a la cámara de Aiol, a frotar las armas del caballero, a escuchar los versos del Pater que recitaban los peregrinos y a acariciar el lacio pelo del muchacho, que escapaba del vendaje en negros mechones y se

derramaba sobre los cojines que sostenían su cabeza, tan conmovedoramente parecida a la de Raimondín.

Fuimos en procesión al cercano portal de Nuestra Señora la Grande. Varios peregrinos transportaban a Azelaís, asegurada en unas anarillas, sobre las cuales se enroscaba, retorció y gemía sin parar. A un lado, Berta e Ithier procuraban inútilmente calmarla. Detrás iban Ozil, que centelleaba con los reflejos de su cota y yelmo, y el vendado Aiol, de verde y amarillo, afirmado en el cuerno de unicornio, con lo cual, al concederle ese privilegio, el caballero entendía proclamar su paternidad oficialmente, en público; y luego se sucedían en dos filas los romeros, enarbolando cirios encendidos y palmas secas, y buen concurso de gente que cantaba:

*Ave regina caelorum*

*Ave domina angelorum*

*Salve radix, salve porta*

*Ex qua mundo lux est orta.*

Abriánse las puertas en nuestro camino, y hombres y mujeres se nos sumaban, erectos los pabilos llameantes. Llegamos así frente a la fachada de la iglesia, casi velada por los andamios que dejaban entrever ensayos de cruda policromía, en las esculturas, algunas de ellas entonces esbozadas, que todavía hoy reseñan artísticamente el tema de la divinidad de Cristo y de su Encarnación. Nuestra comitiva atrajo los ojos de maestros y aprendices, sin duda avisados de la ceremonia excepcional que iba a desarrollarse. A pesar de los reclamos autoritarios de los mayores, los muchachos —entre quienes reconocí a cinco o seis de mis vírgenes de teatro— se descolgaron de las plataformas, presto seguidos por los tallistas principales; por los gañanes que empezaban a descargar las carretas que de las canteras venían; y por los que izaban trozos de pizarra, por medio de ruedas, hacia los artesanos techadores de los breves campaniles, en lo alto. Dicho alto es muy poco. Nuestra Señora la Grande, que apenas parece levantar cabeza sobre los edificios vecinos, debería llamarse Nuestra Señora la Pequeña. En ello finca mucho de su encanto, en los quince metros de ancho de la fachada; en los diecisiete de su elevación (y que se me disculpe la fruición numérica, al recordar mis técnicas especialidades de constructora). Engrosado de esa suerte, el cortejo entró en la nave mayor.

Se nos agregó, en la penumbra interna, contribuyendo a la trascendencia del espectáculo curioso, la ilustre, la exquisita Seramunda, esposa del señor de Castel-Roussillon, de paso, desde el día anterior, por Poitiers. Era célebre a causa de los amores trovadorescos que provocaba, aunque aún le faltaba vivir la gran hora, trágicamente horrible, de su vida, que contaré en otro capítulo. Pero en el momento en que apareció entre sus damas, por la nave de Poitiers, sonriente bajo el velo y la fina corona de esmeraldas, con el exótico detalle bizantino de un par de largas arracadas de esmalte y piedras preciosas, temblándole en las orejas y en los hombros, ninguno de la concurrencia hubiera imaginado que sufriría un destino tan feroz. Ignorante de la amenaza del desenlace que sobre ella se cernía, un desenlace diametralmente opuesto, por su truculento mal gusto, a las ideas de coquetería, de elegancia y de halago que rodeaban a su delicada figura, Seramunda caminaba despacio, haciendo crujir las sedas recamadas de su ropaje de estío, y nosotros, que íbamos adelante, hacia el coro y sus brillantes frescos de la Virgen, del Cristo majestuoso, del Cordero,

los ángeles y los apóstoles, como si avanzáramos hacia un Paraíso multicolor, le dimos paso, de modo que se ubicó junto a lo mejor que por el instante podíamos ofrecerle y que era Ozil de Lusignan, retumbante de hierros recién pulimentados y pintados. Allí, las doncellas desplegaron un tapiz de Persia, exiguo como un cojín, y la joven señora, fingiendo desentenderse de la compañía que la circundaba, se puso de hinojos.

¿Y dónde estaba entre tanto, preguntará el lector prolijo, el esposo de Berta, el verdadero organizador del complejo cuadro? Estaba, como es natural, en el centro mismo de la iglesia, cumpliendo su voto desde el alba y desde la armazón que envolvía a la columna situada en el ángulo del crucero y de la nave, por la parte del norte, a la que remata el capitel de la muerte de San Hilario. Sus golpes eran lo único que se oía —pues, para su infortunio, como se deducirá después, no abandonó el trabajo y permaneció en su puesto eminente— y allá volé yo también, deseosa de apreciar la escena, en la diestra las gafas, como si me asomase a un palco o a un balcón. A través del maderamen y la neblina de incienso, abarqué la intimidad de la iglesia. De acuerdo con la costumbre medioeval, no había sillas ni bancos, y el templo se utilizaba como una auténtica casa común, en la que existían sectores dentro de los cuales se comía, se dormía y se hablaba en voz alta, discutiendo negocios. Esa misma mañana, por lo desusado de la ceremonia, callaban todos, hasta los mercaderes. Sólo unos galgos alborotaron con sus ladridos, irritando a un halcón que un mozo, servidor de la familia condal, había llevado en el puño, mas pronto renació el sosiego, y los golpes de Pons, que modelaba en la piedra las siluetas aéreas de los ángeles, portadores del alma de San Hilario hacia la Gloria, resonaron en el silencio de las naves. Hasta que los gritos de Azelaís recomenzaron, en el instante en que el obispo se aproximó al altar, con sus acólitos.

Visto de mi atalaya, el rito que se desenvolvía con réplicas cadenciosas, graves saludos, genuflexiones y brazos extendidos, cobró una irrealidad mágica, de cuento oriental, porque las casullas y las dalmáticas de los oficiantes habían sido cortadas y cosidas por las señoras del lugar, empleando las telas traídas por los cruzados, desde los tiempos del conde trovador y de su hijo, el que fue príncipe de Antioquía, procedentes de los talleres de Tiro, de Alejandría, de Panópolis, de Bagdad y de Mosul, y ostentaban en su dibujo, entremezclando los hilos de oro con los de color de ceniza y de fuego, los contornos de simétricos leones afrontados, a los que separaba el Árbol de la Vida, y los de pájaros, gacelas y bicéfalas águilas, de manera que si Ozil hubiera alzado la cabeza hacia la función del altar, hubiera podido ocurrírsele, al ver aquellos restos de banderas y trofeos tomados a los árabes —tejidos por las hadas, según aseguraban algunos audaces, lo que juro ser mentira— que estaba de vuelta en el palacio del califa del Cairo y que el visir acababa de descender el enorme velo de perlas y rubíes para mostrar la pompa de su amo. Pero Ozil mantenía bajos los párpados, detrás de los metálicos guanteletes con los cuales se cubría la cara, y se sentía tan angustiado como cuando había compartido la cárcel de Alepo con Reinaldo de Châtillon. Quizás meditaba en las circunstancias que lo habían conducido a Nuestra Señora la Grande y en su infidelidad a las exigencias de la orden de la Caballería que impone —además de observar la fe jurada al soberano, la piedad, la defensa de la Iglesia, la generosidad y la bravura— el socorro a las mujeres desaconsejadas y el auxilio a las viudas y a los huérfanos. A su lado, amarillo y verde, sobre la frente y las orejas la lluvia del indócil pelo negro, Aiol, también de rodillas, había unido las palmas y oraba moviendo los labios. Yo sabía, pues había aprendido a conocerlo, que la desesperación resultante del episodio del tinglado continuaba agrediéndolo, con las dudas acerca de su culpa inocente y los escrúpulos suscitados por el amor de Azelaís. Y era tal la concentración de ambos, que ninguno de ellos se percató de las miradas que la ilustre Seramunda lanzaba de soslayo al caballero, como si la viajera aristocrática

otorgara más importancia a la presencia de Ozil que al acto religioso al cual asistían, cumplido por aquellos inverosímiles personajes de las Mil y una noches, que exhibían mitras y tonsuras en vez de turbantes, que se respondían en sonoro latín, bajo los ojos estilizados de la Virgen María y de su divino Hijo, y de cuya eficacia podía depender la salvación de una endemoniada. La señora de Castel-Roussillon suspiraba, parpadeaba, recogía graciosamente los pliegues de su brial y contestaba, con una voz muy fina, a las palabras del oficio, y hubiera sido necesario ser muy tonto o estar tan distraído como Ozil y Aiol, para no advertir —hasta yo lo noté, desde mi palco distante, calándome los anteojos— la evidente picardía de su manejo.

El obispo era muy anciano. Le pesaban las sacras vestiduras y, para arrodillarse, se apoyaba en los brazos de sus acólitos. No obstante la tibieza del aire, que pronto cedería ante un calor más y más acentuado, cuando se sentaba en su silla de estrecho espaldar, dejaba las manos sobre un pequeño calentador, cuya ingeniosa estufa siempre permanecía derecha. Se veía entonces brillar los numerosos anillos que usaba hasta en los pulgares y que, a la altura de la segunda falange, en los restantes dedos, declaraban la munificencia de reyes y señores. Entre las gemas sobresalía un zafiro, color de la Virgen, que según la sabiduría que otorgaba a las piedras preciosas herméticos poderes, poseía en especial el de subyugar al deseo, oscureciéndose si lo llevaba quien no lo merecía: el de aquel viejo obispo lanzaba purísimos rayos; en verdad, resultaba arduo concebir para qué podía necesitar, a sus años, el socorro de un zafiro; mucho más necesitaba el de su calorífero diminuto. Esas manos alhajadas y temblorosas se mojaron con el vino sublime del cáliz que sobre ellas volcó, quitando la patena, mientras arreciaban los gritos de Azelaís que llamaba a Aiol con voces iracundas y lo acusaba de traición. Y, en tanto el hijo de Ozil se tapaba los oídos y se apretaba contra el pecho de su padre, el prelado hizo avanzar las angarillas que levantaron seis canónigos. No bien la tuvo cerca, el diocesano aplicó unas gotas del consagrado líquido sobre los labios convulsos de la doncella y asperjó con la sangre omnipotente el cuerpo retorcido que pugnaba por arrancar las cuerdas y las ropas y que ya mostraba la albura de un pecho desnudo. Luego le tomó la cabeza que se resistía, con ambas manos, le colocó su estola sobre los hombros —ella se revolvía, como si el paramento la quemase—, y pronunció las palabras de san Bernardo de Claraval, señalándole la hostia que acababa de poner encima de la patena:

—He aquí, espíritu inicuo, a tu juez, el Todopoderoso. ¡Resístete ahora, si puedes! He ahí al que debe sufrir por nuestra salud. ¡Que el príncipe de este mundo sea ahora arrojado! Mira el cuerpo que salió del cuerpo de la Virgen, que fue extendido sobre la cruz y en la tumba, que resucitó de entre los muertos y ascendió a los Cielos en presencia de sus discípulos. ¡Por el dominio terrible de su majestad, te ordeno, espíritu maligno, que abandones el cuerpo de su servidora y que no oses volver a tocarlo!

Azelaís lanzó un bramido tan atroz, que las palomas que anidaban afuera, en los andamios, se echaron juntas a volar. Fue como si yo, yo misma, hubiera gritado en el parapeto de Lusignan, ante el cadáver de uno de mi stirpe. Berta se deshizo en llanto:

—¡Perdón, perdón, perdón! —plañía y se golpeaba el pecho, y los peregrinos se lo golpeaban también y golpeaban el suelo con la frente.

Yo no conseguí estimar la escena en la plenitud de su recóndito alcance, porque algo sucedió entonces, algo funesto, injusto y sañoso, que me distrajo con una nueva preocupación. ¡Ay, en vano tendí mis brazos! ¿Qué eran mis brazos, mis leves,

transparentes brazos de hada, sino una irisada bruma, menos consistente que el vaho de incienso que ascendía hacia los capiteles? ¿Qué podía hacer yo, cuitada, sino ver cómo pasaba a través de mis brazos inútiles, como a través de un aromático vapor, apenas condensado, el cuerpo del tallista Pons que, asomado peligrosamente a su refugio de la plataforma, se estiraba hacia la escena del altar, perdía pie, vacilaba y luego se precipitaba al vacío, añadiendo su gemido largo al clamor que rodeaba al exorcista en el relámpago oriental de las casullas? Poco medían las columnas de la colegiata. Cada detalle se ajustaba allí a una exacta y rítmica proporción reducida. Y sin embargo Pons cayó con tan mala suerte que su alarido se quebró en las losas del piso y entregó su alma al instante. Pero la concurrencia no se percató inmediatamente de la gravedad del caso. Embargados por la ceremonia, por el doblar de las campanas, por el escrito que el obispo fijó sobre el vientre de la inmóvil Azelaís y en el que se leía: En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, te ordeno, Demonio, que no vuelvas a tocar a esta mujer, y porque muchos aseguraron a la sazón que habían oído un rumor semejante al zumbido de millares de moscas que escapaban a un tiempo, los peregrinos se adelantaron, bloqueando el cuerpo exánime de Pons. Sólo después advirtieron que estaba muerto. Lo recogieron y lo trasladaron hasta el altar, donde el viejo obispo meneó la cabeza y exhaló una queja tan honda que nos pareció que debía desmayarse, hasta que se recuperó y, ayudado por el abad y por los canónigos, ungió de óleos benditos al escultor sin ventura. Fue menester arrastrarla a Berta, que se arrancaba los cabellos rubios, los cabellos que habían sido tan besados y acariciados y adornados de flores en fiestas pecadoras, y sacarla del templo, como sacaron en las parihuelas a Azelaís, que se estremecía y llamaba a San Hilario y a su hermano Aiol, dulcemente, dulcemente...

Así regresamos a la posada. A Pons lo sepultaron esa tarde, en la iglesia que había contribuido a embellecer y donde, acaso, los ángeles que había tallado para que condujeran el alma de San Hilario al Paraíso, guiaron la suya hasta el trono flamígero de Dios. Sí, nosotros regresamos, pesarosos, meditabundos, entre apagados cirios humeantes. El prelado se habría sentido más anciano todavía y más frágil, cuando doblaba piadosamente la dalmática que enriquecía su entrelazado dibujo con una inscripción que pregonaba, sin que él lo supiese, la gloria de Alá, y sus lagrimas cristianas humedecieron la grafía exótica de los hilos de oro y los espléndidos pendientes de Seramunda, de los que la señora se había despojado para obsequiárselos. Seguida por sus damiselas, Seramunda se aproximó a Ozil, lo besó con triste sonrisa, bajo la pieza metálica que le cubría la nariz, y desapareció hacia los blancos, coceantes palafrenes, que a un lado de la fachada cuidaban sus pajes de pelo rizado.

Al crepúsculo partieron Ozil y Aiol de Lusignan. Iba el primero en su caballo y el otro llevaba de la brida al rucio, con los equipajes. Ozil levantaba la lanza férrea y Aiol el cuerno de unicornio. Yo me ubiqué sobre las armas, en el rucio al que mi peso inexistente no podía incomodar. Durante una legua, a medida que nos internábamos en la zona boscosa, rumbo a la floresta de Lussac, nos acompañó el carro tirado por blancos bueyes, en el que los muchachos que habían interpretado la parábola dramática de las Vírgenes cantaban proezas de Carlomagno, de Roldan, de Olivero, como los juglares que precedían a los condes y a los duques en las cabalgatas interminables. El cielo se fue oscureciendo detrás del follaje, hasta que se puso negro como las capas de los caballeros Hospitalarios, y una estrella surgió en su inmensidad, a modo de la cruz blanca con ocho puntas, símbolo de las ocho bienaventuranzas, que esos mismos caballeros lucían sobre el pecho izquierdo. Los muchachos habían quedado atrás, entonando despedidas. Se despertó un aire ligero y sonaron las arpas de los árboles.



Ahora estábamos solos y únicamente los mochuelos nos daban escolta con la prendida y apagada reiteración de sus iris amarillos. Aiol encendió una tea; espejaron la cota de Ozil, las armas atadas encima del rucio, como otras antorchas fantasmales, y es cierto que formábamos un cortejo de extraña poesía, a semejanza de ese de los Reyes Magos que en ciertas iglesias, durante la misa de la Epifanía, avanzaba por la nave, iluminado por suaves lenguas de fuego que bruñían el metal de los trajes color de otoño, en pos de una estrella que pendía de un cordel. Me llegué hasta el mozo, revoloteando, pues me pareció que lloraba. Pero no lloraba Aiol. El ojo azul y el ojo dorado fulguraban, limpios, en contraste con la mugre de la venda. Y continuamos por el angosto camino zigzagueante, silenciosos, alejándonos de Poitiers, hasta que el doncel le tuvo el estribo a su padre, para que desmontara. Comieron queso, bebieron agua de una fuente y se echaron a dormir. Yo leí páginas y páginas de Yvain, el caballero del León, la obra de Chrétien de Troyes publicada tres años antes, que hacía furor en Europa y que Ithier, luego de recibirla en obsequio de la ilustre Seramunda, le había regalado a Aiol con harto sacrificio. Los paladines que en ella realizan prodigios fabulosos, son muy diversos de los míos: se me excusará que prefiriera a mis Lusignan de carne y hueso, tan confiadamente entregados a un destino de improbable maravilla. De vez en cuando, aventaba las moscas que insistían en posarse sobre la venda sucia y sobre la cara perfecta de Aiol, y conjuraba los malos sueños que le arrugaban la frente y aceleraban su anhelosa respiración, hasta que, sin poder ya retenerme, vencida y humillada, posaba mis labios sobre su boca joven. Pero mis besos no existían; mis besos no eran ¡ay! más que un soplo, el tonto y triste juego de una brisa vana: en esa execrable impotencia, tan contraria a los preceptos fundamentales de la higiene, se origina una de mis mayores torturas, la de ir por el mundo, eternamente, remedando gestos pasados, como si cuanto yo hago fuera sombra, reflejo, recuerdo y espejismo y no lograra concretarse... y, sin embargo ¡con qué ensañamiento me atenaceaba el hambre que sólo una boca real, unos labios, una lengua, unos dientes, sacian! ... la tortura de ir por el mundo, eternamente, sin besar, sin besar de veras.

### **III**

## **EN LA ERMITA DE LUSSAC**

Desperté súbitamente, en mitad de la noche, sin comprender qué me sucedía. Era como si estuviera ubicada en el vórtice de una extraña tormenta. A pesar de que cuando abrí los ojos no se movía ni una brizna, dentro de la honda oscuridad aclarada apenas por una antorcha moribunda, y de que una calma sofocante pesaba sobre el bosque, tuve la impresión de que un torbellino pugnaba por arrebatarme y tironeaba de mí. Figuras que al principio me costó reconocer, se agitaron, con murmullos de voces confusas, en el paraje donde nos habíamos detenido, y a través de su ir y venir tumultuoso distinguí a Ozil y a Aiol que continuaban tumbados en la hierba, como ajenas a la barahunda misteriosa. Pensé, en el primer momento, que los Lusignan habían sufrido la desgracia de elegir para su reposo un lugar maldito, de aquelarre, y que lo que sobre nosotros pasaba, con gemidos, con imprecaciones, con rumor de armas violentas —pero todo ello apagado y como susurrado, como contenido— era una frenética danza de Sabat, que giraba en remolinos turbios, en torno de los árboles inmóviles, y que enroscaba y desenroscaba sus espirales teniéndome por irresponsable eje, pues aquella suerte de gran velo encrespado que flotaba, se alzaba, se estiraba y luego se retorció en la serenidad del aire, llevando en su maraña transparente una nube de imágenes equívocas, repentinamente formadas y deformadas, con segura evidencia me había escogido por centro y flameaba alrededor de mí, de mis alas y de mi cola, alejándose y volviendo, subiendo y bajando, como si yo fuera el mástil al cual se aferraban los vaivenes de su locura. Pero no se trataba, como luego advertí, de la perversa acción del Diablo y las hechiceras, reiterada con nefandas ceremonias en el corazón de la floresta de Lussac, sino de algo mucho más sutil que poco a poco fui entendiendo, al captar vagamente el sentido de las imágenes y los simulacros que en los jirones de niebla se debatían y luchaban por materializarse para en seguida borrarse y reaparecer, a veces pálidos y a veces destacados, entrelazados o superpuestos. Aquellas trémulas desgarraduras me mostraron, al azar, el perfil de un unicornio que huía al galope; la silueta de Azelaís, bañándose en algo que debía ser una fuente o un río, desnuda; las de los muchachos, también desnudos, dormidos, medio abrazados, que habían intervenido en la representación de la parábola de las Vírgenes Prudentes y las Vírgenes Locas; la de Pons azotándolo a Aiol y luego la de Pons gritando, gritando, cayendo, cayendo, desde una altura infinitamente superior a la del capitel de Nuestra Señora la Grande, que lo arrojó a la muerte; y la de un palacio lleno de negros esclavos, en cuyo fondo se divisaba, radiante, como una custodia en la penumbra de un templo, la figura de un niño califa; y después la horrible Boca del Infierno del drama litúrgico, y Azelaís pequeña, remota, llorando, y un resplandor de múltiples armas erguidas y estandartes; pero todo ello duraba unos segundos, como las volutas que puede crear el humo leve de una pipa en manos de un soñador, y cuando yo había logrado apresar a una de esas fugaces efigies, se deshacía, para dejar sitio a otro esbozo de escena lúbrica, tierna o gloriosa. Los fantasmas surgían de nuevo, como las metáforas porfiadas de un deshilvanado discurso, y en breve comencé a percibirlos mejor y a saber qué los provocaba: a saber que Pons lo había castigado a Aiol cuando éste contaba doce años, porque lo sorprendió mirándose detenidamente en el espejo de su madre, lo único que a ésta le quedaba del caballero Ozil; a saber que el cuitado Aiol gozaba a un tiempo y se espantaba con los espectáculos de voluptuosidad que Azelaís y sus compañeros le brindaban... De repente, entre las imágenes que la revuelta nube encerraba en su vaporoso desconcierto, brotó, pulida, tersa, la de la Santa Lanza que el antepasado materno de Aiol creía haber hallado en Antioquía. La sangre cubrió los miembros del madero y empezó a gotear sobre la faz angustiada del propio Aiol, que abajo, abiertos los brazos como un crucificado y en los ojos distintos una mezcla de terror y de dulzura, recibía el inefable rocío. Entonces el hijo de Ozil prorrumpió en unas quejas sordas que culminaron en clamores destemplados, y mientras el caballero se despertaba y acudía a él y procuraba sosegarlo, hablándole quedamente, me percaté

de que esa imagen última no pertenecía a la atmósfera sobrenatural engendrada por la singular corriente que arriba se apagaba y terminaba por esfumarse, con su entreverado cortejo de caras despavoridas, de cuerpos procaces y de peregrinas, anecdóticas digresiones, sino a la exacta realidad, pues Aiol estaba verdaderamente de hinojos en la hierba, sollozando y meneando la cabeza con desesperación. Y a esa altura de la rara y espantable experiencia, me di cuenta por fin de lo que ocurría. Me di cuenta de que la borrasca que me había despabilado y aterrado, sin que empero temblase ni una hoja en el calvero del bosque de Lussac donde yacíamos, se desarrollaba dentro de la mente de Aiol, y de que yo, de tanto inclinarme sobre él y vigilarlo y remirarlo —y amarlo—, desde que lo vi por primera vez al partir de Lusignan, había concluido por atravesar la membrana impalpable que separaba a su pensamiento del exterior y, en tanto el muchacho, ignorante de mi involuntaria intromisión, dormía, había participado del desorden de sus sueños y sus recuerdos. De esa suerte, la recompensa inicial que mi intenso amor por él obtuvo —un amor que no podía concretarse en expresiones tangibles, pues nuestra mutua esencia nos aislaba— fue la de compartir al instante lo más suyo y secreto que poseía. Los pensamientos ocultos y la memoria de Aiol fueron míos, de aquella noche de verano en más. En ocasiones he llegado a la conclusión de que adeudo tal privilegio —que muchos tacharán de indiscreto, pero lo cierto es que nada hice para lograrlo— a las artes de mi madre, el hada Presina, acaso apiadada ante mi situación y ante la inutilidad de mis antiguos poderes, o a las del famoso Merlín, el gran maestro, más propenso que ella a conmovirse y ayudarme, pero prefiero deducir, hasta tener informes explícitos, que lo debo exclusivamente a la magia del amor, capaz, en casos tan excepcionales como el que vinculó al hada Melusina con Aiol, su descendiente, de suprimir barreras que se juzgan infranqueables. Lo vi pensar a Aiol, desde entonces, y eso me procuró felicidades, perplejidades e irritaciones. Es muy peligroso estar al tanto de todo lo que piensa cualquier ser humano. A nadie le recomiendo la inquietante y decepcionante experiencia. Gracias a esa prerrogativa, Aiol creció en mi concepto en diversas oportunidades, pero hubo otras iay, numerosas! en que su prestigio salió muy miserablemente parado. Cada uno de nosotros constituye un tejido complejo en el que lo bueno y lo malo sin cesar se mixturán y que sólo deja aflorar a la superficie de la comunicación las zonas que considera propicias. Un instinto nos guía a seleccionar lo que presentaremos bajo la luz más oportuna y sentadora, aun en los momentos en que confesamos, con terrible sinceridad, nuestros defectos, nuestros vicios y nuestros crímenes: supongo que es una fuerza incontrolable, más pujante que la necesidad profunda de comunicarnos totalmente, que en escasas circunstancias surge, y que tiene que ver con el vital instinto de conservación. Pero en el caso de mi acercamiento a Aiol y mi buceo de su esencia indefensa, ninguno de esos mecanismos protectores operaba. Lo vi tal cual era, en su plenitud desagradablemente laberíntica de luces, de sombras y de tinieblas, y aunque al principio me costó habituarme a ese impúdico desabrigo del alma inerme, a la larga, por eso mismo, lo quise más, porque lo sentí paradójicamente más mío que lo que nadie podría ser jamás de nadie, a él que no sería mío —en la acepción que suele darse a la posesión de un ser humano por otro— nunca.

Una de las curiosidades que anoté, como resultado de mi acceso libre no sólo a su conciencia sino también a los incontables y microscópicos caprichos de su cerebración, fueron las diferencias que se producían al comparar sus recuerdos con los míos. Así, por ilustrar lo que digo con un ejemplo, cuando a su mente asomaba, deshilvanada, la escena del palacio del califa del Cairo que Ozil nos había descrito, la cámara en la que ésta se había desenvuelto era, dentro del magín de Aiol, mucho más amplia que la que yo había concebido; los negros esclavos suyos estaban completamente desnudos, mientras que los míos (no sé por qué, pues Ozil no había abundado en datos al

respecto), ostentaban unas fulgurantes cotas de malla; los suyos eran esbeltos, magros, y los míos macizos, musculosos; el velo que distanciaba al califa de su corte, en la visión de Aiol, ondulaba tenuemente, como un velamen sobre el cual sopla la brisa, haciendo titilar las piedras preciosas, en tanto que mi velo pendía, pesado como un tapiz, y en él las piedras se engarzaban como en las tapas de oro de un antifonario. Se trata, como colegirá el lector, de meros detalles accesorios, pero he escogido este caso entre millares —y si se tratara de un asunto relacionado con los juegos de los sentimientos y la psicología y no con los de la simple decoración, el planteo se complicaría bastante— para mostrar hasta qué punto las imágenes se modifican en nuestro interior, según la organización íntima, fundamental, inalterable, de cada uno, y cómo la riqueza y la pobreza de un gesto, de un acto, de un sitio, de un individuo, dependen a la postre de la pobreza y de la riqueza personal de quien los piensa.

Pero, y eso se colegirá también por demasiado obvio, dichas observaciones y otras, más trascendentes, numerosísimas, no maduraron en mi ánimo sino de una manera muy abigarrada, en momentos en que me enteraba del don desazonante que se me ofrecía, y fueron aclarándose y definiéndose con la serenidad que resulta del andar del tiempo, porque aquella noche, en la floresta de Lussac, apenas si pude espantarme y maravillarme, como si me hubieran regalado un objeto delicado, exquisito, capaz de quebrarse o de estallar en mis manos temblorosas; y por lo demás la zozobra que me causaba el aspecto de Aiol, cuando yo me afanaba, aunque más no fuera someramente, por entender qué me acontecía, me impidió profundizar el conocimiento del hallazgo, ya que lo que antes que nada me importaba entonces eran las reacciones del atribulado muchacho, víctima del delirio. La más ardiente anarquía abrasaba su cabeza y se reflejaba en su frente, que el caballero, asustado, bañaba con paños fríos y tocaba con su cruz de cruzado y con su cuerno de unicornio. Era inútil pretender distinguir con claridad las imágenes que ahora guerreaban allá adentro, transformando tan exiguo territorio en vasto campo de batalla donde dos ideas, dos remordimientos, bregaban con tremendo empuje: la idea de que Pons había muerto por su culpa, y la de que Azelaís, por su culpa, había sido presa del Demonio, y así, al par que Aiol se arrancaba el vendaje y exhibía, en el lado izquierdo de la cara, el lívido tajo que bajaba de la sien a la boca y que, en vez de afearlo, lo embellecía, otorgándole una súbita virilidad y sazón a ese rostro fino de niño hermoso, tan increíblemente semejante a Raimondín, yo me repetía que si Dios exigía que Aiol muriera aquella noche, mi vida sería una lobreguez y un desierto por toda la feroz, la desolada eternidad. Entre tanto, algo más vino a distraernos, al tiempo en que yo me pasmaba con el prodigio de ver en la mente de Aiol como las adivinas en sus esferas de cristal translúcido (si bien, en mi caso, y a diferencia de lo que sucede con esas indagadoras, la operación se producía con infalible certidumbre) y en que Ozil se empeñaba en calmar a su hijo, que lloraba ahora suavemente, infantilmente, como si su caudal de lágrimas no tuviera fin y con él volcara su perenne caudal de melancolía. Y fue que una cabalgata avanzó por la senda del bosque, espléndida, dejándonos a un costado, hacia las dobles torres románicas de Touffou. Sus integrantes no nos divisaron, escondidos como estábamos por los árboles; en cambio nosotros los distinguimos claramente, a la luz de los hachones; distinguimos a los Lusignan soberbios, los del castillo, que trotaban con gente de armas y mucho bracear y colear y relinchar y tintinear y rechinar de hierros y danzar de picas y tremolar de banderines argentados y azules. A la cabeza iban Godofredo, el valeroso, y Guy, su hermano menor, a quien yo conceptuaba el hombre más bello de Francia hasta que conocí a Aiol. Se mecían, se sacudían en sus caballos, saturados de magnífica vanidad, y me colmó de orgullo que fueran tan bien parecidos, tan derechos, tan insolentes, aristocráticos como los lebreles grises que corrían alrededor y altaneros como los halcones que sus pajes afirmaban en los guantes. Pasaron durante unos

minutos, inundando al bosque de alegre fosforescencia, de sonoridades metálicas, con el campanileo de los collares, de las cadenas, de las cotas, de las espuelas, de las espadas estremecidas, de los cascabeles cetreros, de la pompa marcial y cortesana que desplegaba su elegante desenfado.

Ozil vaciló. Luego extendió lentamente a Aiol sobre el musgo, improvisándole almohada con la maleza; abrazó el escudo, al que envolvió en un paño que disimulaba su diseño como cuando apareció bajo las murallas de Lusignan; se aseguró el yelmo, tomó la lanza, montó a caballo y salió detrás. Todo ello no duró más que unos momentos, pero como los otros llevaban prisa se perdieron en el luto del ramaje que las teas fugitivas veteaban de púrpura, y Ozil se perdió a la zaga, hasta que no quedó más iluminación, donde Aiol yacía, que la despedida por nuestra antorcha agonizante. También yo vacilé, sin saber si debía acompañar a Ozil en la evidente aventura que convocaba a tanta gente de mi sangre, o si debía permanecer junto al doncel abandonado, hasta que me resolví por lo último, que era sin duda lo que prefería, y poniéndome a la vera del muchacho me apliqué a tranquilizarlo como pude, aventándolo con mis alas —eterno recurso de mi indigencia— y observando fascinada el calidoscopio de su pensamiento, que reproducía las pasadas imágenes y acentuaba las pertinentes a un proyecto de retiro y de vida de eremita que le imponía su desconsuelo, ya que se conceptuaba, sin motivo alguno, tan culpable de la desventura de su familia, que meditaba que el solo modo de purgar sus pecados consistía en la martirizada reclusión. Se fue adormeciendo y, apaciguada por su alivio, dejé que mi preocupación siguiera las huellas de Ozil.

¿A dónde habría ido? ¿Esperaba tomar venganza de sus parientes desdeñosos? ¿Tanto le escocia su desaire que optaba por desamparar a su hijo, en una hora crítica, para correr en pos de los ofensores? ¿O calcularía aprovechar lo fortuito del encuentro para conmover a sus primos displicentes, empleando al efecto, si era necesario, el argumento del precario estado de Aiol? ¡Ay!, al barajar esas probabilidades, no titubeaba yo en restarle nobleza a su empaque, reduciendo al agraviado guerrero a la desairada posición de postulante, y lo que en verdad hacía no era más que atribuirle mi propia debilidad, pues era tanto lo que me perturbaba el muchacho que, de haber sido ello posible, no hubiera yo dudado en volar tras los Lusignan e implorar su ayuda. Quedé, pues, con Aiol, al que volvían a torturar las pesadillas, las cuales porfiaban tenazmente en repetir las imágenes de Pons cayendo y estrellándose y de Azelaís desnuda, contorsionada; unas imágenes a las que se añadían la del cuerno de unicornio, que brotaba del centro del cuerpo de Aiol y se clavaba en el de su hermana, sumergiéndola en sangre, y las rígidas figuras del capitel de la muerte de San Hilario, que bailaban en torno del tallista con grotesca mofa, hasta que terminaban por levantarlo e introducirlo en la Boca del Infierno. Aiol transpiraba y gimoteaba. A él también, a él también y a Azelaís, atravesados ambos por el largo estoque, los empujaban hacia la Boca flamígera, y yo, estúpida de mí, revoloteaba alrededor del muchacho que ardía de fiebre, llamando en vano a Merlín, a Morgana, a toda la corte feérica de Avalon. Debimos estar de la suerte un buen rato: Aiol, oprimido por las alucinaciones; yo, por mi ineptitud para socorrerlo, hasta que en la floresta se alzó un gran clamor, que resonó en mi interior como el eco del que había escuchado, siglos atrás, en el bosque de Coulombiers, cuando Raimondín mató a su tío, y que me hizo temer por la vida de Ozil, tan audazmente entreverado con los hostiles barones de nuestra casta. La grito se prolongaba y, a mi vez, dejé a Aiol para averiguar qué acontecía.

No tuve que andar mucho. En un claro, formando ancho círculo, estaban los caballeros y los pajes. Ozil y Godofredo de Lusignan combatían en el centro, y cada uno de sus

golpes era acogido por los presentes con exclamaciones de entusiasmo o rabia, según fuera quien lo recibía. Ya habían quebrado las lanzas y desenvainado las espadas. A pesar de las embestidas de Godofredo, el escudo de Ozil conservaba, aunque en partes arrancado, el lienzo que lo cubría y enmascaraba la identidad de su dueño, y era inútil que Guy de Lusignan y sus acompañantes se empeñaran en descifrar sus esmaltes y su dibujo, pues no lo toleraban ni la distancia de las teas ni el brusco desplazamiento de los lidiadores. En cuanto a Godofredo, la sangre que le bañaba el rostro le impedía ver y distribuía los mandobles al azar. Ozil aprovechó la coyuntura y dio con él por tierra, donde el peso de las armas y el rigor de las lesiones le impidieron moverse. Con la punta de la espada sobre el pecho, no tuvo más remedio que confesar su derrota. Entonces Ozil saltó del caballo, arrebató de un manotazo el paño roto de su enorme escudo y se comprobó que sus colores eran semejantes a los que iluminaban al de su adversario. Se desembarazó del yelmo, y los asistentes se resignaron, furiosos, a reconocer al primo Ozil de Jerusalén, al primo postergado y pobre que se ganaba el sustento en los torneos. Guy se dobló y ayudó a su hermano a incorporarse. Los demás se acercaron y la luz cruda de los hachones, al caer sobre la escena que reunía a los tres Lusignan, mostró una vez más qué hermosos productos había logrado la descendencia de mis hijos horribles. Sin decir palabra, Godofredo comenzó a despojarse de su arnés, secundado por su escudero. Las armas y el caballo del vencido, de acuerdo con la costumbre, pasaban a poder de quien le había lanzado el reto y había resultado vencedor. La cota era dorada y bermeja, como la de Perceval, porque el rojo es el color del predestinado a la gran hazaña, y el caballo, blanco, casi no había sufrido en el combate. Un silencio tan profundo había sucedido a la bulla, que se oían, netamente los rumores del bosque y se adivinaban, en el follaje, sutiles presencias de inmateriales espías. Ozil acomodó las armas sobre la grupa de su flamante cabalgadura y tornó a montar. El rictus altivo le torcía la cara. Nadie habló. Godofredo, impávido, como esculpido en alabastro verdoso, insinuó, sostenido por Guy, una inclinación leve y se mordió los labios. Los ojos de Guy centelleaban. No lo describo ahora; lo haré más adelante, pues he de referirme a él con minucia insistente. Ozil se alejó, grave y marcial, llevando de la brida al corcel con los despojos. En ese momento advertí, a un lado, al ángel del castillo de Lusignan, que me observaba, un libro en la diestra y la siniestra en la mejilla. Quizás pensaba (como yo) en qué partido tomaría el hada Melusina, su vieja compañera, ante la coyuntura que había enfrentado a los míos. Mi arbitrio no fluctuó. Desperecé las alas y escolté a Ozil con imponente complacencia. Estaba, románticamente, caballerescamente, a favor de los desheredados, y si la victoria sonreía a los sin fortuna, mejor aun. Yo era una desheredada también: como a Ozil, me habían exiliado de Lusignan. Solemnes, regresamos al calvero. La cota, el yelmo, la espada, una lanza nueva y el escudo de Godofredo, entrechocados por el zarandeo del palafrén, sumaron sus ruidos a los de la floresta que despertaba. Oíamos, detrás, los relinchos y los ladridos de la tropa de mis descendientes, que reanudaba la marcha tan imprevista y funestamente detenida, hacia Touffou. Si un segundo barruntaron desquitarse de Ozil y dejarlo tendido en el suelo para siempre, descartaron la tentación en aras de la excelsa Caballería que obligaba a ese género de insoportables sacrificios. Gorjeaban los pájaros en los árboles, con flautas de triunfo, y los gansos se esponjaron en el agua fresca. El sol procuraba sin éxito meterse entre la fronda, como una banda de ladrones de verde, con mil puñalitos de oro. Ozil canturriaba, restañándose la sangre de un rasguño en el pómulo, mientras el guantelete se le tachonaba de rubíes. Irradiaba alegría. Así desembocamos en el sitio donde habíamos dejado a Aiol, y allá cesaron su júbilo y el mío (porque yo compartía su estado de ánimo y no me cansaba de admirar los hierros dorados y bermejos que, como un crustáceo inmenso, se aferraban con barnizados tentáculos y pinzas al balanceo del caballo blanco): Aiol se había arrastrado sobre la maleza y parecía muerto. Su pelo lacio, volcado, se abría en el herbaje a modo de una

herida ala negra. Apliqué mi oído, junto al de Ozil, al corazón del muchacho, y verifiqué que apenas latía.

Hace aquí su entrada el santo ermitaño que invariablemente figura en estas narraciones. Brandan era archiviejo, y de no mediar sus puros ojos celestes, todo él hubiera desaparecido y se hubiera confundido, miméticamente, con la maraña que nos circuía, pues participaba de su color de herrumbre, con su marchita piel, la broza de sus barbas, su estameña, su capucha y la brazada de ramas secas que traía, transformado en una planta más, agostada, encorvada y temblorosa, en cuya corteza de cavadas arrugas se encendían y apagaban, comunicándole una vida tierna, dos insectos celestes. Venía muy despacio, casi como si no se moviera, casi como si la brisa pudiera deshacerlo en un breve revuelo de hojas bronceadas y de sarmientos retorcidos, y como si, para conservar la integridad de su estructura, necesitara una vigilancia que le imponía el gobierno económico de los menores ademanes. Dos gatos pequeños lo acompañaban, frotándose a los remiendos y los agujeros de su hábito. Cuando nos vio, entreabrió las manos y dejó caer las ramas. Nos saludó con vagos latines y, aunque permanecía quieto, vimos que la claridad de sus ojos, al alzar la doblada cabeza, se iluminaba bondadosamente. Supimos entonces que su ermita no estaba lejos y que invitaba a conducir allá al muchacho. Ni siquiera le preguntó a Ozil su nombre, ni indagó la causa de sus heridas y del desvarío de Aiol. Se persignó, volvió a recoger el haz y, con Aiol atravesado sobre el caballo blanco, entre las armas bermejas, lo seguimos. Ozil llevaba de las riendas a las tres monturas y noté que renqueaba. De repente, lo sentí viejo. Un soplo de dulce, de apaciguada vejez nos envolvía desde que Brandan había surgido entre nosotros. Yo me sentí vieja también; sentí un peso de siglos sobre los hombros transparentes y, al mismo tiempo, una especie de alivio, como si los motivos que me habían inquietado durante la última semana —y entre ellos ese pujante amor que me obligaba a asumir inopinadas actitudes—, perdieran fuerza, y si todo recuperara su exacta perspectiva. Lo único joven que teníamos, fuera de los dos gatos que giraban hacia nosotros sus caritas sarnosas y que maullaban como si rezasen, era un cuerpo inánime de adolescente, atravesado sobre un corcel de guerra, encima de las armas de un vencido, y que se sacudía, estirados los brazos de títere, derramado el líquido manchón de pelo negro que le tapaba el rostro, pero su abandono, que acompañaba el compás de la marcha con duro balanceo, acentuaba lo cerca que se halla la juventud de la muerte (que es la definitiva, la postrera y helada vejez), de manera que Aiol contribuía, involuntariamente, a crear la atmósfera de calma senectud, de extrañío renunciamiento, que nos rodeaba y que, mientras proseguíamos la andanza soñolienta por el bosque, contrastaba con la apasionada vitalidad del paisaje, con los troncos y los brotes nuevos, con la húmeda espesura, con la algarabía de las fuentes, de los pájaros, de las ardillas, de los animalejos, de cuanto bullía alrededor, gozando de los rayos calientes de sol que conseguían cruzar la densidad de las copas y dorar, allá y aquí, los matorrales, proclamando la juventud sensual del verano. Brandan se puso a cantar súbitamente, y su voz de campanita cascada pareció proceder de otro pájaro, de un pajarillo ronco y humilde:

*O virgo princeps virginum...*

Invocaba a la virginal Princesa de las Virginidades, aquella que oyó la maravilla de que, siendo virgen e ignorante de hombre, estaría destinada a la virgen maternidad. Y los gatitos se separaron de él —entonces me percaté de que habían recuperado la juventud, ajada junto al ermitaño— y echaron a correr con graciosos brincos y cabriolas, hacia la ermita cuya techumbre se hundía en el corazón de los robles y que

era, como Brandan, muy vieja, vieja como la floresta, acaso levantada con piedras de los druidas inmemoriales, y estaba agazapada como un lobo viejo en lo más hondo y secreto del bosque de Lussac. Un hilo de humo se desflecaba en lo alto. Ozil besó la mano del santo, alzó la carga desmayada de Aiol y entramos en la única estancia diminuta, que era mitad capilla y mitad habitación de Brandan. Allí pasamos varios meses, no sé cuántos porque la noción del tiempo se extraviaba y desvanecía al lado del anciano de los ojos puros y de los gatos que lo querían tan conmovedoramente.

La pierna de Ozil le ocasionaba agudos dolores. Brandan la desvistió, la palpó y examinó la hinchazón que sufría. Aderezó luego un emplasto, con unas hierbas, y la vendó. Tanto padecía el caballero y de tal manera estaba imposibilitado Aiol, que la tarea de instalarlos y cuidarlos recayó íntegramente sobre el solitario piadoso. Éste demostró una eficiencia inesperada. Sin que cesara su lentitud característica, desplazándose como un sonámbulo, condujo a los tres caballos hasta unas ruinas próximas, que la arboleda tornaba invisibles, y que él mismo habría reparado, sin duda, agregándoles una tosca techumbre. Desembarazó a las bestias de las armas que transportaban, pero le faltó vigor para acondicionarlas contra los muros: cayeron con estrépito, arrancando chispas a las losas, y en ellas quedaron esparcidas, mezclada la cota bermeja con el cuerno de unicornio, con las espadas y los yelmos. Al rato el anacoreta regresó, trayendo a uno de los gatos en brazos y monologando con incomparable dulzura, como si se dirigiera a un niño, y en seguida se ocupó de dar una mano a Ozil, que se despojaba del armamento multiplicando los quejidos y las maldiciones. Le puso un dedo en los labios y susurró:

—No blasfemes, caballero.

Luego, con la misma suave tardanza, lo auxilió mientras se tendía en el lecho de hojas. Más arduo fue quitar las ropas al vacilante Aiol, sobre todo las calzas ceñidas, pero al fin padre e hijo se estiraron en el jergón, desnudos. Brillaban sus cuerpos, como los mármoles de tumbales estatuas. Brandan encendió fuego y arrojó algunas hierbas secas en un caldero. Lo revolvió y oró por buen espacio y, cuando la cocción estuvo lista, les dio a ambos de beber una agua turbia. Después, valiéndose de un ventalle de ramas, ahuyentó a los insectos que zumbaban en torno. Los gatos lo miraban y yo también, que contemplaba a mis vástagos reducidos a condición tan triste. Me acordé de un ungüento del hada Morgana, que sanaba cualquier dolencia; tracé en el suelo un triángulo y la llamé, rogándole que me lo diese. Por la tarde, el bálsamo apareció, demostrándome que mi prestigio continuaba operando frente a mis antiguas compañeras. Aproveché que el anciano había ido a aprovisionar a las cabalgaduras, y lo apliqué sobre la pierna de Ozil y sobre la mejilla de Aiol. Pronto reaccionaron, no sé si merced a las preces y los jugos del ermitaño o si gracias a las fórmulas y al unto de las hadas (supongo que por su acción conjunta, pues ambos actuaban en el mismo sentido terapéutico y, al fin y al cabo, en los casos de apuro, conviene no discriminar ni enzarzarse en disputas teológicas, sino recurrir a la experiencia de remedios y ritos que, considerados fríamente, parecen hasta contradictorios), pero al desinflarse la extremidad del caballero nos enteramos de que tenía quebrado un hueso. Brandan volvió a curarlo, lo entablilló como mejor pudo, y los tres se durmieron: con un sueño sobresaltado, los de Lusignan; con un sueño de ángel, el asceta, quien se acostó encima de una piedra lisa, teniendo otra aristada piedra por almohada, como cuadra a la salud espiritual de un bienaventurado. Los gatos se acurrucaron a sus pies y hasta el alba no sacaron sus ojos llameantes del rincón en el que yo reposaba. Es seguro que me veían, pero, satisfechos acerca de mis intenciones, terminaron por dormirse, apretados al viejo que soñaba su sueño de ángel. Y a propósito de ángeles, casi juraría que alguno asomó la curiosa cabeza a la ventana, no obstante que esto —a semejanza



de la discusión motivada por las eventualidades del beneficio que deriva de las sacras oraciones y de los mágicos encantamientos— es susceptible de controversia, pues acaso se tratara de un fadet del Poitou, uno de los duendes enanos que a la sazón pululaban doquier y que trabajaban más que diez mozos de granja, en el silencio de la noche, como confirmaría lo que se leerá en este poético relato.

Flotaba en la habitación el aroma espeso de las extrañas hierbas que del techo pendían, y de afuera llegaba la palpitación de los rumores del bosque que, sumados, tejían el silencio poblado de las horas oscuras. Por ahí andarían, rondando las milenarias paredes, varios de los monstruos que el viajero había evocado en la posada de Poitiers y que detenía la santidad del paraje. Quise cerciorarme, abrí la puerta y a su vera advertí una vasija llena de leche, que el ermitaño había dejado allí antes de acostarse. ¡Ay! evidentemente él era más poderoso que yo, con toda mi ciencia de maravilla... La leche sería para un duende amigo, y las bestias extraordinarias del bosque sabían que les estaba vedado entrar en la casa del santo. Brandan era más poderoso que yo. ¿Qué quedaba de la gran Melusina, de la gloriosa constructora de castillos, sino una sombra inquieta? En esa hechizada región y lejos, en lugares apartados de Francia, mi nombre se asocia a espléndidos prodigios, pues la gente no se resigna a pensar que yo, que mi fantasía, no gobierna ya con inflexible capricho a los territorios de los que fui señora, y sin embargo la modesta verdad es que en aquel momento no podía casi nada. ¿Cómo hubieran reaccionado ante mí agotamiento —que en ese caso quizás se acentuaba por la nerviosidad y la torpeza que del obsesivo amor resultan— las numerosas personas que, a veces exagerando, se jactan de que he levantado las torres y las murallas de sus fortalezas; las de Mervent, que temen mi cólera; las de Château-Meillant, que erigieron mi imagen de cobre dorado; las de Fougères, que la esculpieron en su iglesia; las de Dole, cuya imaginación me hace asistir, semidesnuda, entre dos lobos negros, a la misa de sus Carmes (¡qué idea!); las de Ligny, que en el castillo mostraron, por mi parentesco con el mariscal de Luxemburgo, del cual éste se ufana en especial, no sólo mi dormitorio sino también mi cabinet de toilette; las de Béceleuf, que llevan su devoción hacia mi memoria hasta declarar que el agua que brota de la roca Cervelle procede de mi feérica orina (¡qué otra idea, válgame Dios!) .. .? ¡Cómo se hubieran decepcionado, al verme de pie en el umbral de la ermita, cuando miraba hacia las sombras de la floresta de Lussac y me sentía inútil!

Alrededor, las pezuñas de los centauros escarbaban la tierra; la alada vouivre, que es más serpiente que yo y tiene un carbúnculo en la frente y una corona de oro, silbaba en las oquedades umbrosas... Pero adentro de la casuca, la paz que emanaba del hombre recto aplacaba a Ozil y a su hijo. Por la mañana, noté que el recipiente de leche estaba vacío y que, en la cuadra, las esparcidas armas habían sido alineadas contra las paredes, sobre dos improvisados maniqués. Algunas de ellas habían sido bruñidas y fulguraban. El duende familiar del ermitaño trabajaba positivamente bien.

—Gracias, Fadet —se limitó a decir Brandan, y luego se alejó para ordeñar su vaca.

El día transcurrió, plácido, entre curaciones y preces. Esa noche tuve ocasión de apreciar nuevamente la eficacia de los servicios de Fadet y de verlo. Dormía yo, como los demás, aquietada por la armonía del ambiente, cuando nos despertaron unas voces premiosas. En el centro de la habitación, un duende, un menudo silfo de arrugado rostro y ojos protuberantes, sacudía al ermitaño.

—¡Vienen los de Lusignan! ¡Vienen los de Lusignan! —repetía, y en efecto del fondo de la floresta progresaba un sordo murmullo.

Apenas les alcanzó el tiempo a Brandan, al caballero y a Aiol, cojeando, sosteniéndose los unos en los otros, para borrar sus huellas y esfumarse hacia la invisible construcción que encerraba a los caballos y a los arreos, y ya se hicieron presentes, cercando la morada del santo, los hombres de Godofredo. Godofredo no perdonaba. Godofredo había muerto, siete años atrás, al conde Patriz de Salisbury y no se conformaba ante la afrenta que le había infligido un primo paupérrimo. Sus huestes venían a buscarlo, a rescatar sus armas, tal vez a ultimar al atrevido, para que no quedaran ni rastros de la deshonra. Empujaron la puerta violentamente y cuatro o cinco soldados se plantaron en el centro de la cámara, haciendo sonar sus hierros, mientras que en torno de los muros vibraba el estrépito de las coces y de las exclamaciones acechantes. Sólo encontraron a los gatos de Brandan, erizados, pues a mí no podían verme. Iracundos, rompieron lo poco que había allí susceptible de romperse; prorrumpieron en insultos: batieron los matorrales del contorno y partieron al galope. Brandan y sus huéspedes regresaron al rato. Hasta el alba estuvieron rezando y yo con ellos. No retornarían los de Lusignan por aquellas fragosas soledades, ni tampoco se les escaparía palabra de la derrota. Y Fadet se ocupó de reparar los destrozos.

Desde entonces hasta nuestra partida se extiende el largo tiempo que no soy capaz de medir, pues, como dije, el tiempo no existía junto al ermitaño. La vida transcurría como en un sueño, y en verdad me resultaba arduo diferenciar los acontecimientos cotidianos de las figuras que los reproducían y exaltaban en los sueños de Aiol. Éste se recuperó rápidamente. Sus daños eran morales y como tales propicios a sanar en un clima de sosiego y de orden. En cambio el restablecimiento de su padre exigió intensos cuidados. La pócima de Morgana obraba con validez pero con lentitud; de no mediar ella, Ózil hubiese perdido el uso de su pierna. La tarde entera, el caballero permanecía estirado, frente a la casa. Conversaba con el anacoreta, y las imágenes consabidas de sus luchas en Oriente trenzaban su esplendor, como guirnaldas en el follaje. Hablaban de la vida y de la muerte; del amor, que había sido para Ozil una forma agradable del pecado; de las lueñes ilusiones de Brandan, que en su adolescencia había querido recorrer mundo, como el quimérico abad irlandés, cuyo nombre había adoptado y que, en busca del Paraíso Terrenal, surcó el Océano terrorífico, avistó sus ballenas cubiertas de palmeras, de altares y de fuentes, y sus encantadas islas. Empero nuestro Brandan no había salido del Poitou, pues comprendió la vanidad de esa empresa; comprendió que el Paraíso se oculta dentro de cada uno de nosotros y que, para hallarlo, el viaje no debe realizarse hacia los peligros del exterior sino hacia las cavernas y laberintos del interior. Y lo había descubierto entre unas piedras del bosque de Lussac. Allí también abundaban los demonios y los prodigios; allí aguardaba, cuando se había vencido a las tentaciones de la gloria y de la carne, el celeste y mundano Edén. Mas el caballero Ozil, educado en una escuela que implicaba al físico riesgo deportivo como condición esencial, no se plegaba a los argumentos de su interlocutor. Para él, el Paraíso se conquistaba a lanzazos. De ese modo discutían, y Aiol los escuchaba. Yo observaba, en el secreto cristalino de mi amado adolescente, la pugna de las dos concepciones opuestas. A veces se pronunciaba por el ermitaño y a veces por el caballero. Islas afortunadas, que Azelaís regía como una emperatriz tenaz, florecían en su imaginación, con pájaros fabulosos cuyas colas reproducían el dibujo de los instrumentos musicales, con mariposas que evocaban las vidrieras catedralicias, con tigres que arrastraban collares de perlas, con verdes cocodrilos que se desperezaban al sol. El deseo de llegar a Jerusalén, su ciudad natal, que para él era una mezcla de los sitios mágicos con los que había soñado Brandan en su juventud y de los que Ozil

había andado en sus guerreras cabalgatas, alternaba en su ánimo inestable con el de permanecer para siempre en el recoleto refugio del bosque, cantando los loores de Nuestro Señor, acariciando a unos gatos y comprobando las ventajas de la amistad de un fadet laborioso, lejos de las trampas de la vida y de las sorpresas que puede recelar algo aparentemente tan simple y tan anodino como el cuerpo de una hermana al que se ha visto crecer y formarse junto al propio, y como los cuerpos larguiruchos de unos muchachos disfrazados de Vírgenes Locas, que iban en una carreta hacia la mansedumbre de los pueblos pacatos, a referirles una historia de la Biblia. La vida lo asustaba y lo atraía y yo miraba la fluctuación de sus ansias como si me mirase a mí misma en un espejo brumoso.

Pero el bravo Ozil no se resignaba a perder el tiempo. Mandó a su hijo que fabricara un muñeco y se ingeniaron entre ambos para ataviarlo como si fuera un turco. Aiol lo suspendió de una rama, revestido con la cota de mallas del caballero, el escudo colgado delante, y ciñó a su vez las armas de Godofredo de Lusignan. Todas las mañanas se aplicaba a luchar contra el fantoche, con lanza, con espada, siguiendo las indicaciones paternas, y en la floresta repercutía el estruendo de los porrazos. Se fue robusteciendo de la suerte y, aunque conservó la ingenua expresión —por instantes, ambiguamente misteriosa—, que nunca abandonaría, su cara maduró y se afirmaron sus músculos. Alegaba observar entonces, afianzado en los estribos, volando hacia la meta, como un San Miguel, como un San Jorge, todo centelleos y nervios. Por la tarde jugaba al ajedrez —que es juego de señores y como tal no faltaba en el equipaje de Ozil— con el guerrero, y atendía lo que éste le informaba acerca de la caza con halcones y con galgos. Brandan trajo del cobertizo unas telas polvorientas, en las que estaban pintadas escenas curiosas del sitio de Troya, de las conquistas de Alejandro y de las empresas de Carlomagno y de Roldan y, señalando sucesivamente los toscos cuadros, le narró lo que de ellos sabía y que hoy haría sonreír al escolar más mediocre, como por ejemplo que César era hijo del hada Morgana y que Alejandro creó a los doce pares. Esas nociones se añadían a las que Aiol había recibido de labios de Ithier. Veía construir la Torre de Babel, como si fuera Nuestra Señora la Grande.. . más alta, claro está, y ya no lo desazonaba la efigie de su padrastro, moviéndose entre los artesanos; asistía al convite de las bodas de Caná, y el recuerdo de las fiestas a las que Ithier había concurrido en los alcázares de los reyes españoles, se agregaba al de los agasajos que había recibido Ozil en el califato del Cairo, para aderezar el proscenio suntuoso en el que el agua fue transformada en vino. Eran, como se deducirá, nociones inequívocas y bellas, pero muy eficaces, las que mejor convenían a quien estaría destinado a codearse con pajes y valets igualmente educados. También yo contribuí, en mi medida, al progreso de su enseñanza. Así como, de tanto inclinarme sobre él y contemplarlo y quererlo, terminé por apoderarme de sus pensamientos, los míos comenzaron a insinuarse, borrosos, en la niebla de la conciencia del muchacho, como si entre ambos se hubiera establecido un frágil puente por el cual las imágenes iban y venían. Confundido al principio, Aiol no diferenció más tarde las nociones que brotaban de sus aprendizajes y experiencias, de las que yo le suministraba y que aparecían, reflejadas en su mente, como la consecuencia de estudios que mi amado no podía ubicar. De ese modo se enteró de que la piedra ónix, que se encuentra en Arabia (y cuyos especímenes más útiles son los adornados con vetas) ayuda a meter miedo, y de que si a alguien se le regala una sortija que la lleva engarzada, el beneficiario terminará por ensombrecerse, víctima de la melancolía y del temor. Se enteró de que la amatista triunfa sobre la ebriedad, y de que la piedra alectorius, extraída de un gallo de cuatro años y puesta bajo la lengua, elimina la sed. Se enteró de que las ortigas derrotan a los fantasmas; de que el jugo de beleño, diluido con sangre de conejo, convoca a las liebres; de que la verbena, si con ella se espolvorea a los enamorados, provoca sus reyertas tontas. Se enteró de que la sangre de una

paloma, hervida en un cuenco de agua donde antes se haya cocido un topo, despoja de cabellos negros a cualquier cabeza que con ella se frote. Se enteró de numerosísimas cosas diversas, que no detallaré para evitar lo enfadoso de la enumeración y para que no se me tache de científica vanidad.

Mi figura, la figura totémica del hada Melusina, con su cola de sierpe, sus alas de murciélago, sus suaves pechos desnudos y su rostro agraciado, emergió un día, insólitamente, como un loto que abre sus pétalos, en el fárrago del discernimiento de Aiol. Yo la esperaba tan poco como él, así que cuando me vi copiada, como si estuviera asomada, en la actitud de Narciso, sobre la alteración de un arroyo saltarín y me divisara entre el hervor de las espumas, el brillo de las rocas y la impaciencia de los peces (pues así era de variado y agitado el atropello de las ideas que se superponían en la mente del doncel), retrocedí con sobresalto, mientras él se inmovilizaba, procurando distinguir lo que presumía fruto de su imaginación, y reconocía al hada de los Lusignan, al hada de las crónicas familiares del Poitou, a quien por vez primera apreciaba en la exacta nitidez de su dibujo. Esa misma tarde, en un rato libre, ya que la instrucción que le impartían Ozil y Brandan insumía casi todo su tiempo, Aiol eligió una gruesa rama de roble y, aplicando la técnica que le había revelado su maestro Pons, inició la escultura de mi imagen, tal cual se la ofrecía mi vigilante influencia. A Ozil le gustó esa preocupación de su hijo por la gran antepasada; le gustaba cuanto concurría a aseverar que Aiol era un Lusignan verdadero. A mí me colmó de gozo, por lo que implicaba de homenaje. Pensaba el caballero que el oficio manual le está vedado a un noble, pero que si la artesanía de los vitraux se reservaba a la clase aristocrática, la cual la ejercía sin que eso significara una degradación (y así fue durante siglos) , también podía un joven de buena sangre tallar la semejanza de sus antecesores. Probablemente no hubiera actuado de igual modo si Aiol hubiese preferido otro tema: la efigie de Brandan, por ejemplo; mas el hecho de que, con su trabajo, rindiera culto a la gloria ancestral, reconciliaba a Ozil con la tarea, que resultaba, en su criterio, equiparable a un poema cantado por un conde trovador en honor de su estirpe. La rama se convirtió en mi figura (asaz más rígida que yo, por cierto, de acuerdo con las severas concepciones plásticas de entonces), y mi cola de serpiente se curvó, bajo la filosa cuchilla, como el casco redondo de un navío, al que mi torso servía de femenino mascarón. Cuando partimos, el modelado leño quedó en la ermita. De noche, Fadet lo cubría de flores silvestres y derramaba unas gotas de leche sobre su seno. Brandan lo admiraba. Quedó al lado de la pequeña y oscura Virgen de madera, que el bienaventurado sahumaba con sus oraciones. No me extrañaría que, con la mucha vejez del ermitaño, mi retrato asumiera, para su devoción, las características de una representación sacra. Poco habrá faltado para que se incorporara al pueblerino santoral una Santa Melusina. Infiero que si no fue así, ello se debió a que los Lusignan, solicitados por más actuales problemas, desdeñaron ocuparse del asunto, cuando ceñían la corona como potentes reyes de Jerusalén, de Chipre y de Armenia, y que mi sospechosa cola de escamas hubiera desbaratado el proyecto. Sea lo que fuere, dejaron pasar la ocasión. No me quejo. En el mundo no es posible tenerlo todo. No soy una santa. Soy un hada, y eso, como responsabilidad y prestigio, me parece hartos suficiente. Sin embargo, sería vano que yo declarase que no me halaga el hecho excepcional de que un varón de Dios, aislado en su ermita, en su personalísimo Cielo, rezase delante de mi simulacro. Quizás me hubiera correspondido improvisar en su beneficio uno de mis modestos —y cada vez menos conseguidos— escamoteos prodigiosos. No lo hice para no aumentar su confusión y creo que procedí bien. Cada uno a lo suyo: hay la parte del Ángel y la parte del Hada.

Por fin el caballero recuperó el pleno uso de su pierna y aceleró los preparativos de la partida. El asceta le rogó que permaneciera en el bosque, mencionándole los riesgos

que fuera de él lo aguardaban y que comprendían desde los llameantes dragones y grifos hasta el colérico Godofredo, mas Ozil entendía que le tocaba proseguir su vida andariega, adiestrando a su hijo en el directo contacto con la cotidiana realidad. Vacilaba hacia dónde encaminaría sus pasos. Se sentía fuerte y capaz de arrostrar las duras alternativas de un torneo.

Estaban una mañana, Brandan y él, entregados a frotar las armas, que fulgían como recién salidas de la forja —Aiol había salido de caza, en pos de algún elemento substancioso para la comida, deplorando no tener a su alcance, en ese momento, un brote de muérdago y un ala de golondrina, porque colgados juntos de un árbol poseen la virtud de atraer a las aves que pululan en dos leguas y media a la redonda—, cuando Fadet acudió, a los brincos, chillando como una laucha. Tan desusada (y heterodoxa) era su presencia durante las horas del día, que el ermitaño y el caballero (también heterodoxamente) se persignaron. El duente se apretó el gorro, porque hada frío o para dar más intensidad a sus palabras, y reiteró el fatídico mensaje:

—¡Vienen los de Lusignan! ¡Vienen los de Lusignan! Como la vez anterior, oímos, a la distancia, el fragor de metales y de ramas rotas. Antes que quienes lo producían, llegó Aiol, con el abultado morral al hombro, y se enteró de las novedades. Pero en esta ocasión Ozil y su hijo no reaccionaron como la pasada. Ambos se sabían fuertes y estaban prestos a repeler a los agresores. Revistieron con rapidez las cotas: Ozil, la áurea y bermeja, para aumentar la burla, si Godofredo se hallaba entre los enemigos; Aiol, la de su padre, de reverberaciones azulinas, aunque, reglamentariamente, no habiendo sido todavía armado caballero, carecía de derecho a su uso, mas si se considera lo singular del peligroso lance, se tolerará su extralimitación prematura. Montaron a caballo, empujados, aupados por el temblón eremita y, puesto que el doncel no se había cubierto aún con el yelmo de plumaje ralo, su cara espejeó como un esmalte, como una de esas viñetas delicadas de arcángeles heroicos que los monjes miniaban en los libros de las grandes damas piadosas. El ojo azul y el ojo de oro, la cicatriz que le descendía hacia la boca, el pelo que le llovía sobre la frente y que agitaba el viento, tenían la calidad sutil que conseguían sólo los exquisitos pinceles. Había, en los árboles, en el techo de la ermita y en el suelo, rastros de nieve, y esas manchas blancas colaboraban en la función de otorgar a la escena del bosque un carácter pictórico, como si aconteciera más allá de la realidad, dentro de la magia de un retablo. Aiol se afirmó el casco y fue como si la noche cayese sobre nosotros. Simultáneamente, Ozil y él alzaron las lanzas. Entonces Brandan se puso de hinojos, los gatos maullaron con lastimera desazón, y Fadet corrió a refugiarse en mis brazos, porque él, por razones obvias que atañen a nuestra respectiva esencia, disfrutaba del privilegio de verme... y lo curioso es que nunca había sentido celos de mí. Sopló a mi oído, recalcando las sílabas, como si yo fuese sorda, su estribillo de balada guerrera:

—¡Vienen los de Lusignan, los de Lusignan, Melusina!

Sus barbas inmatriciales pincharon mis pechos inmatriciales y le acaricié las arrugas de los pómulos, mientras la cabalgata desembocaba en el claro de la floresta.

No eran los de Lusignan. No tenían ni la más mínima relación con los de Lusignan. Venían en son de amistad, con bridas doradas, con flores (muy difíciles de conseguir en esa estación, lo cual demuestra su buena voluntad minuciosa) en las caperuzas y en los bonetes. Eran los enviados de la ilustre Seramunda, señora de Castel-Roussillon, y habían atravesado Francia, desde la zona linderera de los territorios catalanes y de los narboneses, buscando al caballero Ozil. Más tarde me enteré de

cómo lo habían descubierto. El único huésped que en tan largo espacio nos acompañó brevemente en la ermita, fue un peregrino extraviado, quien trajo la mala nueva de la muerte del rey Amaury de Jerusalén, al que Ozil había querido y respetado tanto, y la de la coronación de su hijo, el pequeño Baudoin de trece años, en el Santo Sepulcro. Aiol tuvo, en aquella oportunidad, las primeras noticias del adolescente rey leproso que luego desempeñaría un papel tan importante en su vida. Sin duda fue el perdido romero, a quien en cambio de las informaciones trascendentes, se le reveló la identidad del caballero aislado por Brandan, el indiscreto que alertó a los de Seramunda, en la lejanía de los Pirineos orientales. Seramunda no apartaba de su memoria, coleccionista de personalidades interesantes, el recuerdo del caballero que apenas había visto en Nuestra Señora la Grande, durante la ceremonia del exorcismo de Azelaís. En vano su esposo, Aymé de Castel-Roussillon, inventaba para ella espectáculos bélicos que terminaban en desastres sonoros. En vano, el poeta Guilhem de Cabestanh inventaba para ella canciones apasionadas y rimaba la compleja idea de que nada desearía tanto, mientras la Tierra durase, como que Dios le concediera la gracia de que los brazos de la bella le sirvieran de cinto. La ilustre Seramunda giraba el perfil delicioso, movía el abanico de las negras pestañas y ni miraba los holocaustos organizados en su honor por su marcial consorte, ni escuchaba los requiebros proferidos por su lírico adorador. Espléndidamente frívola, jugaba a la nostalgia, a la pena que nutría el amor remoto, y exigía la comparencia de Ozil de Lusignan, a quien describía como el arquetipo del caballero sublime. Hasta que, para rabia del sanguinario Aymé y desesperación del tierno Guilhem, que a su turno pretendían pasar por cabales hombres de mundo, duchos en los primores de la cortesanía, y cumplir con las reglas elegantes que imperaban a la sazón, no hubo más remedio que salir a rastrearlo a ese Ozil de mala muerte, con la oculta esperanza de destruir después su mito. Y ahora sus emisarios lo habían hallado, en la maraña del bosque de Lussac. Ya tenía a donde ir el desconcertado andariego.

Levantaron el estandarte de Castel-Roussillon y el cuerno de upicornio; distribuyeron los escuálidos equipajes, y nos dispusimos a partir. Fadet, escondido en un tronco hueco, lloraba. Nos bendijo Brandan, a quien Ozil y su hijo le besaron las manos. Yo también experimenté una verdadera pena al irme. La santidad, que a veces puede resultar incómoda, como vecindario, a causa de las perturbaciones que la perfección entraña, ejercía, a través del anacoreta, un influjo bienhechor. Cuando estaba junto a él —y se me perdonará el símil, por real y porque cada uno se vale, para expresarse, de las comparaciones que su propia experiencia le ofrece, sin ánimo de ofender—, yo saboreaba una felicidad equiparable a la que me invadiera, siglos atrás, en Lusignan, los sábados, al bañarme en el tonel del castillo, colmado de agua fresca. Era una sensación de paz y de ventura, de la cual participaban la carne y el alma; una beatitud tan higiénicamente irreprochable, tan plena de gracia, que no podía durar.

Me volví desde la grupa del caballo de Aiol, que compartía con el muchacho, y noté que el anciano había sacado de la ermita mi imagen de bulto, tallada por el doncel, y la agitaba, despidiéndose. Sus ojos celestes, de niño, estaban clavados en mis propios ojos incorpóreos, con tal fijeza que me estremecí y que hasta hoy recelo de que, como Fadet y los gatos, Brandan me veía, de que acaso me había visto todo el tiempo — pues la santidad es capaz de muchas rarezas— y había preferido, ya que nadie aludía a mí y yo no contaba oficialmente dentro del grupo, fingir que no me reconocía, por prudencia, por buena educación y por no complicar las cosas en lo que atañe a las relaciones con la esfera sobrenatural. Era un hombre de notable tino. Me encanta que, con sus ademanes últimos, prometiera que conservaría mi retrato. Alegre, rodeé con ambos brazos la cintura de Aiol, trazando el dulce dibujo que el poeta Guilhem de Cabestanh había solicitado en verso a la seductora Seramunda, y emprendimos el

largo viaje. A medida que nos apartábamos de la pía ermita de Lussac y de su dueño bondadoso, nos sentíamos más intranquilos y más jóvenes... Ruego al lector que no deduzca de este razonamiento la acritud de una crítica. Nos sentíamos intranquilos y jóvenes, después de un período de apaciguada vejez. Nada más. Al saludable sosiego lo sucedía un desasosiego también saludable. Ozil hacía caracolear su corcel y Aiol cantaba. Yo recogí en mis alas, como en un manto, el frío seco del invierno, y advertí que la turbación operaba como un estimulante. ¡Qué maravilla, el temblor de sabernos jóvenes e inquietos, después de habernos sabido viejos y calmos!

Adiós, Brandan, santo amigo.

## IV

# EL DEVORADO CORAZÓN

El contraste entre la vida que se llevaba en la ermita de Lussac y la que daba tono al castillo de Aymé de Castel-Roussillon, era fuerte. A Ozil no se le subieron a la cabeza los lujos y los halagos, porque en Oriente, como no se cansaba de repetir con una insistencia que podía resultar monótona y que, cuando empezaba a desarrollar el tema, ensanchaba los claros en su auditorio, había sido testigo de espectáculos memorables. Tampoco a mí, hija de un rey y nuera de otro, crecida entre reyes sobrevivientes, en una isla mágica, debía impresionarme demasiado la comparación. Con todo, engañaría a quien me lee si no precisara con exactitud que la existencia a la que tanto Ozil como yo habíamos estado acostumbrados en los tiempos últimos —él, como caballero vagabundo y pobretón; yo, como residente, sin muchas distracciones, en el campanario de Lusignan— distaba importantemente del género de actividades que enorgullecían a la pequeña corte de Seramunda. En quien repercutió de veras el efecto emotivo, fue en Aiol, cuya mundología, hasta entonces, se limitaba a los consejos técnicos de Pons; a las enseñanzas prácticas que recogiera en la hostería de su madre, acerca de las alternativas de la oferta y de la demanda; a lo que, con referencia al santoral, a la historia y a la poesía, le comunicaron Ithier y Brandan; a las lecciones de esgrima y equitación de Ozil; a lo poco que de mi ciencia misteriosa me atreví a transmitirle; y, en el plano de la educación sentimental, a las nociones confusas que sus quince años habían cosechado junto a su impulsiva hermana y junto a sus compañeros albañiles y actores, para quienes las zozobras del corazón y el dédalo del sexo continuaban embarullando un revoltijo. Respiró a grandes bocanadas, en Castel-Roussillon, un aire nuevo, extraño, tentador y peligroso; el aire que correspondía al medio elegante acerca de cuyas originales leyes Ithier había tratado, con empeño inútil, de instruir a su hermano Pons, cuando se propuso justificar ante él,

haciendo espejear las razones de la moda, los alcances de las posibles relaciones galantes que enlazaban a Berta y el caballero.

Encorvada sobre su mente, como un científico sobre su microscopio, observé en ella (tal como el estudioso observa la manera de comportarse de los microbios, sus alianzas y repulsas) el vaivén de las reacciones que producía su apresurada, indiscriminada y dócil recolección de flamantes experiencias, y noté que, en el enredo de conflictos suscitado por nociones que contradecían a sus anteriores fundamentos y conocimientos, los que iba adquiriendo con extraordinaria rapidez venían como barnizados de colores espléndidos e iluminados por una claridad astuta muy favorecedora. Yo hubiera tenido que esforzarme por sacarlo de allí y llevarlo a zonas de tan sedante pureza como la ermita de Brandan o mi campanario y lugares afines. Si no lo hice fue por tres motivos esenciales: porque no podía lograrlo sin riesgo de desbarajustar el orden de su vida al lado de su padre, que implicaba para él y para su formación rotundos beneficios, pues era obvio convencerse de que Ozil, a quien fascinaba y lisonjeaba el medio espiritual y sensual de Castel-Roussillon, no se resignaría a abandonarlo de buenas a primeras, y a volver a la depresión de la inseguridad reciente, de modo que, si no extremaba el apremio hasta el límite de forzarlos a los dos, tendría que avenirme a llevármelo a Aiol solo; luego porque, a fin de cuentas, cuadraba que Aiol iniciara esta segunda etapa inevitable de su aprendizaje de la sabiduría del mundo, en el ambiente más propicio, afrontando amenazas y acopiando provechos, y evidentemente el séquito de Seramunda y su enfoque especial de los prestigios de la civilización, presentaba, en ese sentido, la garantía de ser un dechado de gentileza, de distinción, de malicia y de desenvoltura, así que por lo menos ganaba uno la certidumbre de que la educación cortesana que Aiol recibiría en Castel-Roussillon, si bien vinculada con una materia perniciosa, sería perfecta, y de que el muchacho no incurriría después en el ridículo de torpezas y equivocaciones, pertinentes a un asunto de índole tan sutil, ya que aun dentro de lo malo conviene escoger lo bueno; y en tercer término, porque a mí también, tras el encierro de la torre y de la ermita, me agradaba la culpable idea de participar, aunque sólo fuera como espectadora, de una diversión que me devolvía a los años de Raimondín y de sus frívolos pasatiempos. Me gusta analizar y no se me tachará de disimular mis flaquezas ni las de mis descendientes queridos. Unas memorias como éstas sólo valen si están escritas sinceramente.

Seramunda alternaba sus preocupaciones entre el amor y la literatura o, mejor dicho, había amalgamado ambas actividades, consecuente con la particularidad de su época, en una sola preocupación refinada. Para ella, como para Alienor de Aquitania y para sus dos hijas, Alix, casada con Thibaut VII de Blois, y María, casada con Enrique I de Champaña —a quienes imitaba, dentro de lo que permitían sus recursos—, ciertas reglas primordiales gobernaban la dependencia de los amantes: éstos debían pertenecer a esferas sociales distintas o, en todo caso, encontrarse en distintas situaciones económicas (y nadie ignora cuánto incide lo económico sobre lo social); la lealtad y no la fidelidad —repárese en lo agudo del matiz— debía prevalecer en esos lazos, y el secreto inflexible debía regirlos. Por lo demás, la propia Seramunda solía citar una frase de la condesa de Champaña —de cuya amistad se jactaba ingenuamente, por dos causas que cautivaban a su snobismo: una, principesca (la condesa era hija de un rey de Francia) y la otra, literaria (la condesa le había encargado a Chrétien de Troyes su famoso Lanzarote) — según la cual los amantes se otorgan todo gratuitamente, mientras que los esposos tienen el deber de soportar sus recíprocas voluntades y de no rehusarse nada. En una palabra, como le había dicho Ithier a Pons, no podía haber amor verdadero dentro del matrimonio, puesto que si el cuerpo pertenecía al marido, el corazón pertenecía al amante. Claro que la bella señora



de Castel-Roussillon, que sin embargo insistía en aplicar al pie de la letra los dictámenes de una moda tan exquisita y tan opuesta a las efusiones que prevalecieron en tiempos de Raimondín, no los cumplía exactamente. Su cuerpo pertenecía a su marido, pero a sus adoradores les concedía bastante más que el alma. Y tampoco se ceñía a la exigencia célebre del secreto, con lo que ésta encerraba de donoso juego de salón; lo prueba que hiciera buscar a Ozil alardeando de una ostentación indiscutible. Era superficial, veleidosa; vestía de profundidad a sus puerilidades. Y estaba enferma de literatura. Cuanto hacía y decía se esmaltaba de literatura. Vivía entre poetas ardientes. Fuera del hermoso Guilhem de Cabestanh, su enamorado reconocido, titular, que compuso para ella versos inolvidables, en ese momento eran huéspedes suyos algunos de los trovadores más conspicuos, como Ventadorn, Peire Vidal y Folquet de Marsella, con quienes disputaba sin descanso, pues sometían a su jurisdicción cuestiones arduas como éstas: los celos entre amantes, ¿son condenables?; una dama, amada hasta la exageración por un caballero, a quien ella le retribuye su pasión con tibieza, ¿puede retenerlo, si él le ruega que le permita alejarse?, etc.

El encanto de Seramunda, de la ilustre, encantadora Seramunda, provocaba trastornos y ruinas. Aunque no creo que se propusiese ocasionar esos estragos, la detesté desde que llegamos a Castel-Roussillon. Me sacaban de quicio sus melindres, sus caprichos, su batir de párpados, sus manos enjoyadas, la gracia con que alisaba los pliegues de su brial, sus huecas y aplaudidas frases. Se desplazaba entre una nube de admiradores, entre reverencias, entre músicas, que la rodeaban cuando tejía su lento tapiz, cuando se sentaba a merendar en una pradera, cuando entraba en la iglesia, levantando los ojos del devocionario para espiar a los presentes, y hasta cuando nadaba (porque Seramunda sabía nadar) en el estanque, cubierta con su camisa blanca, como una ninfa. Parecía disfrazada siempre; disfrazada de ninfa, de beata, de mujer de letras, con rasgos baladíes de la cazadora Diana, de María de Francia (la de los lais), de abadesa y de heroína de Chrétien. Su risa de pájaro sonaba doquier, como una campanilla que convocaba a la hueste de los Cupidos con tinteros, de los pajes con manuscritos, quienes le hablaban de las teorías físicas de Aristóteles enseñadas en Chartres, o de Abelardo Bath, traductor de Euclides, o de los árabes, traductores de Ptolomeo, cuyos textos se utilizaban en las universidades de España; le hablaban de cosas que ella no podía, absolutamente, entender, y Seramunda los escuchaba con grave gesto, un dedo en la mejilla, aprobando, desaprobando. A mí me volaban su seguridad y su chic, su pelo teñido, sus armiños, sus escarcelas bordadas con piedras tan raras que para clasificarlas era menester recurrir al Lapidario de Felipe de Thaon que enumera setenta y cinco clases distintas. Me roían —¿para qué negarlo, si son patentes?— los celos (condenables entre esposos, aceptables entre amantes...). Pasé muy malos ratos en Castel-Roussillon. Pero el desenlace, imprevisto, fue terrible, y sobrepasó cuanto osé imaginar en mis meditaciones de rabia más aguda. Hoy, a siglos y siglos de distancia, me duele, como es natural, el espantoso fin de la pobre señora, pero no consigo eliminar de cuajo, mientras la evoco, a la envidia y la furia que me inspiraba. Sus agujones siguen clavados en alguna parte de mi cuerpo invisible. Dios tenga piedad de Seramunda y de Melusina, frágiles mujeres pecadoras; que se apiade de todos, mortales e inmortales, pues harto necesitamos su gloriosa indulgencia.

Aymé de Castel-Roussillon era un hombre curioso y, como pronto se apreciará, más curioso de lo que a primera vista parecía. Sin poseer, como los donceles bailarines que escoltaban a su mujer, una fisonomía de rasgos perfectos, ni tampoco una figura de elástico atractivo. Aymé se destacaba por un aspecto que no carecía de sugestión. A los cuarenta años, robusto, velludo, con grandes y luminosos ojos negros, el porte insolente y la voz ronca, constituía un sólido pendant de la inestabilidad siempre joven

de Seramunda. Se erguía a su lado, como el ogro palaciego junto a la princesa, el ogro de los cuellos de pieles de marta y las pesadas cadenas de oro, con las cuales jugueteaban unas manos imprevistamente finas. Antes de que apareciera en una estancia, lo precedía su vozarrón, porque le complacía anunciarse y que lo esperasen, que se pusiesen de pie y se doblaran y acercaran multiplicando la adulación zalamera. Había guerreado mucho y había intervenido en muchos torneos. Tenía fama de colérico y de bravo, y la gente prefería no meterse con él. La proximidad de Seramunda y de su grupo rebuscado, y la circunstancia de que el modo en que encaraba la vida la ilustre dama fuera similar al exhibido por la reina de Inglaterra (que antes había sido reina de Francia) y por los señores y señoras más notables de Provenza, había dulcificado algo su carácter, sin hacerle perder nada de su catadura viril, hasta inducirlo, para no quedar a la zaga y resultar anticuado, a transigir con las reglas ñoñas de la recreación cortesana que entonces prevalecían en los castillos más austeros, y que tomaban por blanco a los problemas deliciosos del corazón y a sus innúmeros matices. Si la risa de Seramunda vibraba como una campanilla de cristal, la suya resonaba bajo las bóvedas como un cencerro áspero. Pero reía —y eso es lo importante—, reía y se adaptaba, si bien nunca se podía estar seguro de sus reacciones, ya que, de repente, como si se cansara de representar un papel y se negara a seguir a su esposa en su mascarada constante, se tornaba ceñudo, hacía una mueca desdeñosa y se iba a las cuadras, a departir con sus caballerizos y con los cuidadores de sus perros, entre quienes parecía sentirse más a sus anchas que en un ambiente cuyos acertijos y alegorías desconcertaban (e irritaban) a su sencillez militar.

Con Ozil de Lusignan se entendió en seguida, pese al notorio interés que éste despertaba en Seramunda, un interés al que Aymé no otorgaba más consecuencias que las propias del alambicado flirt poético que a fines del siglo XII imponía el ingenioso arbitrio, y que Ozil había aprehendido, de muchacho, en los estrados de la reina Alienor. Su condición común de hombres de armas los unía y ya se sabe cómo es de recio ese vínculo. En las ocasiones en que el caballero se liberaba del entusiasmo de la señora de Castel-Roussillon, el castellano aprovechaba para conversar con él, por lo menudo, de asuntos que atañían a la profesión guerrera. Aymé no había estado nunca en Tierra Santa, lo cual constituía para él una secreta mortificación, ya que, aunque por nada del mundo lo hubiera confesado, se adivinaba que el señor se sentía disminuido, de suerte que la parte principal del diálogo giraba en torno a los méritos de la Caballería, que —opinaban porfiadamente los dos interlocutores— pueden probarse en cualquier parte, lo mismo entre fieles que entre infieles. Y no obstante que Ozil debía considerar que el suelo bíblico, maculado y contaminado por los enemigos de la Cristiandad, era el supremo territorio propicio para demostrar las virtudes caballerescas, pues eso era lo que le convenía, dados sus antecedentes, el hecho de que el marido de Seramunda y amo del hospitalario castillo necesitara, como era obvio, que tranquilizasen su inquietud de armígero que no había atravesado el Mediterráneo para luchar con los demonios de Saladino, obligaba al caballero a avalar las ideas que Aymé enunciaba ruidosamente y que en verdad no aprobaba. Surgió así una amistad singular, compleja como una partida de ajedrez. Ambos contendores movían las piezas hasta el límite posible que no traicionaría lo más hondo de su juicio: Aymé, arguyendo que es admirable haber ido a Jerusalén y haber batallado contra el musulmán, pero que eso no quita que en Francia hubiera mucho que hacer en pro de las causas santas, y Ozil respondiendo que lo más admirable es permanecer en el suelo propio y defenderlo, sin que ello signifique que no esté bien, asimismo, que como un agregado a tal tarea, los hombres de lanza y espada concediesen algo de su tiempo al bélico ejercicio en tierra extranjera, especialmente en la tierra de Nuestro Señor Jesucristo. Y aunque ni uno ni otro comulgaban con los conceptos que enunciaban con tanto brío (pues Aymé pensaba que hubiera debido ir a Oriente y Ozil pensaba que era

imperdonable no haber ido), en apariencia estaban de acuerdo. Por encima de ese planteamiento, existía entre ellos una fraternidad heroica, y a Ozil, cuya posición en el castillo, abarrotado de intrigas, era huérfana de bases firmes, le cuadraba dar la impresión de que (como compartía el lecho de Seramunda, que para él abría sus sábanas como las páginas de un libro), compartía los conceptos político-religioso-beligerantes de Aymé.

Ese compañerismo solidario, al que no enturbiaban los lazos de Ozil y de Seramunda, ignorados por el castellano que suponía que los transportes eróticos de su mujer no se extralimitaban más allá del simulacro de la literatura, impulsó a Aymé de Castel-Roussillon a secundar a su nuevo amigo en la preparación de su hijo para ingresar con todos los honores en la reputada Caballería. Quería el uso, a la sazón, que los adolescentes destinados a ese futuro excepcional, fueran enviados por sus progenitores a las cortes de los jefes feudales de quienes dependían, y que cuanto mayor era la jerarquía del aspirante, más noble y poderoso fuese su tutor. Y, puesto que Ozil no poseía medios para ubicar a su vástago, como se pone a un chico a pupilo en el colegio, a la sombra de un monarca o de un conde, sopesó las ganancias que en favor de Aiol encerraba la oportunidad que se le ofrecía, y que adicionaba a los halagos que para él mismo brotaban del diario contacto feliz con Seramunda, los que resultaban de una gratuita educación para su heredero.

Lo que trato de explicar no será (no es) muy estimable, pero lo que yo deseo es que el lector juzgue en su exacto alcance los atributos más humanos del carácter de Ozil. Evidentemente, yo podría pasar por alto los detalles desagradables y ofrecer de él una imagen pulida. Creo, sin embargo, que no me corresponde exponer una estatua de bronce, empujada en un caballo lustroso, el asta de unicornio en la diestra y los laureles de Egipto en torno de la frente, sino la imagen de un hombre, de un hombre tan débil como cualquier otro, que fue sin duda generoso y valiente y no vaciló en arriesgarse, como afirmaba la rúbrica de sus honrosas cicatrices, en pro de un móvil desinteresado, y que, zarandeado por las amarguras de la existencia y aprisionado por las trampas de su pobreza y de su sensualidad, en las que caía empujado por el liviano espíritu que distinguía a su época, cometió muchos actos vituperables. Sería más cómodo para mi, y acaso ciertos lectores conformistas lo hubiesen preferido, pintar el convencional retrato de un caballero temeroso de Dios (que lo era), bizarro (que lo era también), puro (que no lo era), desprendido de las trabas del dinero y los honores (que tampoco pudo serlo), y añadirlo a la incorrupta galería de los paladines cantados por las gestas, pero eso hubiera sido faltar a la verdad, hubiera sido menos interesante y hubiera sido reiterar imágenes que, por idealizadas, abandonan la categoría de lo patéticamente lógico para ascender a la esfera radiante de los deshumanizados paradigmas. No todo tuvo el brillo del oro y la consistencia del hierro, en la áurea y férrea Edad Media. Sus grandes y pequeñas figuras estuvieron elaboradas con el mismo limo de las grandes y las pequeñas figuras de hoy, pues por desgracia no hay otro. Lo que eleva a la Edad Media y la coloca por encima de la calculista realidad actual, es —¿cómo expresarlo?— la prodigalidad espléndida con que sus hombres se entregaban a la vida y bebían hasta el fondo un cáliz en el que lo divino y lo terreno mezclaban su abrasadora mixtura. Cada uno era lo que podía ser, con plenitud, simultáneamente demonio y ángel. Cumplíamos entonces nuestro destino sin regateos. Y supongo que Dios, al reconocernos auténticos, nos perdonaba. Así fue Ozil de Lusignan. Continuemos, pues, narrando su compleja historia.

Aiolo —me complazco en decirlo— cayó bien desde que llegamos a Castel-Roussillon. Las damiselas del séquito de Seramunda analizaban sus ojos bicolores; le tocaban el pelo, con el pretexto del largo costurón que le tajeaba la mejilla, y le rogaban que les

permitiese ver la señal de su hombro, la cruz blanca de los príncipes. Sus mimos me lisonjeaban y me desazonaban. Cuando Aiol desempeñaba las funciones propias de un doncel de cámara y ayudaba al señor a vestirse; o las que incumbían a un doncel de caballeriza, y cepillaba las ancas y los cogotes de los palafrenes; o cuando, como doncel montero, preparaba las jabalinas y los cuchillos; o cuando, escudero de armas, frotaba los escudos y los yelmos de Aymé; o cuando contribuía a trinchar los venados y las faisanes y circulaba con jofainas y jarros de vino, entre los comensales, serio, fino, armonioso, las muchachas se presentaban con excusas tontas y quedaban mirándolo, como si las hubiesen hipnotizado, hasta que la bronca voz del señor las despedía con palabras soeces. De noche, en las veladas frente a las chimeneas bramadoras o, a medida que el tiempo se iba suavizando en los coloquios de las terrazas y las almenas, las jóvenes se alejaban de los troveros famosísimos, de Ventadorn, de Folquet de Marsella, de Peire Vidal, del melancólico Guilhem de Cabestanh, para quien sólo existía la glacial Seramunda, y rodeaban al paje en algún rincón, donde le pedían que volviera a contarles la maravilla de la Santa Lanza de Longinos, que su antepasado había descubierto en Antioquía, y los triunfos de la carreta tirada por bueyes, que lo había conducido a ferias y atrios, representando la parábola de las Vírgenes Prudentes y de las Vírgenes Locas. Pero nada las excitaba tanto como espiarlo de mañana, a la hora en que, con los otros adolescentes del castillo, recibía la instrucción militar que impartían Aymé, Ozil y algún caballero más. Sus cuchicheos disimulados por el follaje eran como un rumor de brisa que acompañaba a los retumbantes golpes de su lanza y de su espadón. Yo revoloteaba alrededor de mi amado y observaba que, si le daban placer los arrumacos que engreían a su virilidad naciente, su preferencia no se inclinaba hacia ninguna de las niñas. A veces, en mitad de los duelos, al espolear su caballo hacia el encuentro feroz de los metales, pasaba por su mente el recuerdo de Azelaís, como si le brindara el éxito próximo, y eso me desconcertaba y me inquietaba, porque, por más que yo era dueña de la clave de su cerebración, no conseguía —como no lo conseguía el propio Aiol— discernir con claridad el matiz de los sentimientos que le inspiraba la exorcizada del Poitou. Su hermana continuaba siendo para él la primera de las mujeres, la única, y en las vigiliás que lo agitaban en la soledad de su cuja, forjaba planes fantásticos que organizarían la recuperación de la extraña doncella y la vida en común de ambos, junto a su padre.

Ozil también lo contemplaba con cariño. Lo satisfacían extraordinariamente los progresos de su sucesor, la fascinación que exhalaban sus quince años y que obraba sobre todos, pues hasta el celoso Guilhem de Cabestanh se lo había elogiado. En cuanto a Aymé, el afecto que en él despertaba el muchacho, crecía día a día, lo cual no podía sino ser provechoso, pues Seramunda y él carecían de hijos. Como notará el lector, estoy describiendo una Arcadia. Los reinos arcádicos ¡ay! no duran. Y las cosas cambiaron desde que la ilustre Seramunda, a su turno, comenzó a fijarse en Aiol de Lusignan. Embargada por el amor que sentía, o. que creía sentir, por el esforzado Ozil; distraída por los requiebros que Guilhem rimaba lastimeramente, no había tenido tiempo para consagrarlo al paje. Lo conceptuaba bonito, por supuesto, y gracioso, pero su extrema juventud le quitaba atracción para la dama, habituada al trato con gente hecha y derecha, aguerrida en lances de pasión y en literarias prestidigitaciones. Hasta que, insensiblemente, empezó a fijarse en él, desde el día en que, sin aviso previo, la señora se presentó en el campo de los ejercicios militares, en momentos en que Aiol se quitaba el casco y su rostro sudoroso apareció en el envase de hierro de la cota, como una flor húmeda.

Una madrugada, Ozil y Aymé salieron de caza, con halconeros y mozos de trailla. Aiol quedó por excepción en la fortaleza, encargado de limpiar una espada y unas espuelas

nuevas del castellano, pues pronto partiríamos (no se hablaba de otra cosa) para Beaucaire, donde Enrique II de Inglaterra preparaba prodigiosas fiestas, con las cuales culminarían las negociaciones de paz entre Raimundo V, conde de Tolosa, y Alfonso, rey de Aragón. Habría allí justas y torneos, y Aymé esperaba lucirse.

Como le sobraba tiempo, Aiol decidió disfrutar de su libertad relativa, bañándose, y con ese objeto llenó de agua tibia una gran cuba, en la habitación que dividía con su padre. Se metió en ella desnudo, y yo, por mi lado, no vencí al impulso de seguirlo. Las hondas tinas cuyos bordes se festonean de espuma, ejercen sobre mí un hechizo insuperable, pese a que a una de ellas le debo mi exilio de Lusignan. Son algo inherente a mi personalidad, mi complemento mitológico y heráldico. Cada vez que encuentro una, colmada de agua limpia, esgrimo mi peine de oro y me sumerjo en su líquido deleite. Actúan sobre mí como un imán, más fuerte que cualquier interdicción. Y en ese caso, como deduciré hasta el más distraído, a la dicha que me procuraban los retozos del baño se anexaba la resultante de la proximidad del sosias de Raimondín.

¡Estábamos tan cerca, tan cerca! Mis pezones rozaban su pecho moreno, no bien se movía, y si Aiol alargaba un brazo encontraba en su camino a mi cintura o mis cabellos o mis alas o mis escamas. Es decir que las encontraba y no las encontraba. Tenía la impresión turbadora de una presencia invisible e inapreciable, dentro de la cuba — dada la mágica materia mía— y a cada instante sus bellos ojos, el azul y el dorado, hurgaban sorprendidos en el agua transparente, como si ésta recelara algún buceante intruso, alguna anguila o alguna medusa afelpada, que incomprendiblemente no lograba ver, y la singularidad de sus sensaciones se intensificaban porque mi ágil cola serpentina iba y venía doquier, como si escapara a mis mandatos, realizando audaces correrías de las cuales no soy totalmente culpable, ya que la esencia humana y la esencia bestial, que me dividen, operan hasta cierto punto con autonomía y aun con incompatible capricho, en la unidad difícil de mi cuerpo feérico. Era muy agradable. Tornaron a encenderse en la imaginación de Aiol las gastadas, maltratadas, reeditadas imágenes de lascivia —y sin embargo tan frescas y tan poderosas— que se relacionaban con Azelaís, con sus compañeros de la carreta y con su propio cuerpo nubil, motivo fecundo de investigaciones y sorpresas voluptuosas (a las que yo conocía de sobra, por la rara intimidad que nos unía), pero aunque yo no hubiera poseído el don mirífico de penetrar su pensamiento, sobraban los testimonios irrefutables que patentizaban abultadamente su física inquietud. ¡Ay, lo cierto es que, sin proponérmelo, cooperé a predisponerlo para lo que pronto acontecería! Pero ¿cómo iba a ocurrírseme, desventurada de mí, que unos juegos tan inocuos, sin solución concreta, estaban predestinados a desembocar, estimulados por el descuido de mi incontinencia imprudente, en lo que menos hubiera querido que sucediese?

Aiol se bañaba y yo dejaba que lo envolvieran mis cabellos. Por el hueco de la ventana, ascendía hasta nosotros el concierto de los balidos que se respondían en el valle, el de los cacareos y el de los cerdos que en la huerta gruñían; el de los pájaros exóticos que a Seramunda le enviaban del norte de África y que reñían en sus jaulas de oro. Cantaba la pereza del vigía, asomado al murallón, y un carro crujió, descoyuntándose, como un viejo esqueleto. La placidez campesina se balanceaba en la atmósfera y era también como una cabellera suave, flotante, leve. El muchacho entrecerró los ojos y se entregó a un mórbido sopor. Entonces se abrió la puerta y entró Seramunda.

Venía sonrosada, agitada, aparentando empero una aristocrática displicencia, y traía en brazos una pieza de brocado de seda amarilla y otra de rígido orifrés, que brillaban con cabrilleos de plata y que, desenroscadas descuidadamente, se arrastraban detrás,

como la cola de un manto. Se detuvo en el medio soleado del aposento, mirando a Aiol como si no estuviese desnudo. Su ropaje color verde esmeralda combinaba sus reflejos con los de los paños lujosos.

—Esta es la tela —dijo— que utilizaremos para vestiros, cuando vayamos a Beaucaire.

Aiol, cohibido, mostró la mitad de la cabeza, en lo alto de la cuba, y atinó a murmurar una frase de agradecimiento.

—Habría que medírosla ahora —continuó Seramunda, con el tono profesional de quien no ha cumplido sino esas tareas en la vida—. Vengo de la cámara de las doncellas, quienes no descansan, cortando y bordando.

Afirmó los géneros con una mano, sobre el pecho, y estiró la que conservaba libre, para dar su orden: —Salid aquí, Aiol, y os mediremos.

¡Ah, astuta zorra, no en vano llamó Séneca a la mujer impudens animal! ¡Con qué elegancia señorial de zorra de fábula, se expresaba la maldita! La persona menos enterada de la organización interna de los castillos, sabía que esa función no incumbía a la dama del lugar y sabía que, en cualquier caso, para llevarla a efecto, podía haber escogido otro momento de la vacía jornada. Pero ella no. Seramunda no, Seramunda no vacilaba, el día en que Aymé de Castel-Roussillon y Ozil de Lusignan, su marido y su amante, habían abandonado su casa, en cargar con una pieza de seda y con una de orifrés, y en lanzarse por los corredores, como una servidora, hacia el aposento de un pequeño paje, a la hora precisa en que éste se bañaba solo, supuestamente solo, con la pretensión absurda de que en ella, tan luego en ella, recaía la obligación subalterna y trivial de tomar sus medidas. Hay que tener bien presente el carácter de Seramunda, a fin de apreciar la incongruencia de una actitud que sin embargo ella embozaba en la más ingenua neutralidad. Seramunda no movía uno de sus finos dedos para nada que significase un esfuerzo. Si el pañuelo se le caía, se lo recogía un paje o una doncella; entornaba los párpados, y ya le ofrecían el aguamanil y el cisne trinchado; alzaba la diestra a la mejilla, y Guilhem de Cabestanh le explicaba una vez más las razones por las cuales ninguna mujer se atrevería a compararsele; formulaba un juicio, acerca del Erec de Chrétien de Troyes o acerca del lai de Eliduc, de María de Francia, o proponía un acertijo de Corte de Amor, y aplaudían los presentes; bajaba la voz y Aymé se preguntaba qué le pasaría; sonreía apenas y Ozil se aprestaba a reunirse con ella en su estancia. Y esa mujer remilgada, quisquillosa, coqueta, esa castellana altanera y tornadiza, era la misma que ahora había entrado en la habitación del desnudo Aiol, con un subterfugio tan fútil que no engañaría ni a un niño, y que avanzaba hacia la cuba donde éste se bañaba indefenso. ¡Ah, zorra y más que zorra! ¿No le bastaba su velludo Aymé de Castel-Roussillon?, ¿no le bastaba el apuesto y ducho Ozil de Lusignan?, ¿no le bastaba su Guilhem de Cabestanh plañidero?, ¿también necesitaba al adolescente de los ojos únicos que, cuando andaba entre las doncellas del castillo, disimulaba su timidez con piruetas exageradas?

Él la observaba; crecían su temor y su vergüenza, y ella sonreía como siempre, exhibiendo sus dientes admirables. Seramunda dejó caer las piezas y tendió las dos manos:

—Vamos Aiol, que apremia el tiempo.

¿Qué otra cosa cabía hacer al inexperto muchacho, que no fuese obedecer e incorporarse, pegado el negro pelo sobre la frente y los hombros, y saltar de la tina? Temblaba, mientras mojaba las losas y se cubría con ambas manos como podía mejor. ¡Qué rabia! ¡Cómo invoqué a Morgana y a Merlín y a todos los pobladores mágicos de Inis Vitrin! ¡Qué rabia! Y Seramunda, en tanto yo me mordía los labios y agitaba las alas y la cola, con inútil desesperación, lo tomaba tranquilamente por los hombros, lo felicitaba por la gracia de su figura y por la singularidad de su marca principesca; determinaba, como un sastre, la curva de su pecho modelado por la marcial gimnasia, el ancho de su breve cintura, la comba de su vientre y la magra esbeltez de sus piernas; le hacía levantar los brazos y ladear la cabeza, caminar y detenerse; lo rozaba y tanteaba, acariciaba y medía, sin dejar empapado resquicio que no ingresase en el aritmético cómputo. Aiol, arisco al comienzo y enfurruñado, se dejaba manejar con la complacencia de un animalejo favorito. ¡Qué rabia, Dios de los ejércitos! Dije antes que yo, cuando juntos nos solazábamos en el abrigo de la cuba, lo predispuse inconscientemente para lo que no imaginaba que pasaría. ¿Necesita el lector que prosiga describiendo una escena para mí tan ingrata? ¿Debo abundar en detalles a propósito del modo en que el brocado de seda y el orifrés, hasta entonces muy alisados, les prestaron un revuelto lecho, y sobre cómo participó Seramunda de la humedad que impregnaba a Aiol y que chorreaba por todo su cuerpo largo? El doncel se derrumbó primero, encima de los lienzos suntuosos, y arriba rodó Seramunda. Se ahogaba el pobrecito y gemía y, por lo que yo veía desfilar en el frenético film de su mente, aquellos manejos —como suele producirse en este tipo de inevitables iniciaciones— no le procuraban más que angustia e insatisfacción. A mí me enloquecía lo que ante mis ojos se desarrollaba y que era, no obstante (fuerza será confesarlo) lo que yo hubiera querido hacer en la intimidad del baño, de no existir los impedimentos materiales que abominé más que nunca. ¡Qué rabia! Castigaba las paredes con mi cola de sierpe, dragón iracundo y encadenado, mientras Aiol de Lusignan, a los quince años, perdía sin placer eso, tan poco manifiesto en el hombre, que se ha convenido en llamar la virtud: Lo perdía para siempre. Se lo llevaba la ilustre Seramunda, como un brocado más para su colección soberbia. Lo perdía con los ojos en blanco, como un unicornio cautivo, con palabras incoherentes y gestos bruscos y dulces. Y el mundo, impasible, continuaba su marcha monótona. Me escandalizaba, me ofendía, me transformaba en un hinchado basilisco, la frialdad neutral del mundo insensible. Balaban las ovejas, gruñían los cerdos, cacareaban las gallinas, reñían los pájaros, chirriaba el carro, el vigía no paraba de cantar... Brandan estaría orando y Fadet hachando leña y los gatos del eremita dormirían en el calor de la mañana... Ventadorn (que después fue monje) estaría escribiendo que el amor no puede ser vencido, si no es un amor vulgar; Peire Vidal (que después aspiraría a ser emperador de Constantinopla) estaría escribiendo que sólo Amor pone fin a las penas; Folquet de Marsella (que sería santo después), estaría escribiendo... Guilhem de Cabestanh (que después sería asesinado) estaría llorando y escribiendo... y en torno de los poetas habría una cadencia de cuerdas y de tamboriles... Y el rey de Inglaterra estaría preparando sus fiestas de Beaucaire, atareado entre el canciller y el senescal... El pequeño rey leproso de Jerusalén estaría meditando acerca de su condición terrible de amo y esclavo... El mundo continuaba su marcha, saciado, escéptico... Y Seramunda suspiraba y se acomodaba el rugoso ropaje y se secaba las rociadas mejillas, sobre las cuales el pelo negro de Aiol goteaba su lluvia tierna. ¡Cómo se besaban! ¡Cómo se estrujaban y perseguían! ¡Qué rabia!

A tales límites alcanzó mi ansiedad rabiosa, que estallé en un tremendo grito. Mi grito venerado y temido, el grito de Melusina que se reservaba para anunciar, desde el castillo que yo misma construí piedra a piedra, las muertes de mi linaje, resonó por excepción fuera de Lusignan. Estatutariamente, no me correspondía lanzarlo. Se trata

de algo exclusivo que, como se sabe, era objeto de una economía prudente y sólo se empleaba en las mencionadas oportunidades, lo cual afianzó la originalidad de su prestigio de grito extraordinario, porque si yo me hubiera puesto a gritar con cualquier motivo, por mucho que me interesase, desvirtuando así la eficacia que derivaba de su clamorosa rareza y que exigía la presencia de la Muerte en las filas de mi estirpe, me hubiese conducido tan estúpidamente como Roldan, si éste hubiera hecho sonar su cuerno fuera de la ocasión solemne y teatral de Roncesvalles. Hay que manejar con tino a los privilegios; de lo contrario, víctima de un desdén similar al que sufrió el pastor del cuento del lobo, nadie hubiese acatado a mis eximios estruendos vocales, cada vez que eché al aire, durante siglos, mis quejas fúnebres. Pero esa vez, esa vez insólita, por más esfuerzos que hice y por más que me hundí en la boca el puño, no logré retenerme, y mi bramido escapó, más recio que el fragor que podían crear, juntos, diez arietes de hierro batiendo contra las puertas de hierro de una ciudadela y arrojando sus ecos a retumbar por criptas y túneles. Castel-Roussillon se conmovió hasta sus cimientos. Vibraron los espesos muros; gimieron los arcos; se quebraron algunos vidrios; sacudióse, como un agujoneado monstruo, el edificio, y yo, en medio de la amargura que me conmovía, tuve por lo menos el alivio orgulloso de comprobar la pujanza de mis pulmones de hada saludable, pues con esa estentórea conmoción escapó hacia las nubes la zozobra que me oprimía. Yo me fui detrás, volando, ya que, puesto en marcha el mecanismo melusino, no había más remedio que realizar todas sus maniobras, de suerte que me zambullí por la ventana y di tres vueltas, volando, a los parapetos, protegiendo con la izquierda mis anteojos de berilo y dirigiendo sin querer las modulaciones de mi atroz baladro con el peine de oro que en la derecha retenía y con el que subrayaba el compás, como si fuese una batuta. Detrás se esfumaba el grupo licencioso del muchacho desnudo y la dama semivestida, mas antes de que a mi vista desaparecieran, tuve tiempo de ver al terror pintado en sus dos rostros — ¡también en el de Aiol, mi adorado! — y de ver a Seramunda que recogía velozmente sus piezas de brocado amarillo y de orifrés y, desmelenada, horrorizada, flotando detrás las piezas de lienzo como sendas banderolas beligeras, huía por los pórticos y las galenas abiertas (como si la hubiesen derrotado a ella, que en verdad había logrado tan envidiable victoria), de modo que se diría que la acosaba un diablo.

Andaba yo por las alturas y desde ellas distinguí a Aymé y sus cazadores. No estaban, como calculábamos, entre la broza de un bosque, acechando a una presa, sino de regreso en el patio del castillo, donde desmontaban y cargaban a uno de ellos, que bajó torpemente de su caballo. Con rápido aleteo descendí y comprobé que el herido era Ozil de Lusignan. Luego me notifiqué de las circunstancias de su daño, que no revestía gravedad: una costalada, debida a un respingo de su corcel, al que asustó una víbora o quizás una presencia más misteriosa (pues de todo había en las florestas de Francia y es probable que lo haya ahora también), le había afectado la parte de la pierna lesionada por la lanza de su primo Godofredo, ocasionándole dolores tan agudos que el castellano decidió el inmediato regreso a su residencia. Varios escuderos, pues, levantaron a Ozil y lo trasladaron escaleras arriba. Aymé no se detuvo a acompañarlos. Había oído, como los demás, mi grito ensordecedor y, pensando tal vez que en su castillo había reventado una maquinaria infernal, colocada por sus enemigos, trepó a zancadas hacia los aposentos centrales del torreón. De camino, inquiría a los aturrullados domésticos por el sitio de la hecatombe y éstos le iban indicando, uno tras otro, la habitación de Ozil. En ella desembocó, firme la espada en el puño, echando llamas sus ojos negrísimo, llameantes también sus barbas renegras, y en lugar del demoníaco armatoste causante del fragor, no halló más que a un muchacho, a un paje desnudo, que yacía, distendidos en aspa brazos y piernas, junto a la chimenea apagada. Ahora empezará a entender quien me lee por qué dije, al esbozar el retrato de Aymé de Castel-Roussillon, que el castellano era un hombre curioso y más curioso



de lo que á primera vista parecía, pues su singularidad se puso de manifiesto por la extraña forma en que actuó ante el espectáculo que se le ofrecía con tan indefensa espontaneidad. Acaso había deducido de la inmovilidad del joven y sus cerrados ojos, que éste había sido víctima del enigmático cataclismo y que estaría desmayado o descalabrado o muerto: la cosa es que prorrumpió en unos débiles ayes de dolor y que, de rodillas a la vera del doncel, se puso a friccionarle, a abrazarlo, a besarlo y a acunarlo, como si se tratase de un niño muy querido, talante que no correspondía en absoluto ni a la reputada virulencia de su idiosincrasia, ni al carácter de las relaciones que debían mediar entre el amo guerrero del castillo y uno de sus numerosísimos pajes, por más hijo que fuese de un amigo, perteneciente a su misma condición intrépida. En breve no fui yo, que absorta la contemplaba, el único testigo de la dislocada escena. La ilustre Seramunda, dueña ya de su calma y atribulada por la suerte que, en medio de la tormenta incomprensible, habría corrido su novicio amante, volvió sobre sus pasos y, como los delincuentes, tornó a respirar la atmósfera de su crimen. Al lado de Aiol, impedido por el bochorno y la perplejidad de percatarse de lo que el episodio entrañaba de oscuro, descubrió a su no menos ilustre marido, que se entregaba a los transportes del desaliento. Los esposos se miraron un segundo en el fondo de los ojos (el aspecto de Seramunda era tan equívoco como el de su cónyuge) y en seguida recuperaron la compostura y hablaron a un tiempo, a borbotones, mezclando noticias tan diversas como la herida de Ozil; las ropas que la dama mandaría cortar para el doncel, a fin de que fuese digno escudero de su padre, en las fiestas del rey de Inglaterra; el bárbaro estruendo indescifrable que había zamarreado a los bastiones, y la ansiedad que ambos sentían ante el desastre que podía haber terminado con la vida de Aiol, un mozuelo tan bueno, tan fino, tan notablemente dotado para las armas y para la cortesía, el cual, para felicidad de los señores de Castel-Roussillon, daba muestras de reaccionar de modo muy favorable y, soltándose de los brazos de Aymé, sólo aspiraba a vestirse con nerviosa premura. Mientras continuaban parlotando y repitiendo las conocidas informaciones, era evidente que una y otro no pensaban en lo que, como dos papagayos, declamaban, sino en asuntos hartos más complejos y sutiles, pero, como antes expresé, ya habían recobrado su respectivo dominio y poseían demasiada experiencia del mundo para no salvar el embarazo de la turbia situación así que el castellano ofreció su diestra a la castellana, ésta apoyó los dedos en la pilosa mano de su consorte y, como si Aiol no existiese, juntos salieron de la cámara, conversando ceremoniosamente sobre el extraño fenómeno que había conmovido al castel.

Aiol concluyó de vestirse y se fue a trabajar en la armería. Yo quedé sola, dedicada a detallar en la memoria el peregrino suceso. No dispuse de tiempo, en los tres días siguientes, para recoger más indicios vinculados con la aventura: el castillo entero, pasada la zozobra que provocaron mis gritos y que aquellos medioevales imputaron, con un acierto del que son incapaces nuestros contemporáneos de hoy, a la magia, se entregó a la tarea de finiquitar los vastos preparativos concernientes al viaje, comparados con el cual, los señoriales histerismos y las locuras de un hada perdían trascendencia. Y a Beaucaire nos encaminamos, con la pompa que desplegaban los caballeros indomables y las damas altivas, cuando acudían a besar las manos de los reyes.

Seramunda sabía viajar. Ya entonces, ya en el siglo XII —y con eso demostraba, una vez más, qué moderna era, qué deseosa de no parecer convencional, ni sujeta a la vejez de los hábitos—, tenía conciencia de la importancia que, para afirmar frívolamente (circunstancia que le interesaba por encima del resto) el prestigio de alguien, invisten ciertos detalles exteriores, los cuales cobran especial significación en la calidad de los equipajes, ambulante índice y resumen del refinamiento de su

propietario. Viajaba con una magnificencia que no excluía a lo pintoresco y que informaba, a lo largo de la ruta, de la calidad del excursionista. Su comitiva, que avanzaba por valles y montes, que vadeaba ríos y pernoctaba en los castillos, en ciudades y al aire libre, se anunciaba con el tumulto de las trompas, los cantos de los troveros, los brincos de los juglares, las voces de los cazadores, las risas de las damas y el triquitraque y cascabeleo de los arneses, de manera que mucho antes de avistar a Beaucaire, para nosotros habían comenzado las fiestas.

Iba ella en una hacanea blanca, rutilantes las riendas de oro, trémulo el velo con el cual se protegía del sol y que sostenían las peinetas de marfil. Su ropaje violeta y rosa, hecho con un precioso género de aquellos que de Oriente traían a las ferias de Troyes, de Provins y de ese mismo Beaucaire hacia el cual se dirigían, colgaba a un lado de la montura y casi barría el suelo con la maravilla de sus bordados y de sus piedras multicolores. Alrededor, trotaban las jacas de sus doncellas, cuyo incesante gorjeo rivalizaba con el de los gárrulos pájaros de los cuales su capricho no había querido separarse, y que se balanceaban sobre el lomo de varias muías, dentro de jaulas de plata y de mimbre que imitaban la traza de las mezquitas, con cúpulas y alminares. La rodeaban también sus huéspedes trovadores, Cabestanh, Ventadorn, Vidal y Folquet de Marsella, que templaban los instrumentos de fantásticas hechuras y descubrían doquier motivos para rivalizar en metáforas y rimas. Y detrás se alineaban los sonoros caballeros cubiertos de metal, como pequeños dragones, alzando los escudos que balbuceaban el lenguaje poético de la heráldica, con Aymé y Ozil a la cabeza, deslumbrantes, escoltados por numerosos escuderos muy jóvenes, entre los cuales descollaba la elegancia de Aiol, que vestía su nuevo ropón jironado de brocado amarillo, sus estrechas calzas azules y sus borceguíes de exageradas puntas, y empinaba, sobre el cañaverl de las lanzas y picas, la gloria del cuerno de unicornio. Y todavía me falta enumerar los lentos carros que transportaban, en arcas de esculpida madera, tocados, lienzos y joyas, y los que conducían a los enrollados tapices que servirían para armar las tiendas; los grupos de halconeros, que a veces se alejaban al galope y soltaban la furia de sus aves de presa; y los perros de caza, que tironeaban de las traillas o corrían entre las patas de los caballos, grises, negros o moteados como tigres; y los jabalíes y ciervos recién cobrados, que se ensartaban en varas de hierro como en asadores gigantes, y que mocetones robustos, turnándose, llevaban, como trofeos sangrientos, suspendidos de hombro a hombro; y las cestas que rebosaban de frutas y verduras; y monjes listos a confesar y a perdonar; y hombres de guerra de la fortaleza de Castel-Roussillon, que cruzaban a la espalda los arcos y los carcajes, listos también a repeler las agresiones, las cuales, en ese caso, no partirían del demonio sino de los humanos hostiles; y esclavos árabes, nietos de los que el abuelo de Aymé ganara en España, cuando allí luchó en el sitio de Balbastro; y me falta incluirme a mí misma, que revoloteaba encima del séquito, y un momento me detenía a escuchar a Guilhem de Cabestanh, que había puesto su corcel a la par del de Seramunda y que, abierto en las palmas un miniado libro, le leía la historia de la peregrinación de Carlomagno, en cuyo relato Olivero se jacta de las proezas amorias que cumplirá con la hija del emperador de Grecia; o a escuchar a Ozil, quien explicaba al castellano las torturas de la prisión de Alepo, que Reinaldo de Chátillon (ese Reinaldo por cuya culpa él no había podido ser príncipe de Antioquía, en vez de un caballero errante) continuaba sufriendo; o a ver, en la mente de Aiol, desperezarse la sensual imagen de Seramunda. Pero esto último me irritaba tanto, que pronto huía hacia la altura, entre los encolerizados halcones, y desde allí apreciaba la marcha del cortejo diminuto, que era como un fabuloso animal ondulante, mitad serpiente y mitad erizo, todo asaeteado de pendones, y al regresar de las nubes me estiraba en el carro de los tapices y me dejaba mecer por el tranco de los bueyes, hasta que, ahuyentando a la tristeza, me dormía. En breve nos parábamos, pues no recorríamos diariamente más de cinco o

seis leguas de pésimos caminos, y entonces me despertaba el perfume del jengibre, el áloe, la canela, el azafrán, el cardamono y el ajo, aderezados en los guisos, y mi buen humor renacía al observar el frenesí con que Aiol hincaba los dientes en la pechuga de una garza o de una cigüeña. Sacaban panderos y violas, y los trovadores lidiaban en cantar, como si añadieran dulces al agreste festín. Y mi júbilo medioeval ante tantos rostros sanamente congestionados, tantas estivales erupciones digestivas, tantas aflojadas cinturas y tantos labios que encendía el barniz de la grasa, sólo cedía en instantes en que la ilustre Seramunda, con un mohín, invitaba a Aiol a tenderse a sus pies.

Ozil no podía haber dejado de percatarse del cambio de la situación. Sin embargo lo disimulaba. Quizás, en su fuero íntimo, luego de la batalla reñida entre su masculina vanidad y sus sentimientos de padre, habían triunfado estos últimos (puesto que Seramunda no significaba, dentro de la variedad de su existencia, sino una distracción más, lisonjera para su gastada madurez y sus económicas penurias), y le halagaba la práctica idea de que su hijo completara, junto a una especialista tan experta, la educación que requiere un muchacho aspirante a abrirse rumbo en la vida, y que había tenido por sucesivos maestros de distintas materias, a Pons, a Ithier, al ermitaño Brandan, a Aymé de Castel-Roussillon, a él mismo, y ahora —con lo cual culminaba el monumento arduo y exquisito— a una dama que extendía los artificios de la literatura, como Ozil sabía muy bien, hasta la recreativa tibieza de su lecho. En cuanto a Aymé, también había reparado —sólo un ciego no lo hubiera advertido— en las artimañas de su inflamada cónyuge, y si no les puso coto en seguida, supongo que ello se debió a la eventualidad de tener que arrojarlos a Ozil y al paje de su compañía, alternativa que se negaba a encarar. Con fútiles pretextos, llamaba a Aiol a su lado, durante las treguas de la marcha. Lo tomaba de un brazo y daban unos pasos juntos, hablando el castellano, silencioso el joven, bajo las miradas airadamente irónicas de Seramunda y las harto sorprendidas del esforzado Ozil, que asistía al desarrollo de esa rivalidad patente sin resolverse a captar la esencia de su motivo. El único (fuera de mí, como es natural) que en verdad se atormentaba a causa de las intrigas que insinuó y en las que Eros y Venus resultaban tironeados por manos velludas y por manos tersas —pues ni Seramunda, ni Aymé, ni Ozil, que contaban con otras compensaciones, se afligían demasiado por el cariz que iban tomando los acontecimientos— era el ingenuo Guilhem de Cabestanh, que se sentía despojado de un bien al que conceptuaba propio, aunque lo cierto es que su relación con Seramunda nunca había ido más allá de las fronteras corteses que trazan el verso y el suspiro. Aislado, paseaba entre los pabellones, los carros y los fuegos, su inútil belleza. Alguna vez, sin poder resistir ya a la desesperación que lo ahogaba, se internaba en los bosques cuyo abrigo aprovechábamos para hacer alto, después de que los monjes habían salmodiado las Vísperas, y lo oíamos gritar hasta desgañitarse. Al principio, Aymé envió a gente de su escolta, para averiguar qué le sucedía, y si había topado con el horror de una cabalgata de espectros, o con un hombre-lobo, o un endriago, o esa terrible Galipote que se aferraba con garras al cuello de los viajeros distraídos y los despedazaba, pero los soldados reiteraban la noticia de que el poeta estaba llorando como de costumbre y arrancándose los cabellos y gimiendo como una Melusina (fueron sus exactas palabras estúpidas: como una Melusina... ¡qué pobre noción tenían de mis fuerzas vocales, a pesar de la experiencia de Castel-Roussillon!), por lo que decidieron dejar que se desahogara solo, atribuyendo ese doloroso ulular a exigencias de la lírica creación, la cual invariablemente desconcierta y asume envolturas insanas para los profanos. Tarde, Guilhem regresaba a nuestro campamento, los ojos carmesíes y desordenado el pelo, y Seramunda, al tanto, como los demás de su larga comitiva, de los extravíos del trovador, despedía a Aiol; reclamaba en su tienda, a la que los jaulones de infrecuentes aves transformaban en una pajarera enorme, la presencia de Cabestanh;

le murmuraba al oído, durante horas, unas palabras quedas, deslizándole por las guedejas rebeldes su peine hábil, con lo que el bardo se serenaba y concluían por reír, por comer uvas y manzanas y por enfrascarse en una de las interminables controversias literarias que tanto agradaban a Guilhem, dado que Seramunda nunca dejaba de asegurarle que su obra era muy superior a la de Peire Vidal y a la de Folquet de Marsella. Lo que jamás le dijo, ni aún en las ocasiones más tiernas, es que prefería sus versos a los de Bernardo de Ventadorn, a quien colocaba en el trono de los trovadores, ya que la señora consideraba que si con algo no debía transigir era con lo pertinente a su responsabilidad de crítica de las bellas letras, que juzgaba infalible y más importante que cualquier indulgencia amorosa.

¿Y Aiol? Aiol guardaba en su cabeza un delicioso y exasperante torbellino, sólo visible para mí, que atravesaban, como las brasas de un incendio, las figuras de Seramunda y de Aymé. Ya no pensaba en Azelaís ni en sus compañeros de la carreta. Nuevos personajes alimentaban la fragua de su imaginación asombrada, con imprevistas sugerencias. Al comienzo, su confusión lo arrastraba a indefinibles inquietudes, en las que la noción de culpa y de pecado, surgidas de su sangre de descendiente del iluminado Barthélemy de la Santa Lanza y de su condición de alumno del santo Brandan, lo amenazaban con atroces condenas, centradas en la alegoría de la Boca del Infierno de las Vírgenes Locas, pero, con el andar del tiempo, la noción del bien y del mal y de sus exactos límites se fue tornando para él más borrosa, y como quienes lo convidaban a internarse en oscuros senderos que prometían, por lo demás, la gratificación de las sensaciones desconocidas, eran los estrechos amigos de su padre, que seguía siendo, para él, el modelo soberano, sus remordimientos se adormecían. No se le ocurría que con sus flaquezas traicionaba a Ozil y se enderezaba a traicionar a Seramunda. El engaño del clima cortesano lo perturbaba. Su niñez anormal de bastardo de un ausente caballero galanteador y de una prostituta, carecía de sólidas bases. Le faltaba el religioso trasfondo, ya que los canónigos que continuamente aparecían en la posada de su madre, lo hacían por razones financieras, para concertar con su padraastro el presupuesto de los trabajos de Santa María la Grande —lo cual personificaba, en la eclesiástica jerarquía, un símbolo más material que espiritual—; y la piedad inflexible del austero Pons, nada seductora, rechazaba más que atraía, inseparable como era, para el embarullado instinto aristocrático de Aiol, de la idea de que ese acatamiento brotaba del pánico villano frente a la nobleza imperiosa del rigor divino, mientras que Berta le había inculcado principios opuestos, en los que el temor de Dios iba unido, por la ex meretriz, a reflexiones fundadas en la misericordia celeste y en la tiranía de la carne, que encerraban atenuantes desquiciadores. Como era un muchacho de la Edad Media, la vislumbre de Dios no se apartaba del secreto de su mente, pero las circunstancias le quitaban fuerza categórica, y sólo de tarde en tarde, cuando la auténtica verdad, adormecida por los compromisos del trato mundano y por las causas esenciales que apunto, reaparecía (como había sucedido en la época de su convivencia feliz con el ermitaño Brandan), Aiol se sumía en perplejidades y angustias que por ahora no se prolongaban demasiado. Durante todo el período de su trato intenso con los de Castel-Roussillon, el paje anduvo como aturdido, como aprendiéndose, al par que aprendía a andar entre sus contemporáneos, por un camino cubierto de trampas. Yo quería socorrerlo, pero aunque hubiese logrado comunicarme cabalmente con él, no se me escapa la certeza de que, solicitada a mi vez por intereses contrarios a la contemplativa abnegación, tampoco yo hubiera significado para él un apoyo que lo hubiera restituido al buen derrotero. Tuve que resignarme, con impotente enfado, a verlo hundirse en una ciénaga sobre la cual flotaban, como tóxicas flores, los atributos físicos de la agraciada Seramunda y los sofismas alarmantes de Aymé —quien poseía cierto don retórico poco común en los señores de entonces, adiestrado para sus fines en las malsanas sugerencias del medio de su frívola esposa,

en el que las prerrogativas del amor complejo, al que se encaraba como un juego enredoso, prevalecían sobre cualquier concepto más profundo—; tuve que resignarme a regañadientes, con la esperanza de que el tiempo y su sazón, al devolverlo a la norma cristiana, me lo devolverían también a mí, de un modo misterioso, pues a la postre, las hadas no tienen mucho que ver con el Cristianismo, por más respetuosa y observante de él que yo sea. Pero ¿a qué devolución me refiero, si nada de Aiol poseía ni había poseído? ¡Ay, Melusina, hija de la fantasía, cómo te dejas llevar tú también, por la industria de las tretas literarias! Pongamos punto a estas tristes divagaciones y atengámonos a la estricta realidad.

Costeando el golfo del León, estuvimos en Perpiñán y en Narbona y luego ascendimos hasta Arles, donde supimos, lo cual destruyó bastantes ilusiones, que ni el rey de Inglaterra ni el rey de Aragón asistirían a los festejos, pero la noticia de que el conde de Tolosa había llegado ya a Beaucaire, con multitud de señores magníficos, incitó a Aymé y a Seramunda a acelerar la marcha. Se citaban nombres famosos —la condesa de Urgel, Raimundo de Agoust, Guillermo Gros de Martel, Beltrán Rimbault, Ramnous Venons—, entre los presentes. Eran famosos por la extravagancia de su prodigalidad y por la exquisitez con que aplicaban las reglas de la cortesía más elegante, y Seramunda, que los conocía a todos, pues habían sido sus huéspedes o había frecuentado sus castillos, se relamía ante la perspectiva de los encuentros. La última parte del viaje se dedicó, pues, a organizar la entrada en Beaucaire, que se deseaba fuese lo más encandilante posible, y a analizar cizañeramente los motivos que habrían inducido a los reyes a no concurrir a la cita, aunque la dama se percató presto de que no convenía extremar la nota murmuradora, ni menos quejarse del supuesto desaire de los soberanos, pues si personajes tan a la moda como los que arriba mencioné parecían haber comprendido y excusado la actitud de los ausentes, no cuadraba a su refinamiento insistir en las lamentaciones mordaces que corromperían su propio prestigio, asimilándola a una rústica cuya cándida felicidad se cifra en acercarse a los príncipes. No: lo que correspondía (y Seramunda, tan perita en estas cuestiones protocolares, lo vio con acierto) era dar la impresión de que, por el solo hecho de concurrir ella, su marido y algunos próceres de igual calidad, a la entrevista de Beaucaire, el largo viaje se justificaba, pues ellos y únicamente ellos daban tono a las reuniones, quedando para los soberanos el desempeño de papeles políticos que no incidían en absoluto sobre el éxito mayor o menor de las señoriles convocatorias. Explícase así que el propósito fundamental del convite de Enrique II, que consistía en allanar las diferencias entre Raimundo de Tolosa y Alfonso de Aragón, pasara a segundo plano —tanto que ni siquiera se lo mentó, en el curso de las reuniones—, y que todo se resolviera en los decorativos espectáculos y las conversaciones brillantes que, por encima de lo demás, encantaban al orgullo y al snobismo de la castellana.

Tierra de los condes de Tolosa, entregada en feudo a los vizcondes narboneses, perdida en manos del conde de Barcelona y recuperada luego, Beaucaire, la antigua Bellum Cadrum, la más antigua Argentia, tan deseada y disputada, nos acogió con sus tres iglesias dependientes de la abadía de la Chaise-Dieu: Santa Pascua, Nuestra Señora y San Nazario, y con una de esas excepcionales ferias que, por el puente que une Beaucaire a Tarascón, hacían desfilar, en caravanas interminables, a la flor de los productos exóticos venidos de España y de los países de la Biblia. Entre ellos evolucionamos a nuestra vez, con trompas, con estandartes, con pajareras, con caballos y carros, vestido cada uno con sus mejores galas y olvidadas por el momento las zozobras íntimas que agitaban a nuestra gente, pues las preocupaciones giraban ahora hacia temas tan distintos como el de sobrepujar en pompa a las comitivas que nos habían precedido y el de conseguir que los trovadores notables que nos acompañaban no desertaran, arrimándose al calor más propicio del agosto señor

tolosano. Esto último no se produjo de acuerdo con las aspiraciones de Seramunda; Ventadorn y Peire Vidal, viejos palaciegos de Raimundo V, nos abandonaron, mas la castellana, quizás porque presentía esa deserción o porque estaba decidida a no tolerar que nada enturbiase el esmalte superficial de sus laureles, optó con sonriente astucia por afirmar que la mudanza estaba concertada de antemano y que a ella le bastaba con Folquet de Marsella y con Guilhem de Cabestanh para sentirse bien atendida.

Los de Castel-Roussillon se distribuyeron, de acuerdo con lo convenido, en improvisadas residencias, dentro y fuera del castillo, y se plantaron tiendas para albergar a la tropa. Luego empezaron las visitas y el intercambio de sutilezas que brindaba a Seramunda las ocasiones de resaltar. Por más que —y el lector está al tanto de ello— nunca la miré con buenos ojos, debo admitir que se condujo estupendamente. Necesitaba esos triunfos de su coquetería intelectual para disminuir la intensidad del agravio que, quisiera o no, le había inferido la apostasía de Ventadorn y de Vidal, y para disfrazar también la avaricia de su consorte quien, en medio del despilfarro de los señores congregados en Beaucaire, más parecía pertenecer a la pasada generación de los castellanos guardianes de tesoros, que a la actual, que consideraba a la liberalidad extremada como una de las manifestaciones excelsas del espíritu de la Caballería.

En aquella oportunidad, el derroche sobrepasó a lo imaginable. La condesa de Urgel ofreció para las fiestas una corona cuyo precio se estimaba en cuarenta mil sueldos de oro. El conde de Tolosa obsequió a Raimundo de Agoust cien mil áureas monedas, y éste, para que no desmereciera su fausto, las distribuyó entre diez mil caballeros. Guillermo Gros de Martel, azuzado en la exorbitancia, invitó a trescientos caballeros —entre los cuales se hallaban Ozil y Aymé— a una comida que fue cocinada exclusivamente utilizando las llamas de hachones de cera, de precio enorme. Beltrán Raimbault exageró la dilapidación hasta mandar que roturaran un predio vecino del castillo y sembraran en él treinta mil sueldos de oro. E oro manaba doquier, como si se hubieran abierto fuentes metálicas en las almenas. Pero quien llevó el exuberante desperdicio al colmo, fue Ramnous Venons, que una mañana, ante la asamblea de los nobles, hizo encender una inmensa hoguera, sobre cuyos leños habían amarrado treinta caballos magníficos. Si se calcula que un buen caballo costaba a la sazón tanto como tres mil gallinas, se medirá la locura de su gesto. Además se apreciará con él lo que las teatrales ostentaciones de entonces recelaban de barbarie. Seramunda, la condesa de Urgel y las restantes damas, rodeadas por sus cortes de trovadores, de pajes y de doncellas, presenciaron el espectáculo digno del boato destructor de Sardanápalo, sin que la piedad más leve las agitara. Reían, bebían refrescos, se acomodaban los rebozos —finos, señaló Ozil, como los que los galanes de Egipto usaban en la confección de sus turbantes— y entre tanto los soberbios palafrenes, convertidos en atroces antorchas, se encabritaban, coceaban, tironeaban de las cadenas que los retenían y hacían retemblar el aire con sus relinchos espantados. La gente del siglo XII tenía nociones —en lo que a la crueldad concierne— muy diversas de las actuales. Así como a nuestros contemporáneos de hoy les horrorizará lo que acabo de referir, y las mujeres (y los hombres) que me leen no hubieran podido asistir a la tortura que describo, sin protestar, sin desmayarse o sin huir asqueados y espeluznados, a los individuos de la Edad Media, que soportaban esa execrable vileza indiferentemente, los hubieran aterrado hasta lo insufrible muchas ferocidades a las que nos ha habituado la guerra de nuestros días y que los corresponsales periodísticos enumeran con fría naturalidad. La brutal apatía del siglo XII asumió rasgos desalmados porque era infantil; ellos estaban más cerca de la fiereza de los salvajes, pero lo cierto es que toda época posee su manera de rendir culto a un salvajismo del que la

humanidad no consigue o no quiere desasirse, y que obra sobre ella como un demoníaco estimulante, que la sacude y excita. A mí no me gustó, en principio, la fechoría suntuosa de Ramnous Venons, aunque en ella sólo valoré, como Seramunda y los demás, lo que implicaba de lujoso malgastar. Hoy hubiera pensado de otro modo. Y como la idea de despilfarro estaba ligada a la del desarrollo fúlgido de las fiestas de Beaucaire, el brasero de Ramnous fue considerado como una prueba de regio desprendimiento, como un homenaje grandilocuente, por el público apiñado en torno de la monstruosa fogata, cuyo hedor nos obligaba a taparnos con gráciles remilgos las narices, y los que habían sembrado oro en los surcos o habían consumido una fortuna en cera, se mordieron los labios: a sus diversiones les faltó el toque de trágica aparatosidad munífica que había introducido en la suya la inventiva de Venons. Por eso, durante los torneos, Ramnous Venons fue quien recibió más golpes —no para castigarlo por su abominable hoguera, sino para dar escape al resentimiento que había suscitado su ocurrencia manilarga— y no lo mataron por milagro. Seramunda conciliaba las cotidianas idas a las funciones sobrecogedoras y la preponderancia en los festines y en las palestras de la malicia, donde, como siempre, se destilaba el tema del amor, con la práctica eficaz de los apasionados ejercicios, para la cual contaba con la colaboración inagotable de los quince años de Aiol. Aymé, por su parte, asediaba al jovenzuelo con pequeños regalos. Ozil carecía de tiempo para ocuparse de los amos de Castel-Roussillon y de su hijo pues, solicitado por profesionales exigencias, intervenía en las justas de las cuales casi nunca salía malparado y en las que le ganó un caballo a ese Venons que se desprendía de ellos con tan flamígera facilidad. A pesar de su vigor adolescente, a las claras se echaba de ver que Aiol no perdía ocasión para eludir las asiduidades de los esposos, sea acompañando a su padre en las lides, como paje escudero, o internándose en el bullicio de la feria, que multiplicaba su fantasía de continuo. Folquet de Marsella, hombre tranquilo, solía meterse con él, por plazas y soportales, por atrios y callejas, a huronear en los cobertizos, revolver armas, géneros, cristales, espejos, sortijas y lámparas y a escuchar a los juglares que repetían las conmovedoras historias eternas. Yo los seguía, ahita también de Seramunda y de Aymé, de la condesa de Urgel, de Ramnous y de Agoust, que al fin y al cabo sólo pensaban en lo mismo.

Una tarde nos detuvimos frente a un grupo que rodeaba a un saltimbanqui dedicado a imitar el canto de las aves, el bramido del toro, la discutible dicción del elefante y los rebuznos del asno. Lo hacía con tanta destreza que las monedas rebotaban sobre el pandero que un mocito hacía circular entre los curiosos. Era el charlatán un personaje alto y magro, embadurnado de negro como un infiel, con unas barbas postizas que se le derramaban hacia la andrajosa cintura. Nos alejábamos, atraídos por una exhibición de perros amaestrados, cuando algo, en la facha del que así remedaba a las bestias — y a quien veíamos de lejos, encaramado en una carretilla— llamó la atención de Aiol de Lusignan, por lo que el trovador y él cambiaron de rumbo y se deslizaron dentro del racimo de bobalicones. A poco, el paje y yo reconocimos al pícaro y quedamos atónitos, hasta tal punto que Folquet, amablemente, opinó que el trabajo del imitador le parecía notable, pero que a su juicio no guardaba proporción con el pasmo de su joven amigo. A mil leguas se hallaba él de imaginar lo que Aiol y yo ya sabíamos, o sea que aquél enmascarado parodista no era otro que Ithier, y que el mozo que lo secundaba servía de disfraz a la bella Azelaís. Momentos después, el émulo zoológico y su ayudante habían caído en brazos del muchacho, lo que redobló el alejamiento de los espectadores, ya que Aiol, que lucía sus ropas de brocado de seda, denunciaba en el porte a un doncel de una casa muy principal.

Si bien a Ithier lo ruborizó bajo el tizne la enojosa circunstancia de trabar conocimiento con un poeta célebre como Folquet de Marsella, en condiciones tan mezquinas y

ridículas, transformado, para distraer a la feria, en un bufón turco, la alegría que los hermanos y el juglar experimentaron al volver a encontrarse después de separación tan larga, presto desvaneció su despecho. No se cansaban de mirarse, de preguntar. Aiol mereció los encomios entusiastas de Ithier y los más mesurados y cautelosos de Azelaís, y esta última se enteró de que su propia hermosura —corrió confirmó Folquet— podía más que las desventajas del atuendo masculino. La verdad es que el tiempo transcurrido la había modelado y depurado, y que su gallardía, evidenciada en la perfección de sus ojos rasgados, en el diseño sensual de su boca, en la cascada de pelo cobrizo que bajo el bonete asomaba y en la torneada flexibilidad de su cuerpo, superaba a la de cuantas mujeres había visto yo en la andariega corte de Raimundo V de Tolosa, y que comparada con ella, la ilustre Seramunda, que la aventajaba en unos diez años, resultaba de súbito vieja, o por lo menos prematuramente marchita. Mis celos se encendieron con inútil llama. Aiol y Azelaís se habían recuperado y caminaban juntos, enlazadas las cinturas, como dos pajes adolescentes muy semejantes y muy opuestos. Ithier y Folquet iban detrás, apartando a los fisgoneadores que se empeñaban en seguirlos y en informarse de las razones de tan rara relación, hasta que un titiritero, que en las cercanías reclamaba al público con el anuncio de sus prodigios, distrajo a los indiscretos y quedamos solos.

Prodújose entonces el ansiado cambiar de noticias, el narrar de las aventuras de Ozil y Aiol: el duelo con Godofredo, la ermita de Brandan, los socorros de Fadet, la hospitalidad de Seramunda. Calló el muchacho lo concerniente a sus vínculos con la dama y a los intentos que hasta entonces no pasaban de dialécticas escaramuzas, del castellano, ante cuyas pretensiones definitivas el muchacho porfiaba todavía en cerrar los ojos, aparentando no entender lo demasiado claro. Los sentimientos que a Azelaís lo unían y singularmente los que en ella despertaba él y que, si bien tampoco habían transgredido el límite detrás del cual tascaba el freno el enardecido Aymé, no podía ignorar el paje de los ojos extraños, tornaron a afirmarse en la actitud solícita, soñadora, mohina o exaltada, de su hermana. Azelaís le contó, a su vez, que no bien Aiol y su padre habían partido de Poitiers, Berta había sacado a luz un dolor tremendo, en el que se entremezclaban la pena de haberlo perdido a Pons en tan tonto accidente, la de perder a su hijo y a Ozil, a quien sin duda amaba, y la de ignorar hasta dónde se hundían las raíces, diabólicas en el cuerpo y el alma de Azelaís. Todo ello la había trastornado durante varios días, hasta que, con ayuda de los piadosos canónigos, renació una ficticia bonanza. Los mercachifles que viajaban con los romeros aprovecharon el tumulto para instalarse en la posada y dar cuenta de sus provisiones, y Berta los dejó hacer, lo que certifica, considerando su vigilancia económica, la incongruencia de su ánimo. Cuando escasearon las vituallas y los peregrinos reanudaron su marcha hacia Santiago de Compostela, Berta le anunció a su hija que se iría con ellos, en busca de la remisión de sus pecados, junto a la tumba del apóstol, y que no pensaba volver. Se refugiaría en algún monasterio, donde hallaría, en la disciplina y la oración, una paz cuya probabilidad juzgaba dudosa. Se fue, pues, cubierta la estameña de conchas, el bordón en la diestra y la calabaza al costado, y las mujeres de Poitiers, que la habían perseguido en el mercado con sus murmuraciones, la despidieron entre lágrimas, besándole las manos, y hasta quisieron cortarle trocitos del hábito, como si se tratase de una santa.

—¡Es una santa! —gritaban, arañándose la cabeza y golpeándose el pecho—. ¡Reza por nosotros, Berta!

La permanencia en la zona de Nuestra Señora la Grande, se tornó imposible para Azelaís y para Ithier. Las mujeres rondaban la hostería, de noche, como hienas. Gemían y juraban que la culpable de la partida de Berta, de la santa, inmaculada



Berta, era su hija, la esposa del Diablo. Juraban que la habían visto a la muchacha, en el bosque, adorar a un ídolo y hablar con un sátiro; que juntaba hierbas maléficas; que tenía tratos carnales con su hermano y con el juglar; que el Demonio la poseía siempre, y que sólo quemándola hasta que se mudase en un puñado de cenizas, que rociarían con agua bendecida por el obispo, quedaría libre Poitiers de las amenazas de la bruja. Los clérigos intervinieron, conciliadores, pero las procesiones nocturnas recomenzaban, con cirios, con incensarios, con preces e imprecaciones, en torno del cerrado hostal. Por fin, Ithier y Azelaís se fugaron también, al amparo de las sombras. La doncella clavaba sus uñas en el brazo de Aiol y enumeraba sus penurias. Pero sus ojos estaban secos. Le brillaban los ojos verdes, y no lloraba. Se habían lanzado en pos del caballero y de su vástago, mas se equivocaron y torcieron por el opuesto camino. Interrogaban, interrogaban, y nadie sabía de la armada pareja ambulante. A veces, en un castillo, luego de que Ithier había divertido a los señores con las improvisaciones de su zanfonia, les decían que Ozil y Aiol no andaban lejos, que en el castillo próximo se alojaban, pero sus esperanzas, al avanzar de desilusión en desilusión y de hambre en hambre, habían cedido ante la certidumbre de que el caballero y su paje habían embarcado hacia Jerusalén. Proyectaban dirigirse ellos también a la corte del rey leproso, y recorrían las ferias, recolectando lo que podían para el pasaje. Colmo de males, unos bandidos les habían robado sus ahorros, al salir de Aviñón, y los desgraciados debían considerarse muy felices si en aquel lance no forzaron a la doncella, gracias a que los malvados, ebrios, se caían y quedaban inmóviles, como odres llenos de vino, aferrado en los puños el magro producto de su rapiña.

—Ahora estás aquí, Aiol, y no lo creo.

Y Azelaís lo abrazaba y lo besaba en los labios.

Ithier, mucho más sereno, contribuía a la crónica, mientras se frotaba la cara para quitarse la pintura. No se resignaba a enfrentarse con Folquet de Marsella bajo traza tan desventajosa y deprimente, y aunque era obvio que la verdad pura y triste brotaba de la boca de la niña, el saltimbanqui se devanaba los sesos, a su vez, para ofrecer una versión menos sórdida de los episodios, sobre todo en lo relativo al tratamiento del cual había sido objeto en las etapas zigzagueantes de su viaje, como si nada hubiese tenido importancia y si todo hubiese sido una especie de gran broma, de deporte absurdo, y reiteraba las alusiones a los agasajos imaginarios con que lo habían distinguido, hacía años, en las cortes del rey de Castilla y del rey de Aragón.

De esa suerte llegamos a nuestra residencia de Beaucaire, donde Azelaís e Ithier fueron presentados a Aymé y Seramunda y acogidos afablemente por Ozil. La dama ordenó que les dieran ropas apropiadas, y al otro día retomamos, juntos, la ruta de Castel-Roussillon. Ithier charlaba, de camino, con las aves favoritas de la señora y aseguraba que entendía sus lenguajes, sobre todo el del blanco faisán de Flandes, el del mirlo verde de la Isla de Francia y el del mirlo negro, cuya procedencia de Abisinia le otorgaba un prestigio legendario, estableciendo un nexo de mitología entre ese emplumado extranjero y el séquito de la reina de Saba. El juglar insinuaba su dedo entre los barrotes de plata y de mimbre, y acariciaba los copetes, las alas, las colas. A veces, ganaba un picotazo, pero escondía en la mano el hilo de sangre. Se ponía a silbar y los pájaros doblaban las cabecitas y lo escuchaban, atentos. Luego refería, a quien quisiera oírle, que el rey Alfonso de Castilla, el Emperador, poseía un ruiseñor capaz de cantar la misa entera y que él era quien lo había enseñado, por gratitud a la benevolencia amistosa que le dispensara ese incomparable príncipe.

Debo referir ahora episodios terribles. Cualquiera que haya leído algo sobre las vidas de los trovadores, recordará el caso celeberrimo. Pero esas biografías suelen fundarse en anécdotas apócrifas. La verdad exacta es la que me apresto a referir por primera vez, bastante a disgusto, sin olvidar ninguno de sus detalles truculentos, pues éstos ocuparon un lugar importante dentro de la existencia de Aiol, en un período de su formación psicológica en que las impresiones cavaban hondas huellas. A me todo, debo decir que el sentimiento que privó entonces en Castel-Roussillon, por encima de los demás, y que, como un escondido y cruel mecánico, manejó la compleja maquinaria cuyas delicadas y feroces manecillas provocan la tortura y la muerte, fue uno que conozco muy bien, uno que a menudo me atenaceaba con sus garfios. Me refiero al que se expresa a través de la espiona cautela, la sádica perfidia y el estallido brutal de los celos. Más que el poderoso Aymé, más que la caprichosa Seramunda, los celos ejercían su tiránico imperio, en la época que evoco, sobre las torres y las murallas de Castel Roussillon. Palpitaban alrededor de nosotros, como una enmarañada hiedra viviente que crecía sin cesar y que ahogaba al castillo. Colaboraban para intensificarlos y acentuar su fuerza destructora, la manera, los matices, los convencionalismos que Seramunda había impuesto a cuanto la rodeaba, y que creaban un exterior ficticio, de gracia superficial, en su pequeña corte, una apariencia cuya ligera substancia era también como una planta trepadora que cubría, con sus exquisitas flores perfumadas, a la otra, a la que se adhería a los cimientos del castillo, y que no dejaba ver las espinas implacables, ni respirar las miasmas pestilentes que la hiedra de los celos encerraba en su oscura hojarasca. Por poco que una peligrosa brisa agitase al doble tejido encrespado que aprisionaba al bastión, asomaban las púas y las garras y despertaban las ráfagas nauseabundas. La incorporación de Ithier y de Azelaís al mundo de Castel-Roussillon aguzó las lanzas celosas. Como si no bastaran los celos que Aymé sentía de Seramunda, los que Guilhem de Ca-bestanh sentía de Aiol, los que Ozil —por más que se defendiera de ellos— sentía de vez en vez ante el hijo bisoño que lo había suplantado en el corazón de la castellana, y los que yo, en mi atalaya permanente, nutría sin descanso, fijándolos ya en Seramunda, ya en Aymé, ya en la lejana Azelaís, tuvieron que llegar esta última y el juglar, no como recuerdos, no como imágenes, sino en carne y hueso, a añadir leña seca al crepitar de una fogata cuyas llamaradas iluminaban de súbito, con un inesperado toque rojo, las miradas y las sonrisas, las mímicas, las reverencias y las burlas cortesés que se sucedían, como las figuras armoniosas de un ballet, en las vueltas del juego palatino del amor y de la inteligencia.

A esta altura ingresa en la nómina de los personajes que han ido apareciendo en mis memorias, uno que no es nuevo y es menor, ante el cual no me he detenido todavía, reservándolo para el momento oportuno, pues prospera tanto la cantidad de actores que hemos encontrado en el camino —iy cuántos, cuántos tendré que añadir todavía a la lista, con la ayuda de Dios, modestos y grandes, antes de darle fin!— que prefiero, evitando así confusiones lógicas, no presentarlos, en lo posible, hasta que entran en el escenario. Digo que no es nuevo, porque ya lo había conocido yo, tiempo atrás, cuando comenzamos a participar de la vida íntima de Seramunda. Dicho personaje fue una mujer de unos treinta y cinco años, llamada Yolanz, que había sido hermosa, quizás, antes de los veinte y que apenas conservaba algún rastro de esa belleza, ya que las amarguras que la habían perseguido, durante los tres lustros últimos, los que más contaban en su carrera, habían macerado su rostro y agostado su cuerpo, hasta hacerla parecer mayor y más desabrida de lo que era en realidad. Desempeñaba, junto a Seramunda, el papel de la confidente, de la dama de compañía, de la suivante clásica. Cuando la señora hizo su primera aparición fugaz en las vidas de Ozil y de Aiol, de hinojos sobre un tapiz oriental, en la nave de Nuestra Señora la Grande, el día en que exorcizaron a Azelaís y Seramunda se interesó por el caballero, para lograr cuya

conquista ofreció sus espléndidas arracadas bizantinas al obispo de Poitiers, quien ignoraba, por cierto, la secreta razón de ese opulento regalo, Yolanz estaba al lado de su señora, le sostenía el libro de oraciones, le recogía las mangas abultadas y le alisaba los pliegues del ropaje, cada vez que se los ajaba una genuflexión. En cuanto nos instalamos en el castillo de Aymé, nos enteramos de la preponderancia de su influencia.

Iba por las galerías, haciendo tintinear el pesado manojó de enormes llaves, porque Seramunda, solicitada por otras inquietudes, concedía muy poco tiempo al manejo de su casa, a diferencia de lo habitual entre las castellanas, y prefería descargar sobre ella ese aburrido trabajo. No la querían a Yolanz en Castel-Roussillon. Ejercía su poder riguroso, como si a través de él tratara de liberarse de sus hondos resentimientos. Por lo que deduje de la cháchara de las doncellas —que cuando ella surgía en la cámara de las labores, apagaban el palabreo y hundían las cabezas en las ruelas y en las tramas de los tapices—, su ahincado rencor procedía de su condición de dama noble y pobre, algo pariente de Guilhem de Cabestanh, y del amor que desde la infancia alimentaba sin éxito por su bello y poético primo. Al trasladarse el trovador a la corte de Seramunda, Yolanz lo siguió y pronto ganó la confianza de la señora, hasta tornarse imprescindible. Era, pues, la receptora de sus intrigas y la encubridora de sus infidelidades, función que al principio cumplía con especial placer, puesto que cada una de ellas ponía una barrera más entre Guilhem y Seramunda, para cuyo gusto las seducciones del lírico huésped no pasaban de literarias. Con el tiempo, el permanente rechazo de Cabestanh y la evidencia de que la señora lo absorbía por completo, sin dejar sitio para ninguna otra ilusión, había acentuado la acritud de Yolanz y la había empujado a detestarla más y más, y el amor que le inspiraba su primo terminó por corroerse y envenenarse, a causa del desdén, y por convertirse también en aborrecimiento, de suerte que ahora los odiaba a los dos.

Por entonces se produjo la llegada de Ithier y de Azelaís que, como dije, avivó las brasas de los celos distintos que asfixiaban al castel. Su presencia aceleró los acontecimientos que se precipitaban hacia el abismo.

Ithier se prendó de Yolanz: o, más exactamente, creyó prendarse. Analicémoslo. No bien se acomodaron los recién venidos, el juglar, el susceptible juglar, imaginó que en Castel-Roussillon lo arrinconaban y ultrajaban. Su vanidad requería el aroma de un mínimo sahumero y no lo encontró. Entraba en la cámara de las doncellas y éstas, que al comienzo atendían sus relatos, se echaban a reír, cuando reincidía en la descripción de los halagos de los cuales había sido objeto por parte de los reyes españoles. El bondadoso Folquet de Marsella, con cuya generosidad contaba, partió a reunirse con el conde de Tolosa. Ithier buscó entonces el abrigo de la amistad de Guilhem, su otro colega —por lo menos él lo conceptuaba tal—, pero el trovador estaba demasiado embargado por Seramunda para ocuparse de él ni de nadie. En cuanto a Seramunda, conceptuaba a Ithier como un servidor más, encargado de divertirla en los instantes oportunos. Entonces el hermano de Pons dedujo que Guilhem de Cabestanh lo despreciaba, pues su diversa jerarquía mundana e intelectual lo situaba en planos distantes y, como Yolanz, se dedicó a execrarlo. Esa pasión, a cuyo cultivo consagró los largos ocios de la vida en Castel-Roussillon, y la animosidad nacida de la displicencia de Seramunda, lo acercaron a Yolanz. Sus preocupaciones, aunque brotadas de raíces diferentes, tenían por fin a los mismos personajes insensibles. En el caso de la madura Yolanz, el móvil del encono era el menosprecio de su amor, que implicaba el de su calidad de solterona aristocrática y sin fortuna; en el caso de Ithier, excitaba a su despecho la supuesta desestima de su jerarquía literaria, que prestaba relieves a sus flaquezas de poeta de cuarto orden y de saltimbanqui de

los mercados. Era legítimo que Yolanz atrajera a Ithier. Existían entre ambos lazos invisibles, resultantes de sus situaciones comunes. Pero como Ithier por nada del mundo se hubiera resignado a confesarse que lo que lo aproximaba a la dama era la percepción sutil de una impaciencia y una desilusión semejantes a las suyas, y como era un hombre imaginativo, pronto a desfigurar las circunstancias y a aderezarlas quiméricamente de acuerdo con lo que le convenía, poco tuvo que hacer para persuadirse de que estaba enamorado de Yolanz y de que lo que en ella lo fascinaba procedía de sus méritos propios, y ubicaba a sus sentimientos dentro de una atmósfera general que exigía que los poetas estuvieran enamorados. Hasta se cumplía, en lo que atañe a Yolanz e Ithier, la curiosa condición fijada por el ceremonial amoroso de entonces, según la cual la dama y su adorador debían pertenecer, económica o socialmente, a distintas clases.

Ithier se empeñó, en consecuencia, en perseguirla con sus tiernas manifestaciones, y Yolanz las acogió de buen grado, ya que era preferible disponer de ese galán a no disponer de ninguno, y como la favorita de Seramunda usaba vara alta en Castel-Roussillon, la empleó para evitar que molestaran a Ithier, con lo que éste, protegido y bien alimentado, salió ganancioso y extremó, en agradecimiento, las expresiones de retórico cariño. Más de una vez me arrimé a escucharlos, mientras departían en el gran aposento donde Seramunda pasaba parte de la tarde, entre Aiol y Cabestanh. El juglar y su elegida daban la impresión de estar ensimismados en uno de esos coloquios que embargan a los amantes, pero la verdad es que su casi único tema consistía en criticar a Seramunda y a Guilhem, sin caer, por descontado, en la torpeza de aludir a las auténticas razones que movían su rencor. Así se forjó entre ambos una solidaridad irritada y envidiosa, que Yolanz afirmó sobre bases muy seguras, ya que, no bien notó cuál era la posición de Ithier frente a Cabestanh y comprendió que disponía de un aliado, se aplicó a exacerbar la injusta saña del juglar, por medio de eficaces insinuaciones y de la repetida pintura del carácter de su primo, a quien decía conocer perfectamente y a quien presentó como un snob, arquetipo de escritor desdeñoso de cuantos se atreven a escoger su misma ruta. En la prosecución de su tarea de carcoma, inventó unas irónicas frases de Guilhem, concernientes a los esfuerzos de Ithier para ganar su estima, y con ello llegó al paroxismo la absurda rabia de su interlocutor. Éste, para no quedarse atrás, también abundaba en comentarios sobre la actitud reprochable de Seramunda, que con cualquier pretexto enviaba a Yolanz de acá para allá con sus llaves. De ese modo, mientras los demás glosaban, con benévola burla, el vínculo erótico que iba anudando a la marchita pareja, dicho vínculo se afianzaba, efectivamente, aunque sus causas eran tales que ninguno de los presentes en la sala de Seramunda las hubiese sospechado. Al margen de esto, ambos convenían en alabar a Aiol, cuya suave cortesía y natural elegancia habían conquistado a Yolanz, y en subrayar la forma en que la castellana se había aprovechado de sus cortos años, en detrimento de Cabestanh (no pensaban ni en Aymé ni en Ozil), quien desempeñaba un papel ridículo que a Ithier y a su cómplice los colmaba de satisfacción. Cómplices: he ahí la palabra. Sirvientes y cómplices, eso es lo que eran, y no lo conjeturaban ni los cortesanos mordaces, ni la sarcástica Seramunda, ni el no menos zumbón Aymé.

Pero Aymé perdía la paciencia. Estaba acostumbrado a saciar sus caprichos y Aiol se le escurría entre los dedos. El ánimo del castellano se ensombreció. No se atrevía a dar el paso definitivo, a forzar la situación, por temor a un escándalo que lo convertiría en el hazmerreír de los otros castillos, mas, a medida que transcurría el tiempo y se nublaba su sentido de lo decoroso, crecía su violento desasosiego. Un nuevo elemento se había sumado a los restantes, dificultando sus propósitos: Azelaís velaba; Azelaís no se apartaba de su hermano. Los celos que Seramunda le provocaba a la joven eran más que transparentes. Arrebolada, nerviosa, sacaba al doncel del lado de la señora, con

excusas descabelladas, y cuando Seramunda tornaba a llamar a Aiol, estremando el lánguido tono del desprendimiento ficticio, y la muchacha no tenía más remedio que inclinarse, cediéndolo, y hasta, si la dama lo ordenaba, que dejarlos solos, Azelaís apretaba los dientes y bajaba la cabeza, con tan encendida furia que la castellana, colocada entre las equívocas urgencias de su marido y la ira acumulada de la doncella, y enfrentando la posibilidad de explosiones frenéticas muy excepcionales, concluyó por captar cabalmente la índole de los sentimientos que Azelaís abrigaba hacia el paje. A su vez la muchacha comprendió que se había traicionado. Lo suyo era demasiado patente, demasiado franco, para encubrirse ante quien, interesado, era capaz de alzar su diáfano velo. Irritada consigo, desesperada, no pensó más que en partir, llevándose a Aiol, y comunicó su plan al doncel. Que Ithier y Ozil permaneciesen en Castel-Roussillon, si les agradaba. Su hermano y ella debían sacudir aquella ponzoñosa mollicie y partir, partir rumbo a Jerusalén, donde los aguardaba, escondida y fulgurante, la Santa Lanza descubierta por su antepasado. Aiol accedió y eso me estremeció de alegría. ¡Nos iríamos, nos iríamos al fin! ¡Seramunda y sus brazos blancos quedarían atrás, como un mal recuerdo! ¡Nos iríamos a Jerusalén! Pero Aiol se negó a dejar a Ozil y a Ithier en Castel-Roussillon. Si abandonaban el castillo, lo harían los cuatro juntos. Me asombró la firmeza de su carácter. ¡Cuánto había cambiado Aiol, desde la ermita de Brandán! Tan seguro estaba del papel que le incumbía, que el propio paje confió el proyecto al caballero. Su entusiasmo se robusteció al ver qué fácilmente lo aceptaba su progenitor. Lo extraño es que no lo hubiese resuelto Ozil, que el guerrero tuviese que aguardar a que su hijo lo encarase con la realidad, para resolverse a dar ese paso, pero recordemos lo que había sido, en los últimos años, la existencia peregrina del padre de Aiol: el cansancio vencía al caballero; en el castel había encontrado labios amantes, lisonjas, bienestar y la amistad castrense de Aymé. Luego las relaciones se fueron averiando y corrompiendo, a raíz de la debilidad de Seramunda por Aiol y del enardecimiento del castellano, quien a veces le inspiraba a Ozil el remorder dé contriciones retrospectivas, y a quien a veces hubiera querido retar a duelo, para poner fin a las ambiguas tretas que multiplicaba en torno de Aiol. Sí: la vida en Castel-Roussillon había sido agradable, pero ya no lo era más. ¡Qué lástima! Lo oportuno sería alejarse, respirar el aire puro de los caminos, ver de nuevo las cúpulas de Jerusalén y allá, en el Santo Sepulcro, pedir perdón por tantas cosas que Ozil comprendía y no comprendía y que en ciertas ocasiones lo mantenían despierto hasta tarde, en el lecho que compartía con Aiol y que su hijo había desertado, esperando su regreso y acaso el estruendo de una gresca cuyas consecuencias disolutas los envolverían a todos. En esas circunstancias, se encomendaba a San Hilario y tanteaba, en el suelo, la frialdad horizontal de la espada desnuda.

Luego de obtener el consentimiento paterno, Aiol, a quien Azelaís daba acicate, tuvo que participar a Seramunda la próxima partida. Lo hizo sin rodeos, ingenuamente, y eso cooperó a que su información tuviera un viso de crueldad, que era lo más opuesto del mundo a su intención verdadera. Carecía de experiencias para las arterias diplomáticas, así que arremetió con el tema, aboliendo preámbulos, como un inocente unicornio que se interna en los zarzales de una floresta y avanza, desgarrándose. Si su padre hubiera tomado sobre sí, como debió hacerlo, la responsabilidad de comunicar la ingrata nueva a la castellana, muy distinta hubiese sido, sin duda, la reacción de Seramunda, porque la industria del mensajero hubiera operado en forma muy distinta, y como derivación de ese planteo, tal vez se hubiese conjurado la catástrofe que en el futuro se armaba. Pero Ozil prefirió que su hijo fuese el encargado de la delicada tarea, pensando acaso que la situación que Aiol usufructuaba entonces junto a la señora, allanaría el camino. ¡Cómo se equivocó y cómo confirmó de ese modo que una cosa es dar lanzazos en un campo de torneo, o cuchichear con una dama coqueta, y otra adoptar una resolución en un momento grave! Librado a sí mismo, Aiol estuvo a la

altura de sus cortos años. Habló breve y directamente. Era lo peor que podía hacer. Seramunda consideraba ofensivo el lenguaje directo, el cual no posibilitaba las réplicas ingeniosas. ¡Cuánto más debía considerarlo en un caso como éste, en el que iban envueltos intereses tan especiales! Fue como si la hubieran abofeteado. Se replegó sobre sí misma y nada contestó. Sin embargo, bastaron las pocas palabras de Aiol para que la castellana, en su fuero más oculto, condenase al doncel. Se sintió traicionada; traicionada por una gente de escasa monta, a quien su liberalidad había recogido en la miseria de una ermita. ¡Ella, Seramunda de Castel-Roussillon, arbitro de modas, amiga de Alix de Blois y de María de Champaña, había accedido a ofrecer su hospitalidad a unos pobres diablos, un Lusignan venido a menos y su bastardo, y ahora, luego que su corazón había latido, sucesivamente, por ellos, con generoso ritmo, el menor de ambos, el pajecito insolente, la afrentaba declarándole, de buenas a primeras, que se iban, como si estuvieran hartos de una compañía que los nobles señores de Francia bregaban por obtener! ¡Qué disparate y qué mezquindad!

Lo singular de este proceso, que yo observé minuciosamente, deleitándome con la rabia de la señora y sin concebir sus dramáticas consecuencias, es que Seramunda no actuaba impulsada por la herida de su amor sino por la herida de su vanidad. Se vio con ello qué frágiles eran las ataduras del amor convencional de la época. En un abrir y cerrar de ojos, las pasiones variaban; el dulce amor se impregnaba de hiel y se mudaba en despecho, en odio. Lo mismo que Yolanz había pasado, en lo que a Cabestanh se refiere, de la adoración a la malquerencia, Seramunda, de un golpe colérico, hizo girar la rueda de los sentimientos, sólo porque Aiol le había dicho, serena y claramente, que su padre y él habían decidido irse de Castel-Roussillon. Como para ella todo se centraba en las divagaciones del entretenimiento literario-amoroso, y no se le ocurría que en la vida podían existir otros intereses, fuera de los que brindaba ese juego apasionado, en seguida sospechó que lo que los apartaba a Aiol y a Ozil de su castillo era la tentación de amores frescos, posiblemente unos enredos que habían comenzado a tejer sus mallas en Beaucaire, y eso la trastornaba de furia. Opuso a los nítidos argumentos de Aiol, que hablaba de Jerusalén y de la Santa Lanza, una serie de razones confusas. Jadeaba, tartamudeaba y con ello se encolerizaba todavía más. Cuando comprendió que el viaje estaba decidido, que nada había que hacer, una calma glacial suplantó a su fuego. Si la suerte estaba echada del lado de Aiol, también acababa de echarla la ilustre Seramunda. Se limitó, pues, a pedirle al muchacho una entrevista más, la postrera, para que ambos despidieran a su amor como convenía, en el mismo lecho en el cual había florecido tan lozanamente, y Aiol accedió. Fijaron la cita para la noche siguiente.

Seramunda no perdió el tiempo. El arrebató que la exasperaba, no la cegó. Ya, mientras conversaba con Aiol, había urdido su plan. Comunicaría a Aymé el reservado encuentro, para que su marido castigara al infiel. Las inquietudes del propio Aymé, que ella conocía demasiado, ayudarían a sus fines: la venganza del castellano sería doble. La dama escribió unas líneas anónimas, desfigurando su penosa caligrafía, para avisar la hora y el sitio que reunirían a los amantes, e hizo que Yolanz, su confidente, las colocase bajo las sábanas del castellano. Hacía años que Seramunda y Aymé dormían en separadas habitaciones —caso excepcional en un siglo que amontonaba en la misma cama a varias personas—, y eso había simplificado las maniobras libidinosas de la señora. El motivo del aislamiento reside, como es obvio, en el particular modo de ser de Aymé de Castel-Roussillon, sobre el cual no necesito extenderme. En cambio debo declarar que, frente a la primera prueba tangible de la traición de su esposa y de Aiol, concretada en unas letras quemantes, el atribulado caballero no vio más salida que determinarse a matar al muchacho. El texto anónimo probaba —como si no fueran suficientes las hablillas de las doncellas, el intercambio de miradas insidiosas de los

trovadores, etc.— que el comentario crecía y que si el amo no tomaba cartas en el asunto, corría el riesgo de que se embardunara a su honor públicamente. Además, como había presentido Seramunda, deduciéndolo de lo que había conseguido que le confiara, con medias palabras, el avergonzado Aiol, Aymé había llegado al término de la tolerancia en lo relativo a la desembocadura de sus relaciones con el esquivo paje. Puesto que no había salvación del escándalo, era mejor que éste, al estallar, no lo sumiera a Aymé en la ignominia del ridículo. Mataría a Aiol porque lo había deshonrado (y con ello recuperaría su deslucida honra) , pero sobre toda lo mataría (y de esto no tenían que enterarse los demás) porque no había accedido a su hostigamiento. Todo sucedería tal cual lo había imaginado Seramunda, la cual habrá considerado la alternativa de que el castellano la matase a ella también, en la violencia de su arranque, pero descartó el peligro con la certidumbre de que escaparía a tiempo, y en especial de que, por ofuscado que estuviese, Aymé no se resignaría a suprimir a la aliada imprescindible que ella representaba para sus triunfos en los azares de la vida mundana y para enmascarar aspectos de su personalidad que convenía relegar en la sombra. La inclemencia desalmada de Seramunda asombrará al lector, quien hasta la juzgará inverosímil —y no es para menos—: a fin de que me crea, le ruego que recuerde un acontecimiento contemporáneo de los hechos que narro, la pira de caballos de raza encendida en Beaucaire por Ramnous Venons para divertir a los huéspedes, y eso le dará la tónica de una época en la que la ferocidad asumía los rasgos de una costumbre. Cuando pongamos punto a la historia de la señora de Castel-Roussillon, podrá apreciarlo en su pavorosa medida. Igualmente comprenderá el lector que yo inferí mucho de lo que estoy contando, bastante más tarde. De lo contrario, no hubiera escatimado medios para intervenir y salvar al amenazado doncel. Estaba a mil leguas de lo que pasaba, dividida por los celos que me causaban Seramunda, Aymé y Azelaís. La emboscada se urdía bajo mis feéricas narices y yo no pensaba más que en la felicidad de nuestra partida inminente.

Hubo algo, empero, y muy fundamental, que se le escapó a Seramunda, cuando su ira decretó la destrucción del paje. Ese algo, cuya existencia ella no barruntaba, era la confabulación de Ithier y Yolanz para eliminar al trovador Guilhem. Las dos maquinaciones, sin que Seramunda lo supiese, terminaron por fundirse en una sola. Produjese la páfida superposición a raíz de que Yolanz descubrió, en la cámara de Seramunda, el garabateado borrador del anónimo cuya versión definitiva, ignorando de qué se trataba y suponiendo que llevaba una misiva sin importancia de la excéntrica dama a su esposo, había deslizado entre las sábanas de su señor. Con Ithier, a la luz de una lamparilla de aceite, estudió esa noche el extraño documento, y ambos llegaron a la conclusión de que lo que Seramunda buscaba con él era la muerte de Aiol. Yolanz hubiera podido volver al aposento de Aymé y retirar la riesgosa misiva, y ése fue el impulso inicial de los dos, pero luego tramaron una combinación más compleja. Les importaba, por supuesto, proteger a Aiol, a quien Ithier quería extraordinariamente, mas también les importaba desquitarse de Cabestanh.

He aquí lo que se les ocurrió; lo que sobraría para precipitarlos juntos en el Infierno. Ithier se aproximó al suspirante Cabestanh y lo enredó en una conversación en el curso de la cual le hizo saber que, muy en breve, Ozil, Aiol, Azelaís y él se alejarían en forma definitiva de Castel-Roussillon. Por supuesto, la noticia fue recibida con alivio por el poeta, sobre todo en lo tocante a Ozil y Aiol quienes, desde su instalación en el castillo, no habían hecho más que deslucir su larga campaña de adorador oficial de Seramunda, logrando uno y otro, en escaso tiempo, lo que él no había obtenido en años, pese a su talento y a su donaire. Mientras se desenvolvía la plática, dióse maña el juglar para poner en conocimiento del trovador la extrema indigencia de su bolsa y el apremio de hacerse de algún dinero antes de partir. Echóse a reír Cabestanh, con el

humor propio de quien había experimentado múltiples penurias espirituales, pero jamás las que derivan de la melancolía financiera, y con eso —que no era de buen gusto, pero que posiblemente brotaba de su nerviosidad y del magro consuelo que le producía la certeza de que, por lo menos bajo ese aspecto, su situación superaba en mucho a la de los felices amantes de su bella— se condenó para siempre, ya que si en algún momento, encantado por la atención con que Cabestanh lo escuchaba, flotó en el ánimo de Ithier la idea de volver sobre la marcha y abandonar el destructor proyecto, la risa de Guilhem agitó el triste légamo de su agravio frente a los aires superiores del rimador famoso, afirmándole la impresión de que acentuaba la burla.

Prosiguió la charla, hacia el alba, rociada por libaciones que la generosidad de Guilhem ofrecía, hasta que su compañero lo estimó suficientemente maduro para aceptar lo que, de acuerdo con Yolanz, debía proponerle. Díjole, pues, reanudando el tema de su pobreza angustiosa, que ante nada retrocedería con tal de conseguir los dineros que reclamaba la continuación del viaje, y que acababa de ocurrírsele un medio que solucionaría ese problema, además de resolver un esencial problema que aquejaba a Guilhem y que acaso... acaso... acaso merecería la aprobación del joven. Sin detenerse, le susurró lo que la siguiente noche sucedería, la final entrevista amatoria de Aiol y Seramunda, y añadió que si Cabestanh le pagaba bien, él se ingeniaría para que el trovador reemplazara al doncel en la oscuridad de la cámara. Quedó atónito el poeta, delante de sugerencia tamaña, y su primera reacción fue la de castigar al insolente, pero a poco, sea por el influjo del vino y de la astuta persuasión de Ithier, o porque entrevió la única coyuntura que le permitiría alcanzar, por medios espurios, lo que hasta entonces le negaban los legítimos, chasqueando simultáneamente a ese Aiol que le causaba serios dolores de cabeza, su fatiga y sus deseos se dejaron convencer y cerró el trato con el felón. Estaba cansado, cansadísimo de acumular razonamientos de toda índole para vencer a la indiferente Seramunda y, al cabo, como demostraba la experiencia, ésta no parecía ser una guardiana celosa de sus virtudes, que sólo para él se mantenían incorruptibles.

Se observará la cadena bellaca de perfidias que impuso el crimen que se preparaba: el resentimiento de Seramunda, vulnerada en su loca vanidad; el de Aymé, picado en la suya y en su rechazado libertinaje; el de Yolanz y el de Ithier, que también padecieron similares llagas, con matices diversos; el de Cabestanh, cuyo candor, pervertido por las cortesanas intrigas, se tiñó con los tintes malsanos que el enojo y la ansiedad mixturaron. ¡Ay, demasiado sé que no estoy describiendo efusiones bonitas y que el lector se pasmará de que un hada exponga tantas ruindades, pero creo que a esta altura de mi crónica ya habrá llegado a la conclusión de que las hadas de los cuentos infantiles pertenecen a una estirpe muy diferente de la que le señaló el destino a la zamarreada Melusina! Atribúyalo a la descomposición de las costumbres que a la sazón reinaba y que se esconde, como un ofidio entre rosas, bajo el fluir de la literatura de Provenza, la cual se empeñó en dorar la memoria medioeval y en presentarle al futuro una retocada imagen conveniente, un tapiz, ceremonioso en cuya trama multicolor las damas y los caballeros se hacen gráciles reverencias. Refiero lo que vi, oí, interpreté y deduje. Claro que preferiría narrar lo que, para el consenso público, es un dulce cuento de hadas. En otras partes de esta exposición, encontrará quien me lea (ya los ha encontrado) atisbos de ese cuento convencional, pero ahora no tengo más salida que reseñar sin adornos lo que la desgracia preludiaba a la sombra de las almenas de Castel-Roussillon. ¿Acaso el hecho mismo de que yo, un hada, y un hada célebre, o sea un ente sutil, engendrado para gloria de la fantasía, para inventar cómodamente quimeras y prodigios, me muestre tal cual fui entonces, es decir como un lamentable dechado de impotencias y aflicciones, no le ha ido enseñando que la realidad es una y otra la fábula?



Ithier dio un paso más, avisando a Azelaís que existía un complot contra la vida de Aiol, dirigido por Seramunda y Aymé, y que a ella le correspondía prevenir al muchacho. Azelaís no vaciló, ya que en ello iba no sólo la defensa de su hermano, sino, en caso de que resultaran exagerados los pronósticos del juglar, un sesgo para evitar que Aiol concurreniera a una cita que a la doncella le resultaba particularmente insoportable. Cuando habló con el paje, extremó la admonición hasta intimidarlo con el anuncio de que, si no cedía, lo acusaría ante Ozil de ser el amante de la castellana. No importaba que el caballero lo supiese; al enfrentarse con la información concreta de esas relaciones, Ozil (lo mismo que Aymé, luego que recibió las anónimas letras) tendría que tomar cartas en el público asunto, y tal vez —y eso Aiol no lo podía tolerar, pues se refería a sus sentimientos más profundos— desde ese instante se cavaría, entre padre e hijo, una fosa que los separaría para siempre. El doncel se resignó a disgusto. Así se salvó, mientras que, sin que Aiol pudiera imaginarlo, se perdía Cabestanh.

Los dados estaban ya, perentorios, sobre el tapete. El mecanismo había funcionado, resorte a resorte, hasta en sus conexiones ínfimas. Sólo faltaba poner en práctica los definitivos movimientos. Éstos se sucedieron con la misma exactitud.

A la medianoche del otro día, Ithier guió a Cabestanh, por un secreto pasadizo, a la cámara de la señora. Su pequeña antorcha iluminaba la nevada camisa, las calzas y las bragas blancas de Guilhem, que se había vestido como para unas nupcias. Varias veces, el inquieto poeta insistió en la pregunta de si Ithier estaba seguro de que todo andaría como se había planeado, y el traidor se limitó a llevarse una mano a los labios y a apretarle con la otra la diestra. En mitad del corredor, los aguardaba Yolanz. Sobresaltóse Cabestanh al encontrarse con su prima, a quien no esperaba, y quizás lo punzó entonces una duda, acerca de la trampa hacia la cual lo atraían, pero ya era tarde para retroceder. Ithier le cerraba el camino detrás y le sonreía, y Yolanz le indicaba, sonriendo, que continuara adelante. ¿Habría pensado el infeliz que su parienta, cansada del perseguiimiento inútil, había renunciado a él y, ofreciéndole de ese modo un supremo testimonio de cariño, le brindaba lo que Guilhem más quería? ¿Habría pensado que Yolanz se resarcía, picarescamente, de quién sabe qué mala pasada de su señora? Sea lo que fuere, no titubeó más. Soltó la mano de Ithier, tomó la de Yolanz, que se engarfió en la suya y, latándole el corazón, prosiguió la marcha. La dama de compañía apagó la antorcha y empujó una puerta. Estaban en la habitación de Seramunda, en la que reinaban tinieblas totales. Le oyó susurrar a Yolanz:

—Señora, héle aquí. Me voy a traer luces.

Aunque esto último no podía dejar de parecerle extraño, a ciencia cierta habrá calculado Cabestanh que se trataba de un ardid más de Yolanz, para consolidar su incógnito. Conocía bien el aposento de la castellana. Avanzó por él, sin rozar sus muebles escasos, eludiendo la zancadilla de los escabeles. Sus borceguíes hacían crujir el leve follaje que tapizaba el suelo. Llegó a la cama de alto respaldo, tanteó las cortinas, estiró los brazos y supongo que casi se desmayó cuando sus yemas temblorosas comprobaron que la señora estaba desnuda. Ninguno de los dos debe haber hablado durante las escenas de enajenamiento: ella, porque el terror le habrá anudado la garganta; él, porque una palabra lo hubiese delatado. Lo indiscutible, por lo que luego se verá, es que Seramunda no sospechó la substitución. Aunque Cabestanh doblaba los dieciséis años de Aiol, la gimnasia militar había robustecido el cuerpo del doncel hasta infundirle un vigor maduro, y Guilhem tenía como él el pelo

largo y fino, la piel suave, la cintura breve. Es probable que la dama se sorprendiera ante el fuego de un nuevo entusiasmo, que no habrá sentido en sus recientes entrevistas con el cotidiano Aiol, pero, atenta como se hallaba a la aparición de Aymé, no habrá podido gozar de ese calor flamante. De repente, abrióse la puerta y entró el castellano. Como presumía que encontraría alguna luz en el aposento donde su mujer y el presunto Aiol lo engañaban, dejó en el corredor su lamparilla. Se adelantó a zancadas y se diría que los muebles, más caritativos que su señora, se conjuraron para interceptar su paso, pues se lo oyó golpearlos, derribarlos y blasfemar. Despertaron los pájaros, en los jaulones, y la algarabía de los aletazos y los chillidos pobló la atmósfera de presagios funestos. De un brinco, Seramunda escapó del lecho y de la habitación, por la otra puerta. ¿Se habrá arrepentido de su acción monstruosa? ¿Se habrá arrepentido? Echó a correr, temiendo por su vida, en tanto que Aymé, de pie junto a la cama, medio enredado en el cortinaje, palpaba con una mano el cuerpo convulso del trovador, buscando el sitio donde asestar la daga. No fue una, sino fueron dos, tres, cuatro, cinco, incontables cuchilladas violentas, las que mataron a Guilhem, cuyos gritos se ahogaron en el tumulto y en la mordaza de las sábanas que el castellano le apretó sobre el rostro. Una... dos... tres... cuatro— como si el cuchillo consiguiera, sobre esa trémula carne, lo que él mismo no había sido capaz de obtener. Hasta que Guilhem de Cabestanh quedó inmóvil y los pájaros enmudecieron de súbito. Entonces, sólo entonces, la claridad de la luna —que actuó como una cómplice más del crimen— se deslizó por la ventana, y el castellano cubierto de sangre, estupefacto, comprendió la magnitud de su error. Había matado al trovador, al caballero de las maneras exquisitas y la justa elegancia, que era el adorno más noble del séquito de Seramunda. Lo contempló, semidesnudo, violácea la cara por la asfixia. Había muerto al amante de su mujer, como correspondía, pero el amante era otro. Una risa demente —Ithier y Yolanz la escucharon, desde su escondite, en el lúgubre silencio de las aves— sonó en la habitación desordenada. Y Aymé, que había conservado el puñal en la mano, loco ya, loco para siempre, tornó a hundirlo en el pecho del joven. Exploraba, revolviendo las entrañas, en pos de ese pobre corazón que había latido vanamente por la infiel. Lo arrancó y un chorro de sangre caliente le bañó el rostro. Después arrastró el cadáver hasta el pasadizo secreto por cuyo extremo opuesto huían Yolanz e Ithier; de vuelta, recogió el corazón y salió, gritando como un demonio.

Le había prevenido yo al lector que tendría que referir episodios terribles. Y todavía me falta lo más tremendo. Es algo tan notable, tan popular, que no sé si vale la pena narrarlo, o darlo por sabido. ¡Desgraciado Guilhem de Cabestanh! Muchas veces se ha relatado el trágico desenlace de su existencia, y los cronistas, acaso considerando que su singularidad atroz lo hace acreedor, como a ciertas leyendas de espanto, a repartir su dramático beneficio entre varios titulares, pues se dijera que no basta un hombre para víctima de tamaña felonía, le han adjudicado diversamente la anécdota al arpista Guiron y al sire de Coucy, sin dejarle a Guilhem, el verdadero inmolado, ni siquiera el pavoroso privilegio de la exclusividad. Pero fue él y sólo él el sacrificado. Trataré de contar, de todos modos, lo más rápidamente posible, pues como a cualquier otro me horroriza, y tiene atisbos en que la truculencia invade asimismo el campo de lo grotesco, la escena que coronó al homicidio y que le confiere las depravadas características excepcionales a las cuales debe su cruda, sádica, espeluznante y folletinesca divulgación.

Sirvióse al día siguiente un festín, despidiéndonos, en la gran sala alta del torreón principal de Castel-Roussillon. Yolanz no había permitido que nadie entrase en el aposento de su ama; ella misma se encargó de la repugnante limpieza y de borrar los rastros de la tropelía, y ninguno se enteró del salvaje asesinato. A mediodía sonó el cuerno que convocaba a los comensales y hacia la sala se dirigieron damas y señores,

con un lujoso crujir y ludir de vestidos, bajo las bóvedas. Algunos muchachos, que venían de ensayar los ardidés de la esgrima ecuestre, con muñecos, que es lo que llamaban botargas o quintaines, y enfrentándose por parejas, hasta que uno de ellos atravesaba el escudo de su adversario, que es lo que llamaban behourd, traían las caras todavía sudorosas y las manos negras de manejar la lanza. De a dos, de a tres, se lavaron en las vasijas distribuidas en la entrada del vasto salón. Las doncellas se mojaron las puntas de los dedos y fueron entrando y distribuyéndose en las mesas que presidía la del castellano, más alta, porque ya comenzaba el desfile de los pajes, entre músicas, y la maravilla del convite que se prolongaría varias horas, con fuentes en las que los pavos reales y los cisnes y las liebres se erguían, como si estuvieran vivos, y con la espectacular exhibición de un jabalí entero, que se mecía en un asador colosal, y los vinos que viajaban desde muy lejos, hasta desde la isla de Chipre, comenzaban a escanciarse en los pichales y en los jarros de plata y de oro, salpicando los manteles y la orfebrería, que colmaba de una metálica fauna fabulosa los tablonés armados sobre caballetes móviles. El olor de las especias afrodisíacas saturaba el aire y por las ventanas entraba la soleada respiración del campo.

Detrás de la mesa de Aymé, ubicáronse frente a la asistencia Seramunda, Ozil, Aiol —relevado, por lo excepcional de la ocasión, de sus tareas de paje—, Azelaís, Ithier y otros huéspedes. Yo me mantuve perchada, como un halcón, en el dosel de la silla del amo, un faldistorio impuesto por su vanidad, que se daba trazas de trono, desde el cual abarcaba el ajetreo variopinto, sin que a mis gafas de berilo se les hurtara detalle. Así colocada, fui testigo de la azorada angustia de Seramunda, cuando vio adelantarse a Aiol en el laberinto de las mesas y los servidores y comprobó que no era un espectro que acudía a atormentarla sino un hombre vivo, bien vivo, a quien sus compañeros saludaron con pullas alusivas a su partida inminente y a las aventuras que le aguardarían en otros castillos y otros valles y otros bosques. Pálida, estremecida, suspiraba de

alivio. Y no era ella, como se supondrá, el único comensal del sector privilegiado que evidenciaba en su palidez las emociones brutales de las últimas horas. Aymé había envejecido años en espacio tan corto. Recogido, crispado, como si se aprestara a saltar, desde los pliegues de su negro ropaje, bajo la caperuza que añadía sombras siniestras a su aspecto acechante de ave de rapiña, su lividez contrastaba con el humo marañoso de sus barbas. Temblaban sus manos, cuando hincaba el cuchillo en la carne. Yolanz e Ithier, blancos como fantasmas, apenas si probaban bocado. Tampoco Seramunda comía, casi ni hablaba, de suerte que el tono de banquete fúnebre que asumía la mesa del castellano, en la que sólo Ozil y Aiol devoraban minuciosamente las presas, limpiándose de vez en vez en el borde del mantel los dedos grasientos, se oponía a la alegría y la bulla del resto de los huéspedes, quienes acogían con aplausos la presentación teatral de los manjares y ya empezaban a alternar los cantos con las pesadas bromas. Y en medio de la barahunda sostenida por el continuo chocar de los copones, los aguamaniles y los trinchantes, y por el cotorreo de las damas que conversaban de amor y de guerra y de los caballeros que conversaban de guerra y de amor, ninguno —fuera de Aymé, de Ithier y de Yolanz— se percataba de la ausencia de Guilhem de Cabestanh, cuyos despojos ensangrentados yacían en la galería secreta, pues sus ausencias eran habituales, y si alguno pensó en él se habrá dicho que estaría puliendo unas líricas estrofas para declamarlas al final del banquete, con rítmicos subrayados de laúd. Ni siquiera yo, que soy fisgoneadora y que —me golpeo el pecho, acusándome— tan distraída anduve cuando más atención requería, me di cuenta de que faltaba. En cambio no se me podía ocultar la densidad lúgubre de la atmósfera que envolvía a la mesa del castellano, una atmósfera que se fue tornando más deprimente a medida que se desarrollaba la fiesta y que los juglares, puestos en cuclillas o

formando fantásticos obeliscos humanos, en el centro de la habitación, proclamaban con sus cadencias la belleza de Seramunda y el heroísmo de Aymé o volvían a recitar las remotas hazañas.

Guardaba Aymé un silencio que Ozil y Aiol interpretaban como su desaprobación ante su partida, y pronto, contagiados del aplastamiento que agarrotaba al grupo, y sin tener más interlocutor que Azelaís, que nunca fue especialmente comunicativa, cayeron también bajo los efectos del clima de extraña pesadumbre que afirmaba su fatídico dominio. Pero Seramunda, reponiéndose, al aligerar a su conciencia de una carga exterminadora, de la sorpresa que le causó la visión inesperadísima de Aiol, a quien juzgaba salvado milagrosamente, y sintiendo, quizás, fluir de nuevo el caudal de ternura que éste le inspiraba, pasó de las agonías del remordimiento y del pánico a un júbilo histérico. No bien lo notó, su esposo salió de su hosquedad, como un león que abandona su guarida, y de no mediar las libaciones y la diversión ofrecida por los juglares, nadie hubiera dejado de advertir la anormalidad de su conducta. Más parecía bestia que hombre. Gruñía, reía sin razón, empujaba con bruscos ademanes a los jarros, derribándolos, callaba repentinamente y, sin haber tomado una gota de vino, exteriorizaba los síntomas de un ebrio.

Su locura creció hasta el paroxismo, cuando tres pajes se pusieron de hinojos, delante de él, para brindarle un pastel gigantesco y, haciendo retroceder la enorme silla, de pie, comenzó a cortarlo. Su largo cuchillo hurgaba como había hurgado la noche anterior en el pecho de Cabestanh, hasta que halló la buscada presa, que destinó a Seramunda. Luego, como si cumpliera las funciones de un cortés dueño de casa, fue repartiendo las demás porciones entre quienes lo rodeaban. La castellana, como dije, hasta ese momento había rehusado las tajadas y los adobos que le traían; ahora, con su desahogo, la rindió el hambre y se llevó un trocho a la boca. En el extremo de la mesa, le sonreía Aiol. Entonces Aymé de Castel-Roussillon lanzó una carcajada tan vesánica y retumbante que dominó el estrépito del festín y, presintiendo algo raro, acaso peligroso, algo que conmovía al aire como un enfurecido golpe de alas, la concurrencia selló sus labios y paralizó sus gestos, como si un hechizo la hubiese encantado, petrificado, y estuviéramos en el palacio inmóvil de la Durmiente. El silencio tétrico extendió su aceitosa capa sobre el cespado oleaje, hasta la lejanía de las cocinas y de las cuadras y hasta la soledad del contorno campesino, donde los leñadores quedaron con las hachas en alto como incomparables esculturas. Cesó la algazara en las jaulas y ni siquiera el imperioso mirlo de Abisinia, que gorjeaba siempre, dejó de sumar su pausa al concierto insonoro que vibraba alrededor. Sólo la gran risa loca del guerrero vivía en el castillo. Y fue en esas circunstancias singulares cuando la ronca voz de Aymé silabeó la frase que los cronistas han recogido y que, en distintas versiones, leídas igualmente terribles, han transmitido al horror de los siglos:

—Decidme si el corazón de Cabestanh, vuestro amante, es bueno, porque lo acabáis de comer.

Seramunda era más fuerte de lo que calculábamos. Otra se hubiera desmayado o hubiera caído muerta. Se tapó con las manos la boca y (aunque su voz resonó bajísima la escucharon en las cocinas y en las cuadras) murmuró, eligiendo las palabras, pues hasta el fin de su vida se manifestó en ella, inconscientemente, el refinado afán literario:

—Tan bueno es, monseñor, que jamás ningún manjar me privará de su gusto.

Ozil tumbó su banco, pero ya era tarde. La ventana estaba cerca y Seramunda se arrojó al vacío, desde la eminencia de la torre. Detrás se arrojó Yolanz, mas los historiadores han otorgado tan poca importancia a ese pormenor del luctuoso episodio, que ni lo mencionan. Así murió Seramunda de Castel-Roussillon, el día después de haber planeado la muerte de Aiol de Lusignan. Su delicado cuerpo se destrozó en las rocas. Era como un pájaro, como uno de los pájaros exóticos que habitaban sus jaulones, sus mezquitas de plata y de mimbre, y a punto de entregar el alma, sus anchas mangas aletearon y su cabellera se destrenzó en la brisa, como si aspirase a convertirse en una segunda Melusina volandera.

Los huéspedes, despavoridos, se desbandaron, atropellando los residuos del banquete, las colas rutilantes y aciagas de los pavos reales, las pirámides de frutas y los postres monumentales que aguardaban. El castellano desapareció. Algunos cuentan que los jóvenes caballeros de la región, que veneraban a la ilustre Seramunda, espejo de erudición y de coquetería, se sumaron a uno de los reyes de España, para perseguir al desalmado y hacerle pagar su crimen. No es cierto. Lo cierto es que desapareció y que asimismo contaron que vagaba por las aledañas florestas, alimentándose, como Nabucodonosor, de raíces. A Seramunda y a Guilhem de Cabestanh los inhumaron en una espléndida tumba, en Perpiñán, y por lo menos eso ganó el trovador; ganó, paradójicamente, que año a año los amantes puros acudieran en romería a orar ante su sepulcro, pues a nadie se le hubiera ocurrido sospechar que el poeta no había gozado íntimamente, apasionadamente, los favores de la bondad sublime de su protectora.

Nosotros partimos de Castel-Roussillon: Ozil, en el caballo blanco de Godofredo de Lusignan; Aiol, en el que su padre le había conquistado a Ramnous Venons, durante las justas de Beaucaire; Azelaís iba en la grupa, junto a su hermano; Ithier cabalgaba en el palafrén que había sido de Ozil, cuando lo vi por primera vez desde mi campanario; y en el rocín destinado a las armas y bagajes, me instalé yo como pude. Desde que Aymé había pronunciado sus implacables palabras, en el banquete, Azelaís e Ithier habían enmudecido. Querían hablar y no lo lograban. Tampoco hablaba Aiol, aunque de su voluntad dependía hacerlo. Sobre su hombro se balanceaba el mirlo preferido de Seramunda, el mirlo domesticado de Abisinia, que de repente desgranaba un trino melancólico. Únicamente Ozil, el viejo Ozil, el héroe de muchos combates, cuando en la distancia nos volvimos para abarcar con la mirada las almenas del castel, despegó los labios secos y, como si leyera un epitafio antiguo de esos que se borraban en las lápidas de los atrios, bajo el sol y la lluvia, y que los monjes mendicantes nos mostraban, solicitando la caballeresca limosna, recitó lo que recordaba del poema que Cabestanh había compuesto para su bienamada:

—Bella dama, la mejor de las mejores, agraciada en el cuerpo y el rostro, Amor me guarda en su dulce prisión: a vos os digo que para mi será un gran galardón y un honor grande, si jamás Dios consiente en concederme vuestros brazos y vuestra cintura. En toda la extensión y duración del mundo, nada hay que yo desee tanto.

Aiol se hundió las manos en el pelo, que entre sus dedos se abrió, como el plumaje de un pájaro, negro, lacio, lustroso, y le cayó sobre la cara, cubriéndole el ojo de oro y el ojo azul y la cicatriz de la mejilla. Y el mirlo negro y blanco de África cantó como nunca.

Debo contar ahora cómo recuperaron el habla Ithier y Azelaís. Pero antes debo señalar que, en mi opinión, si el juglar perdió el uso de la palabra a causa de su intervención

en los nefastos acontecimientos que provocaron la muerte de Guilhem, de Seramunda y de Yolanz, la perdió Azelaís (que nada tuvo que ver con ese crimen y antes bien impidió el fin de su hermano) porque así fueron castigados su amor incestuoso y sus contactos demoníacos. Obsérvese que estas últimas dos deducciones corren por mi cuenta, pues nada nos asegura de que tales contactos existieran hasta entonces y de que no fueron fruto de la imaginación recalentada de la doncella, o un recurso que inventó, en la soledad del cobertizo de la posada, para disimular otros y bastante comunes ejercicios; y en cuanto al prohibido amor, que no alcanzó a manifestarse prácticamente en sus definitivas expresiones, siendo un impulso imposible de fiscalizar cuyo único delito reside en lo inadecuado de su objeto, tampoco me parece merecedor de expiaciones muy graves. La trascendencia de la falta de Ithier y su terrible corolario están, en cambio, fuera de discusión. Y, sin embargo, Azelaís e Ithier sufrieron la misma punición pasajera que, siendo incómoda y si se quiere vejatoria, no era especialmente importante. De todo ello cabe colegir, una vez más, que los caminos que escoge el Supremo para afirmar su justicia son incomprensibles. ¿Habrán considerado los divinos jueces tan culpable a Azelaís como a Ithier, en la órbita de sus respectivos excesos? ¿Tendría ella, al fin y al cabo, tratos carnales con el Demonio? ¿O será que para el omnipotente rigor, un amor desubicado, como el que Aiol le inspirara a Azelaís, constituye en sí mismo una caída tan substancial como un asesinato? Me declaro incompetente para pronunciarme sobre la materia. Es verdad que soy un hada y, como tal, mi escala de valores es distinta a la que rige en los humanos círculos y a la que aplica la sabiduría celeste. Para mí, modestamente, el amor, sea cual fuere, basta para borrar la culpa. Debo estar equivocada. De cualquier manera, pienso que si el desesperante mutismo, impuesto a Ithier y a Azelaís, revistió el carácter de una sanción expiatoria, en el caso del juglar era un escarmiento demasiado leve, y demasiado cruel en el de la muchacha. A menos que no fuera una sanción, sino un capricho, un juego arbitrario más de la Fatalidad ciega, cosa nada improbable. La cuestión es que una y otro iban a nuestro lado, como si les hubieran cosido las bocas, suspirando y derramando muchas lágrimas silentes, y que sus voces eran suplidas por la del mirlo, ave que, nadie lo ignora, es capaz de hablar, con poco esfuerzo y mínimo aprendizaje, como un interruptor parlamentario.

Los últimos episodios de Castel-Roussillon cavaron huellas profundas en el ánimo de Aiol. No por nada la mujer a la cual debía experiencias de aleccionadora delicia se había quitado la vida en circunstancias que implicaban un crimen y la reacción demente de su marido. Por diferentes a los actuales que fueran los hombres de la Edad Media —harto más coriáceos, en lo que atañe a ciertos asuntos, y más delicados y tiernos también, en lo que respecta a otros—, y por más que, para arrostrar una escena tan atroz como la de la comida trágica del castillo, Aiol contara con una armadura forjada por la violencia y por la insensibilidad de su tiempo, cuyos hombres, al ser menos evolucionados que hoy, eran asimismo más infantiles e inconscientes, la amarga, insufrible singularidad de la muerte de Seramunda debía impresionar en forma poderosa al joven a quien ella había enseñado los rudimentos de la escuela de Eros. Ozil advirtió su pesar, su perplejidad y su angustia, y comprendió que le incumbía socorrer al cuitado. Como era, en su esencia honda, un guerrero de la causa de Cristo y no un psicólogo ducho en los mecanismos espirituales, recurrió al auxilio que, desde su niñez, le habían indicado como imprescindible para los momentos de alta zozobra: la religión. Y como para su mentalidad la religión era algo que entraba por los sentidos, buscando a través de ellos los senderillos del alma, resolvió que su vástago encontraría el bálsamo para su desesperado desconcierto, bebiendo en las numerosas fuentes místicas que jalonaban las rutas de Francia y que ofrecían remedio a las aflicciones oscuras. En consecuencia, nuestro inmediato viaje, en vez de ser el habitual traslado en pos de torneos y oportunidades de brillo militar, fue una confusa

peregrinación que nos condujo a los lugares famosos por sus reliquias y por sus sagrados recuerdos. De ese modo, unía al propósito de obtener la recuperación de su hijo, con ayuda del divino poder que emana de los santos testimonios, el de realizar una higiénica, cura moral que lo lavaría a él mismo de sus recientes máculas. Creo haber dicho que en aquella época perdíamos la noción del tiempo. Como no estábamos apurados y todo el mundo pensaba que la vida realmente larga, infinita, era la otra, la que aguardaba después a quienes no gozaban, como yo, del absurdo privilegio de la inmortalidad, no se otorgaba a las horas, a los días y a los años la significación tiránica que hoy encierran. La gente no dependía de un reloj pulsera y de un almanaque. Hasta los prolijos monjes archiveros olvidaban de apuntar los hitos cronológicos. Por eso me resulta imposible medir el espacio temporal que insumió nuestra andanza. Empero, sé que fue extenso y que los turistas peregrinos de la actualidad, que devoran kilómetros en las carreteras, apretados en píos ómnibus, de uno a otro santuario, se asombrarían ante la lentitud de nuestro progreso cotidiano y ante el lapso exagerado que dedicábamos a cada etapa. Los cuatro caballos nos condujeron, despaciosamente, a los extremos apartados del territorio, pasando de las posesiones del rey de Francia a las del rey de Inglaterra y de las de los grandes feudatarios a las de los pequeños barones. A veces, en una abadía, nos enterábamos de que habíamos dejado de lado, leguas atrás, a un centro de ponderable irradiación beatífica y, sin apresurarnos, volvíamos sobre nuestras huellas, pues Ozil no quería perder nada susceptible de enriquecer su acopio de indulgencias y de fortalecer a Aiol con nuevos Agnus Dei de cera, nuevas cruces de cuero que contenían la fórmula de la absolución y nuevas signacolaes, insignias y medallas de peregrino, que rodeaban la caperuza del muchacho con su corona tintinante. El carácter del cabal ero se modificó curiosamente, como fruto del contacto con tantos y tan reputados veneros de bienaventuranza o, para ser más exactos, lo que sucedió es que esa frecuentación le devolvió los beneficios de una pureza que había usufructuado en su niñez, cuando su madre, en Lusignan, le refería los éxtasis de los hombres de Dios y lo preparaba para ser, al llegar la hora, un verdadero cruzado. Los azares de la vida lo habían distraído después. Junto a Alienor de Aquitania, aprendió a valorar los encantos de la frivolidad, de la cortesanía. En Jerusalén, a un paso del sepulcro de Nuestro Señor, otras inquietudes —las de la ambición, las de la rencorosa envidia, las de las tentaciones sensuales— contribuyeron a apartarlo del camino perfecto. Pero ahora, mientras buscaba la paz de Aiol, tornaba a encontrar la suya, al recobrar la atmósfera inocente y milagreira de sus primeros años. Quizás se sentía viejo y, cristiano en las raíces de su formación y de su sangre, se alistaba, instintivamente, para morir de la manera más propicia. Lo innegable es que se produjo en su manera un cambio fundamental, que se evidenciaba en el curso de la virtuosa romería. En cuanto abría los ojos, comenzaban sus preces y, en tanto proseguía el viaje, a menudo noté que sus labios se movían, impulsados por el ritmo de la oración.

Recuerdo —y nombro los sitios sin orden— que estuvimos, durante aquella gira zigzagueantemente piadosa, en Auxerre, a venerar la tumba de san Germán; en Tours, a rezar en la de san Martín; y en Noblat y Limoges, a repetir las reverencias ante las de san Leonardo y san Marcial; que en Autun nos prosternamos, entre el sordo cloqueo de las carracas de los leprosos, delante de las reliquias de san Lázaro, envueltas en una violácea tela que fue tejida para el hijo de un emir de Córdoba; que en Beauvais admiramos la efigie de esa santa Wilgeforte a quien el Cielo le concedió el prodigio de que le creciera una barba patriarcal, para rehuir las acechanzas de un fogoso pretendiente; que en San Segismundo de Clairmont tocamos uno de los clavos de Cristo y la tenaza que sirvió para arrancarlo; que en la abadía de Pavilly escuchamos la historia del lobo que había devorado al asno de santa Austreberta y que luego debió suplirlo, llevando hasta lumiéges, todas las tardes, la ropa lavada por las monjas; que

en Fécamp nos pusimos de hinojos cuando descubrieron la reliquia de la Preciosa Sangre, recogida por José de Arimatea y que llegó allí dentro de una caja de plomo, en un tronco de higuera del Paraíso... Si en Castel-Roussillon fuimos muy medioevales, con tantos galanteos sutiles y un crimen tan bárbaro, lo fuimos en nuestro viaje, a medida que nos saturábamos de fervorosas maravillas. Tenga en cuenta el lector, para justipreciarlo, el espectáculo que le brindan el caballero andante, el paje triste, los dos mudos y el hada Melusina, yendo de un monasterio al siguiente y uniéndose a los coros de los frailes. Fue un período de meditación y de fascinadora poesía. Por la mente de Aiol sólo transitaban inmaculadas imágenes. Si alguna vez se mezclaba a ellas la lancinante memoria de Seramunda, yo soplabla sobre la cabeza de mi amado y mi silueta aparecía, inesperada, en medio del extraño cortejo de santos y de voluptuosidad, hasta que su diversión conjuraba las seducciones de la nostalgia. Me porté muy bien en esos meses —¿o serían años?— de recogimiento. Inclineda sobre los mudos, que a nuestra vera gruñían como animalejos, trataba de aligerar su pesadumbre. De noche, le enseñé al mirlo una canción que en la floresta de Brocelianda me había enseñado el mago Merlín y que describe su pasión por el hada Viviana. Ithier y Azelaís la escuchaban y sonreían melancólicamente.

El juglar fue el primero en reconquistar el don de la palabra, y eso subrayó lo arbitrario del castigo, pues a mi entender por lo menos le hubiera correspondido a Azelaís esa prioridad. Sucedió en los alrededores de Perpiñán, a donde regresamos a pesar de que allí estaba el sepulcro de Cabestanh y de Seramunda. Acaso Ozil quiso probar el temple de Aiol, conduciéndolo a los parajes malditos.

En un bosque cercano, se sumó a nuestro grupo un doncel que ya no se separaría de nosotros. Era aquel que, en la representación de la parábola de las Vírgenes Prudentes y las Vírgenes Locas, había tenido a su cargo el papel del mercator, el jovial individuo que vendía a las damiselas el aceite para sus lámparas. Gordo, rubicundo, muy blanco, hijo de un albañil de la fábrica de Nuestra Señora de Poitiers, su alegría se acordaba con lo risueño del personaje. Venía a pie, apoyándose en un cayado de peregrino, y ni el sombrero revestido de conchas ni el grave bordón conseguían disminuir su cómica apostura. Pidió la caridad, por las llagas del Señor Jesucristo, y cuando se reconocieron abrazó a Aiol, gritando de entusiasmo. Inmediatamente, refirió que volvía de Santiago de Compostela, a donde había acompañado a Berta y a los romeros reunidos en su posada. Berta se evaporó entre la multitud que de los rincones de Europa se concentraba en torno de la tumba del apóstol, y el muchacho —a quien le había quedado Mercator por único nombre— supuso que se habría retirado a algún monasterio próximo, a hacer penitencia por la muerte de Pons, pues lo anunciaba sin cesar. El encuentro con su amigo Aiol lo llenaba de gozo, no sólo porque lo quería y porque, como en seguida manifestó, entreveía en él la posibilidad de no retornar a Poitiers, a acarrear piedras en los andamios de Nuestra Señora la Grande, mal pesara a su voluminoso corpachón, sino porque la noche se avecinaba y le habían dicho que se cuidara de los lobos que merodeaban en la espesura.

Encendieron un alto fuego y comieron todos juntos. Mercator era en extremo locuaz. En esa ocasión y gracias a él, Aiol tuvo las primeras noticias concernientes a cómo se habían enterado, en la corte de Jerusalén, de la lepra que roía al rey joven, a Baudoin IV. Como eso había acontecido después de la partida de Ozil del Cairo, el caballero ignoraba también los detalles. Contra su costumbre, Mercator habló seriamente.

—Estaba el príncipe un día jugando a la guerra, con otros mozuelos, hijos de los barones de Jerusalén, bajo la vigilancia de su preceptor, el archidiácono Guillermo, y



como el juego era de gran violencia, pues el príncipe redoblaba el coraje, varios de ellos rodaron por el suelo, golpeándose y arañándose furiosamente. Acudieron el archidiácono y unos señores, a separarlos, y notaron que se habían herido en brazos y piernas. Manaba la sangre y lloraban de rabia y de dolor los niños. Lloraban todos menos el sire Baudoin. El magister, viéndolo herido también, calculó que sufriría tanto como los demás y que lo ocultaba por orgullo, ya que el futuro rey no debía quejarse. Pero pronto le tocó asombrarse, cuando el príncipe le aseguró que nada sufría. Lo examinó el archidiácono Guillermo y observó que la mano y el brazo de su amo se hallaban como dormidos. Por más que los apretaran, torcieran y pellizcaran, no sentía dolor. Lleváronlo entonces ante el rey su padre, quien mucho se sorprendió y reiteró los pellizcos y, negándose todavía a resignarse ante lo que parecía claro, por lo mucho que el mal de San Lázaro abundaba en la Ciudad Santa, convocó a sus médicos, latinos y orientales, quienes usaron emplastos, ungüentos y drogas, inútilmente. Y fue el turno de las rogativas y procesiones al divino Sepulcro, implorando la salud i del heredero del trono de David, y el turno del llanto para el rey Amaury y para la corte y para el reino entero, porque la desgracia se cernía sobre el príncipe y sobre Jerusalén. Pero el niño lo tomó con suma entereza. Desde ese día lo apodan el Mesel, Baudoin el Mesel, el leproso. En Santiago de Compostela encendí un cirio en su intención.

Permanecieron Aiol y Ozil en silencio. El tic del ojo derecho desencajaba el rostro del caballero vagabundo. Gruesas lágrimas rodaron de los ojos del paje y de los de Azelaís, en tanto que Ithier gimoteaba, zurrándose con los puños la cabeza. Cuando lo hubieron sosegado, dijo Ozil de Lusignan:

—El rey Baudoin debería venir a Francia, que hay aquí lugares para la curación del daño.

—En Autun —intervino Aiol—, hemos visto la tumba de San Lázaro, donde se reúnen los pobrecitos.

—Y en Ablaincourt —prosiguió Ozil— existe una capilla dedicada a San Jorge, a donde van también y donde han operado milagros.

—Yo conozco la fuente de Neyrac —apuntó Mercator—, donde hubo una piscina en tiempos de los romanos cesares, y que los enfermos de San Lázaro frecuentan. Los he visto con agujeros candentes en el sitio de los ojos y la boca, rezando las letanías. —El rey de Jerusalén, un enfermo de Dios —murmuró Ozil—, un pobre amado de Dios, un mártir de Cristo... ¡Ay de ti, Jerusalén!

—Y es, según cuentan —seguía diciendo Mercator—, un doncel hermoso, encantador, gran caballero, el más sabio de los príncipes de su familia.

—¿Más sabio que el rey Baudoin III, su tío? —avanzó la duda Ozil—. El rey Baudoin III era un famoso letrado, concedor de derechos y costumbres.

—Más sabio. El más sabio de todos. Nada hay que no sepa, que no recuerde. La enfermedad le ha sutilizado el pensamiento. —Así como los leprosos deben ir por el centro de la calzada, con su campana, irá el rey Baudoin IV por el centro de la historia, con el ruido de sus triunfos —proclamó Aiol, poniéndose de pie.

—Tenga Dios piedad de él y la tenga San Lázaro —concluyó el caballero, persignándose y masajeándose la pierna quebrada por Godofredo de Lusignan.

Ahora el silencio se aplastaba nuevamente sobre los cuatro hombres y la muchacha. Avivaron la hoguera y recitaron un Paternóster. El cuerno de unicornio del califa brillaba como un largo cristal. Mercator sacó de la esclavina una redoma.

—Es agua bendecida —explicó—, que me vendieron en la sepultura del apóstol Santiago.

Comenzó a asperjar en torno, y el rocío desparramó en la sombra sus efímeros diamantes:

—Para ahuyentar a los lobos, a los sátiros, ogros, basiliscos y alimañas del bosque. ¡Vade retro! Para ahuyentar a los demonios y a los bandidos y a los etíopes de cuatro ojos. ¡Vade retro!

Todavía Aiol y él conversaron algo, hasta que se echaron a dormir, como los demás. El paje pensaba en el rey de Jerusalén, un muchachito de su edad, y en vez de representárselo con la cara comida por las llagas, lo imaginaba resplandeciente de belleza, como un ángel, el cuerno de unicornio en una mano y en la otra una espada de oro. Poco a poco, esa imagen se borró también. El mirlo de Abisinia desgranó cuatro o cinco notas y calló. El bosque tenebroso respiraba alrededor de nosotros, como un animal negro, inmenso, con pelaje de zarzas y garras de raíces. Yo me propuse velar, pero al rato, medio mareada aún por el zarandeo del tranco del caballo, cabeceaba y se me caían los párpados así que me arrebuqué en las alas, cubrí mi faz con mi largo pelo castaño (que continuaba siendo auténticamente castaño, sin menester de tinturas), dejé que los anteojos resbalaran hacia las escamas. Me vientre y me despedí del día.

Desperté súbitamente, como la noche en que Azelaís había aparecido, encapuchada, junto al lecho de Aiol, en el hostel de su madre, y como entonces recuperé de inmediato la avizora lucidez. Agonizaba el fuego, y su débil claridad, de reflejos cárdenos, desdibujaba los tumbados cuerpos. Oíase roncar al grueso Mercator. El mirlo se animó al mismo tiempo que yo y silbó débilmente. Caladas las gafas, busqué el motivo que me había despabilado. Aiol yacía, con el pecho desnudo, cruzado un brazo sobre los ojos, en un lecho de hojas y ramas. Había junto a él una forma grande y oscura, una forma que se movía apenas. Era un lobo, un lobo peludo, cerdoso, un astuto y áspero lobo, con sigilosas patas de felpa, que se dijera una encarnación del negro bosque de zarzas y raíces. Y estaba al lado de Aiol, rampante, acechándolo. Me incorporé y, de un salto, volé harta el doncel dormido. Desde la altura, me percaté de que alguien se deslizaba detrás del animal. Era Ithier y empuñaba una jabalina. Los segundos que mediaron entre su brinco, los rugidos y el frenético desorden, fueron suficientes para dejarme atónita, porque observé que la bestia había adelantado el hocico y las patas delanteras y que estaba lamiéndolo y acariciándolo a Aiol. No exagero: lo besaba delicadísimamente, para no sacarlo del sueño. Le rozaba los labios con sus fauces; le pasaba la lengua roja, en tenue ascensión, sobre las suaves colinas del pecho y luego la insinuaba en su cintura. Sus ojos quemaban. En ese instante, Ithier alzó con ambas manos la lanza corta, en la clásica actitud del San Miguel de los retablos, y la clavó en el lomo del animal que parecía guiado por un hechizo. El rugido feroz los sacudió a todos. Levantáronse, manoteando en pos de armas. Aiol, púrpura de sangre el seno, brilló como un antiguo torso de pórfido y alabastro, cuando se irguió, trémulo de espanto, deshaciéndose del fardo de la bestia. El lobo se revolvió, gimiendo, aullando, distribuyendo dentelladas inútiles, porque ya estaban encima los hombres y también la viril Azelaís, con relámpagos de hojas metálicas, con gritos, con

golpes asestados al azar. Siguieron hincándole las espadas y los cuchillos hasta que cesó de gruñir y se acurrucó, inmóvil. Entonces, bañados como Aiol en sangre, se despegaron y arrancaron de la carnicería. Y vimos lo que nunca pudimos concebir, ni aun inspirados por la fantasía más loca y siniestra. Vimos que el lobo no era tal lobo — aunque lo había sido, lo juro por los Evangelios y por Merlín, el mago; estoy segura de que, cuando lo besaba a Aiol y lo acariciaba, había sido, estrictamente, un lobo—, no era tal lobo sino un hombre, a quien reconocimos a pesar de los tajos que le cercenaban la cara. Ithier había dado muerte con su jabalina a Aymé de Castel-Roussillon y los otros lo habían rematado.

—Dios sea loado —dijo el juglar, y de ese modo nos enteramos de que, por voluntad celeste, había rescatado su perdida voz.

Abundaron, por supuesto, los comentarios, y más que nada las preguntas del estupefacto Mercator, quien sólo a medias entendió las tartamudeadas, borrosas explicaciones y sin duda habrá barruntado que más le convendría reanudar su viaje hacia Poitiers que incorporarse a gente tan compleja. Ozil impuso por fin su autoridad. El alba se anunciaba, con luces rosas, desperezo de follajes y piar de pájaros. Durante una hora, bañáronse en el vecino arroyo, frotándose entre sí (también a Azelaís, pues lo excepcional de la ocasión se situaba más allá de las previstas convenciones), y cuando se consideraron limpios y vendaron los arañazos, regresaron al lugar donde Aymé, hombre y lobo, permanecía hecho un ovillo miserable. Lo enterraron, rezaron por él una oración y, cumpliendo la orden que Ozil les impartiera, montaron y se fueron a Perpiñán. Quería el caballero piadoso que visitaran el sepulcro de Guilhem de Cabestanh y de Seramunda y que rogaran por el descanso de sus almas. De camino, le fue contando a Mercator algo de lo sucedido, en tiempo en que eran huéspedes del castel, y si el mozo se propuso, a raíz de la nocturna lucha, apartarse de Aiol y de sus acompañantes, aquellas extrañas noticias deben de haber obrado sobre su imaginativo carácter y deben de haberlo afirmado en el deseo de no desprenderse de la comitiva aventurera. Al fin y al cabo, por arduas que fuesen las perspectivas que acaso le aguardaban junto a ellos, mucho peor sería reanudar en Poitiers la tarea monótona de acarreador de mármoles. Como Aiol, Mercator había tenido a Ithier por primer maestro. De él había aprendido cuanto sabía el inquieto juglar, y eso había alimentado su hambre de quimeras. Era el único que iba a pie y se puso a la vera de su amigo, pero éste no correspondió a sus intentos de charla. Yo, para quien Aiol no guardaba secretos, me asomé al espejo de la conciencia del paje y advertí que allá adentro, en tan reducido campo, se daba a la sazón una tremenda y brumosa batalla en torno a la idea del amor, de las causas, consecuencias y manifestaciones del amor, que a un adolescente lo obliga a marcarse la mejilla; a un hombre lo convierte en lobo; a una mujer la arroja de una torre, y a otra, desdichada, le impone que siga a su hermano. Suspiraba Aiol, cargado el pecho de zozobra. La brisa agitaba, con tenue son de caireles, las cruces y medallas de su caperuza. Me acomodé delante de él, en el caballo; lo rodeé con los brazos; lo besé con un beso en el que la pasión se matizaba de ternura, y sentí que cedía, que se relajaban sus músculos tensos y se aclaraba su mente. El mirlo, pasmando a Mercator, entonó la historia de los amores de Merlín y de Viviana, y sin más accidentes llegamos a la iglesia de Perpiñán.

Había, alrededor de la tumba de Cabestanh y Seramunda, tres o cuatro parejas de enamorados. Un fraile, no bien entramos, acudió a reclamarnos algún dinero, a cambio del cual nos contaría el triste episodio que había unido, bajo una sola losa, a la ilustre dama y al trovador ilustre. Ignoraba el ingenuo que nadie la conocía como nosotros. Por eso fue él el más confundido y maravillado, cuando Ithier, de rodillas ante el

túmulo, confesó su crimen. A esa confesión le debo lo que sé de los misteriosos acontecimientos que a mi vez he narrado. Por ella se informó Aiol, cuya ingrata mundología progresaba de sorpresa en sorpresa, de que la misma gran señora que le había arrebatado la virtud, sacándolo chorreante de una cuba, y que luego le había prodigado las minuciosas expresiones de su admiración lasciva, había sido la que, irritada por su desertión, proyectó su muerte, y que si se había salvado de ocupar el sitio de Cabestanh, bajo la amorosa lápida que convocaba a procesiones de amadores, y de transformarse en un curioso símbolo del amor más puro, ello se debía a que Guilhem había ocupado el suyo, traidoramente, la noche fatal de Castel-Roussillon, merced a un ardid del no menos traidor Ithier. El juglar se acusaba de la complicada fechoría, y su voz —esa voz que durante mucho tiempo permaneció sellada— bajaba de tono más y más, a medida que el relato se aproximaba a su término, cosa que no nos alarmó, dado su largo mutismo y la emoción que lo embargaba al exhibir pormenores que horrorizaban a las incautas parejas de amantes presentes, llegadas en muy mal día a Perpiñán (tanto, que se desmayaron dos doncellas), pero cuando concluyó y el fraile trazó sobre su frente el signo ritual de la absolución, Ithier se deslizó despacio hasta el suelo, donde se estiró con los brazos en cruz y comprendimos que estaba muerto.

Muertes y muertes y muertes... ¡Cuántas muertes desfilan por este libro!... la de Pons, la de Guilhem de Cabestanh, la de Seramunda, la de Yolanz, la de Aymé de Castel-Roussillon, la de Ithier... Me quedo sin personajes. ¡Y todavía me falta un cúmulo que recordar! Pero la vida está hecha de muertes.

Salimos al sol de Perpiñán, y Ozil nos declaró que nos esperaba un extenso viaje. Iríamos al bosque de Lussac, a la ermita de Brandan, ya que únicamente en ese refugio había gozado del verdadero reposo. Nos instalaríamos allí y descansaríamos. ¡Quién sabe! Quizás acabaríamos todos (hasta yo, mas a eso el caballero no podía ni sospecharlo) por vestir la monjil estameña. Fadet cuidaría de nosotros, mientras alabábamos al Señor. —Amén —dijo el atolondrado Mercator, no muy convencido. Y en Lussac también nos aguardaba la rutina de la muerte.

## V

### UN CUERPO PARA MELUSINA

He mencionado en distintas oportunidades, desde que comencé a describir las andanzas que se iniciaron cuando la bulliciosa carreta de los actores pasó junto a los muros de Lusignan, mi debilidad ridícula, mi impotencia para cumplir eficazmente las funciones propias de un hada. Esa flaqueza procedía, sin duda, de la herrumbre provocada por la falta de feéricos ejercicios, y también, posiblemente, de una decisión

de mi madre, el hada Presina, quien continuaba volcando sobre mí el rigor de sus despechos y berrinches, pero debía derivar, asimismo, de la pasión que me inspiraba Aiol, mi descendiente. Aquel sentimiento me ofuscaba y me enervaba. Vivía yo en perpetua admiración del pequeño paje, contemplándolo a toda hora; inspeccionando sus sueños y reflexiones; valorando ciertos espontáneos movimientos suyos como se agiliza una obra de arte; alargándome a veces a su lado, cuando dormía; y la preocupación me anulaba en tal forma que, sumada a las causas que anoté de mi agotamiento, justificaba, en algún modo, mi incapacidad. El amor se manifiesta en determinados casos como un estímulo, pero en otros, como el mío, obra como un narcótico. Sin embargo, durante nuestro viaje de retorno al Poitou, me fue otorgado un modesto privilegio que debí, seguramente, al amor que me embargaba. Una noche me encontré, por casualidad, conque, si quería, podía llevar a cabo varias (y sencillas) tareas útiles en beneficio de Aiol y de quienes, puesto que él los amaba, debían interesarme. Desde la época de Raimondín, la noción de utilidad resulta inseparable, para mí, de la idea del amor. En mi concepto, el amor se afirma sobre dos columnas: la extrema eficacia servicial y los celos. Estos últimos no me abandonaron nunca, y en cuanto a la primera, reparé, mientras cabalgábamos de etapa en etapa hacia Lussac, que poseía los medios para manifestarla aunque fuera humildemente. Podía actuar como uno de los fadets, como uno de los domésticos duendes que pululaban en la zona, y me aplique a trabajar en provecho de mi amado. Así como había construido castillos para Raimondín de Lusignan, llevando en mi delantal enormes piedras, para auxilio de Aiol de Lusignan lavé reiteradamente sus bragas, sus calzas y su camisa única. Hice lo mismo con las íntimas prendas de Ozil y de Mercator. Se comprenderá que si dejé que la muda Azelaís se ocupara de la higiene de su propio y reducido vestuario, fue porque mis celos no perdonaban la audacia fervorosa de su actitud frente al doncel. No bien se acostaban a dormir, recogía yo la ropa. Cuando era necesario, los desvestía sin que se dieran cuenta, que para algo tengo dedos sutiles, dedos de hada, prolongando la agradable operación, por supuesto, si Aiol era el favorecido. Luego me iba a una fuente o arroyo, me aseguraba las gafas de cristal de roca y de berilo y allá restregaba y escurría, batía las telas con mi proficua cola, las tendía, inmaculadas, sobre la hierba, aventándolas con las alas para que secaran más rápido, y aguzaba el refinamiento hasta perfumarlas con flores silvestres. Creo que cuando se asume la responsabilidad de una faena, hay que ejecutarla lo mejor posible, ya sea edificar una fortificación o enjuagar una camisa: recuérdese mi ambición, descartada por lo singular de mi estado, de ser una perfecta ama de casa. Al principio, encantados con la novedad —pues no vaya a pensar el lector que, antes de mi intervención, andaban mis hombres muy limpios, ya que solían postergar el lavado de semana en semana—, los viajeros me dejaban un recipiente lleno de leche o un trozo de queso, como Brandan hiciera todas las noches, para alegría de Fadet, pero pronto, observando que los alimentos seguían intactos, suspendieron la práctica. Cuento este detalle tonto, a fin de que se aprecie hasta dónde alcanzaba mi devoción amorosa y para que quien me lea complete su juicio acerca de mi carácter, porque si es verdad que yo había sido culpable al eliminar a mi hijo, el que nació con tres ojos, no es menos verdad que estaba pronta a lavarles la ropa a un muchachito y sus acompañantes, cotidianamente, por amor, sólo por amor.

Llegamos a la floresta de Lussac una tarde, hacia el crepúsculo. Mi sensibilidad siempre avizora se impresionó con la desacostumbrada quietud de los sitios familiares. Hasta el mirlo de Abisinia, que discurseaba sobre el hombro de Aiol, cerró el pico. No se oía ni un pájaro en la fronda, ni un mugido en la lejanía, ni el tintinear de un cencerro, ni el chapotear de los gansos en la Vienne, y el único rumor nacía de los pasos de nuestros caballos, que pisaban las ramas secas como si, ellos también, desearan amortiguar el ruido intruso. Una desconocida luz verdosa, como surgida de

los troncos y los follajes, flotaba en los breves espacios libres de la hermética arboleda, cuyas copas se mezclaban sin que se filtrasen los postreros rayos del sol y los primeros de la luna. Seguimos avanzando, como si las cabalgaduras bracearan en el fondo de un lago verde-azul y la maldición del mutismo que aquejaba a Azelaís hubiera caído sobre los demás. Mercator, tan gárrulo habitualmente, acunó a la zanfonía que había heredado de Ithier, en el caballo que antes había conducido al juglar, y cuando suspiró, su hondo suspiro resonó en la calma del bosque, de suerte que no me hubiera sorprendido que el aire se colmara de silenciosas burbujas. Nos internábamos, y la noche descolgaba sus crespones, enfundaba los troncos, barnizaba de retintos betunes al río quieto. Mercator encendió una tea y proseguimos, apartando duras malezas y gajos hirientes, hasta que Ozil dio la orden de hacer alto. Una leve música se insinuaba en la parálisis del bosque. Apagaron la antorcha y esperamos. La melodía suave crecía, entre tanto, sin abandonar su tono menor. Nos adelantamos con cautela y a poco supimos de qué procedía.

Por uno de los senderos desembocó un cortejo lento y extraño. Encima de unas parihuelas hechas con entrelazadas ramas de pino, yacía el cuerpo de Brandan, cruzadas las manos sobre los harapos del hábito, y todo él hubiera sido oscuro, terroso, breñoso, de no mediar las flores blancas que sobre su figura llovían sin cesar. Sus muertos ojos azules brillaban en el balanceo de las angarillas. Lo transportaban a hombros veinte diminutos duendes vestidos de color malva, algunos de los cuales, usando largos lirios por trompetas, modulaban los ritmos melancólicos que nos habían detenido. Detrás caminaba, llorando, Fadet, con un gato en cada brazo, y a la zaga se apretaba un séquito confuso, en el que los restantes ermitaños de la región se mezclaban con leñadores y gacelas y sátiros y hasta un centauro, que de todo había en esa antiquísima floresta de Lussac donde yo había visto, siendo muy joven, galopar un unicornio blanco, rojo y azul, cerca del vado de la Biche. Millares de luciérnagas hacían las veces de radiantes cirios, posadas en los tirsos que llevaban los plañideros. Los ermitaños rezaban sus latines; sonaban las trompetas-lirios; piafaba el centauro; gemía Fadet; y Brandan, iluminado por las luciérnagas, sonreía eternamente a la amistad del bosque taciturno. Y, con ser prodigioso el espectáculo que se nos ofrecía y que a un tiempo nos estremeció de dolor y de asombro —un espectáculo que tenía que fascinarme a mí todavía más que a mis aturdidos compañeros, porque gracias a él recuperaba, fugaz, la mágica atmósfera en la cual me sentía como pez en el agua, después de los episodios truculentamente humanos de Castel-Roussillon—, la maravilla mayor se desarrollaba en la altura, y su esencia, siendo aun más misteriosa, por divina, que la propia de los seres que integraban la procesión fantástica, escapaba a la percepción de Aiol, de Ozil, de Mercator y de Azelaís, quienes no podían gozar, como no lo podían los miembros mortales del cortejo, de su gloria inefable. Allá arriba, planeando sobre los despojos de Brandan, flotaba su alma, en la apariencia de un monje joven que sólo conservaba de común, con el anciano de las parihuelas, la claridad de los ojos azules. Cuatro ángeles lo sostenían tiernamente, como ayudándolo en la novedad del vuelo, y uno de ellos era mi ángel, el ángel del castillo de Lusignan.

Nos sumamos al séquito que, por lo que a Mercator le dijo uno de los leñadores, supimos se dirigía al cementerio mero-vingio de Civaux, más allá del gran castillo de Lussac, y la presencia de un hada, una doncella de rara hermosura, un esbelto caballero y dos pajes, uno de los cuales portaba, como un alongado cirio, un luminoso cuerno de unicornio, le proveyó a la comitiva lo que le faltaba para ser perfecta. Sucedió entonces algo tan extraordinario, tan antiprotocolar, que al principio creí equivocarme en su interpretación, y fue que el ángel de Lusignan, a pesar de la convención tácita que imponía que jamás me reconociera, me hizo una casi imperceptible señal, indicándome que me incorporara al aéreo grupo. Debió repetir,

más explícito, el gesto, y sólo así me atreví a dejar mi posición en el caballo, sobre los arreos militares, y a ascender hasta agregarme al conjunto armónico de los espíritus celestes. ¡Cómo me hubiera gustado que Aiol hubiese podido verme en esa suprema oportunidad! También yo contribuía a mantener en el aire el alma diáfana del ermitaño quien, quizás reconociéndome a su vez, me sonrió. ¡Cómo me hubiera gustado que el doncel me viese, entre los cuatro ángeles, mis desnudos pechos destacándose en el esplendor de las túnicas, aleteando mis alas de murciélago junto a sus alas de cisnes!

Los cantos litúrgicos brotados de las barbas de los eremitas, el llanto de Fadet, los dolorosos maullidos, el cocear de centauro y de sátiros, el metálico rechinar de la cota, las espuelas y el lanzón de Ozil y el dulce concierto de los lirios templados, creaban una sola cadencia, a la que se fue añadiendo el piar de muchos pájaros, el balbuceo del mirlo de Abisinia y el susurro de los follajes y las fuentes, a medida que se asentaba la noche y ganábamos terreno, en la floresta conmovida, hacia los sarcófagos seculares de Civaux. En una encrucijada, paróse la abigarrada compañía y un temblor recorrió al ondulante titilar de las luciérnagas. Obstruía el camino, en su asno, una vieja andrajosa.

Aquella vieja viejísima castigaba al burro para que despejara el paso, pero el empacado no se movía. Algo había, indefinible, en la actitud de la mujer, que despertaba sospechas, sospechas de que no procedía de buena fe, de que era la suya una comedia irónica. Mientras los de la comitiva fúnebre protestaban por lo ridículo del estorbo, lo confirmó la propia bruja cuando giró hacia nosotros una cara casi tan barbuda como la de santa Wilgeforte y, luego de lanzar una chirriante carcajada, nos sacó la lengua. Tamaño desafío, producido en ocasión de tan compungida solemnidad, no podía postergar la enmienda airada. Ozil y Aiol espolearon a los caballos y a empellones la sacaron del camino, con la mala suerte de que la anciana pilosa cayó del asno, piernas arriba, mostrando pormenores que a ninguno de nosotros nos interesaban en especial, considerando las várices y destrucciones que provoca la perfidia de los años, pero que ella parecía querer reservar en secreto para más privilegiados ojos. Colérica, se levantó, y entonces, pese a lo grave de las circunstancias, tocónos a nosotros reír (notablemente, escandalosamente, los sátiros) y todos, con excepción, por supuesto, de los pudorosos ángeles y del impedido ermitaño, le retribuimos su carcajada fiera. Su ira subió de punto; encendiése su mirada (ya en ese instante reconocí en su apostura un imprecisable aire familiar) y, crispando hacia nosotros una vengativa mano, adoptando el tono tradicional de las pitonisas, monótono y profundo, con lo cual quienes maliciaban que se trataba de una hechicera supieron que no andaban errados, señaló al caballero y exclamó:

—Ozil de Lusignan, te juro que nunca volverás a Jerusalén, porque has de morir en esta tierra. Te lo juro.

En seguida añadió, volviéndose hacia el paje:

—Aiol de Lusignan, te juro que tú sí irás a Jerusalén y que allí encontrarás la muerte, a causa de lo que buscas. Te lo juro.

Quedamos petrificados. Un grito, un hondo grito de Azelaís quebró el compacto silencio:

—¡Dios mío, Aiol no, Aiol no!

Y así como nos habíamos enterado de que Ithier había recobrado la voz en forma repentina, cuando alabó a Dios luego de ultimar al licántropo Aymé de Castel Roussillon, advertimos que Azelaís había redimido por fin la suya, cuando lo invocó en defensa de Aiol.

La vieja aprovechó nuestro pánico para dar acicate al jumento y perderse en la maraña, y el séquito reanudó la marcha, cariacontecido.

—¿Qué es lo que buscas? —preguntó Mercator al muchacho. Y Aiol no respondió nada.

Yo, por mi parte, previo un saludo al ángel amigo, que implicaba solicitar su autorización, dejé mi lugar junto al alma de Brandan y volé en pos de la agorera. He anticipado que algo, en su porte y su actitud, me resultaba inexplicablemente conocido, y quería cerciorarme de su exacta identidad. Volé, pues, sobre los matorrales, y a poco la descubrí. Estaba sin duda aguardándome.

—Sí —me dijo—, no te equivocas. Me conoces. Soy tu madre, soy el hada Presina.

Al punto, como si se despojara de unos guiñapos, dejó caer la traza decrepita, hasta la barba y las arrugas, y ante mí se elevó la majestad de la maga a quien debía mi presencia en este zamarreado mundo. Su dignidad y su belleza deslumbraban, pero noté, no sin una culpable satisfacción, que el tiempo también ejercía sus estragos sobre mi progenitora inmortal, y que si yo tenía que usar gafas, mi madre había engordado y comenzaba a encorvarse. Lo disimulaba con el realce de los ademanes soberbios, mas yo era hada, como Presina, y a mí no me podía embaucar.

Aunque estaba al tanto de su testarudez y de su carácter tortuoso, le rogué que liberara a mis descendientes, que al fin y al cabo lo eran suyos, de sus crueles vaticinios.

—No se halla en mis manos —me contestó con feroz alegría— modificar al futuro. Yo no he hecho más que anunciar lo que está escrito en los astros.

Abandoné, por vana, toda tentativa de insistencia, y se me ocurrió sacar partido de la entrevista accidental, para suplicarle una gracia. Desbarré al hacerlo, sin tener en cuenta que, en lo atinente a mi madre, había que avanzar con pies de plomo. — Concédeme —le imploré como una estúpida— la posibilidad de encarnarme en un cuerpo joven y hermoso. Estoy cansada de ser invisible. Puesto que voy acompañando a estos seres humanos, hazme la merced de ser exteriormente como ellos.

Presina plegó los labios en mordaz sonrisa:

—Nada de lo que te sucede me es extraño, Melusina de Lusignan. Te falta la vocación propia de un hada auténtica. Sometes tu jerarquía a los embates del amor y, olvidando lo mal que les ha ido a muchas de tus compañeras, por reincidir en ese juego, y lo mal que te fue con mi yerno Raimondín, ahora llevas tu osadía hasta enamorarte de un mozo de tu sangre. ¡Ten cuidado! iten cuidado! ino te acerques a las llamas!

Yo miraba al suelo, roja de vergüenza. Mi corazón quimérico daba golpes y golpes. Mi madre pareció apiadarse de mí y, como la vez anterior, la vez de Raimondín, me enredé en su trampa artera.



—Te otorgo lo que pretendes —pronunció—. Después de que Aiol haya sido armado caballero, tendrás el cuerpo hermoso y joven que me pides.

Me besó en la mejilla y desapareció.

Ingenuamente feliz, porque, si bien no había conseguido conjurar los augurios nefastos que pesaban sobre los Lusignan, había logrado la promesa del cuerpo que me permitiría comunicarme con mi amado y quizás suscitar en él sentimientos similares, torné a mi sitio en el cortejo y a aguantar en el aire al alma novicia de Brandan. Los cuatro ángeles me miraron tristemente y el que yo juzgaba mi amigo meneó la cabeza, como si desaprobara mi gestión. Pero mi dicha egoísta no toleraba sanciones. Me limité a atribuir la censura angélica al aspecto sensual de mis proyectos y dejé que mi imaginación se entregara a acariciar las agradables perspectivas que encerraría mi próxima humana envoltura. Como a Mercator, me aguijoneaba la inquietud de lo tocante al destino de Aiol y traté de distinguir, en su mente, la causa —"lo que buscas"— que Presina había enunciado, como origen de su muerte, mas el paje estaba entregado a conversar con su hermana, luego de tan largo mutismo, y por el momento no se preocupaba del presagio. De todos modos, me dije que la forma más eficaz de evitar el desenlace revelado consistía en impedir el viaje de Aiol a Tierra Santa, ya que éste constituía una condición previa del pronóstico. Dedicada a esos pensamientos, advertí que el espíritu de Brandan resbalaba entre mis dedos inmateriales. Los ángeles lo transportaban, en vuelo triunfal, por encima de los cipreses de Civaux, a la morada excelsa, mientras que, abajó, los duendes depositaban su carga en uno de los vacíos sepulcros de piedra, cuya pesadísima tapa desplazaban con mil sofocones. El último rumor de las preces onduló detrás del alma que ascendía, gloriosa, entre nubes, tal como han intuido los pintores místicos. También rezaba el centauro. Y a poco la comitiva se desperdigó. Volvieron los ermitaños a sus ermitas, a aguardar su turno de una ceremonia similar. Volvieron a su trabajo los leñadores, y los duendes al suyo. Los sátiros y el centauro se desperezaron y emprendieron una veloz carrera, interpeándose con gritos guturales, quizás en griego, brincando y persiguiéndose como muchachones deportistas que se pasaran una invisible pelota, hasta que se esfumaron en el bosque. Alrededor del sarcófago, el suelo quedó sembrado de lirios musicales y de titilantes luciérnagas. Fadet permaneció unos segundos de hinojos, se secó las lágrimas y luego se alejó con los gatos que gimoteaban como niños.

—Serán, lo mismo que yo, dos fadets — alcanzó a decirme.

Y nosotros cambiamos de rumbo, puesto que ya nada teníamos que hacer en la floresta de Lussac. Desde que Presina había formulado su sentencia, el crédulo Ozil parecía resuelto a apurar su suerte, a modo de quien bebe el amargo líquido de un vaso a largos sorbos. Callado, altanero, rígido, guiaba su corcel sin escuchar a Aiol que le hablaba quedamente. Por encima del hombro nos informó de que iríamos a Pleurs, donde se anunciaba un gran torneo.

Hacía tiempo que lo oíamos pregonar. Los heraldos recorrían las rutas francesas, como siempre después de Pascua, cuando se reanudaban los torneos y las faenas campesinas, repitiendo la fecha del encuentro armado, que sería tres semanas más tarde, en el valle pantanoso de Pleurs, cerca de Épernay. Colocaban carteles en las encrucijadas, y la jactancia de algún caballero añadía el suyo, copiado por un clérigo de buena letra, suplente del desdén del analfabeto paladín, que proclamaba que de tal parte concurriría a las justas y que no le temía a nadie. Uno de esos rótulos era de Godofredo de Lusignan. En Pleurs —declaraba— espero al que ya sabe. Supongo que

esa alusión transparente y picante fue la que decidió a Ozil, quien hasta poco antes de la muerte del hombre de Dios abrigara la idea de retirarse, en la ermita de Lussac, a eludir por medio de la oración las cóleras y los placeres del mundo.

Nos enteramos después de que la invitación a las fiestas había atraído a señores de Inglaterra y de Flandes. De todos los feudos acudían, y en los bosques y carreteras topábamos con sus cortejos, como cuando fuimos a Beaucaire con Aymé y Seramunda. Vimos pasar así el esplendor sonoro de las gentes del duque de Borgoña, convocadas bajo los estandartes de oro y de azur con bordura de gules; a las de Felipe de Alsacia, conde de Flandes, con sus negros leones en campo dorado; a las de Raúl, conde de Clermont, el que fue condestable de Francia, con sus peces adosados sobre áureos tréboles; a las del fabuloso Jacques d'Avesnes, que condujo en la próxima cruzada a los flamencos y a quien los textos comparan con Ricardo Corazón de León; a las del sire Guy de Châtillon, con su escudo tan complicado que ya no lo recuerdo, pero en el que había mucho rojo, mucho oro y mucho azul; y a las del conde de Bar, que reiteraban en los gonfalones la imagen de los peces adosados, pero esta vez sobre cruces en lugar de tréboles. La alegría policroma de la heráldica poblaba las florestas, los hostales, los castillos, como si entre los árboles, en las torres y en las callejas, el viento juguetero hubiera diseminado las miniaturas arrancadas de numerosos libros de horas, y como si avanzáramos en medio del bestiario y de la geometría de las orlas pintadas. No vimos, en cambio, a los mesnaderos de Lusignan, ni en los caminos ni en París, ciudad que atravesamos rápidamente, pues no nos sobraba el tiempo, observando a derecha e izquierda, como provincianos atónitos. El Louvre, en el que Felipe Augusto no había comenzado todavía sus trabajos, era un viejo reparo de cazadores, un mazacote de torres obesas al que embellecía su reflejo en el río; y Nuestra Señora era un amasijo de escombros y de andamios, unas líneas de fustes de columnas, entre cimientos antiquísimos, reconstruidos varias veces, cerca de otras dos iglesias semiderribadas que serían absorbidas por la victoriosa expansión de la catedral. A un paso del Mercado de Granos, en el Cementerio de los Inocentes, sobre cuyas tumbas se realizaba el tráfico de los comerciantes menudos y donde se apretujaban los merceros, los sastres, los escribas, los vendedores de reliquias y los activos ladrones, Ozil adquirió unas gastadas piezas de género, que Azelaís, sin demasiado arte, pues se daba pobre maña para las tareas femeninas, cosiendo hasta sacarse sangre de los dedos y combinando el paño azul con el más o menos plateado, organizó retazo a retazo hasta inventar un pendón que exhibía las diez franjas superpuestas de los Lusignan. La ayudó la simplicidad de nuestro escudo, inspirada, como ya he dicho, en las tonalidades de mis alas y de mi cola. El caballero hubiese querido añadir de algún modo ostentoso, a las paralelas del dibujo, la imagen del hada Melusina —y así lo expresó, atención que le agradecí calladamente—, pero eso eran palabras mayores. Ya resultaba bastante admirable que Azelaís zurciera con rectos trazos la plata y el azur, para exigirle el refinamiento técnico de bordar una figura con los pechos desnudos, la cola de serpiente y un peine en la diestra, labor para monjas sutiles que seguramente hubiera quedado horrorosa en el trémulo banderín. Con el emblema sujeto al asta de unicornio, lo cual le añadía extraordinario prestigio, y con Azelaís abombada por el esfuerzo que le había hinchado los ojos y la manos, tomamos, a la mañana siguiente, el rumbo de la Champaña, de las colinas de viñedos, hacia las ciénagas y las monótonas planicies, hacia Pleurs.

Debo decir que aunque hubiera sido ridículo pretender rivalizar con los grandes próceres y los grandes torneors profesionales, entre los cuales había quienes tenían a sus órdenes hasta a escribientes, con la sola misión de llevar las cuentas de lo que cobraban y perdían en las justas, nuestro pequeño grupo no hacía mal papel. Ozil había ceñido la cota de reflejos azules; junto a él, deslumbrante con el ropón jironado

de brocado amarillo que le obsequiara Seramunda, la caperuza cubierta de medallas y de cruces, Aiol enarbolaba el estandarte en el cuerno de monoceronte; Mercator ostentaba, en vez de las ropas de peregrino, un improvisado traje hecho con fragmentos de vestimentas de la castellana de Castel-Roussillon, el cual realzaba su opulencia, pues no paraba de engordar magníficamente; Azelaís florecía en hermosura, merced al traje escarlata que debía a la misma señora; y detrás, en el último caballo, las armas bermejas y áureas de Godofredo añadían un toque de lujo suplementario. No, no estaba mal nuestra compañía, sobre todo si se la compara con la triste impresión que me había causado el solitario Ozil, cuando lo vi por vez primera, al sombrío amparo de las murallas del castillo de Lusignan.

Descubrimos una granja abandonada, cerca de Pleurs, y en ella nos instalamos. Los caballeros ricos poseían tiendas de sedas multicolores, que plantaron en el valle y sobre las cuales ondeaban los pabellones distintivos. Nosotros, mucho más modestamente, nos conformamos con las ruinas, mientras Aiol, enviado por Ozil, partía hacia la zona del torneo, en pos de novedades. A Mercator se le ocurrió que sería bueno ocultar las armas del primo Godofredo, por temor de que acudieran a robárnoslas. Entre él y Azelaís cavaron una fosa y, envolviéndolas bien, las escondieron. Cuando regresó Aiol, no quedaban ni rastros. Nos contó el paje que ya estaba todo listo: las tribunas para las damas y los jueces; las banderas restallantes, entre las cuales flameaba el maravilloso pendón de Ozil; los juglares, que visitaban las tiendas con cantos y violas; los heraldos, que no acallaban la trompetería; los fantásticos adornos de los yelmos inventados para la ocasión, que enmarañaban el capricho de los plumajes, de las erizadas alas abiertas, de las coronas, de los cascabeles, de las fieras cabezotas y zarpas de monstruos. Los de Lusignan ensordecían con su bulla. Muchos donceles serían armados caballeros, después de los duelos, por sus protectores, los príncipes y los señores presentes. Al alba se rezaría la misa y luego del desfile comenzarían los combates.

El único de nosotros que durmió bien esa noche fue Ozil. Su experiencia —o su indiferencia fatalista— le permitía encarar los acontecimientos con una calma de la cual carecíamos. ¡Qué falta me hizo entonces el prometido cuerpo! ¡Cómo necesitaba comunicarme con Aiol, con Azelaís, con Mercator, participar de sus conciliábulos, de sus cálculos, de sus discusiones! En medio de los tres y de la tea que los iluminaba, y sin embargo, alejadísima de ellos, los oí valorar las posibilidades de Ozil en la lucha próxima. Hasta nosotros llegaba el ruido de la fiesta a la que Oz